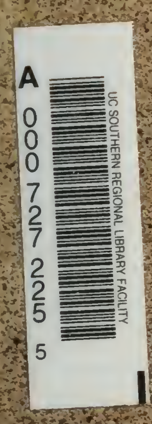

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 727 225 5

EX LIBRIS
AMERICO
CASTRO



HISTORIA

DE LAS

GERMANÍAS DE VALENCIA.

ENCICLOPEDIA POPULAR.—SECCION INSTRUCTIVA.
Gabriel Diaz y Compañía, editores.—Calle de Jesús y María, núm. 29: Madrid.

HISTORIA

DE LAS

GERMANÍAS DE VALENCIA

Y

BREVE RESEÑA DEL LEVANTAMIENTO REPUBLICANO DE 1869,

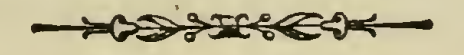
POR

MANUEL FERNANDEZ HERRERO

precedido de un prólogo

DE

ROQUE BÁRCIA.



MADRID.

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE M. ALVAREZ,
calle de San Pedro, núm. 16.
1870.

AL PUEBLO.

¡A quién mejor que á tí ¡oh pueblo! podré yo dedicar este libro!

La Història de las Germanías de Valencia no es una obra de ingenio, es una página de ese gran martirologio que has escrito con tu sangre en todas las naciones.

Recientes aún los últimos acontecimientos republicanos, la abnegacion y heroismo de Valencia hicieron brotar en mi mente el recuerdo de aquellos otros, tambien heróicos hijos del Túria, que al ver su dignidad escarnecida, sus derechos hollados, hicieron un extraordinario y potente esfuerzo al advenimiento en España de la Casa de Austria, y lucharon, en desigual combate, con el mónstruo del absolutismo, entónces naciente, y con la tiranía de aquella aristocracia, prefiriendo la muerte á la deshonra.

Entusiasmado con tanto heroismo, me propuse presentarte con imparcialidad aquellos hechos, apartando las falsas apreciaciones con que oscurecieron la verdad escritores parciales ó asalariados, que, entónces como ahora, pretenden desvirtuar tu nobleza y tu derecho.

Pero desconfiando de mis fuerzas, quise consultar el plan, ántes de desarrollarlo, con el siempre bondadoso conmigo, eminente escritor y propagandista republicano, Roque Bárcia, quien no obstante las muchas ocupaciones que como Diputado Constituyente tiene á que atender, y á la redaccion contínua de folletos que para la mayor ilustracion del pueblo se consagra, acogió con fina solicitud mis deseos, y aplaudiendo y animándome en la empresa, me allanó el camino, condensando en el siguiente Prólogo los heróicos hechos de los *agermanados* de Valencia, y los móviles y tendencias á que obedecen siempre las convulsiones de los pueblos.

Este es el arcano que intento penetrar en la presente Historia, y siendo tan popular el asunto, ¿á quién mejor que á tí, noble pueblo español, he de dedicarlo? Acógelo bondadoso, puesto que ya sabes el móvil que me impulsa.

Despunta en el horizonte el sol de la democracia, á cuyo calor han de germinar las federaciones europeas, y obligados estamos todos á contribuir, segun nuestras fuerzas, al triunfo definitivo de la fraternidad y la justicia.

Concluyo aquí mi dedicatoria; pero ántes séame permitido rendir un tributo de admiracion y respeto al infatigable obrero, al ilustre propagandista republicano, Roque Bárcia, como muestra de la gratitud y amistad que le profesa su afectísimo,

Manuel Fernandez Herrero.

PRÓLOGO.

I.

La parte que he visto de la presente obra me parece digna de la grandeza del asunto, así como de la excelente y merecida fama de que goza el literato que la escribe.

Los niños judíos se bautizaban antes con fuego.

Hoy los jóvenes españoles se bautizan con la inspiracion republicana.

Podrá haber más ó ménos celajes; podrán estallar más ó ménos tormentas; pero en el Oriente de nuestra pátria se vé un color que nos anuncia que el astro amanece.

¡Amanezca por fin, despues de la noche de tantos siglos!

No escribo el prólogo de estas páginas para decir lisonjas al autor, que ni yo digo, ni el autor necesita, porque harto tiene con la abundante ayuda de su feliz ingenio, y entro en materia.

Si me tomáran en este instante juramento sobre lo que voy á decir, no podria contestar, porque realmente no lo sé. Contínuas y apremiantes ocupaciones no me dan el tiempo necesario

para recogerme dentro de mí mismo y calentar el pensamiento de este prólogo; pero la obra está parada, el público la espera, el editor se perjudica, y no es posible vacilar. Cojo la pluma, y hago lo que hacen los músicos: seguir el tema.

Estoy convencido de que lo que voy á decir no estará en armonía con la amedrentadora importancia del asunto, ni con la belleza del libro, ni con el arte del autor; pero no tengo otro refugio que ponerme en manos de la clemencia del que leyere. A falta de galas exteriores, las siguientes líneas tendrán una gala interior y perpétua: la verdad.

Yo quedaré contento, contentísimo, si ese lirio sagrado esparce sus aromas por estas pobres páginas.

II.

Germanía significa *hermandad*, como voz derivada de *germano*, que vale tanto como *hermano*.

Así vemos que los latinos llamaron germanos *(germani)* á los antiguos alemanes, por considerarlos *hermanos* de los galos ó celtas.

Valencia y Mallorca se *hermanaron*, convirtiendo en conducta el gran principio, la grande idea de la fraternidad humana.

Esto pasó en el siglo XVI.

Lo mismo pretenden, lo mismo buscan, á lo mismo aspiran los republicanos de este siglo. ¿Qué significa esto? Prosigamos.

III.

La germanía de Mallorca, denominada la *Balear Mayor*, se confederó democráticamente con la famosa Junta de los TRECE,

reunida en Valencia á principio del siglo de que hicimos mérito.

Esto mismo pretenden los republicanos del siglo XIX: confederarse en sentido democrático.

¿Qué significa esto? Prosigamos aún.

IV.

¡Guerra á los nobles! era el grito de los agermanados de Valencia y Mallorca en 1520.

¡Guerra á los nobles! podria ser el grito de los republicanos federales de toda España en 1870.

Pero ¿qué significa este acorde de siglos tan distintos y aun contrarios?

Sigamos todavía.

V.

Paz, justicia y germanía, era el lema de los agermanados de Valencia y Mallorca en 1520.

Paz, justicia y República, podria ser el lema de los federales de toda España en 1870.

¿Qué significan (vuelvo á preguntar) estos encuentros, estos hallazgos, estos viajes y estos retornos en las ideas y en los sentimientos de los pueblos y de las edades? ¿De dónde vienen estas concordancias incomprensibles? ¿Qué voz dezconocida produce estos ecos misteriosos en las armonías del mundo?

No, lector, no son misteriosos, cuando se estudia en dónde se forman, en dónde se combinan, en dónde se crean y de dónde vienen.

Los agermanados del siglo XVI, son los federales del siglo XIX.

Nosotros somos los agermanados de ahora, como los agermanados de Valencia fueron los republicanos federales de entonces.

La altiva, la generosa ciudad del Túria, rodeando la casa de Vicente Peris, vertió su sangre por la Germanía en el mes de Febrero de 1522.

Pasan trescientos cuarenta y seis años, llega el mes de Octubre de 1869, y la misma ciudad derrama su sangre por la federacion ibérica.

¡No lo perderá! Dios no permite que se pierdan las gotas de sangre que se derraman por los oprimidos.

¡No lo perderá! El cielo no quiere que se pierdan los nobles sacrificios, los santos dolores del que trabaja por los esclavos.

¡No lo perderás, no, Valencia!

¡No lo perderás, no, Mallorca!

¡No lo perderás tú tampoco, Castilla!

¿Qué hizo el pueblo valenciano en el mes de Febrero de 1522? Principiar á luchar por la República democrática, por la HERMANDAD, por lo que hoy llamamos fraternidad, por lo que hoy llamamos federacion, sembrando sus tierras, sus campos y sus calles, no de artesanos, no de hombres, no de troncos frios, no de muertos, sino de héroes.

¿Qué hizo Valencia en el mes de Octubre de 1869? Continuar la lucha increible, la lucha colosal, la lucha asombrosa de la Germanía.

La Germanía de Valencia, caminando de recuerdo en recuerdo, de sepulcro en sepulcro, de proeza en proeza, de gloria en gloria, llega á nuestro siglo: llega demudada, llena de heridas, cercada de horcas, de cuchillos y de verdugos: llega entre la terrible y dudosa agonía de Juan Lorenzo, entre la cabeza cortada de Juan Coll, entre los huesos calcinados de Guillen Sorolla: llega chorreando sangre, chorreando lágrimas, chorreando muerte, chorreando fuego; pero llega, y muda de nombre. LA GERMANÍA VALENCIANA se denomina hoy LA REPÚBLICA FEDERAL ESPAÑOLA.

Aquello es esto, y esto es aquello. Cada siglo dió una forma á su traje; pero el traje que vemos aquí, es el traje de cada siglo.

Hemos dicho que aquello es esto, y que esto es aquello. Pero ¿qué es aquello? Y ¿qué es esto?

¡Ah, lector, oye! ESTO Y AQUELLO son la ley del mundo, una ley eterna, como es eterno el pensamiento Creador. ESTO Y AQUELLO son el destino necesario del hombre, sol que alumbra en un polo que no divisamos; pero que nunca deja de alumbrar, como no deja de alumbrar ese sol que vemos.

ESTO Y AQUELLO son el renacimiento contínuo, el contínuo ensanche de cada época, porque los siglos no son mas que dilataciones ó crecimientos de la historia, crecimientos ó dilataciones del género humano.

El tiempo es un árbol que nunca deja de florecer y de retoñar, y cada siglo viene á ser una flor, un retoño.

El ayer y el hoy de que hablamos, EL ESTO Y EL AQUELLO á que aludimos, son los retoños del árbol del tiempo, los vástagos del árbol perenne de la vida. Ese ayer y ese hoy, son leyes absolutas de una humanidad perfectible; las leyes inmortales del progreso, las leyes escondidas de un espíritu que nadie mide, que nadie toca, que nadie gusta, que nadie huele, que nadie vé; pero que, sin ser visto, renueva al hombre, como el rayo renueva al ambiente, como el volcan renueva la tierra.

Ese génio oculto de todos los siglos, esa necesidad nativa de todos los pueblos, ese clamor unánime de todas las razas, se denomina la REVOLUCION.

Esa revolucion, ese supremo instinto de todo sér que vive, que trabaja, que siente, que piensa y que sufre: esa Providencia de las criaturas tiranizadas; ese ángel que vela por el siervo; ese arcano divino, se llamó *Germanía* en 1520.

Ese mismo arcano se llama República federal en 1870.

Los fastos del mundo tienen tambien hijos, así como el sol tiene rayos, así como el viento tiene ráfagas, y estas sucesiones

políticas, estas herencias de la sociedad, son hijos de aquel padre, rayos de aquel sol, ráfagas de aquel viento.

La federacion española no será más ni ménos que la posteridad histórica de las Comunidades y de las Germanías. Nuestra historia principió en Villalar, en Valencia, en Alcira, en Gandía, Murviedro, Játiva, Almenara y Alcudia. Los federales, los agermanados de nuestro siglo, somos castellanos, valencianos y mallorquines.

Cuando la República venga (Y ES EVIDENTE QUE VENDRÁ), en Castilla, Valencia y Mallorca deben alzarse tres columnas blancas, en donde se lea la siguiente inscripcion: «*A nuestros padres los Comuneros de Castilla, y los hermanos de Valencia y Mallorca*, levantan esta piedra agradecida los republicanos federales del siglo XIX.»

Pero suspendamos el velo que cubre el asunto, y ensayemos visitar su interior.

VI.

La Germanía de Valencia, lo mismo que la de Mallorca, lo mismo que las Comunidades castellanas, lo mismo que la formacion de las vehetrías ¿eran movimientos originados por necesidades pasajeras de cada siglo, por combinaciones artificiales de cada territorio, por instintos ó por intereses privados de cada clase, de cada grupo, de cada raza?

Creemos que no. Creemos que esos hechos vienen de una razon más ámplia, más completa, más profunda. Creemos que esos hechos tienen por orígen una razon universal. En una palabra, creemos que son hechos constitucionales, lo cual quiere decir que son hechos que nacen, que viven, que se desenvuelven, dentro de las fuerzas primarias de la sociedad, como si partieran

del mismo principio, como si se nutrieran con la misma sustancia.

Son hechos que se agitan, cuando la sociedad se agita. Se cumplen, cuando la sociedad se cumple: suben las gradas del patíbulo, cuando la sociedad sube tambien aquellas gradas: caminan en triunfo, cuando camina en triunfo la sociedad: moririan, cuando la sociedad muriese.

Registremos por un momento el supulcro de aquellas edades; y veamos, aunque sea entre huesos y cenizas, qué sentido tiene el movimiento del siglo XVI.

La herramienta vivia como sepultada bajo el pergamino, bajo el báculo, bajo la espada, bajo la toga, bajo el cetro, y tuvo que hablar, tuvo que gemir.

Nuestra convulsiones interiores del siglo XVI, no eran convulsiones: eran palabras, eran gemidos.

El trabajo, el obrero, el mártir, el hombre, se sentia oprimido por el noble, por el clérigo, por el conquistador, por el magistrado, por el rey, y tuvo que bajar la cabeza en señal de homenaje; tuvo que levantar las manos en señal de súplica, para que le tuvieran misericordia; pero no halló mas que rostros severos, miradas soberbias, palabras iracundas, corazones frios, *frios epitafios de almas muertas*; y más allá de aquellas miradas sombrías, encontró á un hombre taciturno, mal avenido consigo propio, que vestia cota de malla, que caminaba con un hacha en la mano, que no pronunciaba un acento, porque la encargada de hablar era el hacha: encontró á un hombre que recibia, en pago de su oficio, un puñado de *sal*, de donde viene la palabra *salario*: encontró á un hombre... no, no encontró á un hombre, encontró á un mónstruo: encontró al verdugo. Y ese verdugo, sin desplegar los lábios, recibiendo sal por matar á las criaturas, le cortó la cabeza en las mazmorras de las cárceles y de los castillos, y nadie sabia nada de aquello, sino cuando la cabeza cortada del hombre asesinado aparecia, como espectro mudo, en las plazas ó en los caminos, pendiente de alguna picota, mientras que sus cabellos destilaban un líquido

que mojaba la tierra; líquido cuya mancha no se borra jamás: era sangre.

El trabajo, el obrero, el mártir, el esclavo, el hombre maldito, tuvo entonces que bajar las manos, que habia levantado para pedir clemencia; tuvo que erguir la frente, que habia bajado para implorar misericordia: sus manos cogieron un arma; su frente concibió un pensamiento; su boca arroja un grito; su pié graba en el suelo una huella profunda; acuden gentes; sacan en triunfo un estandarte, el antiguo, el glorioso *Rat Penat*, la bandera del pueblo, y una voz clama: «¡Guerra á los nobles!» Y otra voz contesta: «¡Justicia y Germanía!» Es decir: «¡Justicia y Hermandad!» Que es como si dijéramos: «¡Justicia y República!»

¿Quién borrará ese grito? Nadie.

¿Quién hará que se pierda esa voz solemne? Nadie.

¿Quién dejará de conmoverse al escuchar ese acento sublime, que es el acento de la historia del hombre? Nadie.

Ahí teneis la Germanía de Valencia. Ahí teneis la Germanía de Mallorca. Ahí teneis las Comunidades de Castilla.

Aquella tremenda batalla no fué un movimiento casual: fué una sacudida formidable del pueblo español, un arranque del hombre, un clamor de la historia, un enojo del mundo contra la tiranía del rey, del noble, del conquistador, del clérigo, del magistrado: un enojo del mundo, la ira de un siglo, el desagravio de la humanidad, contra el cetro, contra la toga, contra el escudo, contra la espada, contra el báculo, es decir, contra los grandes privilegios, contra las grandes injusticias que venian desvastando la tierra desde el principio de la creacion.

La Germanía de Valencia, ese duelo terrible, ese desafío gigantesco, ese combate casi fabuloso, no fué más que la inspiracion que infundia una nueva idea, el vaho caliente que despedia la nueva sangre, el génio vírgen que exhalaba la nueva vida; esa vida que, partiendo de algunas horas del Calvario; partiendo del dolor de la cruz; partiendo de las lagrimas de una

madre; partiendo de la agonía de Jesucristo; pasando sobre las Germanías de Valencia; trasponiendo algunos centenares de años, barre el globo, limpia aquella casa, porque la tierra es la casa del hombre, y sobre el báculo, sobre la toga, sobre el escudo y sobre el cetro, pone la nueva ciencia, pone la nueva creacion de un libro, de una esfera, de un triángulo, de una herramienta y de un compás, gritando á la Europa espantada: «Ahí tienes nuevos mares; ahí tienes nuevas tierras; ahí tienes nuevos cielos; ahí tienes nuevos mundos.»

No fué el cardador Juan Lorenzo: no fué el tejedor Guillen Sorolla: no fué el carpintero Estellés: no fué el opulento menestral Juan Caro, ni el *rey encubierto*, ni Jaime Ros, ni Vicente Peris, ni el fraile agustino Lúcas Bonet, ni Pedro Balanza: no fué el mayordomo del gremio de pelaires, Juan Crespí; no fué el bonetero Juan Odon Colom; no fué Pedro Begur, ni el desgraciado Simon el Tuerto: fué EL HOMBRE, fué un inmenso martirio, quien movió los brazos contra tanto déspota: fué el mismo que operó en Francia el movimiento de *las Comunas* contra el absolutismo del Estado: el mismo que intentó en Italia el movimiento de las baronías y de los Médicis contra el absolutismo del sacro romano imperio: el mismo que en Sicilia arrojó á Mesina y á Palermo sobre las demasías de la casa de Anjú: el mismo que en la gran Dieta de Spira, ó en la Profesion de Fé de Augburgo, arrojó toda la Alemania sobre el absolutismo del papado.

La ley de estos hechos es la misma: es la lucha de la reforma, de la justicia, de la verdad: es la historia de la protesta.

El siglo XVI, ese gran siglo que vió en Alemania la célebre protesta religiosa, vió en España la protesta política.

Llevad al Norte las Germanías de Valencia y Mallorca, y se llamarán *guerras de religion*. Traed al Mediodía las guerras religiosas de Alemania, y se llamarán *las Germanías de Valencia y Mallorca, ó las Comunidades de Castilla.*

Los comuneros castellanos gritaban: ¡Guerra á Cárlos V! como los agermanados de Valencia y Mallorca gritaban: ¡Guer-

ra á los nobles! como gritaban las comunas francesas: ¡Guerra al Estado! como gritaban los barones y los Médicis de Florencia: ¡Guerra á los reyes alemanes! como gritaban los sicilianos: ¡Guerra á los déspotas franceses! como gritaba la Dieta de Spira: ¡Guerra á los Pontífices!

En todo esto entra la gran ley de la historia: es decir, el hombre, el alma del mundo, y solamente de este modo se puede llegar á comprender la espantosa lucha de las Hermandades de Valencia, que es indudablemente una de las revoluciones más difíciles, más audaces, más sangrientas, más portentosas, que registran los fastos humanos.

Todo fluido eléctrico necesita un alambre, como toda tela necesita una urdimbre.

Los comuneros y los germanos españoles del siglo XVI, no fueron más que las urdimbres de aquella tela, los alambres de aquel fluido eléctrico; pero aquel fluido germinaba en aquella atmósfera; aquel siglo tramaba aquella tela.

¡No lo perderás, noble Valencia, no lo perderás! Lo que se hace por el hombre, en la historia se halla.

¡No lo perdereis, Castilla y Mallorca! El cielo no quiere que se pierda lo que se hace por el esclavo.

¡Tengamos fé! ¡Tengamos esperanza, puesto que tenemos razon: razon y martirio!

Vuestras víctimas luchan por nosotros. Recibid un saludo de sus sangrientos manes, y si os lo permite la veneracion que deben mereceros aquellas sombras sacrosantas de nuestra libertad, á ese saludo de vuestros mártires, unid ¡oh valencianos y mallorquines! una lágrima de mi alma.

Cuando leemos, temblando de respeto, de asombro y de júbilo, los fólios sagrados en que está escrito lo que hicieron nuestros mayores, el ánimo exaltado y agradecido no puede ménos de exclamar: ¡Viva la tumba de nuestros Padres!

ROQUE BÁRCIA.

Madrid 8 de Enero de 1870.

VALENCIA 24 DE JUNIO DE 1521.



Salida de Estellés con los Agermanados de Valencia.

HISTORIA

DE LAS

GERMANÍAS DE VALENCIA.

I

PRELIMINAR HISTÓRICO.

Bajo fatales auspicios se inauguró en España el reinado de Cárlos I.

Este jóven príncipe, nacido en tierra extranjera, y sin haber pisado nunca el suelo español, desconocia, como es consiguiente, nuestros usos, nuestras costumbres, nuestras leyes, nuestro carácter, nuestro idioma; pero la Reina Católica, viendo á su hija Doña Juana, verdadera heredera del trono de Castilla, falta de condiciones intelectuales para ocuparlo, creyó prudente, de acuerdo con su Consejo, llamar á sucederla á su nieto Don Cárlos, hijo de dicha Doña Juana la *Loca* y del Archiduque de Austria D. Felipe el Hermoso; viniendo de esta manera, por primera vez en España, á ceñir la corona de tantos reinos un príncipe extranjero.

¡Fatal destino! Cuando tras ocho siglos de sangrientas luchas se habia conseguido nuestra restauracion é independencia; cuando se creia ver realizada la idea de la gran nacionalidad

Ibérica; cuando una administracion prudente y económica debia curar las dilapidaciones de calamitosos tiempos; cuando conquistábamos nuevos continentes del otro lado de los mares para unirlos á España cual provincias, entónces viene á posesionarse de la herencia de los Alfonsos y Fernandos una casa extranjera.

Las consecuencias de esta impolítica medida no podian hacerse esperar por mucho tiempo.

En efecto: el 18 de Noviembre de 1517 hizo su entrada pública en Valladolid el jóven príncipe Cárlos de Gante, impresionando desagradablemente al pueblo el verlo llegar rodeado de una nube de cortesanos flamencos, cuya fama de rapacidad y avaricia los habia ya precedido en estos reinos.

No pasó desapercibida para aquellos extranjeros la mala impresion que su presencia causaba en los Españoles, y para evitar complicaciones, creyeron prudente esquivar las formalidades del reconocimiento solemne del nuevo Monarca por las Córtes, y el juramento mútuo que pueblo y trono acostumbraban prestarse al principio de cada reinado.

¡Qué poco conocian el carácter de nuestros ascendientes!

Los Castellanos, celosos y resueltos á no faltar á sus antiguas costumbres, se alarmaron al penetrar tales intentos é hicieron que se expidiese inmediatamente la convocatoria de Córtes, á fin de deliberar si habia de reconocerse á Cárlos por Rey, viviendo su madre Doña Juana, Reina legítima, y si se le habia de prestar juramento ántes que él jurara guardar los acuerdos de las anteriores Córtes.

Congregadas éstas en Valladolid, lo mas pronto que fué posible, desde su primera sesion preparatoria, mostráronse ya los Diputados altamente ofendidos al ver ocupar la presidencia á los consejeros flamencos.

Hízose intérprete del general disgusto el diputado Juan Zumel, hombre enérgico, el cual protestó resueltamente, induciendo á los Magnates y Procuradores á que no jurasen á Don Cárlos, sin que primeramente él no lo hiciese á las libertades, usos y buenas costumbres del reino.

Así lo hicieron todos, tanto por las excitaciones del valiente representante del pueblo, como por un sentimiento de dignidad propia; y unánimes en aquel punto, estendieron la fórmula de juramento que habian de presentar al Monarca en la sesion régia.

Celebróse ésta el 5 de Febrero de 1518, y despues del discurso de ordenanza, presentáronle á jurar los Procuradores la fórmula acordada.

Cárlos de Austria juró de buen grado guardar y mantener los fueros de Castilla; pero esquivó la cláusula en que se obligaba á no dar empleos y oficios á extranjeros; visto lo cual, insistió Zumel con palabras respetuosas, pero enérgicas, en que jurara tambien aquello en términos explícitos, á lo que se avino el Rey, aunque dando á conocer en su demudado semblante la repugnancia con que lo hacia.

Entonces los Procuradores, Prelados, Grandes y Caballeros del reino, juráronle y reconociéronle por Rey solemnemente, contando apenas D. Cárlos 18 años; pero cuidando todos de hacer algunas reservas, por si su madre cobraba la plenitud de sus perdidas facultades intelectuales.

Mal efecto causaban estas patrióticas exigencias en el ánimo de los Flamencos, quienes al venir á España incubaban ya en su mente la idea de tratar estos reinos como á país conquistado; dando con su conducta lugar á graves escisiones y orígen al tan célebre cuanto desgraciado levantamiento de las Comunidades de Castilla.

Acallados un tanto los ánimos, resolvió la Córte pasar á Aragon y Cataluña, donde habia de encontrar no ménos fuerte y violenta oposicion para la jura; pero el halago y la intriga fueron templando poco á poco la dureza de aquellos naturales, y al fin acabaron por prestar, aunque de mala gana, el mismo juramento que los Diputados Castellanos.

Grandes fiestas y regocijos tuvieron entonces lugar en toda España, y especialmente Barcelona se esforzó en agasajar al nuevo Monarca.

Que mucho agradeció D. Cárlos las manifestaciones de los

Catalanes, demostrado quedó con su larga permanencia en la capital del Principado.

Y, verdaderamente, motivos se le presentaban de sobra para continuar en la ciudad de los Condes. Durante el año que permaneció en ella, una série no interrumpida de faustos acontecimientos impresionaron el juvenil corazon de aquel mancebo, haciéndole concebir, tal vez, sus ambiciosos planes de grandeza.

Pero concretemos este ligero preliminar.

El 5 de Marzo de 1519 celebró Capítulo general de la Orden del Toison de Oro, lo que dió motivo, por algunos dias, á gran pompa y régia ceremonia. Aún no borrada la impresion de estos festejos, se presentó al Monarca el Duque de Babiera, el cual en nombre de los electores del Imperio venia á ofrecerle la diadema, vacante por muerte de su abuelo Maximiliano. Entónces fué cuando los cortesanos, con su eterna adulacion, sustituyeron el tratamiento de Alteza que acostumbraba á darse á los Reyes, por el de *Majestad*, que prosiguieron usando. Allí recibió la noticia de haber Hernan-Cortés descubierto á Méjico. De allí salió Fernando de Magallanes y descubrió tambien el célebre estrecho que conserva su nombre. Allí vino el Rey de Túnez á prestarle homenaje y á demandar su auxilio contra el corsario Barbarroja, que le habia desposeido de sus Estados. Allí recibió la noticia de la gloriosa victoria alcanzada por Hugo de Moncada en la isla de los Gerbes. Y allí recibió, por último, una embajada del Gran Turco, por medio de la cual quedaron arreglados ventajosamente los asuntos de Tierra-Santa.

Pero el jóven D. Cárlos solo oia los gritos de su ambicion, vivamente escitada con el ofrecimiento de la corona del Imperio, y una vez votados los subsidios que reclamára de las Córtes se dispuso á abandonar estos reinos, y pasar á Alemania, á tomar posesion de la alta gerarquía, para que habia sido elegido, en mal hora nuestra, con tanta más razon cuanto que Francisco I de Francia trataba de disputársela.

Salió en efecto de Barcelona; pero en vez de pasar por Valencia, donde los nobles de aquel reino le llamaban para pres-

tarle juramento, se dirigió por Lérida y Zaragoza á Valladolid, en donde lo dispuso todo precipitadamente para su marcha, y sin escuchar las protestas y reclamaciones que en contra de su ausencia del reino hacian los pueblos, siguió su camino hácia Santiago y la Coruña, donde dió un simulacro de Córtes á los Castellanos, y otorgado por los procuradores presentes, el servicio que pedia para los gastos de su viaje, se despidió de todos, diciéndoles que estaba resuelto á partir para tomar posesion del Imperio; que, Dios mediante, volveria pronto, y que durante su ausencia, reconociesen como Gobernador de Castilla, y Navarra, al cardenal Adriano; como Gobernador y Capitan general de Aragon, á D. Juan de Lanuza, y como Virey de Valencia, á D. Diego de Mendoza, Conde de Mélito. Y ordenadas en esta forma las cosas, el domingo 20 de Mayo de 1820, al amanecer, se dió á la vela para Alemania, con gran placer de los flamencos que ya tardaban en poner á salvo el fruto de su rapiña; pero con sentimiento de España que quedaba cargada de penas y desventuras.

Tales fueron las causas que hacinaron el combustible para la gran hoguera de la guerra civil, que adquirió sus mayores proporciones al ausentarse el Monarca. Y mientras el resto de Europa se agitaba fuertemente á consecuencia de la reforma religiosa iniciada por Martin Lutero, otra reforma, la reforma social, puso en armas al pueblo español, en Valencia y Mallorca contra la tiranía de los nobles, y en Castilla contra el despotismo del Rey y la rapacidad de sus ministros. Y si bien ámbas revoluciones presentaban en la forma un carácter distinto, en el fondo obedecian á un mismo impulso: al espíritu democrático é independiente que siempre ha caracterizado al heróico pueblo español.

Tal era el estado de las cosas y de los ánimos al principiar los acontecimientos que me propongo historiar.

II

ORÍGEN Y PRINCIPIO QUE TUVIERON LAS GERMANÍAS ([1]).

La fundacion de Valencia se pierde en la oscuridad de los tiempos; y ya que los más acreditados historiadores no han podido precisar nada respecto á este punto, contentémonos con saber que cuando por vez primera figura en la historia con este nombre es en tiempo de los Romanos, durante el gobierno en España del cónsul Junio Bruto, quien concedió, segun refiere Tito Libio, algunas tierras y una poblacion, que llamaron *Valencia*, á los soldados de Viriato, una vez sometidos, faltos de jefe, á consecuencia de haber sido villanamente asesinado por los Romanos aquel heróico caudillo, despechados de no poderle vencer en los campos de batalla.

¡Venturosa coincidencia! La patria de Vicente Peris y de José Antonio Guerrero aparece por primera vez en la Historia unida al nombre de los primitivos defensores de nuestra independencia y libertad.

Desde entónces ya siempre figura Valencia entre los princi-

([1]) Como fuentes de esta Historia hemos consultado las obras de Beuter y Viciana, Sandoval, Argensola, Sayas, Escolano, Boix, Balag uer y los historiadores generales de España.

pales pueblos de la Península, ora en tiempo de los Godos, ora en el de los Árabes, quienes hicieron de esta ciudad y su comarca un eden de delicias que tantas lágrimas les costára abandonar, vencidos en un principio por los esfuerzos del Cid, y despues por las huestes de Jaime I, quien la rescató definitivamente del poder de los infieles.

Domináronla desde entonces los reyes de Aragon hasta la muerte de Fernando el Católico, dotándola de leyes sábias y prudentes, cumpliendo así los deseos testamentales de D. Jaime.

Felices vivieron los Valencianos mientras durára el gobierno de los descendientes del célebre Conquistador; pero concluida la rama directa á la muerte de Juan I, la influencia y el voto de San Vicente Ferrer, célebre hijo de dicha ciudad, trajeron, en virtud del acuerdo de los compromisarios de Caspe, un príncipe castellano para sentarlo en el trono de Aragon, dando principio D. Fernando el de Antequera á una nueva dinastía que habia de concluir por ceñir en una sola cabeza la corona de los Jaimes y Fernandos.

Pero con la nueva dinastía vinieron tambien á Valencia nuevas costumbres. El despotismo y el fausto castellano fueron poco á poco viciando el carácter benévolo y sóbrio de aquella nobleza, y, como es consiguiente, á nuevas necesidades que satisfacer, nuevos tributos y vejaciones que imponer al pueblo.

De aquí el origen del disgusto y odiosidad que fué poco á poco dividiendo á nobles y plebeyos hasta justificar las sangrientas y encarnizadas luchas de las Germanías, donde un pueblo siempre noble, siempre heróico é independiente, demostró que vale mucho más morir con honra, que vivir la vida de la afrenta.

Pero no precipitemos los sucesos.

Hemos dicho que el advenimiento de los Castellanos á la corona de Aragon fué orígen de grandes males para estos reinos, y tratarémos sumariamente de probarlo.

Con D. Fernando de Antequera y sus hijos los infantes de Aragon vino primero la guerra civil, sostenida por el Conde de

Urgel y sus parciales. Concluida ésta con la derrota y prision del pretendiente, nuevas turbulencias surgieron á causa de los manejos de los Infantes, que no cesaban de inmiscuirse en los asuntos de Castilla. Murió D. Fernando, y su hijo D. Alfonso, que ocupó el trono, cobró tanta aficion á los asuntos de Italia, que abandonó su casa y su corona, conquistándose con su espada y su talento nuevos Estados y el dictado de *Sábio* con que lo conoce la Historia. Pero su alejamiento de Aragon fué causa de graves males y escándalos en estos reinos, como lo justifica el alevoso asesinato del desgraciado Conde de Urgel, efectuado en su misma prision de Játiva por los hermanos del Rey, quienes temian llegase aquel magnate á servir de bandera á los naturales para disputarles sus derechos.

Grande fué la irritacion de Catalanes y Valencianos al saber el hecho, puesto que al fin el Conde era descendiente de D. Jaime; pero más acostumbrados ya los nobles á la paz y á los placeres de sus palacios, que á las fatigas de los campos de batalla, siguieron indiferentes precipitando, con su conducta poco digna, la decadencia de estos reinos. Ya no salian de sus puertos las temidas flotas de Roger de Lauria, que convirtieran el Mediterráneo en un canal aragonés; ya los esforzados Caballeros no empuñaban sus armas, terror de los infieles, para defender nuestras costas; pero en cambio procuraban imitar el fausto de los Grandes de Castilla, y como sus recursos no bastasen, de aquí las vejaciones y los contínuos disgustos del pueblo, llegando el caso, segun refiere en su Historia Sandoval, «de mandar hacer cualquier obra á los menestrales y no pagársela, y si reclamaba el artesano, darle de palos, con escarnio de la justicia y contra todo derecho.»

Sufria el pueblo con resignacion tantos males, confiado en mejores tiempos; pero ya no fueron solo estos temores los que le sobresaltaban: los corsarios berberiscos, dueños del mar, dieron en piratear las costas de Valencia y en saquear los pueblos de la marina, sin que los caballeros, que se encontraban seguros en sus castillos, desnudaran la espada en su defensa.

Cuentan las crónicas antiguas, que el año de 1503, estando en el trono Fernando el Católico, un Capitan turco llamado Cherrim amaneció un dia, 14 de Julio, con once fustas sobre un lugar, entre Valencia y Gandía, llamado Cullera, saqueándolo y cautivando á muchos, sin que de nadie fueran socorridos. Quejáronse al Rey, y para resguardar á los pueblos en lo sucesivo de tales sorpresas, mandóles, accediendo á sus deseos, que todos los menestrales se armasen de diez en diez, y que eligiesen sus capitanes que los guiaran en los rebatos. Los nobles, que hasta allí solo habian sido los autorizados para usar armas, supieron con disgusto la voluntad del Rey; pero como su inercia, ó falta del antiguo valor con que conquistaron el reino, habia dado lugar á la medida, se conformaron con lo dispuesto. «Pero »como el Comun se dió á las armas y los caballeros á los delei»tes, que el reino es ocasionado para ellos, vino el Comun en »tener en nada á los nobles y aun á aborrecerlos mortalmente, »porque se daban á las Moras, y les tomaban por fuerza á las hi»jas y parientas, y hacian otros desafueros intolerables.» (Sandoval, lib. III, párf. X.)

De mal en peor siempre las cosas de Valencia, una sorda agitacion conmovia las masas, como si un impulso extraño y misterioso las lanzara por sendas desconocidas, cuyo término no está en las facultades humanas prever.

Pronósticos de desolacion y ruina, señales y apariciones absurdas, que corrian con validez de boca en boca, traian á la gente sencilla atemorizada y confusa, temiendo con razon la proximidad de tremendos males. El mismo Viciana, cronista de aquel tiempo, refiere que hallándose un dia oyendo misa en la catedral, fué interrumpido de súbito el Santo sacrificio por la aparicion de un campesino, que penetrando por la multitud y avanzando hasta el sacerdote, le ofreció dos velas, una colorada y otra blanca, y dirigiéndose á D. Luis de Cabanilles, Gobernador de la ciudad, le entregó una espada desnuda exclamando n alta voz: «¡Haz justicia, oh juez!» Luego, sin cuidarse de los murmullos ni del asombro de los asistentes, arrojó su capa á los

piés del Justicia criminal D. Juan Onofre Cruilles, diciéndole: «Alerta D. Juan, que la ciudad y reino están amenazados de una gran calamidad!» y desapareció, dando con esto orígen á los mas extraños comentarios.

Poco despues llovió en Valencia por espacio de cuarenta dias, ocasionando tan constante temporal el hundimiento de mas de cien casas. A consecuencia de esto salió el Túria, inundó la huerta, destruyó puentes y penetró en Valencia arrastrando en sus aguas por las calles los cadáveres de los que perecian.

Compañera inseparable de estas calamidades, se presentó á continuacion la peste, acabando de consternar con sus estragos á los desventurados Valencianos.

Corria á la sazon el año de 1519, á tiempo que el rey Don Cárlos, recien venido de Alemania, se encontraba en Barcelona, como ya en el preliminar dejamos indicado. Gobernábase Valencia á nombre del Rey, por dos cabezas: D. Hernando de Torres, bayle mayor, y D. Luis de Cavanilles; caballeros de buenas prendas, pero faltos de energía para llenar el alto puesto que les estaba confiado.

Estas autoridades, en vez de tomar patrióticamente las medidas que lo crítico de la situacion reclamaban, huyeron de la ciudad, acompañados de gran parte de la nobleza, dejando al pueblo sin el correspondiente gobierno en tan aflictiva situacion.

¡Vergüenza grande, y falta de valor cívico que, irritando al pueblo, acabó de lanzarlo por el camino de sangre y de venganza á que se le empujaba!

III

ÁRMASE EL PUEBLO CONTRA LOS MOROS.—SERMON EN LA CATEDRAL. PRIMEROS ALBOROTOS EN VALENCIA.

Llena estaba la copa del sufrimiento, y solo faltaba una gota para hacerla rebosar.

Los menestrales, irritados por el abandono en que los dejaba la huida de sus gobernantes y grandeza, hicieron correr la voz de que los argelinos preparaban un desembarco en aquellas costas, y con arreglo á lo dispuesto por el Rey Católico para tales casos, empezaron á armarse y se prepararon á la defensa.

En tan críticas circunstancias subió un dia al púlpito en la Catedral un fraile, llamado Luis Castellví, y con más fanatismo que prudencia predicó un violento sermon contra las impiedades y nefandos vicios cuya existencia afirmó ser la causa de verse afligidos los Valencianos con el azote de la peste. Ensañóse particularmente el predicador contra el vicio de la sodomía; y el pueblo, que sólo buscaba un pretesto para estallar sus iras, salió á la calle frenético, resuelto á exterminar á cuantos encontrase manchados con tan feo vicio. Afirmóse por alguno hallarse en este caso un tonsurado á cuya casa se dirigieron en tropel, y cogiéndole desprevenido, allí hubieran puesto fin á su existencia,

á no mediar personas de respeto que consiguieron lo llevasen á la cárcel eclesiástica para ser juzgado. El Vicario general declaró no hallar pruebas suficientes para sentenciarlo; pero, sin embargo, para calmar el motin, ordenó fuese expuesto á la vergüenza durante la misa mayor, y conducido despues á un encierro. Esto no satisfizo al pueblo, que trató á la salida apoderarse del reo para arrastrarle, lo que visto por el Obispo de Gracia, que durante la ausencia del Arzobispo gobernaba la diócesi, dispuso retenerlo en la sacristía, y cerrar las puertas de la iglesia.

Volvieron á mediar las pocas personas influyentes que allí se hallaban, tales como el Marqués de Zenete, el Subdelegado del Gobernador, D. Manuel Exarch, y el Jurado Tomás Vivax, y cuando ya creian disuadir á los amotinados de su intento, circuló entre las turbas la noticia de que las autoridades eclesiásticas tenian gran empeño en salvar al sodomita, y tomando amenazadoras proporciones el motin, enarboló un hombre del pueblo una bandera de lienzo, y dando el grito de *«al palacio arzobispal»* se lanzaron en aquella direccion profiriendo denuestos y amenazas.

Una vez llegados á aquel edificio, y encontrando todas las puertas cerradas, reclamaron á grandes voces que se les entregara el preso, que se custodiaba en la sacristía de la catedral, pues de no hacerlo así, ellos le sacarian de grado ó por fuerza, sin que le valieran las órdenes ni lo sagrado del lugar donde se encontraba.

Pero los del palacio, en vez de buscar algun medio para aplacar á las turbas y evitar el conflicto, provocaron con un acto imprudente la irritacion del pueblo y las escenas de venganza á que luego se entregaron.

Cuando mas empeñadas estaban las turbas, á la verdad compuestas en su mayor parte de chiquillos y gente vagabunda, abrióse repentinamente una de las puertas del palacio, y saliendo con rapidez por ella el nuncio Juan Sapena, acometió al que llevaba la bandera, y arrebatándosela, volvió con ella á gua-

recerse en el palacio, sin que la sorpresa y prontitud de la accion diese tiempo á ninguno para impedírselo. Y como si esta provocacion no fuera todavía bastante, disparóse á la multitud desde uno de los balcones un arcabuzazo, que acabando de exasperar á las turbas, arrojaron una lluvia de piedras á las ventanas y balcones, y pusieron fuego á las puertas.

Desistieron entónces de reclamar la órden para que les fuera entregado el preso, y sin llevar más adelante su agresion contra el palacio, se volvieron en confuso tropel hácia la catedral, y forzando un postigo, penetraron en la iglesia, llenando su inmensa nave y atronando el espacio con los gritos que reclamaban la cabeza del desgraciado sodomita.

Atemorizado el Vicario, y creyendo aplacar el desórden, mandó tocar la campana del Entredicho, declarándolo en la ciudad. Los amotinados se cuidaron poco de estos anatemas y siguieron con nuevo furor en sus amenazas, sin que consiguieran tampoco aplacarlos, las procesiones que salieron de las parroquias de Santo Tomás, San Estéban y San Salvador, llevando el augusto Sacramento.

Cuanto mayor era el empeño del clero en salvar al reo, mas crecia la tenacidad del pueblo en reclamarlo para ejecutar en él un tremendo castigo.

Viendo entónces inútiles estas disposiciones religiosas, se convocaron, de órden del teniente de Gobernador, los Clavarios de los oficios en la casa del Consejo. Acudieron éstos, y recibieron el encargo de reunir inmediatamente á sus gentes de armas para ayudar á las autoridades á restablecer el órden. Los Clavarios escucharon con frialdad este mandato, contestando «que la Iglesia no debia protejer á los sodomitas,» y con mal talante se salieron del Consejo, vertiendo de paso algunas amenazas.

Durante esta conferencia, consiguieron los amotinados apoderarse de su víctima, y dueños de su persona, lo condujeron al lugar del suplicio, delante de San Sebastian, y lo arrojaron á la hoguera.

Satisfecho el pueblo con el triunfo obtenido, más por la hu-

millacion de la justicia eclesiástica que por la consumacion de su venganza, no dejaron de comprender las represalias á que en lo sucesivo podrian exponerse si vivian desprevenidos.

Desde este dia empezaron á armarse con más órden, y pretestando siempre la guerra de los Moros, los individuos más influyentes de los gremios dieron cierta organizacion á las fuerzas populares.

En tanto el rigor de la epidemia no cedia, y como la gente noble y bien acomodada siguiesen emigrando, acabaron los plebeyos por apoderarse de hecho del gobierno de la ciudad, empezando sus síndicos y notables á tomar las medidas que creian más convenientes en tan aflictiva situacion.

La coyuntura no podia presentarse más propicia para sacudir el yugo de los nobles, cuyo orgullo y tiranía habia llegado á un estremo altamente perjudicial. Dominados los tribunales por su influencia, no solo no encontraban los plebeyos aquella justicia imparcial que tan respetada fué en los antiguos tiempos, sino que ni aun Abogados habia que quisieran tomar á su cargo la defensa de sus querellas.

Ni el honor, ni la propiedad; ni las vidas de los menestrales estaban libres de los atentados de los nobles, llegando su audacia, segun refieren los historiadores más verídicos, hasta el caso de arrebatar á una desposada al salir de la iglesia de entre las manos del marido y de sus padres.

En resúmen: aquellos magnates, escoria de la nobleza de pasados tiempos, ya que no tenian el valor suficiente para rechazar los rebatos de los Moros en las costas valencianas, ni la patriótica abnegacion de socorrer con sus personas y caudales á los de la capital en las tribulaciones de la peste, poseian el cinismo y el atrevimiento suficiente para vejar y atropellar al pueblo, confiados en la impunidad de sus desafueros, y en la lenidad é impotencia de la justicia.

Pero tarde ó temprano el sufrimiento de los pueblos se apura, y entónces ¡ ay de los que han sido causa de la exaltacion de sus iras!

IV.

Organízanse los gremios.—Revista de los carpinteros.—Juan Lorenzo.—Su discurso.—Mensaje al Rey.—Eleccion de los Trece.—Guillen Sorolla.—Mensaje de los nobles.—Nueva embajada del pueblo y definitiva organizacion de las Germanías.

Viendo los Regidores de Valencia el sesgo alarmante que tomaban las cosas, y cómo los artesanos, so pretesto de apercibirse contra los Moros, llevaban adelante su armamento y organizacion, hasta el punto de formar por gremios batallones con sus jefes y banderas, y pasar sus correspondientes revistas el dia del Santo Patron de cada oficio, empezaron á abrir los ojos á la realidad, y á conocer que el motin iniciado por la quema de los sodomitas, tomaba un carácter político-social que ya no se curaban de ocultar los populares.

Preparábanse en aquellos dias los carpinteros para hacer la correspondiente reseña de su gente el dia del evangelista San Lúcas, y queriendo las autoridades tomar algunas medidas para cortar el gérmen de los trastornos que empezaban á temer, mandaron pregonar un bando en que se prohibia, bajo severas penas, que ni los carpinteros, ni ningun otro oficio, pudieran en lo sucesivo hacer semejantes manifestaciones.

Convocáronse en el acto los gremios en la cofradía de carpinteros para acordar la conducta que debian seguir, en vista de lo dispuesto por los Regidores, y allí, protestando todos del

derecho que les asistia para tales revistas, y alentados en particular por los pelaires, acordaron desestimar el bando y llevar adelante la manifestacion proyectada.

En efecto; el dia señalado aparecieron los carpinteros en la plaza de la Seo armados á la usanza de la época, y á pesar de los Regidores, que les ordenaron disolverse en el acto, efectuaron su revista y pasearon, tambor batiente, por las principales calles de la ciudad.

Este nuevo desaire á las autoridades, acabó de deslindar el campo que cada uno ocupaba; y no oscureciéndose á los menestrales las consecuencias que en lo sucesivo tendrian que afrontar, se citaron y convocaron á primeros de Octubre para una reunion general de gremiós. En esta Asamblea nombraron un representante por cada oficio, que, en union de los designados por los labradores de los cuatro cuarteles de la contribucion de Valencia, acordaran y redactaran las bases de la nueva Hermandad ó *Germanía*, jurando valerse entre sí, en lo sucesivo, con haciendas y vidas, contra los caballeros y contra todos los que trataran de tiranizarlos.

Ejercia por entonces gran influencia en el pueblo un artesano llamado Juan Lorenzo, hombre ya entrado en años, de no mediana instruccion, de palabra elocuente y de cabeza revolucionariamente organizadora. Sus sábios consejos y justificados vaticinios habian acostumbrado á las gentes á considerarlo como un oráculo. De aquí que los ojos de todos se volviesen, en tan críticas circunstancias, hácia Juan Lorenzo, ávidos de oir su parecer, á fin de ajustar su conducta á sus palabras.

Escuchó Juan Lorenzo los deseos de sus conciudadanos; apreció las quejas que el pueblo tenia contra los caballeros y las razones de agermanarse, y decidiéndose, por fin, á tomar á su cargo el remedio de tantos males, expuso en un elocuente discurso la razon que asistia al pueblo para demandar justicia, igual para grandes que para chicos, y supuesto que habian jurado agermanarse, propuso: «que se nombrara, á pluralidad de »votos, un Jurado ó Directorio de trece personas, á cuyo cargo

»y gobierno estuviese la direccion del bien comun y particular, »y la administracion de justicia con igualdad; y que estos hubie»sen de juzgar por sola razon natural y arbitrio de prudentes, y »no por fueros de leyes; porque de esta forma se pagarian las »deudas, sin trampas ni dilaciones, y cesaria la Babilonia de »glosas é interpretaciones de juristas, que traian apuradas las »haciendas y la paciencia. Que la eleccion de los trece, hacedera »por la memoria de Cristo, Nuestro Señor, y de los doce Após»toles, fuese tan solamente de labradores y mecánicos, y que »estos tuviesen la administracion con supremo poder para solo »un año, y á ellos hubiese de obedecer el pueblo.»

Aprobaron todos unánimes el prudente consejo de Juan Lorenzo, y declararon, para su buena hermandad y concordia, que cada año hubiesen de componer aquel Jurado un pelaire, un tercipelero, un tejedor y un labrador, por ser los más numerosos, y los demás oficios que sorteasen, y los nueve restantes que saliesen agraciados nombrasen por aclamacion en cada gremio al que juzgasen más á propósito para representarlos, y que así se continuase los demás años con los restantes, hasta que todos hubiesen turnado en el gobierno.

Tomados estos acuerdos, y á fin de que en ningun tiempo pudieran acriminarles que desconocian la suprema autoridad del Monarca, levantaron acta de lo acordado los Síndicos de los oficios, y se la remitieron al Rey, solicitando su consentimiento.

Recibió benévolamente D. Cárlos en Barcelona la carta que enviaban los menestrales, y con fecha 25 de Noviembre de 1519, les contestó con otra suya, avisándoles que en cuanto mejorara el estado de la salud pública en Valencia, iria á celebrar Córtes, si los altos negocios del Estado se lo permitian; que lo que habian resuelto de armarse y agermanarse por oficios, muy bien le parecia, con tal que hiciesen buen uso de ello; que escribia otra carta al Gobernador para que no se opusiese nadie á sus pacíficas manifestaciones, y cuidara de que todo se hiciera con arreglo á justicia; y finalmente, que comunicasen con él todo lo que tuviesen hecho y en adelante hicieran.

Mensajero de esta carta vino á Valencia Micer Garcés, natural de Zaragoza, y del Consejo de Aragon, para investigar si lo que pedian los menestrales era justo, y en todo caso vigilar la legalidad del nombramiento de la Junta que solicitaban.

No aguardaban otra cosa los Síndicos de los gremios, por lo que, en cuanto tuvieron conocimiento de la carta del Rey, convocaron á todos los afiliados en la Hermandad, y bajo la presidencia del dicho Micer Garcés, procedieron á la eleccion de los Trece, resultando elegidos:

Anton Garbí, pelaire; Sebastian de Noha, vellutero; Guillen Sorolla, tejedor de lana; Vicente Montoli, labrador; Pedro Villes, tundidor; Pedro Bage, curtidor; Damian Isern, guantero; Alonso Cardona, cordonero; Juan Hedo, botonero; Jerónimo Cervera, cerero; Onofre Peris, alpargatero; Juan Sancho y Juan Gamis, marineros.

De todos los elegidos, el más notable era Guillen Sorolla, el representante de los tejedores de lana, el cual unia á un físico simpático y recomendable, un carácter fogoso y un entusiasmo decidido por la causa de la Germanía. Gaspar Escolano, en el libro X de su *Historia de Valencia*, dice respecto á este célebre representante del pueblo: «Maravilla era ver el respeto y obe»diencia que les tenian (á los Trece), que no se les igualaba »jurado, ni justicia, ni oficial real; pero sobrepujaba á todos en »autoridad y estima el Sorolla, porque le dió naturaleza mayo»res y más levantados pensamientos de lo que llevaba su baja »condicion, y áun le acompañó de mucho artificio, con que sa»bia enseñorearse de los corazones del pueblo.» Era natural de la villa de San Mateo, hijo de un pobrísimo menestral llamado Guillen Castelví; ganoso de campo mas ancho donde desarrollar las maravillosas facultades con que natura quiso dotarle, vino á Valencia al calor de un tio suyo, tejedor de lana, llamado Sorolla, de quien tomó el apellido y el oficio.

Aunque una de las cláusulas de la institucion del Jurado de los Trece desterraba todo género de superioridad entre sí, ocupando en cada sesion cada uno por turno la presidencia, fué

tanto su ascendiente, y se granjeó tan de veras el aprecio de sus colegas, que le reconocieron implícitamente por cabeza, con tal extremo que su voluntad era la de todos.

Sorolla, á su vez, reconocia la superioridad y sano criterio de Juan Lorenzo, por lo que trató desde luego de asociarse con el sábio pelaire, viniendo á representar el uno la cabeza y el otro el brazo de aquel levantamiento.

Con extraordinarias demostraciones de alegría celebró el pueblo el nombramiento de los Trece. Al ruido de estos acontecimientos, y á causa de ir ya aflojando los rigores de la peste, empezaron á regresar á la ciudad los Caballeros, y viendo el mal aspecto que para ellos las cosas presentaban, convocaron una reunion de la nobleza y acordaron que una comision de ocho indivíduos de su seno, partiese con toda diligencia á Barcelona, á dar cuenta á D. Cárlos del peligroso estado de los ánimos del pueblo, y á suplicarle que, abreviando las cosas, viniese á Valencia á celebrar Córtes y á jurar sus fueros, pues de ello dependia la tranquilidad del Reino. Y como para hacer más fuerza, acompañaron al Monarca una carta que habian sorprendido al capitan de los agermanados del cuartel del Campanar, en la que incitaba á los de Binalesa á que se agermanasen y armasen como los de Valencia, para ayudar á sus hermanos á sacudir el yugo de los *tiznados*, que así apellidaban á los nobles por su ilícito trato con las Moras, su irreligion y sus vicios.

Escuchó D. Cárlos á los comisionados de la nobleza, y queriendo tenerles propicios para sus planes ulteriores, accedió á lo que le demandaban respecto á los agermanados, expidiendo una órden para que se abstuviesen de usar armas y pasar revistas, y entregasen todo su equipo militar en las respectivas cofradías.

Con esto y con algunas vagas promesas del Rey, respecto de su viaje á Valencia, dieron la vuelta los nobles comisionados y remitieron á los Trece copia del mandato de D. Cárlos.

Leyóse este en Asamblea general de los gremios y su lectura pareció consternar á los agermanados, lo que visto por Juan Lorenzo, se levantó, imponiendo silencio con la gravedad de su sem-

blante, y con enérgicas frases y arrebatadora elocuencia les dijo: «que las medidas hasta allí tomadas por el pueblo era el mejor »servicio que podian hacer á Dios, al Rey y á la pátria; que »si S. M. habia dictado aquellas disposiciones, de seguro era »debido á las sugestiones y falsos informes de los nobles; que »una vez emprendida la lucha contra la tiranía de éstos, no era »de corazones esforzados el declararse vencidos á la primera »contrariedad, y que si los nobles habian enviado una embajada »á D. Cárlos en ódio á los plebeyos, que éstos á su vez debian »enviar otra con el memorial de sus agravios y la justificacion »de la necesidad en que se habian visto de armarse y agerma- »narse, como ya en su anterior carta le habian manifestado, »para afrontar la inminente invasion de los Argelinos y las tro- »pelías de los malos Caballeros.»

Acostumbrados los menestrales á guiarse por el consejo de Juan Lorenzo, quien sin ser nada en el Directorio de los Trece lo era todo con el pueblo, no dudaron en avenirse á lo que proponia, máxime cuando Guillen Sorolla, el tejedor de lanas, apoyó con fogosas palabras y patriótico entusiasmo las razones del pelaire.

Aceptada la idea, se nombró en el acto una comision compuesta del mismo Juan Lorenzo, Guillen Sorolla, Juan Coll y Juan Caro, todos artesanos y decididos defensores de la Germanía.

Puestos en camino inmediatamente para Barcelona, encontraron al Rey en vísperas de partir para su proyectado viaje de Alemania, y se apresuraron á presentarle el Memorial de sus quejas y pretensiones.

Creyó D. Cárlos y los de su Consejo que aquella era la ocasion oportuna de conseguir de los Estamentos de Valencia cuanto se habian propuesto; esto es, que en su ausencia y á su nombre celebrasen Córtes en aquel reino los tios del Rey ó el Duque de Segorbe, para que le jurasen y votasen los impuestos, dejándoles entrever la certeza de que, á no hacerlo así, accederian á las peticiones de los plebeyos.

Con este objeto, salió inmediatamente para Valencia el Cardenal Adriano; pero los nobles, oida la pretension, contestaron que «mejor querian perder sus vidas y haciendas que no infrin»gir sus fueros; que pues el Rey habia estado tanto tiempo en »Barcelona, viniese algunos meses á celebrar las Córtes de aquel »reino y á cumplir con las costumbres establecidas por sus an»tepasados.»

Noticiosos los del Consejo del Monarca de la terminante negativa de los Estamentos de Valencia, trataron muy bien á los comisionados del pueblo, y especialmente Mr. Chevres los colmó de distinciones, influyendo en el ánimo del Rey para que accediese á todo lo que pedian, creyendo de este modo vengarse de la negativa de los nobles y abatir su orgullo.

En efecto, D. Cárlos accedió á lo que solicitaban los Diputados de las Germanías, y en carta fechada en Fraga confirmó todo lo que habian hecho, autorizándoles definitivamente para agermanarse por gremios, y seguir obedeciendo los acuerdos del Jurado de los Trece, siempre que sus disposiciones no se opusiesen á la autoridad de su Gobernador ni á la justicia del reino.

Altamente satisfechos con esta carta y con las deferencias de D. Cárlos y de sus Ministros, regresaron á Valencia Juan Lorenzo, Sorolla, Caro y Coll llenos de júbilo.

No bien supo el pueblo el feliz resultado obtenido por sus representantes, salió en tropel á recibirlos, y como llegaran de noche á las puertas de la ciudad, fueron acompañados en triunfo y con grandes luminarias hasta el palacio del Cardenal Adriano, donde presentaron la carta del Rey.

Reunidos despues en Asamblea general de gremios, dieron cuenta detallada de la gestion de su cometido, y satisfechos y orgullosos con el triunfo que acababan de conseguir sobre los nobles, acordaron para el domingo inmediato, 29 de Febrero, una gran revista de todas las fuerzas de los gremios, so pretesto de que convenia saber con cuánta y con qué gente armada se contaba para el caso de un desembarco de Moros.

No era este solo el objeto que se proponian los Trece; que-

rian, aprovechando la estancia en Valencia del Cardenal Adriano de Utrech, (maestro que habia sido del jóven D. Cárlos y colega de Cisneros en la regencia del reino, Obispo en la actualidad de Tortosa y Consejero del Rey, Regente después de Castilla, y últimamente Papa bajo el nombre de Adriano VI), y tambien aprovechando la permanencia del no ménos notable D. Antonio Agustin, Vice-canciller de la Corona de Aragon y padre que fué del célebre Arzobispo de Tarragona del mismo nombre, los cuales habian ido á Valencia, como ya dejamos indicado, á celebrar Córtes en nombre del Rey, ó á preparar los ánimos de los grandes con aquel objeto, querian, pues, los agermanados que su revista fuese presidida por tan elevados personajes, á fin de dar de este modo á la causa del pueblo un colorido oficial que no dejase la menor duda de la proteccion que les dispensaba el Monarca.

La ocasion no podia ser más oportuna ni más propicio el momento.

Las gestiones del Cardenal para con los grandes del reino continuaban siendo infructuosas. Encerrados en su negativa, particularmente los nobles y el clero, y escudados con la no interrumpida práctica de sus fueros, declararon definitiva y terminantemente al Cardenal, que del Rey en persona era de quien aguardaban recibir el juramento, y á quien exclusivamente estaban dispuestos á prestarlo.

Tan rotunda negativa indignó al Cardenal, y más aún al Monarca cuando lo supo, y este fué el momento oportuno que aprovecharon los agermanados para efectuar su revista.

El Rey, y en su representacion el Cardenal Adriano, patrocinaron ostensiblemente los deseos del pueblo, en ódio á la nobleza, no advirtiendo, como dice muy oportunamente el Sr. Balaguer en su *Historia de Cataluña*, que esto era arrojar más combustible al fuego que ardia ya demasiado, y creyendo erradamente que podrian dominar y encaminar la revolucion cuando les conviniera: como si la misma facilidad hubiera en prender un incendio que en apagarle.

¡Lamentable error de todos los tiempos, y de que es fiel ejemplo el actual estado de España!

Lanzan cuatro ambiciosos al pueblo, lo mismo en aquel siglo que en el presente, por la senda de la revolucion y de la verdadera reforma, cuando conviene á sus cábalas y amaños, y tratan despues, contra toda razon y contra toda justicia, de ahogar sus aspiraciones, una vez logrado su intento, aunque para conseguirlo tengan que derramar torrentes de sangre generosa.

La revista general de las fuerzas populares se efectuó pues, autorizada y presidida por el Cardenal Adriano, asistiendo á la solemnidad el Vice-canciller D. Antonio Agustin, el Regente Garcés, y todos, ó casi todos los que tenian empleo ó carácter oficial.

Presentáronse los agermanados lujosamente vestidos, en número de ocho mil hombres y cuarenta banderas, con sus correspondientes jefes y oficiales y pertrechos de guerra, y desfilaron por delante del Cardenal, abatiendo al pasar sus banderas, haciendo salvas y dando ¡vivas! al Rey, quedando muy pagado el Cardenal de su buen espíritu y marcial continente.

Alentados los populares con aquellas muestras de deferencia del representante del Rey, fueron al dia siguiente á su palacio á darle las gracias y á besarle las manos por la honra que les habia dispensado, protestando de nuevo de su lealtad y respeto.

Entre tanto comisionaron de nuevo los nobles á D. Alonso de Vilaregud con cartas para suplicar al Rey que no abandonase la Península sin visitar á Valencia y poner arreglo en las cosas que tan perturbadas se presentaban, y alcanzándole en Lérida y enterado D. Cárlos de la mision que le traia, respondió que sentia en el alma no visitar aquel reino por no poder demorar su partida para Alemania, pero que procuraria su sosiego por todos los medios posibles.

No bien se despidió del Rey D. Alonso de Vilaregud, cuando vino tras él á Valencia otra carta, fechada en Lérida el 1.° de Febrero, tentando de nuevo los ánimos de los Estamentos para que jurasen á D. Cárlos en la persona de su representante; pero, como

anteriormente, negáronse á efectuarlo la nobleza y el clero, no consintiendo que por aquel pretexto fueran violadas sus antiguas costumbres.

Alentados los plebeyos, como á sí propios se llamaban, con el mal resultado de las gestiones de los nobles cerca del Rey y de la proteccion que á sus Germanías ostensiblemente les dispensaba, levantaron el vuelo á más altas empresas y trataron de soliviantar contra los nobles á todo el reino. A este fin enviaron copia á todos los pueblos de la carta-autorizacion de la Germanía otorgada por el Rey en Fraga, invitándoles á agermanarse, y rogándoles que contribuyesen por su parte á tan patriótica obra, tanto más cuanto que iba encaminada á emanciparlos para siempre de toda tiranía.

Grande efecto surtió en las poblaciones rurales la lectura de la carta otorgada por el Rey á los Trece de Valencia. El movimiento empezó á cundir por todas partes imponente y amenazador, previéndose ya por el estado de los ánimos un desenlace sangriento.

Játiva fué la primera poblacion importante que secundó las Germanías, y á la verdad que no le faltaba motivo para ello. Dos hijos del pueblo habian sido traidoramente asesinados por los nobles, y la justicia, en vez de ejecutar un ejemplar castigo que sirviera de saludable escarmiento, procedia con flojedad, temerosa como siempre de indisponerse con la grandeza.

A Játiva siguió la villa de Murviedro, donde ya tuvieron lugar escenas de sangre y de venganza por la resistencia de algunos, acabando por agermanarse todos los pueblos desde Alcira hasta Orihuela.

Los Trece de Valencia llevaban un empadronamiento ó libro, donde sentaban los nombres de los nuevos agermanados, y les daban copia legalizada de la carta Real, la cual publicaban y juraban en sus respectivas localidades, procediendo á armarse y á nombrar sus Juntas y Capitanes para todo evento.

En resúmen, la revolucion se hizo general, siendo ya inminente un rompimiento.

V.

Asamblea de los nobles.—Nombran una Junta de Veinte.—Nuevos motines en Valencia.—Mas comisiones al Monarca.—Nombramiento de Virey.—Disensiones sobre eleccion de Jurados.

Viendo los nobles desvanecerse por momentos el predominio que hasta allí habian ejercido con el pueblo, y que no sólo ya en Valencia y en las demás poblaciones libres, sino hasta en los mismos lugares de su antiguo señorío prendía el fuego de la revolucion, agermanándose los plebeyos y ocupando de grado ó por fuerza los castillos, á nombre del Rey, y viéndose por otra parte desamparados de éste, que estaba ya en la Coruña á punto de embarcarse para Alemania, acordaron convocar á todos los grandes del reino á una Asamblea general donde pudieran discutir y resolver los medios de hacer frente á la revolucion que contra ellos se estaba operando.

Y, en efecto, hacian bien en precaverse, pues no podian aguardar más sino recoger en desastres y desventuras lo que habian sembrado en liviandades y atropellos.

Acudieron al llamamiento de los nobles de Valencia todos los Señores de las inmediaciones en cuyos dominios habia ya prendido el fuego de la Germanía, y de los pueblos de allende el Jucar, cuyos naturales aún no se habian alzado en armas para

secundar el movimiento, solo compareció D. Pedro Maza, Señor de Mojente, pues los demás temian perder sus Estados si de ellos se ausentaban.

Una vez reunido el mayor número de nobles que fué posible, nombraron una Junta suprema de veinte individuos de su estamento con plenos poderes para acordar, de concierto con los otros brazos del reino, los medios que creyesen conducentes á la pacificacion de los ánimos y al antiguo encauzamiento de las cosas.

Aún continuaba por aquellos dias, que eran los primeros de Febrero, el Cardenal Adriano en Valencia, sin haber podido recavar el juramento que trataba le prestasen por el Rey, cuando un tal Pedro Malet, capotero de oficio, consintió á un aprendiz suyo, sin proceder al exámen que en tales casos debian hacer los mayorales del gremio, que abriese tienda en la plaza de Santa Catalina. Advertido el Síndico y Capitan de los capoteros, acudió en queja al Gobernador, protestando contra aquel atropello de sus costumbres. El Malet, que estaba interesado en protejer á su aprendiz por cierta cantidad que éste le habia dado, buscó medio de que interviniera con el Síndico el Señor de Pardines D. Diego Jofré, á fin de hacerle retirar su protesta, lo que al fin consiguió valido de su autoridad; pero habiéndose ausentado de Valencia por algunos dias dicho D. Diego y creciendo de punto las reclamaciones de los gremios en contra de Malet y su aprendiz, volvió el Síndico á presentar la querella. Súpolo el Caballero que apadrinaba á aquellos artesanos, voló á Valencia y encontrando al Síndico, sin más razones, le dió de cuchilladas por haber faltado á su promesa.

Acudió á la sazon D. Rodrigo de Mendoza, Marqués de Zenote, caballero muy querido del pueblo, tal vez el único que habia sabido hacerse respetar por sus altas prendas y nunca desmentida nobleza, y fué tan á tiempo su llegada, como que ya empezaban á reunirse los agermanados y se iban á circular las órdenes para batir cajas y romper las hostilidades contra todos los caballeros. Dióse tan buena maña el Marqués, que consiguió

apaciguar el tumulto y que las satisfacciones del Señor de Pardines sosegaran al Síndico para que no promoviera ni aun queja criminal por aquel atropello. Pero estaba escrito en los altos destinos de la Providencia que la sangre habia de correr á torrentes, y aquel conato de tumulto que pudo servir de saludable escarmiento para D. Diego y sus protegidos solo sirvió para escitar su empeño y poner en juego todas sus relaciones hasta conseguir abriera de nuevo la tienda el aprendiz de Malet.

¡ Incomprensible ceguedad !

Abrirse la tienda y correr la noticia por Valencia todo fué obra de pocos momentos. Los agermanados salieron entónces á la calle con cajas y banderas gritando: «¡ A la casa de Malet! ¡ Mueran los Caballeros ! »

Cundió el tumulto, y poco después la plaza de Santa Catalina ya era pequeña para contener á la gente armada que gritaba sin rebozo: «¡ Mueran los nobles ! »

Al estruendo acudió el Cardenal Adriano, el delegado del Gobernador y los Jurados; pero el pueblo estaba tan ciego en su demanda que no atendia á razones, y para tratar de apaciguarlo, dispusieron los Jurados que se sacasen á la plaza todos los efectos de la tienda y se quemasen, en desagravio de los gremios; pero los Trece no se dieron por satisfechos con esto, sino que mandaron tapiar la puerta de la tienda y el Subgobernador tuvo que plantar allí sus armas para que no quemásen la casa. Despues á son de trompeta publicaron un bando desterrando de la ciudad al Señor de Pardines, á sus deudos y á los dos capoteros. A esta sentencia añadieron los Trece pena de muerte, en ausencia y rebeldía, y la publicaron con gran aparato la víspera de la Candelaria.

En resúmen: este alboroto hizo comprender al Cardenal Adriano cuán errados estuvieron él y el Monarca al creer que podrian servirse del pueblo á su antojo para sus fines, sin esponerse á tales perturbaciones. Bajo tan dolorosa impresion, abandonó la ciudad, sin haber alcanzado de los nobles el juramento que solicitaba y dejando á los plebeyos en la anarquía.

Triunfante quedó el pabellon de los agermanados, y el Jurado de los Trece, fiel á su lema de PAZ, JUSTICIA Y GERMANÍA, celebró reuniones periódicas en el local de los gremios para resolver lo más conveniente á sus intentos y las consultas que de contínuo le dirigian sus hermanos de todo el Reino.

Cuenta Sandoval, que era tal el ódio con que miraban á los nobles los plebeyos, y tal la confianza de esterminarlos, que al pasar un dia dos caballeros por cierta calle donde estaba una mujer con sus hijos á la puerta de su casa, cogió esta al más pequeñuelo y alzándolo en sus brazos, le indicó que se fijara bien en aquellos lujosos señores; chocólos á los que por allí estaban tal indicacion, é interpelada la buena mujer, contestó: «Quiero »que cuando mi hijo sea grande, pueda decir: yo he visto á los »nobles.»

¡Notable rasgo que indica hasta qué grado habian conseguido los aristócratas enagenarse las simpatías del pueblo!

Temerosos los Veinte de la Diputacion de los nobles de un choque general con el pueblo, enviaron una cómision de dos individuos de su seno para alcanzar al Monarca en la Coruña antes de embarcarse, y hacerle presente el estado angustioso en que los dejaba y cómo la Germanía, sin cuidarse de los oficiales reales ni de la justicia local, campaba por su cuenta sin atender más que los arbitrarios mandatos de sus Trece, que todos iban inspirados en ódio á los caballeros. A estos dos comisionados se unieron otros dos diputados por el brazo eclesiástico y un Síndico de la ciudad, y todos juntos alcanzaron á D. Cárlos á punto de embarcarse, y echándose á sus pies le hicieron presente que con las cartas y licencias otorgadas á los plebeyos de armarse y agermanarse, traian el reino revuelto, y si no acudia pronto á remediarlo, los Estamentos se verian en la precision de atender á su propia defensa, teniendo tal vez, bien á pesar suyo, que contravenir á aquellos mandamientos y disposiciones reales.

Contestóles el Monarca que bien notoria les era la imposibilidad de pasar él mismo á Valencia á sosegar los ánimos; pero ya que no podia ser esto, nombraria en su representacion,

como así lo hizo, á D. Diego de Mendoza, Conde de Mélito y hermano del Marqués de Zenete, para Virey y Capitan general de Valencia, con tan ámplios poderes, que confiaba daria pronto por sosegado el Reino.

Noticiosos los Trece de la partida de la comision de los Estamentos, delegaron á Gerónimo Coll, Síndico del pueblo, para que á toda prisa pasase tambien á la Coruña á avistarse con los Consejeros de D. Cárlos, quienes ya en Fraga le habian dispensado gran proteccion, muy especialmente Mr. Chevres, que, al decir de Escolano, habia endulzado su ánimo en favor de los agermanados á fuerza de las muchas cajas de confites que le regaló el mismo Coll, procedentes de su industria.

Oportuno fué el Consejo de los Trece en enviar á la córte tan buen abogado de su causa; pues no sólo consiguió de los Alemanes que neutralizaran en el ánimo del Rey el efecto que podrian causar las quejas de los Estamentos, sino que alcanzó una carta real, fechada en 7 de Mayo, por la cual quedaban autorizados los plebeyos para elegir dos Jurados de su seno en las próximas elecciones.

Mientras estas gestiones se efectuaban en la Coruña por los representantes del pueblo y la grandeza, ardia en Valencia el fuego de la revolucion, y las masas, siempre dispuestas á estallar contra los nobles y sus allegados, encontraron una nueva víctima en la persona de uno de estos últimos que fué acusado á los Trece como manchado del nefando vicio que tanto odiaba el pueblo. Inútil fué que el desgraciado se refugiara en el Ayuntamiento y trataran de interponer su influjo y autoridad los Jurados; el pueblo atropelló por todo y estaba ya próximo á apoderarse de su presa, cuando intervinieron algunos sacerdotes haciendo observar á las turbas que era Domingo de Ramos y sería empañar la santidad del dia si llevaban á cabo su intento. Obraron en el ánimo del pueblo estas razones, y desistieron por entónces de su empeño; pero al dia siguiente volvieron de nuevo á la demanda pidiendo á grandes gritos que les entregaran el reo, pues habian de vengar en su persona los males que por sus

pecados y los de otros réprobos hacia tiempo aquejaban á Valencia.

Todos los recursos posibles se pusieron en juego para salvar á aquel desventurado; pero el pueblo se enfurecia doblemcnte con la resistencia, hasta llegar el caso de desobedecer á la persona del mismo Gobernador D. Luis Cabanilles, quien á los gritos salió á la calle para hacer respetar su autoridad, no obstante hallarse gravemente enfermo. Pero todo fué inútil; el fanatismo político-religioso estaba exacervado, y para evitar que el motin, siempre creciente, tomase otro rumbo con la proximidad de la noche, como ya algunos intentaban, se sacrificó el preso, entregándolo á lasturbas, quienes con grande algazara lo condujeron fuera de las puertas de la ciudad, arrojándolo á una hoguera.

¡Lamentables venganzas, que más bien que á ejercer un acto de justicia, iban encaminadas á humillar la autoridad é influjo que en vano trataban de interponer los nobles!

A todo esto iba acercándose el dia de la eleccion de los Jurados, y llegado oportunamente el Síndico Coll, portador de la carta real en que se autorizaba á los plebeyos para presentar dos candidatos en las votaciones, como en efecto lo reclamaron los Trece, no encontraron por entónces ninguna objecion que oponer las autoridades; pero en aquellos dias regresaron los comisionados de los nobles con otra carta del Rey que derogaba la concedida á los plebeyos, y estas vacilaciones del Monarca acabaron por romper la poca armonía que aun aparentaban nobles y plebeyos. Consultaron estos el caso á sus abogados, y resultando del dictámen que habia derechos anteriores otorgados por otros reyes, se dispusieron á disputar la eleccion.

Tal era el estado de las cosas de Valencia en 18 de Mayo de 1520, á tiempo que se recibió la noticia de haber llegado el nuevo Virey, Conde de Mélito, á la vecina poblacion de Cuarte, donde era costumbre permanecer dos ó tres dias estas autoridades ántes de hacer su entrada pública en la capital.

IV.

Juan Lorenzo ante la Asamblea de los Estamentos.—Visitan los Trece al Virey en Cuarte.—Entrada del Conde de Mélito en Valencia y audacia de Sorolla.—La eleccion de Jurados.—Negociaciones del Virey para un arreglo.—Vicente Peris y su discurso.—Nuevos motines.—El pueblo ataca el palacio del Virey.—Quedan los agermanados dueños de Valencia y huyen el Conde de Mélito y los caballeros.

Por mal agüero para su causa tuvieron los Trece de Valencia la primera disposicion del nuevo Virey á su llegada á Cuarte.

No bien el Conde de Mélito echó pié á tierra en aquella villa para aguardar las primeras visitas y el apercibimiento correspondiente en la capital de su entrada pública, cuando envió copia de las cartas y poderes que traia del Monarca á los tres Estamentos, sin cuidarse para nada de los Trece, que representaban el cuarto Estado, como ahora decimos, ó los plebeyos, como los mismos agermanados se apellidaban, para hacer resaltar más su odio contra los nobles.

Juan Lorenzo, que no abandonaba un momento la causa del pueblo, ni dejaba menoscabar por nadie los fueros de su justicia, tomó á su cargo el presentarse en la sesion que celebraban los tres brazos del Reino para escuchar el mensaje del Virey y acordar su contestacion, y con levantadas razones y acendrado patriotismo los exhortó á que mirasen bien lo que hacian y la responsabilidad que podrian contraer ante el pueblo, si menospre-

4

ciando los fueros adquiridos por sus mayores daban entrada en la ciudad y reconocian por Virey á un extranjero, cuando el mismo Monarca no estaba legítimamente reconocido ni habia prestado el juramento de observar la Constitucion del pais que tan indispensable era para la seguridad de todos.

No dejaron de conocer los magnates lo razonable de las observaciones del menestral; pero como en todos los tiempos una cosa es la razon y otra la conveniencia ó el egoismo particular, contestaron que hasta allí habian resistido en ese punto las exigencias del Monarca; pero que una vez abandonada por él la Península, y visto el estado de efervescencia del Reino, se encontraban en la necesidad de reconocer y recibir al Virey; y no vacilarian en sacrificar por aquella vez las leyes con tal de que prevaleciera la justicia y escarmentaran los revoltosos.

¡Siempre las mismas ideas de gobierno en los hombres del poder! Respetan las leyes mientras con ellas pueden ejercer sus arbitrariedades, su despotismo, su capricho; pero desde el momento en que el pueblo protesta, y escudado con ellas reclama contra la usurpacion de sus derechos, contra la violacion de los fueros de la humanidad, ya desconocen la razon y no hay más ley que su capricho ni más fuerza que la fuerza del poder del que en mal hora se hallan revestidos.

Viendo el tribuno del pueblo que los Estamentos no daban oidos á sus patrióticas insinuaciones, y que aquellos magnates no estaban dispuestos á *morir de empacho de legalidad*, abandonó el local de la sesion, no sin pronosticar ántes, á los concurrentes, fatales consecuencias en sus mismos privilegios por acceder en aquel punto á la voluntad del Monarca.

Convencidos los agermanados de que toda la tormenta que se iba condensando en el horizonte político con la aproximacion y reconocimiento del Virey tratarian los nobles de hacerla descargar sobre sus cabezas, acordaron que fueran los Trece en representacion del pueblo á visitar al Conde de Mélito, á fin de sondear su ánimo y ver de enterarse de las instrucciones que traia, preparándose entre tanto los gremios para una gran revis-

ta con la que se proponian honrar su llegada y hacer alarde de sus fuerzas.

A 20 de Mayo de 1520 pidió audiencia al nuevo Virey la comision de los Trece, y una vez en su presencia le felicitaron en nombre del pueblo por su arribo, y tomando la palabra Guillen Sorolla, que era el que presidia la Diputacion, le dijo con despejo y dignidad: «Os felicito en nombre de la Germanía por »vuestra llegada á Valencia; confiamos que, por medio de la »autoridad de que os hallais revestido, hareis que se respeten »nuestros derechos, como nosotros siempre hemos procurado »respetar el derecho de todos, y seguros de que os hallareis »animado del mismo espíritu imparcial que siempre ha distin»guido á vuestro hermano el Marqués, que tanto respetamos, os »ofrecemos desde este momento todo nuestro apoyo y ayuda.»

El Virey contestó con estudiada reserva en los siguientes términos: «Celebro conocer á los representantes del pueblo; os »agradezco los ofrecimientos que en nombre de la Germanía me »haceis, y el espíritu de justicia de que me creeis animado: esta »es mi mision: hacer prevalecer la justicia igual para todos, y »mantenerme neutral en los asuntos del Reino; y así, como no »creo tener enemigos en vuestra ciudad, no tengo para qué »aceptar vuestro ofrecimiento. Podeis retiraros á vuestras casas »y vivir tranquilos en mi autoridad, y no volvais á disponer »más paradas ni alardes de gentes de armas, hasta que yo, como »Capitan general de este reino, no lo ordene.»

Y al concluir sus palabras entregó el Virey á los comisionados del pueblo copia de una carta real en que se ordenaba, á todos aquellos á quienes correspondia saberlo, que era su voluntad se obedeciese al Conde como á su misma persona, y que le ayudasen todos á la pacificacion del Reino.

No pudiendo los plebeyos recavar otras esplicaciones del Virey, dióse por terminada la entrevista, quedando mas resentidos que satisfechos con los propósitos que les habia insinuado.

Llegado el dia de la entrada pública del Conde de Mélito en Valencia, se efectuó esta con todo el lujo y ceremonia de orde-

nanza, presentándose por la puerta de Cuarte, seguido de vistoso acompañamiento. Ya se disponia el Virey á seguir por la calle de Caballeros, como camino más corto para la Catedral, cuando de una calle inmediata le salieron los Trece rodeados de mucha gente del pueblo, y tomando las bridas de su cabalgadura le detuvieron, hasta que adelantándose Sorolla, y dirigiéndole la palabra con desenfado, más bien con tono de mando que de súplica, le dijo: «Los Reyes y Príncipes nunca buscan atajos en sus en»tradas solemnes; con que así, vos que representais á nuestro »Soberano, debeis seguir este ejemplo, y dar la vuelta por la »Bolsería y Mercado, calle de San Vicente, por San Martin, calle »de las Avellanas por delante del palacio del Arzobispo á la Ca»tedral.»

El Conde se avino sin replicar palabra á lo que le indicaban los populares, y volviendo su cabalgadura siguió puntualmente el itinerario marcado.

Una vez en la catedral, presentó á los Estamentos los poderes que traia del Rey, á fin de ser públicamente reconocido como su lugarteniente, y despues de recibir el debido homenaje, fuese á instalar al palacio que al efecto le tenian preparado.

Al dia siguiente volvió á presentársele otra Diputacion de los Trece exigiéndole en nombre de los gremios que accediese á varias peticiones, que tenian formuladas, siendo la más principal y de mayor trascendencia la referente al nombramiento de los plebeyos para jurados.

El Virey les contestó que era su deber á atenerse á las instrucciones recibidas del Monarca, que disponian que los jurados se nombrasen de entre los miembros de los Estamentos, pero puesto que alegaban razones atendibles y fueros otorgados por otros reyes, sometia la cuestion, en prueba de su imparcialidad, al juicio del Consejo, y segun fuera su informe así obraria.

Entonces los Trece fueron á avistarse con los del Consejo de la ciudad, á fin de conseguir pacíficamente lo que de derecho les pertenecia y lo que estaban resueltos á obtener á todo trance.

Los Consejeros no se atrevieron á acceder á las peticiones del

pueblo, por no contrariar los mandatos del Soberano, y dijeron que estaban resueltos á informar al Virey que la eleccion de Jurados debia hacerse segun lo ordenaba el Emperador, por estar ya derogadas en la práctica las concesiones en que se apoyaban los plebeyos.

Guillen Sorolla, indignado al oir aquella declaracion, no pudo contener uno de los arranques tan comunes en su carácter, y esclamó: «Pues bien: habrá dos jurados del pueblo ó la sangre »inundará los ladrillos de esta casa.»

Con esto se salieron muy airados de esta conferencia, y se dispusieron á llevar adelante su amenaza.

Llegó el dia de la eleccion, y desde muy temprano empezaron á circular por las calles de Valencia gente armada que acudia á los puntos de reunion de las Germanías para estar pronta á secundar las órdenes de sus jefes.

Nuevas comisiones del pueblo se presentaron al Consejo, donde debia celebrarse la eleccion, y temiendo estos que su negativa viniese á dar lugar á nuevos y más graves conflictos, resolvieron que las doce parroquias en que entonces estaba dividida Valencia, nombrasen doce caballeros, doce ciudadanos y doce plebeyos, y estos nombrasen entre sí los seis individuos que habian de componer el Jurado.

El Virey no se opuso á esta combinacion; pero no consintió de ninguna manera autorizar el nombramiento con su asistencia, ni aún despues de haber salido electos en representacion de los plebeyos un artista y un mecánico, sugetos ámbos de reconocida honradez, quiso presenciar el juramento y toma de posesion, segun era costumbre, llegando hasta tal punto el desaire, de no consentir, un dia que se hallaron juntos en misa, que aquellos hijos del pueblo le acompañasen, como pretendian hacerlo en testimonio de respeto.

Pero pronto habia de convencerse del mal resultado que obtenian sus propósitos con aquella conducta de tirantez emprendida con las Germanías.

Los Trece, convencidos de que el Virey no habia de estar

nunca de su parte, y que por el contrario era de presumir estuviese de acuerdo con los nobles para tratar de desarmarlos y someterlos de nuevo á su odiosa esclavitud, variaron de conducta y resolvieron seguir adelante en sus propósitos de levantar el país sin cuidarse para nada de la autoridad del Conde.

Al efecto ordenóse, por consejo de Juan Lorenzo, una gran revista de todas las fuerzas de la Germanía, pues segun la gráfica expresion del astuto pelaire «ya era preciso que el gato enseñara »las uñas.»

Celebróse, dicha revista, contra lo terminantemente dispuesto por el Virey, presentándose la fuerza ciudadana en muy crecido número y con la mayor disciplina, reflejándose en el semblante de todos el entusiasmo de que se hallaban poseidos.

Desfilaron los batallones por delante del palacio del Virey disparando al pasar algunos arcabuzazos como para demostrar lo poco que le temian.

Estas demostraciones convencieron al Conde de Mélito que la gravedad de la situacion era mayor de lo que en un principio habia imaginado, y deseando llegar á un arreglo, llamó á los Trece y les ofreció olvidar lo pasado si contentándose el pueblo con las ventajas hasta allí obtenidas, deponia las armas y disolvian las Germanías, haciéndoles ver, por el contrario, los peligros á que se espondrian con su obstinacion, en cuanto volviese el Emperador de Alemania.

Los Trece escucharon con respeto al Virey, y ántes de contestarle convocaron á una gran Asamblea á todos los agermanados, á fin de consultar su opinion y acordar la respuesta que creyeran conveniente.

Divididos mostráronse los gremios, inclinándose al parecer la mayoría á entregar las armas y acogerse á la absolucion con que les brindaba el Conde, cuando levantó su voz, quizás por vez primera en reuniones públicas, un hombre oscuro y hasta allí desconocido, pero que no habia de tardar en merecer el aprecio de sus conciudanos y hacer su nombre imperecedero en la historia valenciana. Este hombre se llamaba Vicente Peris,

y encarándose con los que repetian sumisamente las promesas del Virey, les dirigió con vehemencia el siguiente apóstrofe: «¿Qué es eso de olvido de lo pasado? ¿Qué es eso de perdon? »Los yerros son los que deben olvidarse; las faltas son las que »se deben perdonar. Nosotros ni hemos cometido yerros ni hemos »faltado, pues solo hemos cumplido con un deber defendiendo »nuestros fueros conculcados, cual cumple á la lealtad y á la »honradez. Donde no hay delito no hay perdon.»

El discurso del nuevo tribuno del pueblo fué calurosamente aplaudido, y abundando en iguales apreciaciones Juan Lorenzo y Guillen Sorolla, los tibios volvieron á recobrar su entusiasmo por las Germanías y acordóse unánimemente no entrar en tales arreglos con el Virey.

El partido de accion quedó, pues, triunfante desde aquel momento en el seno de la Germanía. Sorolla y Peris se pusieron al frente de él, y arrastraron con su patriótico entusiasmo á los más tibios. Sus propósitos quedaron desde entónces bien manifiestos: querian lanzar al pueblo definitivamente á la revolucion, pues solo imponiéndose por la fuerza era como aguardaban que fuesen respetados sus derechos.

¡Triste condicion la del pueblo! Siempre lo mismo. Lucha, y lucha sangrienta, para conseguir el ejercicio de lo que es innato en la humanidad: los derechos individuales. ¡Hasta cuándo no lucirá, definitivamente, sin celajes, el puro sol de la FRATERNIDAD y de la JUSTICIA!

Las mismas gestiones que en Valencia, ponia en juego el Conde de Mélito por medio de sus agentes en las demás poblaciones, á fin de llegar á un arreglo pacífico y conseguir el desarme de la Germanía en todo el reino.

Pero los plebeyos sabian á qué atenerse respecto á las promesas de los nobles, y antes que volverse á entregar inermes á sus exacciones y caprichos, quisieron tentar un supremo esfuerzo y librarles la batalla.

La ocasion no tardó en presentarse en el mismo Valencia.

Los esploradores del Virey trajeron á la capital un hombre

que habian capturado en sus correrías por los pueblos de la Huerta. Acusábasele de asesino y de otros varios delitos, y sin más formacion de causa, y sin escuchar su defensa, fué sentenciado á la horca.

Caminaban los esbirros conduciendo al reo al lugar del suplicio, seguidos del verdugo encargado de la ejecucion, cuando se interpuso inopinadamente Sorolla con ocho de los suyos, y arremetiendo á estocadas á la comitiva, les arrancó de sus manos el preso, alegando que aquello era vulnerar los fueros del reino, que no permitian fuese ejecutado ningun reo sin escuchar su defensa.

Indignóse grandemente el Virey al tener noticia del hecho por uno de sus familiares que iba en la comitiva, y que se presentó ante su vista con algunas heridas, y empezó á dictar las órdenes oportunas para tomar en el acto una resolucion definitiva contra la preponderancia de los agermanados; pero Guillen Sorolla que conocia toda la trascendencia de aquel paso, y que solo aguardaba una ocasion para romper las hostilidades, reunió apresuradamente los más que pudo de su parcialidad, y se dirigió con ellos á la casa del Virey, dispuesto á apoderarse de su persona, á fin de ganarle la partida por la mano.

El Conde de Mélito era uno de aquellos caballeros pundonorosos y valientes que habian guerreado en las huestes de los Reyes Católicos, y aunque el ataque del pueblo le cogió desprevenido, se dispuso, con la poca gente que tenia en su casa, á hacer una defensa desesperada, ínterin llegaban en su socorro las demás autoridades de Valencia.

Acudieron, en efecto; y gracias á la mediacion de D. Manuel Exarch, teniente de Gobernador, y de algunos Jurados muy queridos del pueblo, se pudo conseguir que desistieran de su empresa y evitaran aquel sangriento conflicto.

Pero no era Sorolla hombre tan fácil de retroceder en sus propósitos; despechado por no salirse con la suya, recurrió á su ingenio, y el *gran bellaco* (como dice Sandoval, encendido en el ódio que le inspiraban los agermanados, y con especialidad este

valiente hijo del pueblo), ocultándose apresuradamente en su casa, hizo correr por medio de un amigo de confianza la noticia de que habia sido preso por los agentes del Virey, y mandado asesinar en secreto en su calabozo.

Esta alarmante noticia cundió con rapidez, y como Sorolla era muy querido por todos los agermanados, empezaron á reunirse éstos en gran número, y no bien la noche tendió su oscuro manto por las calles de la ciudad, se pusieron en movimiento con sus estandartes y sus jefes á la cabeza, y á los gritos de *¡Venguemos á Sorolla! ¡Muera el Virey! ¡Mueran todos los caballeros!* Dirigiéronse los unos á atacar de nuevo el palacio y los otros en diversos grupos á las casas de los nobles más tildados como enemigos del pueblo.

Noche de luto y horror fué aquella para los caballeros, á quienes ya les pesó, aunque tarde, haber provocado hasta aquel punto las iras del pueblo.

Muchos fueron los atropellos cometidos; muchas las casas saqueadas por individuos agenos al movimiento que siempre se afilian en las revoluciones á cualquier bandera política, con el fin de consumar sus latrocinios; pero mayores hubieran sido todavía, y más deplorables las consecuencias, si una imprevista casualidad no hubiera puesto fin al tumulto.

Estaban los agermanados en lo más recio de su ataque al palacio del Virey, cuya lucha mantenian los parciales de este mientras él por los terrados se ponia á salvo con su familia, ocultándose en una casa inmediata, cuando los gritos de *¡Viva Sorolla! ¡Ya está aquí nuestro jefe!* hicieron cesar como por encanto las hostilidades, acudiendo todos á cerciorarse de la verdad del caso, y á abrazar y á felicitar á su ídolo, con la alegría natural de quien recobra un sér amado que ya cree perdido para siempre.

Y en efecto, Sorolla apareció á los ojos de los amotinados cabalgando en compañía del Obispo de Segorbe, D. Fr. Gilaberto Martí, y rodeado de mucha gente con hachones y faroles que iban gritando: *¡No hagais mal á nadie, que Sorolla es*

vivo! A cuyas voces cesó el conflicto en todas partes, volviendo á renacer poco á poco la calma, gracias á la inspiracion de dicho Obispo, que enterado del ardid de Sorolla se presentó en su casa, rogándole que puesto que su objeto ya estaba conseguido con la huida del Virey, se presentase al pueblo, desvaneciendo el error que le enfurecia, para evitar de este modo mayor derramamiento de sangre.

El partido de accion quedó triunfante. El Virey abandonó la ciudad, seguido de los nobles; y la autoridad de los Trece quedó árbitra desde aquel momento de los destinos del pueblo.

No siendo ya posible intentar ningun convenio, uno y otro partido empezaron á apercibirse para abrir las hostilidades en mayor escala.

Y el Génio de la guerra civil, batiendo sus negras alas, vino á posarse sobre los campos de Valencia, como ya lo habia hecho sobre los de Mallorca y de Castilla.

VII.

Simpatías de los catalanes para con los agermanados.—Los pelaires de Mallorca.—Discurso de Juan Crespí y preparativos de los gremios.—Estalla la revolucion, huye el Virey y quedan los agermanados de Mallorca dueños de la isla.—Cartas de Juan Crespí y de su Consejo á los Trece de Valencia.—Proceso y ejecucion de Crespí.—Eleccion de Juan Odon Colom para reemplazarle.

Dejemos al Virey de Valencia, Conde de Mélito, correr en direccion á Játiva, donde la nobleza, segun lo acordado por la Junta de sus Veinte, reconcentraba todas sus fuerzas para romper la campaña contra las Germanías; dejémoslos dar rienda suelta á su furor por la humillacion sufrida, y cometer algunos excesos y asesinatos, como el de Andrés Fortuny, capitan de las fuerzas populares, que no tardarán los valientes Valencianos en levantar banderas y salir en su busca para darles el merecido castigo.

Vengamos ahora á ver el eco que encontraban estas luchas en los demás reinos de la antigua corona de Aragon.

Es indudable que Barcelona miraba con simpatías los esfuerzos de aquel pueblo, su hermano, por sacudir el ominoso yugo de la nobleza; pero bien sea porque las instituciones altamente democráticas de la capital del Principado la pusieran á cubierto de los desmanes de los grandes; bien porque la respetada autoridad de sus Concelleres, y su probada energía, mantuvieron á raya las pretensiones de los oficiales reales y de los

inquisidores para inmiscuirse en sus costumbres, lo cierto es que el pueblo vivia independiente y libre de vejaciones, y no encontró motivo plausible para rebelarse.

Pero, sin embargo, los catalanes veian padecer á la hija más estimada de sus conquistas, á la feraz Valencia, y en sus generosos pechos nació el deseo de socorrerla.

Hasta qué punto llegó el apoyo que prestaron los Catalanes á los Valencianos, cosa es que no he sabido hallar consignada en ninguna parte; pero que existió lo justifican las cartas que mediaron entre el Conde de Mélito y los Concelleres de Barcelona, acusando el primero de favorecedor de las Germanías al municipio catalan. Y lo prueban tambien otras cartas que dichos Concelleres remitian al Emperador, y cuyos comprobantes se conservan en el archivo de las Casas Consistoriales de Barcelona, dando cuenta del estado de efervescencia de los ánimos en la ciudad, y de los pasquines que amanecian fijados en las calles, emplazando al pueblo para el dia de Santo Tomás de 1520, en que se anunciaban grandes trastornos; pero ni Cataluña ni Aragon apoyaron ostensiblemente, ni á los Comuneros de Castilla ni á las Germanías de Valencia, por más que para ello fueron requeridos.

Mallorca, la Balear mayor, fué la única que respondió, empuñando las armas al grito de *¡Guerra á los nobles!* lanzado por sus hermanos; y en verdad que ella sí que tenia motivos fundados para hacerlo.

Tratemos de relatar, siquiera sea muy sumariamente, los esfuerzos que hicieron para sacudir el despótico yugo del feudalismo, que allí más que en ninguna parte se hallaba arraigado por el alejamiento de los Reyes y la soberbia de sus gobernadores.

Duélenos mucho abrir la mejor *Historia de España*, la del malogrado literato D. Modesto Lafuente, y encontrar reducido á cuatro renglones y relegado á las notas los heróicos esfuerzos de los agermanados Mallorquines, y sus luchas para conseguir la libertad y la federacion democrática, por que ya en aquel siglo suspiraba el pueblo español.

Pero gracias á las noticias suministradas por varios cronistas, y muy especialmente al de Barcelona, D. Víctor Balaguer, á quien seguiremos en este relato, podrán mis lectores formar juicio de lo que allí ocurrió.

Dió comienzo el levantamiento de Mallorca por una reunion de artesanos celebrada á principios de Diciembre de 1520 en la sala del gremio de pelaires.

Juan Crespí, Síndico de este gremio, exaltó la imaginacion de cuantos le escuchaban pronunciando un tribunicio discurso, en el que entre otras cosas, les decia: « Hasta cuándo hemos de »vivir tan ofendidos y sufrir tantos oprobios de los caballeros, »recibiendo despojos en nuestros bienes, malos tratos en nuestras »personas, y desprecios de la soberbia, y opresiones por ser po»bres; y ¿por qué, deponiendo la cobardía, y corridos de tanto »vejámen, no hemos de volver por nuestra honra, por nuestra »dignidad y por los ultrajados fueros de la justicia?»

Enardeció este discurso á los concurrentes, é inspirándose en las palabras vertidas por su Mayordomo, y en las sugestiones de los emisarios de Valencia, acordaron secundar la revolucion, y empezaron á hacer ocultamente los preparativos.

No fueron tan sigilosos estos que no llegaran á oidos del Gobernador de la Isla, D Miguel de Gurrea, el cual convocó á los Mayordomos de los gremios, y reprendiéndoles ágriamente, les hizo responsables de lo que en lo sucesivo pudiera ocurrir.

Algunos dias despues redujo á prision, y sin mediar ningun motivo aparente, á cuatro menestrales muy queridos de sus compañeros, entre los que descollaban por su popularidad Juan Odon Colom y Pedro Begur.

Esta arbitraria medida fué la señal del levantamiento.

Desde el amanecer del 31 de Enero de 1521, las calles de Palma de Mallorca se vieron invadidas de gente armada dando grandes gritos de *¡Mueran los traidores caballeros! ¡Viva la patria!*

Montó el Gobernador á caballo, y seguido de algunos parciales, salió á contener el motin; pero se encontró rodeado por

todas partes de los gremios organizados con sus jefes y banderas, y bien provistos de armas, que le ensordecian con sus gritos y le insultaban y amenazaban.

Sin fuerzas para oponerse á aquella verdadera revolucion, reunió á los suyos, y se retiró al castillo, protestando de las violencias ejercidas y embarcándose en seguida para Ibiza.

Triunfantes los agermanados, se dirigieron á las cárceles y pusieron en libertad á sus amigos, quedando el pueblo dueño de la capital.

Elegido Capitan superior de las compañías de los gremios Juan Crespí, asumió la responsabilídad del levantamiento, y trató, á imitacion de la Junta de los Trece de Valencia, de comprometer en la revolucion á las demás villas y poblaciones de la Isla, á fin de aumentar su poder y quitar todo recurso á sus enemigos.

Don Pedro de Pax, que ejercia el mando por subdelegacion del Virey, trató de oponerse con algunos parciales y caballeros al progreso de la Germanía; pero acometido por las fuerzas populares tuvo que retirarse tras los muros del castillo de Bellver, del cual era alcaide.

Allí le siguieron los agermanados, que querian limpiar la Isla de aquel foco de conspiracion contra sus nuevas instituciones, y á pesar de la brava resistencia que opusieron los caballeros, lo entraron por asalto, y degollaron á cuántos encontraron dentro.

A esta escena de sangre siguieron otras no ménos lamentables para los nobles, que vieron desaparecer en poco tiempo á sus más esforzados adalides, obligándoles los agermanados por la fuerza de sus armas á abandonar definitivamente la Isla.

Sin enemigos ya á quienes combatir los populares, reuniéronse en Asamblea general en las Casas de la ciudad, y allí, tras patrióticas discusiones, acordaron varias medidas para el bien comun, figurando como la más importante la de cambiar el título de Capitan general de las Germanías á Juan Crespí, por el de *Instador del beneficio comun*, porque no pareciese que se arrogaba jurisdiccion suprema.

Otra de las disposiciones fué redactar varias cartas para los de Valencia, cuyos levantados propósitos las hacen acreedoras á toda consideracion, y las insertamos para rechazar con ellas los juicios de historiadores parciales é intencionados, que han anatematizado aquellos sucesos, por creerlos hijos del frenesí de las masas populares, sin más conciencia que la sed de sangre y de venganza.

No. Las Germanías de Mallorca, como las de Valencia, como las Comunidades de Castilla, como las revoluciones de todos los pueblos y de todas las edades, han respondido siempre á un fin político, á un fin social: al progreso de la especie humana; y nunca ha habido más desastres que los provocados por los enemigos del progreso, en su impotente afan de detener la marcha de los siglos.

Hé aquí las cartas á que nos referimos:

La primera es de Juan Crespí á Guillen Sorolla, y dice así:

«Magnífico señor: En esta ciudad está muy unido el pueblo contra los perjuicios y robos que se hacen en estos reinos, deseando mucho aliviarnos de los pechos, derechos é imposiciones que podamos; y por no saber del todo el órden y forma con que esa ciudad se porta en este negocio, no ponemos remedio en ello. Y así, carísimo amigo y hermano, os suplicamos nos hagais merced de aconsejarnos y avisarnos, porque deseamos seguir vuestro parecer y consejo, como de persona tan discreta; y para este objeto va mi primo, Antonio Benet, sastre, con quien podrá tratar lo conveniente.—Mallorca, 15 de Febrero.—*Juan Crespí.*»

La segunda es del mismo Crespí á los Trece de Valencia.

«Magníficos señores: Aunque no los conozco, deseo servirles por su fama, merecimientos y valor, y ofreciéndome con la vida y con la hacienda. Háme parecido dar aviso á vuestras sábias magnificencias, como esta ciudad está sin justicia y en su última ruina, porque los caballeros solo atienden á quitarnos las vidas y haciendas; y así, queremos poner el remedio que se debe, mediante la gracia divina, que nunca desampara á los que viven con sana intencion; y para esto enviamos á Miguel

Nebot, notario y Síndico electo por el pueblo, y en su compañía á Jaime Palomo, bonetero, tambien electo, á S. M., los cuales informarán á vuesas magnificencias, á quienes suplico los encaminen para S. M., que segun de vuesas sábias magnificencias esperamos, nos ponemos en vuestras manos por la mucha esperiencia y virtud con que proceden.—Mallorca 15 de Febrero.—*Juan Crespí.*»

A estas cartas de Crespí, siguió otra dal Consejo popular, tambien fechada en Mallorca, á 21 de Febrero, y que estaba concebida en estos términos:

«Nosotros, el pueblo de la insigne ciudad de Mallorca, á los amados fieles nuestros hermanos, los magníficos de la muy nombrada Justicia de los Trece de la insigne y noble ciudad de Valencia, salud y honor.

»Magníficos hermanos nuestros: Ya teneis aviso de las grandes vejaciones que el Virey de este reino, juntamente con los caballeros de esta ciudad, hacen al miserable pueblo de ella, el cual para pedir justicia acude á S. M., por causa de los robos que los dichos caballeros hacen cada dia en este reino, y tambien ha parecido al pueblo afligido con tantos trabajos, mediante la gracia divina, pues la justicia está del todo perdida y desterrada, tomar las armas y elegir un hombre honrado, dándole el nombre de *Instador del beneficio comun,* y estirpador de las injusticias que en este reino se hacen, juntamente con veintiseis electos por Consejeros suyos; los cuales, como fidelísimos vasallos de la corona real, para confirmacion de la justicia de este reino, han elegido dos Embajadores para S. M., con autos que habemos hecho para informarle de la verdad. Estos Embajadores llevan cartas para vuesas mercedes, pues son nuestros hermanos, y así os rogamos que á los dichos Embajadores y hermanos nuestros encamineis de tal suerte, que no sea más inquietado y destruido este pueblo por estos perversos y malos hombres, enemigos declarados de su virtud; y porque há más de doce dias que los dichos Embajadores partieron de aquí con una barca armada, recelamos que habiendo llegado á Valencia, hayan caido en

manos de vuestro Virey, capital enemigo de la Germanía, y que los tengan presos; y así, señores, quedareis advertidos de esto, y procuradles la libertad y buena direccion de nuestra Germanía con vosotros; lo cual perseverará con sus buenos intentos siempre, y no se dará lugar á estorbo alguno, por más que vuestro Virey sea gran soldado; que más podrán los doscientos de Mallorca y Valencia que el Virey con sus caballeros, ofreciéndonos siempre prontos á vuestra honra y servicio.

»Dada en Mallorca á 31 de Febrero de 1521. De vuestras señorías los de este pueblo de Mallorca, hermanos vuestros, que os servirán en cuanto mandáredes.—*Siguen las firmas.*»

Recibidas estas cartas por Sorolla y el Directorio de los Trece de Valencia, acudieron á todo lo que sus hermanos de Mallorca les indicaban, con la más eficaz solicitud, puesto que aquella Germanía no era sino hija de la suya y en su conservacion y desarrollo estaba el interés de los Valencianos.

Comisionaron á un indivíduo de toda la confianza de los Trece, y ya conocido y apreciado de Mr. Chevres y demás Consejeros flamencos del Emperador, para que acompañara hasta su presencia á los Embajadores Mallorquines y los recomendara y guiara á buen fin, como habian solicitado, y además escribió Sorolla á Crespí dándole todas las instrucciones que pedia y muy levantados consejos para el gobierno y pacificacion de la Isla bajo el poder de los agermanados.

Pero á Juan Crespí le duró poco el áura popular, *El Instador del beneficio comun*, no correspondió á las esperanzas que en un principio hiciera concebir á sus compatriotas, y aquel hombre que supo encender en el pueblo el ánimo suficiente para lanzarse á la revolucion y sacudir el yugo de sus opresores, le faltó habilidad bastante para encauzar despues el movimiento, y mostrándose ora débil con los manejos artificiosos puestos en juego por los pocos caballeros que, reunidos en Alcudia, aún quedaban en la Isla, ora severo en demasía con las manifestaciones y tendencias de los agermanados, acabó por enagenarse las simpatías del pueblo y atraerse su odiosidad y desconfian-

za hasta el punto de ser acusado de traidor á la causa pública, depuesto, encarcelado, juzgado y sentenciado á muerte, sin que su anterior popularidad y verdaderos servicios fueran bastantes á apartar de su cabeza el hacha del ejecutor de la justicia, bajo cuyo filo acabó su existencia en una torre del mismo palacio que le servia de cárcel.

¡Lamentable mudanza de las cosas humanas que de tal modo cambia la suerte de los hombres!

Con haber privado á Crespí del mando y de la vida, no desaparecieron por eso los males que aquejaban á los agermanados de Mallorca.

La huida de los principales caballeros de la Isla y la ocultacion del metálico consiguiente á toda revolucion, dió motivo á la paralizacion de la industria, al decaimiento del comercio y á que los horrores del hambre se hiciera temer como inmediatos entre las clases del pueblo.

En tan angustiosos momentos las miradas de todos se fijaron en el distinguido menestral Juan Odon Colom, cuyo celo por la Germanía y cuya probada aptitud lo elevaron al puesto de Jefe supremo por el voto unánime de sus conciudadanos.

La eleccion no podia ser mas acertada. Colom empezó á ser el Juan Lorenzo de la Isla por su decision y prudencia. En poco tiempo proveyó los graneros de trigo, haciendo así desaparecer los temores del hambre; regularizó la administracion de justicia; suprimió los impuestos onerosos que pesaban sobre el pueblo; fortaleció á los débiles, inspirando en todos los corazones la confianza, el valor y la fé de que se hallaba animado; en fin, hombre de accion y de talento, á él debieron los agermanados mallorquines su verdadera organizacion en la Isla y que fuera una verdad práctica el grito de su revolucion que, como en Valencia , habia sido de *Paz, Justicia y Germanía.*

VIII.

Llega el Virey á Játiva, amotínase el pueblo y sale furtivamente para Denia.—Venganza del Vizconde de Chelva y represalias de los agermanados.—Motin de Albatera.—Defeccion de los Morellanos y embajada de Sorolla.—Nuevos trastornos en Játiva.—Asesinato de Francin en Valencia y muerte repentina de Juan Lorenzo.

Vista por el Virey la imposibilidad de mantener su autoridad en Valencia, y gravemente amenazada su vida y la seguridad de su familia, segun dejamos consignado en el capítulo VI, abandonó la ciudad á 6 de Junio, y se fué con sus deudos y parciales á la villa de Concentaina.

Los caballeros de Játiva, sabedores de lo ocurrido en Valencia, y como el Virey habia llegado de huida á la vecina villa, salieron á darle el pésame, y ofreciéndoseles con vidas y haciendas, le suplicaron se trasladara á Játiva, por ser ciudad grande y fuerte, y más á propósito para fijar en ella su residencia y ponerse de acuerdo con los magnates del reino sobre la posterior conducta que convendria seguir.

Agradeciólo mucho el Conde, y aceptada la proposicion, espidió sus cartas noticiando como trasladaba su gobierno á Játiva donde podrian acudir todos los que tuviesen obligacion de hacerlo.

A 16 de Junio, y diez dias despues de su partida de la capital, era recibido en aquella ciudad, tristemente célebre por el asesinato del Conde de Urgel en ella consumado.

Muchos nobles del reino, y particularmente los Veinte electos por el estamento militar, se apresuraron á reunirse con el Virey, y tomando por punto de reunion el convento de San Francisco, empezaron á celebrar sus juntas para llegar á un acuerdo que pudiera remediar lo crítico de las circunstancias.

No se dormian en tanto los Trece de Valencia. En cuanto tuvieron noticia de lo que tramaban en Játiva el Virey y los caballeros, enviaron sus agentes á avistarse con los agermanados de aquella ciudad, y de comun acuerdo resolvieron promover manifestaciones armadas, á fin de hacer abandonar la plaza á sus contrarios, para lo cual convocaron, además de todas las compañías de Játiva, á los labradores armados de las cercanías.

Enterado el Virey de estos tratos, y temeroso no se reprodujeran las escenas de Valencia, fingió subir con todos los de su casa á visitar el castillo, y una vez en él, se aposentó y fortificó, diciendo que lo hacia por parecerle lugar más sano que su estancia de la ciudad.

Los Síndicos del pueblo, conociendo el ardid y viendo descubierto su propósito, arrojaron la máscara y mandaron salir aquella noche las cajas de guerra tocando por las calles para reunir á sus parciales, y prohibieron, bajo pena de muerte, que nadie suministrase alimento á los del castillo.

El Virey que vió el juego mal parado, salió á la mañana siguiente con algunos parciales, por una puerta falsa del castillo, y emprendió, más que de paso, el camino con direccion á Denia.

La partida se hizo muy de secreto para no dar lugar que se enterasen los plebeyos y se apoderasen de su persona, cosa que deseaban grandemente los Trece de Valencia para poder de esta manera venir con el Conde á un arreglo definitivo.

No bien cundió por la ciudad la noticia, cuando se apoderaron los agermanados del mando, y los nobles allí residentes empezaron á salir tambien con disimulo, yendo á reunirse con el Virey á Denia, para donde volvió de nuevo á convocar el Conde de Mélito á sus parciales.

Por este tiempo, el Vizconde de Chelva, D. Pedro Ladron, ardiendo en ira, como todos los de su bando, por la preponderancia que tomaban las Germanías en menoscavo del predominio y arbitrariedad de los nobles, mandó ahorcar á un vasallo suyo, por entender que era capitan de la hermandad de aquella villa y que se habia puesto en comunicacion con los de Valencia.

¡Imprudente medida que haciendo estallar el ódio mal comprimido de ambas parcialidades, dió principio á la sangrienta lucha que habia de devastar tan dolorosamente aquel fecundo país!

No bien se tuvo noticia en Valencia de la cobarde venganza llevada acabo por aquel noble en la persona de un hijo del pueblo inscrito en el índice de la Germanía, cuando un clamor general de venganza se levantó del pecho de todos los agermanados y, amotinándose el pueblo, acudieron á la plaza de Calatrava y destruyeron hasta los cimientos el palacio que allí tenía el señor de Chelva, y reuniendo sus compañías en número de 1.500 hombres, se fueron con cajas y banderas al lugar del suceso resueltos á llevar cabo un escarmiento ejemplar.

Notablemente engrosada la expedicion por las fuerzas que se unian de los pueblos por donde pasaban, dieron la vista á Chelva, de donde ya habia huido con todos sus deudos D. Pedro Ladron, y entrando en la villa saquearon é incendiaron todas las casas de su propiedad y derribaron el castillo.

Ufanos con su victoria los agermanados, dieron la vuelta á Valencia, donde hicieron pregonar los Trece que en lo sucesivo no consentirian que ningun plebeyo fuese ahorcado hasta que no se ejerciera este suplicio en algun caballero, pues la ley habia de ser igual para todos, y así estaban ellos dispuestos á hacerlo obedecer en todo el reino por la fuerza de sus armas.

A esta sazon trató D. Ramon de Rocafull, Señor de Albatera, de apagar el fuego de la Germanía que venia prendiendo en Orihuela desde el año anterior y que estaba próximo á estallar con todas sus fuerzas; púsose de acuerdo con algunos caballeros allí residentes, y apoyados por los moriscos de las cercanías, súbditos de aquellos Señores, intentaban desarmar á los ager-

manados y someter á todos á la autoridad del Virey; pero llegado á entender el complot por los Síndicos del pueblo, mandaron tocar las campanas á rebato, y reuniendo apresuradamente sus compañías, empezaron á buscar á dicho D. Ramon y á sus cómplices, lo que visto por estos se dieron por contentos con poder abandonar la poblacion y salvar sus vidas merced á la ligereza de sus caballos.

Todo el Reino de Valencia estaba ya por las Germanías, si se esceptúan Mojente, Jérica, Torrestorres, Segorbe, Onda y Morella, y apretados los de estas poblaciones, particularmente los de Morella, por las diligencias y apremios de los Trece, á fin de atraerlos á su partido, se reunieron en consejo los principales de la poblacion y acordaron que ántes consentirian morir que secundar el movimiento iniciado por los de Valencia, que en su concepto era una traicion manifiesta á la autoridad del Monarca.

¡Lamentable ceguedad la de aquellos hombres que pudiendo sacudir las cadenas del despotismo con que hasta allí habian venido aherrojados, consintieron, por un mal definido sentimiento de fidelidad, remachar con sus propias manos los clavos de sus eslabones!

La noticia de esta defeccion á la causa del pueblo cundió por todo el Reino, y fue tanta la indignacion que despertó en los agermanados, que á haberse dejado llevar de su primer impulso, hubieran salido los de Valencia con ánimo de ponerles sitio y arruinarlos.

Pero reportáronse, atendidas las prudentes razones con que Juan Lorenzo disculpó á los de Morella, presentándolos influidos y extraviados por los nobles de aquella localidad; y á fin de quitarles el apoyo de tan importante plaza, que era la llave de Valencia por Aragon y Cataluña, resolvieron enviar una diputacion, á cuyo frente se comprometió á ir Sorolla, á fin de tratar por medios suaves y por la persuasion de su entusiasta palabra, de atraerlos á la causa de la Germanía.

A 27 de Julio de 1520 llegaron los diputados de los Trece á

Morella, y no bien corrió la noticia de su arribo, cuando acudieren á su posada muchos amigos á felicitarlos, lo que entendido por el Justicia y Jurados de la villa corrieron presurosos, á fin de que no tuvieran tiempo de confabularse con nadie, á enterarse de objeto de su venida.

Interpelado Sorolla, contestó entregándoles una carta que traia para ellos de sus compañeros de Valencia, advirtiéndoles que despues de enterados de su contenido les diria de palabra lo que pretendian.

El contenido de la carta era el siguiente:

«Magníficos señores: Los que llevan esa carta son Síndicos nuestros, y van á tratar con vosotros de cosas que cumplen mucho al servicio de Dios, del Rey nuestro Señor y de la República; y por cuanto todas las que hay que advertiros no se pueden encomendar á lo pluma, por ser muchas y de calidad, os pedimos por cortesía que á los Embajadores, que son tres hermanos nuestros, les deis en todo fé y creencia, como sea nuestra precisa voluntad, todo lo que ellos os comunicaren.

»Dado en Valencia á 24 de Julio de 1520.—*Siguen las firmas.*»

Admitida la credencial, fueron los comisionados recibidos en consejo, y tomando Sorolla la palabra, les dijo con dignidad y comedimiento:

«Señores: Notorio ès cuán menospreciada estaba en Valencia la justicia por estar tan sometidos los ministros de ella al poder de los Señores y caballeros. No menos os es notorio el tiránico tratamiento que estos han ejercido siempre con la clase del pueblo en general y en particular; en vista de la cual recurrimos solicitando de la real clemencia un privilegio para nombrar cada añó Trece individuos populares que tuviesen el cuidado de mantemer la justicia y hacerla respetar igualmente á grandes que á pequeños, y para reprimir el poder de los inobedientes, autorizacion para que los oficios se armasen por compañías con sus jefes correspondientes. Este privilegio lo hemos practicado con estraordinario fruto para la causa comun, porque des-

de que se puso en planta, la ciudad se conserva en paz, y no han vuelto á reproducirse ni los atropellos ni los desórdenes. Y como en todo el Reino se ha visto la ventaja de esta organizacion, todos á porfía han venido á alistarse en la hermandad que tenemos jurada. Solo vuestra villa ha querido singularizarse, quizá por no haberlo entendido bien; y así los Trece y Síndicos de Valencia, que aman esta poblacion como su ciudad misma, os suplican y convidan con dicho privilegio á fin de que os acojais á él y lo ejerzais, pues de ello ha de reportar mayor bien á la justicia y á la paz de la República. Y yo, en nombre de mis compañeros, os aseguro que todos estaremos prontos á defenderos de cualquien venganza que por esta vuestra resolucion pudieran contra vosotros tomar los caballeros, y además os ofrecemos distinguiros y honraros como cabezas y principales en la Germanía.»

Atentos estuvieron los Jurados de Morella á las palabras del representante valenciano, y acabadas sus razones, le suplicaron que aguardase á que juntaran Consejo y redactaran la respuesta, pues querian dársela por escrito, para que en materia tan delicada no diera lugar á dudas su determinacion.

Reuniéronse en efecto los Morellanos, y enterados de las pretensiones de los Trece, alarmáronse exageradamente creyendo herido su sentimiento de lealtad hácia el Monarca, y llegaron algunos hasta proponer que se prendiera á Sorolla y á sus compañeros y se les ahorcara en seguida para escarmiento de desleales; y si no llevaron á cabo este propósito, fué por no encontrarse con fuerzas suficientes para afrontar la justa indignacion que tan inícua conducta habia de levantar en las Germanías.

Estendieron, pues, la respuesta en términos altaneros, y se la entregaron á los Embajadores, advirtiéndoles de palabra que abandonaran inmediatamente la poblacion, pues las autoridades no respondian de sus vidas en vista del mal efecto que habian producido en el pueblo las proposiciones de los agermanados de Valencia.

Así fué como empezaron las disensiones entre los mismos

plebeyos, escitando maliciosamente los nobles el espíritu de fidelidad en algunas localidades á fin de dividir sus fuerzas y dominarlos mejor para someterlos despues más facilmente á su vergonzoso despotismo.

¡Candidez lamentable y falta de tacto político de que aun no se han curado los pueblos en el siglo XIX!

La union y solo la union en las clases populares, ejercitada por medio de toda clase de asociaciones de interés general, es lo que ha de redimir al proletario de la postracion y miseria en que las clases privilegiadas lo tienen sumido.

Abandonaron Sorolla y sus compañeros la poblacion lamentándose de la ceguedad de sus habitantes, y dieron la vuelta á Valencia, donde enterados los Trece del mal resultado de sus gestiones, resolvieron ir tomando las medidas oportunas para evitar que la conducta de los Morellanos encontrara imitadores en otros pueblos de la Germanía, y para castigar severamente su defeccion á la causa comun, caso de que intentaran dificultar la marcha revolucionaria.

No se ocultaba á los disidentes lo comprometido de su situacion, y aunque confiaban mucho en la fortaleza de la villa y más todavía en la proteccion de los caballeros, sin embargo, empezaron á pertrecharse y preparar sus armas, enviando con este objeto á Zaragoza á un tal Guillen Cros, el cual, entre otros efectos de guerra, trajo una bandera con un lema bordado que recordaba la inscripcion del collar de aquella cierva de que nos hablan las historias de Julio César, que decia: NOLI ME TANGERE QUIA CÆSARIS SUM, esto es: «Nadie me toque que soy del Emperador,» palabras que dirigian los de Morella á los agermanados, y que les valió una expresiva carta de D. Cárlos que les envió dándoles las gracias desde Aquisgran, con fecha 22 de Octubre de 1820; pero que en cambio les atrajo la odiosidad y el desprecio de sus paisanos, dando lugar más tarde á lamentables escenas de venganza.

Tambien en Játiva andaban los ánimos revueltos desde la partida del Gobernador. No todos los habitantes estaban por la

Germanía, pues temian el castigo del Emperador á su vuelta de Alemania, y así es que andaban divididos en dos parcialidades, que si bien hasta allí habian podido los Jurados y Consejeros de la ciudad mantenerlos en paz, ya iba siendo inminente un rompimiento.

Cierto domingo que hicieron los gremios alarde de sus compañías armadas, toparon al volver de la formacion con varios vecinos pudientes de la villa que pertenecian al bando de los nobles, y encarándose los Síndicos del pueblo con ellos, les dijeron, con palabras terminantes, que tenian que decidirse por la causa de la Germanía, ó que de lo contrario abandonasen la poblacion con sus familias, si no querian sufrir algun percance.

Temerosos con esta amenaza, acudieron en seguida á dar parte de ella á los oficiales reales y á los Regidores de Játiva, quienes citaron á los Síndicos á fin de amonestarlos para que no promovieran trastornos en la ciudad que tan perjudiciales habian de ser para todos; pero aquellos no comparecieron, y entonces los Regidores mandaron publicar un bando imponiendo grandes multas á los que provocaran trastornos, so pretesto de Germanía, lo que oido por uno de los jefes de los agermanados, no dejó concluir al pregonero, porque arremetiendo con él le hizo marchar más que de paso.

Enseguida mandaron los Síndicos tocar las cajas de guerra en demanda de sus parciales, y reunidos en gran número, se fueron camino de la Audiencia, donde se habian juntado las autoridades, quienes enterados de la proximidad de las turbas, rompieron un tabique del edificio y escaparon por las casas contiguas.

No encontrándolos en sus puestos los amotinados, se dividieron en grupos, y los unos se dirigieron al monasterio de Montsanto, donde se decia estar hospedado el Conde de Elda, portador de una carta del Virey para sus partidarios de la ciudad; otros recorrian las calles buscando á los Jurados para matarlos, y especialmente á Micer Domingo Olcina, abogado de la ciudad, contra quien tenian gran ojeriza.

Por fin llegó oportunamente el Gobernador de Játiva, y entrando secretamente en la sacristía de la iglesia mayor, mandó salir en su nombre un pregon revocando el de los Regidores y echándolos desterrados, dando por bueno lo que hasta allí llevaban hecho los populares.

Apaciguáronse con esto las turbas y retiráronse á sus casas; y aunque el prestigio de la autoridad quedó mal parado, se evitó por entónces un rompimiento general á que incitaban los de Castellon que acudieron en gran número en ayuda de sus hermanos.

Tampoco en el mismo Valencia estaban ménos escitados los ánimos. Los pocos deudos ó familiares de los nobles que habian quedado en la poblacion, veíanse de contínuo espuestos á las furias populares.

Prueba de lo encarnizado de las luchas civiles fué lo ocurrido con un salinero llamado Francin, quien decididamente partidario de los Caballeros, se atrevió á decir en cierta reunion que se podia de un golpe concluir con las Germanías, pues estando todos los nobles ausentes, no habia más que prender fuego á Valencia una noche por sus cuatro costados á fin de que perecieran todos sus moradores envueltos en las llamas.

Pronto cundió por la ciudad el diabólico pensamiento de aquel discípulo de Neron, é indignados algunos agermanados, fueron en su busca con ánimo de matarlo.

Temeroso Francin del efecto que habian causado sus palabras, tomó la resolucion de abandonar la ciudad é irse al campo del Virey á ampararse de los Caballeros. Ya tenia calzadas las espuelas y pronto el caballo para partir, cuando llegaron á su casa los que le buscaban, y atemorizado el pobre hombre, huyó saltando de terrado en terrado hasta la calle de Caballeros, donde viendo que le iban dando alcance por sus mismos pasos, se guareció en la casa de un espartero, donde le hubieran dado muerte en el acto á no interponerse un clérigo de rodillas pidiendo le dejasen confesar á aquel desgraciado, antes de consumar en él su venganza.

Accedieron por un momento sus perseguidores, aunque sin desistir de su propósito, lo que visto por el sacerdote se dió trazas de que viniese el Santo Sacramento de la inmediata parroquia de San Nicolás para que comulgara, á fin de ganar tiempo y ver de salvarlo: llegó en efecto el cura, seguido de cuatro sacerdotes más, y cogiendo á Francin en medio de todos, y escudándole con la sagrada forma, trataron de llevárselo. Pero todo fué inútil; vista la intencion de aquellos sacerdotes, envistieron tan impetuosamente que derribaron en tierra al cura, hiriéndole en la frente, y dieron de puñaladas al salinero, intentando despues lanzar su cadáver á una hoguera, lo que no efectuaron, gracias á las amonestaciones de Juan Lorenzo, que enterado de lo que ocurria, se levantó del lecho, no obstante de la gravedad de unas malignas calenturas que le aquejaban, reprendiendo severamente á un Mesonero, que era el que habia incitado á la plebe para aquel asesinato, y esclamó con dolor al retirarse, dirigiéndose al pueblo: «Nunca se inventó para esto la Germanía, y si seguís por este camino, pronto se perderá Valencia.» Y fué tanto el disgusto que recibió en aquel lance, que unido á su enfermedad y al esfuerzo que hiciera con salir á la calle, que espiró en una silla de repente, sin darle tiempo para volver al lecho, consternando esta noticia á los agermados que sabian lo mucho que perdian con la muerte de Juan Lorenzo.

En efecto, en su cabeza estaba atesorado el pensamiento filosófico de aquella revolucion; él era el único capaz de sacar á salvo la nave de la Germanía por entre los numerosos escollos con que la exageracion y la inesperiencia del pueblo le ponia en peligro de naufragar á cada momento. Con su muerte cobraron ánimos los enemigos de aquella república naciente, y auque los agermanados no desmayaron por esto, ni desistieron de su própósito, no fué bastante á cubrir la falta del génio organizador de Juan Lorenzo, ni el entusiasmo y patriotismo de Sorolla, ni el valor indomable de Vicente Peris, ni el

fanatismo que supo inspirar más tarde en las masas las predicaciones del *Rey encubierto*.

Desde entónces abundó, como siempre, la Germanía en soldados valientes, hijos del pueblo dispuestos á sacrificarse en defensa de la idea, pero á sacrificarse inútilmente, sin conseguir el fin que tan cerca estaban de alcanzar á la muerte de Juan Lorenzo.

Sin mas sucesos notables concluyó el año de 1520, efectuándose únicamente algunos cambios en la administracion de justicia y en la gobernacion de ciertos pueblos, llevados á cabo por los Trece para más seguridad de la Germanía.

Por entónces enviaron los nobles una embajada al Emperador participándole que no pudiendo sufrir por mas tiempo las provocaciones y desmanes de los agermanados se disponian á rechazar la fuerza con la fuerza, rompiéndose finalmente la campaña como diremos en el capítulo siguiente.

IX.

Juan Gonzalez Villacimplici.—Condiciones de arreglo.—Ruptura de toda negociacion y preparativos de guerra.—Saqueo é incendio de San Mateo.—Indignacion de los Valencianos y proyectos de venganza —Espedicion de los agermanados á Morella.—Miguel Estellés, su derrota y muerte.—Nueva hueste al mando de Juan Caro.—Asedio del castillo de Corvera.—Tentativa sobre Mogente.—Sitio y toma del castillo de Játiva.

Enterado el Emperador por el mensaje que le enviaran los nobles del estado de las cosas en Valencia, y no dejando de reconocer la parte de responsabilidad que en los males de aquel reino le cabia por sus anteriores vacilaciones y total ignorancia de las costumbres y tendencias del mismo, resolvió enviar á Juan Gonzalez de Villacimplici, Secretario que habia sido de D. Fernando el Católico, con ámplios poderes, á fin de terminar, en su nombre, la efervescencia que reinaba entre los Valencianos.

Presentóse este á los Trece, y entrególes de parte del Rey una carta en que les manifestaba que en lo sucesivo, á fin de acabar las turbulencias, era su voluntad que se sujetasen á las cinco siguientes condiciones:

1.ª Reconocer la autoridad del Virey, D. Diego Hurtado de Mendoza, Conde de Mélito.

2.ª Entregar las armas y sujetarse á lo prescrito por los fueros en cuanto uso de las comunes.

3.ª Hacer cumplir las leyes aún cuando se hubiera establecido la Germanía.

4.ª Dar una satisfaccion á los nobles de los perjuicios que les habian causado.

5.ª Anular la última eleccion de Jurados para el Consejo, por haberse hecho sin concurrencia de la nobleza.

Leyóse este mensaje en sesion solemne de los agermanados, y enterados de los cinco puntos condicionales que se les proponia para un arreglo, esclamaron indignados que no era posible que el Emperador desconociera de aquel modo las autorizaciones que les habia otorgado para armarse y agermanarse, así como tampoco el derecho que les asistia para nombrar sus Jurados; que ellos no tenian que dar ninguna satisfaccion á los nobles, sino recibirla por los muchos vejámenes que de ellos notoriamente venian sufriendo, y que, en resúmen, aquella carta debia ser apócrifa é inspirada y redactada *bajo los almendros de Denia*, donde se hallaba el Virey con sns parciales.

Enteróse el pueblo de la mision de Villacimplici y de la contestacion de los Trece, y empezó á amotinarse pidiendo la prision de aquel comisionado, por lo que Juan Gonzalez, creyó de suma urgencia para su persona abandonar la ciudad más que de paso.

Enterados en Gandía del fracaso de estas negociaciones con la llegada á aquel punto de dicho Embajador, y enterados tambien de otras instrucciones reservadas que para aquel caso les mandaba por el mismo conducto D. Cárlos, celebraron una gran Asamblea de nobles iniciada por el Almirante de Aragon, Don Alfonso de Cardona, presidida por el Virey, á la que acudió entre otros muchos caballeros, el Duque de Segorbe D. Alfonso de Aragon, quien, con autorizacion de su padre el Infante Don Enrique, dijo tener prevenidos para romper la campaña quinientos hombres de confianza y un gran número de personajes del reino que voluntariamente habian desnudado su espada contra la Germanía.

Quedó pues definitivamente resuelta la guerra en esta Asamblea, y decidido el marchar contra los plebeyos, á cuyo fin dieron facultades al Sr. de Rocafull y de Albatera para formar

un cuerpo de 1.500 infantes, por de pronto, y apoyar en sus operaciones al Duque de Segorbe.

No se descuidaban en tanto los agermanados de Valencia, vista la resolucion de los nobles de romper la campaña; levantaron resueltamente el pendon de guerra, y nombraron á Juan Caro y á Vicente Peris generales de sus huestes.

Mientras por ambas parcialidades se llevaban á cabo estos bélicos aprestos, llegó á Valencia una triste noticia que hizo encender en ira y deseos de venganza á todos sus habitantes.

Era el caso que los de Morella, alentados por los caballeros y por la carta laudotaria que les remitiera el Emperador, cobraron ánimos para mayores empresas, y su actitud en contra de las Germanías los indujo á cometer las primeras escenas de sangre y esterminio de que tan pródiga fué luego esta fratricida lucha.

Villafranca, Portel y Forcal se levantaron por la Germanía, allí acudieron los de Morella, apoderándose á viva fuerza de estos pueblos y pasándolos á saco y á cuchillo, no fué contra estos pueblos solamente contra los que cometieron una agresion tan injustificada; en San Mateo lanzaron tambien el grito de guerra contra los nobles, y habiéndose tratado de oponer el Gobernador D. Fernando Zahera murió asesinado por los sublevados. Inmediatamente acudieron los de Morella á vengar la muerte de aquel Gobernador. Tomada la villa por asalto, despues de un combate mortífero, fueron acorralados los de la Germanía en el templo, y como no quisieron rendirse, prendiéronle fuego, acabando entre las llamas y la destruccion los que allí se encerraron y en los patíbulos los que cayeron con vida en manos de sus contrarios. La villa fué saqueada despues y los bienes de los habitantes de San Mateo repartidos entre los de Morella.

Llegó á Valencia, como dejamos dicho, esta noticia, y sedientos de venganza los agermanados, se entregaron á lamentables represalias con algunos vecinos de Morella allí establecidos, y dispusieron que una division á las órdenes del carpintero Miguel Estellés saliese á recorrer el Maestrazgo á fin de levantar el país contra los de Morella.

Ya no habia remedio: la provocacion habia sido sangrienta, sangientas tenian que ser las represalias.

El *alea jacta est* se habia pronunciado, y la guerra tenia que ser bárbara, implacable, feroz, esterminadora.

Pero que no intenten los cronistas de aquel tiempo hacer recaer toda la responsabilidad sobre los agermanados; canten en buen hora alabanzas á los reyes; prodiguen el incienso de la adulacion á los grandes de aquella época en cuyo obsequio y bajo cuyo amparo solian publicar sus libros; pero respeten la justicia del pueblo al volver por sus derechos ultrajados; y si escesos hubo, convengan en que por ambas partes se cometieron, y culpen al atraso del siglo, y, mas que á las turbulencias de los agermanados, al irritante despotismo de los nobles.

Pero para los vencidos no hay historia; los agermanados no tienen cronistas sino detractores que han tratado de presentarlos á los siglos venideros como hombres feroces, sin civilizacion, incendiarios y asesinos. *¡Væ victis!*

El solo relato de los hechos, sin embargo, bastará á mis lectores para apreciar las consecuencias que de ellos se desprenden, y hacer, sin pasion, á cada uno la justicia que se merezca.

Salió Miguel Estellés de Valencia solo con quinientos hombres y avanzó rápidamente sobre el Maestrazgo, siendo recibido en los pueblos del tránsito con grande entusiasmo, y apresurándose todos á facilitarle recursos de gente y de dinero.

A su paso tomó el castillo de Murviedro, donde se habia hecho fuerte contra la Germanía su Alcaide, Mosen Juan de San Feliu, con algunos caballeros deudos y parciales suyos.

Antes de continuar su marcha, escribió á los Trece el Capitan de los agermanados notificándoles este hecho de armas, en los siguientes términos:

«Muy magníficos señores: El martes, cuando amanecia, llegamos á esta villa de Murviedro, y por el cansancio de la gente la mandamos dar refresco, y luego nos juntamos con nuestros amigos de esta localidad y de los lugares de la huerta, que todos juntos sumaban buen número de combatientes. Con ellos

formamos dos escuadrones; iba delante la bandera de Valencia y despues la de Murviedro, y en este órden nos pusimos á combatir el castillo. Ganámosle al fin matando en el asalto diez y ocho hombres (que los más son caballeros), y alzamos la bandera de Valencia en una torre por la victoria. Y porque vosotros, señores, y todos los del pueblo os alegreis de la toma de castillo tan importante, os damos de ello aviso.

»Mañana partiremos para Villareal, con direccion á San Mateo.

»Murviedro 25 de Junio de 1521.—*Miguel Estellés.*»

Salió, en efecto, al dia siguiente para Villareal, pueblo muy propicio á la causa de la Germanía, donde tomó algun descanso, y hecha allí reseña de su gente encontró haber aumentado la espedicion hasta dos mil hombres, en vista de lo cual resolvió seguir adelante en su empresa.

Escribió con este objeto á los de Onda y de otras villas á fin de que le ayudasen contra los caballeros de Benicarló, y siguió levantando á favor de la Germanía los pueblos del Maestrazgo de Montesa, destruyendo á su paso el castillo de Alcalá de Gisbert que osó oponerle resistencia.

Movíase en tanto el Duque de Segorbe acompañado de D. Jaime Ferrer, lugarteniente de Gobernador general, y de los contingentes que los caballeros y parciales de aquellas tierras habian puesto á sus órdenes, tratando de someter de nuevo á la obediencia los pueblos que se declaraban por la Germanía, y de oponerse á su marcha revolucionaria.

En Alcalá de Gisbert, recibió Estellés la noticia de que el Duque de Segorbe habia entrado en Villareal, luego de haber él salido; y como supo tambien que las armas de este amenazaban á Castellon de la Plana, resolvió abandonar la posicion de Alcalá y pasar al castillo de Oropesa, siguiendo la orilla del mar. Cuando los agermanados efectuaban este movimiento, el Duque se apoderaba de Castellon, poniéndola á saco, segun la costumbre de aquella bárbara guerra, y se ponia inmediatamente en marcha para cortar la retirada á las fuerzas populares.

Avistáronse, por fin, ambas huestes al amanecer del 4 de Julio cerca de Oropesa, y dispusiéronse desde luego para el combate.

Las fuerzas del Duque, aunque menores en número que las del carpintero Valenciano, estaban compuesta en su mayor parte de gente ya avezada á las armas y mandadas por jefes esperimentados, contando además con un buen golpe de ginetes; los agermanados adolecian de falta de táctica y disciplina, y aunque suplia en parte este defecto el entusiasmo de que todos se hallaban animados y el valor de su jefe, no podia menos de augurarse fatales resultados una vez empeñada la lucha.

Poco tardó esta en comenzar, y aunque en un principio resistieron las fuerzas populares á pié firme las cargas de los caballeros, al fin concluyeron los ginetes por romper sus filas, sembrando la confusion entre los agermanados, sin que fueran bastantes á rehacerlos las voces de mando de Estellés que hacia esfuerzos desesperados para detener la dispersion de su jente.

La derrota fué completa, y el Capitan de las fuerzas populares, preso y desarmado por D. Rodrigo Muñoz y Mosen Gerónimo Almunia, fué conducido á Castellon y ahorcado y descuartizado sin piedad, con otros compañeros suyos, en desagravio de los nobles.

La noticia de la derrota y sangrienta venganza llevada á cabo en la persona del capitan de la Germanía, Miguel Estellés, causó en Valencia el efecto que pudiera causar una centella en un barril de pólvora.

Un grito de indignacion estalló por todas partes, y mandóse en el acto por los Trece tocar las cajas, aprestar la artillería y apercibirse toda la gente armada de la Germanía para salir al campo á tomar vengáza de los caballeros.

Juan Caro, el general de las fuerzas populares, levantó bandera en la plaza de San Francisco, y no tardaron en venir á alistarse bajo sus órdenes hasta dos mil combatientes.

Los eclesiásticos que vieron al pueblo tan ensoberbecido, y temieron con razon las desgracias y ruina que aquella lucha

fratricida habia de ocasionar al reino, acudieron de todas las parroquias en procesion, con las capillas de las mucetas en la cabeza, en señal de luto, y con cayados en las manos, y entraron por la plaza pidiendo misericordia y conjurándoles en nombre de Dios para que se doliesen de sí mismos y desistiesen de su empeño; pero los populares estaban tan decididos y tan impacientes por tomar venganza de sus enemigos, que respondieron terminantemente á las súplicas de los sacerdotes que «ya no era ocasion de misericordia, sino de Justicia.»

Salieron los agermanados por la puerta de San Vicente, en muy lucido escuadron, bien pertrechados de armas y municiones, y habiendo tenido noticia, á tres leguas de Valencia, en el lugar de Almuzafar, de cómo el Señor de Gandía, habia enviado un buen golpe de gente de infantería y caballería á Picacente y Alcázar, para tener desde allí un puesto avanzado contra la ciudad y poder correr la tierra, tomó Juan Caro el camino de aquellos pueblos, donde encontró al llegar que sus habitantes, en su mayor parte moriscos, vasallos de los señores y enemigos declarados de la Germanía, habian huido á la montaña, en vista de lo cual, justificada con este hecho la sospecha, saquearon y quemaron ambos lugares, moviéndose despues los agermanados en direccion á Gandía.

Entendida por los nobles la determinacion de las fuerzas populares, acudieron á Gandía en socorro del duque D. Juan de Borja, quien en union con el Conde de Oliva estaba alojado en el lugar de Taberna con muy lucido escuadron de deudos y parciales.

Reunidos los caballeros en Consejo, en el monasterio de Valdigna, acordaron enviar á D. Juan de Castelví á Denia á suplicar al Virey tuviese á bien venir á capitanearlos, para hacer guerra á los plebeyos que se les venian encima.

Visto por el Virey el estado de las cosas, y sabiendo que no tardarian en llegar á Gandía, segun sus órdenes, D. Pedro Maza, Señor de Mojente, y D. Rodrigo de Corella, Conde de Concentaina, con muchos caballeros de Orihuela y Játiva, salió de

Denia á la ligera y se fué al valle de Alfandich donde estaba reuniendo el Duque á los caballeros de su bando, y mandó hacer reseña de la gente el dia de San Juan, encontrando dos mil infantes entre moros y cristianos, vasallos de los nobles, y gran número de caballeros de Valencia, Játiva y otros puntos que acudian á sus órdenes.

Con estas fuerzas resolvió el Virey aguardar la aparicion de los agermanados, para darles la batalla en lugar ventajoso donde pudiese jugar su caballería.

Juan Caro habia llegado en tanto á Alcira con el objeto de posesionarse del puente del Júcar, y estorbar que las huestes de los Señores pudiesen pasar á correr la tierra de Valencia.

Moviéronse despues en direccion sobre Corvera, notablemente aumentadas sus fuerzas con los contingentes de los pueblos del tránsito, y llegaron á dicha pueblo á 28 de Junio en número de 4.000 combatientes.

Tomada la poblacion, situaron cuatro piezas en batería y empezaron á atacar el castillo.

Si recia fué la acometida de los agermanados, no fué menos vigorosa la defensa de los caballeros encerrados en el castillo de Corvera. Las fuerzas populares llegaron hasta arrimar las escalas á las murallas; pero habiendo entendido que el Virey habia salido con su gente el dia de San Pedro con ánimo de socorrer á los del castillo, resolvió Juan Caro levantar el sitio y retroceder á Alcira, cosa que no agradó mucho á los agermanados por creer ya fácil la toma del castillo.

Dieron la vuelta á Alcira, y allí determinaron los populares de la villa, de acuerdo con su General, nombrar para el cargo de capitan de sus compañías á un mesonero Valenciano llamado Tomás Urgellés, grande amigo de Vicente Peris y notable perseguidor de los Caballeros.

En Alcira tuvieron noticias de cómo el Virey habia cambiado de designio y resuelto ir con su gente sobre la ciudad de Játiva, y enseguida resolvió Juan Caro marchar á socorrerla.

Llegaron los agermanados á Játiva, siendo recibidos en

triunfo por sus numerosos parciales de esta ciudad, y despues de tomar algun descanso y acordar lo necesario para la rendicion del castillo, que aun estaba por los caballeros, y para la mejor seguridad de aquella poblacion, salieron algunas fuerzas de la Germanía contra Mojente, donde segun noticias de los espías reunia el Señor de aquella villa buen golpe de parciales para reunirse con el Virey.

Antes que los agermanados, los cuales serian en número de 1.000, llegó á Mojente D. Ramon de Rocafull con 500 soldados, los cuales unidos con la guarnicion de la villa se aprestaron á rechazar el asalto.

No tardaron en llegar las fuerzas populares al mando de Urgellés, quien pensaba acreditar su nuevo cargo con algun hecho brillante de armas, y viendo á los de la villa tan apercibidos para el combate, ordenó á su gente, y después de una breve arenga, se lanzó el primero á escalar el muro del castillo. Sus compañeros enardecidos con la palabra y el ejemplo de su nuevo capitan, llegaron hasta á plantar dos banderas en la muralla, pero siendo muchos y valientes los defensores, y muy desventajosa la posicion de los sitiadores, tuvieron que retirarse despues de cinco asaltos infructuosos en que resultaron muchos muertos y heridos de ambas partes.

En tanto el grueso del ejército, á las órdenes de Caro, estrechaba en Játiva el sitio de aquel importante castillo, de tan tristes recuerdos, y donde á la sazon continuaba preso á las órdenes del Emperador, Don Fernando de Aragon, Duque de Calabria y Príncipe jurado del reino de Napoles, que desde el tiempo de Don Fernando el Católico estaba detenido en aquella fortaleza.

Libres los de Mojente con la retirada de Urgellés, se apresuraron á reunirse con el Virey encareciendole lo conveniente que seria marchar en socorro del castillo de Játiva, que estaba en eminente peligro de perderse.

Celebrado á este fin consejo de guerra por el Conde de Mélito, resolvieron los caballeros marchar en socorro de D. Baltasar Mercader, alcaide de dicho castillo.

Púsose en movimiento la hueste de los nobles, fuerte de dos mil infantes, 500 caballos y algunas piezas de campaña. En la vanguardia marchaba el Virey, y el Duque de Gandía venia á retaguardia allegando la gente que podia de sus Estados.

Avisado en tanto Mosen Ausias Crespí de Valdaura del peligro en que se halla el castillo de Játiva, hizo partir de noche de su lugar de Sumacarcera á su hijo Guillen Crespí, con algunos ballesteros moros, quienes protegidos por las sombras de la noche lograron penetrar en el castillo por un postigo.

Fué tanta la alegría que recibieron los sitiados con aquel socorro, que echaron las campanas de la iglesia á vuelo y dispararon algunos cañonazos.

Conocieron entónces los agermanados lo urgente que era rendir aquella fortaleza antes que llegara el ejército del Virey, y dispusiéronse á un ataque decisivo.

Celebró con este objeto Juan Caro consejo de capitanes, al que asistió Urgellés ya de vuelta de su fracasada expedicion, y Vicente Peris, quien en nombre de los Trece habia venido á activar las operaciones de campaña.

De acuerdo los jefes de los agermanados, dispusieron un ataque general y simultáneo por tres puntos, y cayeron furiosamente sobre el castillo. Tres dias con tres noches duró el combate, horroroso por su estrago, decayendo al cuarto las operaciones por el cansancio de sitiados y sitiadores.

Entonces Vicente Peris, que segun los anales de Játiva era el que verdaderamente dirigia las operaciones del sitio, y que habia reemplazado en el mando de los agermanados de Alcira á Tomás Urgellés, muerto en uno de los asaltos del castillo, pidió un armisticio y propuso á los sitiados una capitulacion honrosa. Mercader admitió un parlamentario, y en presencia del Duque de Calabria se estipuló que sesenta soldados plebeyos relevarian la guarnicion, que deberian salir con armas y banderas.

Oponíse á este convenio Guillen Crespí de Valdaura, pretendiendo que el castillo habia de quedar guarnecido por gente adicta al Virey, cuando los agermanados impacientes por la tar-

danza de sus parlamentarios, y recelando alguna traicion, se precipitaron súbitamente hasta el pié de la muralla del castillo, y llegando á un lienzo que se hallaba arruinado, penetraron por él, matando á los pocos defensores que trataban resistirse en aquel punto, consiguiendo ya por fuerza lo que se esperaba por convenio.

La toma del castillo de Játiva la llevaron á cabo las fuerzas de la Germanía á 14 de Julio de 1521.

Los vencedores redujeron á prision á su alcaide Baltasar Mercader y dejaron salir libres á los Sres. de Valdaura y Sanz, con algunos de los ballesteros Moros que vinieron en socorro del castillo; pero el pueblo, que estaba muy indignado, particularmente con los Moriscos, por el apoyo que en todas partes prestaban á los caballeros, salieron á aguardarlos al camino, y acometiéndolos en tropel acabaron con todos.

Severos cargos se hacen con ocasion de esto á la Germanía por los cronistas de aquella época; pero aparte de que los jefes populares ni supieron ni tuvieron tiempo de evitar aquella, siempre lamentable venganza, la irritante pretension de disputar, aún despues de vencido, el señor de Valdaura el derecho que asistia á los plebeyos para dar guarnicion á aquel castillo, y que estos apoyaban en una pragmátima de Jaime I, y sobre todo la vista de los Moros, á quienes el pueblo odiaba de muerte por la escitacion de su fanatismo político-religioso, esplican hasta cierto punto aquel atropello, por otra parte nada estraño en una guerra destructora, donde los caballeros trataban á los plebeyos que caian en sus manos peor que á perros incendiando, y saqueando sin conmiseracion todos los pueblos de la Germanía que encontraban á su paso.

Dueños los agermanados de aquella importante fortaleza, expidieron sus cartas notificando tan fausta nueva á Valencia y demás poblaciones adictas á la Germanía, y se dispusieron á tomar algun descanso mientras organizaban de nuevo sus huestes para continuar su comenzada campaña contra el Virey y los caballeros.

El Conde de Mélito, en tanto, y los Caballeros que habian movido su hueste en direccion á Játiva, con intento de socorrer su castillo, retrocedieron á la vista ya de sus mismas murallas, noticiosos de la victoria de los agermanados, y poco seguros de la fidelidad de los peones cristianos que llevan en su compañía, por haberse estos mostrado algo propicios á la causa de sus hermanos de Valencia, y por la gran odiosidad que no trataban de ocultar á los soldados Moros vasallos de los nobles.

En vista de todo esto, y no habiéndose incorporado aún á la hueste del Marqués D. Ramon de Rocafull con la gente de su mando, resolvió el Conde de Mélito efectuar su retirada, para ocupar sus anteriores posiciones, no atreviéndose por entonces atacar á las fuerzas populares.

X.

ESTADO DE LAS COSAS EN VALENCIA DESDE EL ROMPIMIENTO DE LAS HOSTILIDADES.—REELECCION DE LOS TRECE Y DE LOS JURADOS DEL PUEBLO.—EL MARQUÉS DE ZENETE SUBDELEGADO DE GOBERNADOR.—INDIGNACION POPULAR CONTRA EL DUQUE DE SEGORBE.—FR. LÚCAS BONET.—EL RAT PENAT Y NUEVA HUESTE DE AGERMANADOS.

Dejemos por un momento de relatar los hechos de armas de los bandos beligerantes de nobles y plebeyos, y vengamos á Valencia, y observemos el estado de los ánimos y de las cosas que imperaba en tan populosa ciudad desde el rompimiento de las hostilidades.

Huérfana la capital de la autoridad del Regente, á consecuencia del alboroto que ocasionó su partida, y enfermo el gobernador D. Luis Cabanilles y retirado en su lugar de Benisanó, solo quedaba D. Manuel Exarch, subdelegado, quien hasta allí habia sabido hacerse respetar en Valencia á nombre del Rey, gracias á su prudente templaza en el mando, y á su tacto para ceder á tiempo con las exigencias del pueblo, á fin de sacar á salvo el prestigio de su autoridad y no atraerse la animaversion de los agermanados, quienes le habian dado más de una vez pruebas de respeto y simpatía. Los Regidores, Jurados, Consejo de la ciudad y Oficiales reales, seguian desempeñando sus funciones en la parte judicial y administrativa á nombre del Rey, pero completamente ajenos á la cuestion política, la cual asumia bajo su direccion el gobierno popular de los Trece.

Otra persona muy influyente en Valencia, quizá el único noble que habia conservado el aprecio del pueblo por su conducta imparcial y agena á las luchas de partido, era el marqués de Zenete, el hermano del Virey quien por esta causa y por su continuada residencia en el foco principal de la revolucion, era objeto de las murmuraciones de los caballeros, que miraban su conducta como sospechosa, pero que, andando el tiempo, tuvieron ocasion de rectificar sus juicios mirando en él el más firme campeon de la causa de los nobles.

En un principio, cuando el pueblo se vió libre del yugo de los caballeros, y con la ereccion de su Directorio de los Trece se emancipó, hasta cierto punto, de las demas autoridades, trató de eximirse tambien de las muchas contribuciones y pechos que por distintos conceptos se le exigian.

Con este motivo hubo varios alborotos en Valencia, llegando hasta el caso de destruir y quemar las oficinas y tablas de recaudacion; pero convencidos los plebeyos, por las prudentes reflexiones de sus Jurados y demás personas influyentes, de que so pena de perecer la República y mostrarse en abierta rebelion con el Monarca, no podian rehuir en absoluto aquellas obligaciones naturales de todo pueblo medianamente constituido, desistieron poco á poco de su empeño, y acabaron por reconocer la necesidad de abonar ciertos tributos, si bien quedaron desde entonces abolidos los más irritantes y onerosos.

A 2 de Junio, víspera de la Pascua de Pentocestés, volvió á reunirse el pueblo para el nombramiento de Jurados, por haber concluido el plazo de los anteriormente elegidos, y segun el acuerdo observado en las pasadas elecciones, de los seis nombrados, dos lo fueron por los caballeros, dos por los ciudadanos, y N. Bosch, labrador de Campanar, y Jerónimo Coll de Sanz, pelaire, por los plebeyos.

Tambien la Junta de los Trece, concluido su primer año de gobierno, se habia sujetado á nueva eleccion, segun disponian sus estatutos, obteniendo nuevamente la confianza de sus conciudadanos las personas mas influyentes de la misma, y algunas

otras que se habian distinguido en su celo por la Germanía.

Bien quisieran personas sensatas de Valencia, que preveian y esperimentaban los horrores de la guerra civil, llegar á un arreglo con el Virey á fin de evitar mayores males; pero la intransigencia de éste y de los caballeros que le rodeaban, que no querian si no que el pueblo se sometiera de nuevo, deponiendo las armas y renegando de todas sus conquistas, hizo imposible todo advenimiento, con mucho gusto del partido de accion, á cuyo frente ya figuraba el terciopelero Vicente Peris, quien habia reemplazado á Juan Caro en el mando de las fuerzas populares, despues de la rendicion del castillo de Játiva.

Continuaban, pues, los aprestos militares, y encendida la Guerra civil en todo el reino, siendo grande la ansiedad del vecindario de Valencia desde la salida de su recinto de los agermanados; pues sabiendo que los nobles tenian ya en pié de guerra dos ejércitos, uno acaudillado por el Duque de Segorbe, y otro por el Virey en persona, todos temian no corriesen sus esposos, hijos y demas parientes la misma suerte que el desgraciado Estellés, pues eran bien conocidos los instintos de sangre y de venganza que movian á aquellos bandos.

La llegada de cualquier correo alborotaba á los Valencianos, y fué tanto el pánico que sobrecogió, particularmente á las mujeres, que se refugiaron en gran número á la Catedral, pertrechando muy bien los Capitulares, con este motivo, las puertas del templo con reparos y artillería.

Los Notarios de la ciudad, que se habian tambien agermanado, pero independientemente de la autoridad de los Trece, formaron un batallon de 180 hombres y se ofrecieron á D. Manuel Exarch, para acompañar á su persona y rondar y vigilar de dia y de noche por la seguridad del vecindario.

Agradeciólo mucho el subdelegado del Gobernador, pero viendo el giro alarmante de las cosas, y cansado ya de llevar él solo el peso del Gobierno, y de servir de mediador entre nobles y plebeyos, trató de hacer lo que en nuestros tiempos acostumbran los Gobernadores de provincia, cuando su autoridad civil

no es bastante á mantener el órden, esto es: buscó el medio de declinar su cargo en el poder militar, á cuyo efecto se presentó al marqués de Zenete rogándole consintiera reemplazarle en su puesto, pues como hombre avezado á las cosas de la guerra, le seria más fácil atender en lo posible á la conservacion de Valencia, y tal vez conjurar los horrores de la guera civil en que estaban empeñados nobles y plebeyos.

Atento estuvo D. Rodrigo de Mendoza y Bivar, marqués de Zenete, á las razones del subdelegado del Gobernador, y como hombre prudente y discreto, contestó, despues de meditar un rato, que si los populares y jurados eran gustosos en ello, no tenia ningun inconveniente en hacer aquel sacrificio por la causa de la república.

Consultados los Trece, se mostraron altamente propicios á aquella combinacion, pues tenian gran confianza en la hasta allí nunca desmentida caballerosidad del Marqués.

Puestos de acuerdo el Directorio de los Trece y los Jurados, fueron en compañía de D. Manuel Exarch á ofrecer definitivamente á D. Rodrigo que se encargara por el Rey del Gobierno de Valencia, lo que admitió el Marqués con dos condiciones: la primera que habian de volver á la ciudad las fuerzas de los agermauados que estaban al mando de Vicente Peris, y la segunda que desde luego habian de poner los populares á su disposicion y para su custodia una fuerza de 500 hombres de los más importantes de los gremios.

Aviniéronse los Trece á estas exigencias, y cumplieron desde luego lo de la guardia del Marqués, pero lo que es el ejército no trataron de distraerlo de su empresa.

Contento ya D. Manuel con el buen resultado que iban dando sus gestiones, resolvió pasar él mismo en persona á avistarse con D. Luis Cabanilles para que accediese á sus deseos y confirmase en su reemplazo el nombramiento del Marqués.

Agradóle mucho al Gobernador verse representado en el mando por persona tan respetable, como lo era el hermano del Virey, y prestó desde luego su consentimiento.

Seguia en tanto muy alarmada Valencia por las noticias que á cada momento enviaban á los Trece los agermanados de Murviedro, contra quienes particularmente se movian las fuerzas del Duque de Segorbe; á cada correo que de esta poblacion llegaba, agolpábase el pueblo ansiose de saber las nuevas de que era portador, y á fin de evitar estos tumultos, acordaron los Trece, por indicacion del Marqués, apostar delegados suyos en las avenidas de los caminos para recibir los partes y contestarlos reservadamente, á fin de evitar la contínua alarma y la propagacion de absurdas noticias.

Pero era el destino de los Valencianos pasar en aquellos dias de ansiedad por grandes pruebas, y en vano fueron todas sus precauciones para eludirlas.

Viendo los de Murviedro que sus escitaciones no movian á los de Valencia á venir en su socorro, pusieron en juego un medio que después han practicado tambien en otras revoluciones populares contemporáneas llevadas á cabo allende los Pirineos.

Consistió este en presentar á los ojos del horrorizado vecindario de Valencia los cadáveres de dos mancebos completamente acribillados de puñaladas, cuyo agravante crímen dijeron haber sido consumado por los vasallos Moros del Duque de Segorbe.

La circunstancia de haber entrado en la ciudad dichos cadáveres atravesados en un mulo, y precedidos de dos fanáticos sacerdotes con cruces enlutadas, quienes incitaban al pueblo á tomar venganza inmediata contra aquellos asesinos, enemigos de la ley de Dios, y contra sus valedores los caballeros, excitó hasta tal punto el fanatismo y la sed de venganza de los Valencianos, que en pocos momentos se vieron llenas las calles de la ciudad de gente armada, reclamando á grandes gritos de los Trece un Jefe que los condujera á pelear contra el de Segorbe, y el material necesario para emprender la campaña.

En vano el Marqués de Zenete recorria los grupos, seguido de otras personas notables, y amonestaba á todos rogándoles que

depusieran la ira hasta averiguar el hecho, y dieran lugar á la reflexion, para conducir las cosas con la prudencia que la gravedad del caso requeria.

Vanos fueron todos los esfuerzos del Marqués para aplacar la indignacion del pueblo. La aparicion de un fraile agustino, llamado Fr. Lúcas Bonet, que con un crucifijo en las manos empezó á arengar á las masas esforzándose en probar que debian armarse grandes y chicos contra aquellos enemigos de la religion cristiana, acabó de soliviantar los ánimos y de fanatizar al pueblo lanzándolo por una senda de sangre y de venganza.

¡Magnífico modo el de aquel sacerdote de cumplir los preceptos de caridad y de mansedumbre que tanto recomendó Jesus con su ejemplo y su palabra!

Pero ¿á qué extrañarnos de esto? Aun en nuestros dias, en el momento en que escribo estos renglones, ¿no se trata de fanatizar al pueblo por los mismos ministros del altar, recorriendo nuestras provincias Vascongadas con el crucifijo tambien en la mano, escitando á todos á la guerra civil y negando la absolucion al que no tome las armas en defensa de su Cárlos VII?

¡Cuánta farsa! ¡Cuánto engaño! y todo, por qué: ¡por mantener la preponderancia y el monopolio de la teocracia en los asuntos terrenales agenos á su mision espiritual!

¡Roma, Roma; cuándo te desnudarás de la púrpura y la corona de los Césares, para ceñir la túnica y la corona de espinas del Redentor!

Pero no nos dejemos llevar de nuestras reflexiones, y tratemos de concretarnos á la penosa mision que nos hemos impuesto.

El pueblo seguia al fraile, que precedido de los cadáveres de los dos jóvenes y dando grandes gritos de *¡Mueran los Moros! ¡Acabemos con los herejes!* llegó hasta la catedral donde exigió la bandera de las Cruzadas que se custodiaba en el templo.

Los Canónigos se escusaron lo mejor que pudieron, y entónces un jóven, hijo de un notario, que marchaba con las turbas, dijo que le acompañasen, que él buscaria la baudera, y llegando

á la Casa de la ciudad, subió á la sala de sesiones y tomó el estandarte del pueblo, *el Rat penat*, y lo llevó á la puerta de Serranos, segun era costumbre cuando la ciudad trataba de salir á campaña.

Al dia siguiente volvió el fraile, con su crucifijo siempre en la mano, á convocar al pueblo, y seguido de la bandera y de la innumerable gente que ya se habia alistado, entró por la ciudad recorriendo sus principales calles yendo despues á situarse ante la Casa-Ayuntamiento, á esperar la resolucion del Consejo que celebraban los regidores, reclamando que sino disponian lo necesario para marchar contra el Duque de Segorbe ellos se lo tomarian y saldria á campaña.

Por fin, para evitar mayores males, quedó resuelto por el Consejo que la bandera de la ciudad saliese con la mayor gente posible á dar la batalla al Duque, y nombraron por capitan de la hueste á uno de los Jurados, llamado Jaime Ros, y no hallándose presente Mosen Gerónimo Berenguel, que era el porta-estandarte, ocupó su puesto un tal Mosen Pedro Balanza, calabocero de oficio, y marcharon para Murviedro en número de cinco mil hombres, con algunas piezas de artillería, pero mal municionados y armados todos á la ligera.

XI.

Batalla de Almenara.

Viendo el Marqués de Zenete que ni su autoridad ni sus consejos habian sido bastantes á hacer desistir á los plebeyos de su propósito de salir á dar la batalla al Duque de Segorbe, despachó á este un hombre de toda su confianza, no bien marcharon de Valencia las fuerzas populares, notificándole el intento que las guiaba, la gente de que se componian y el armamento y municiones de que podian disponer.

¡Nobilísima manera, la del Marqués, de corresponder á las deferencias, respeto y simpatía con que siempre le habian distinguido los plebeyos!

Pero, ¿qué estraño? Al fin pertenecia á la casta privilegiada de los *caballeros*, y no era posible que realmente mirara con buenos ojos las pretensiones del populacho, de la *demagógia*, como dicen ahora los flamantes hombres de gobierno; pretensiones que iban encaminadas nada ménos que á sacudir el ominoso yugo de la arbitrariedad y del despotismo de los *Grandes* por el Gobierno de paz, justicia y germanía de los *Chicos*.

Era muy dulce la especie de apoteosis en que vivian los *ricos-homes* de aquellos tiempos, para que quisieran cambiar de buen grado aquella su vida casi celestial por la prosaica, vulgar y harto severa de la igualdad y de la justicia.

Por desgracia, aun nos queda mucho que andar en este camino.

Pero si tales eran las tendencias del Marqués, si sus simpatías por las aspiraciones del pueblo no eran verdaderas, ¿á qué contemporizar con ellos? ¿á qué admitir la vara de Subgobernador civil de Valencia? ¿Por qué no abandonar la ciudad, donde imperaba el Directorio del pueblo y marchar al campo de los nobles?

Sin duda queria permanecer á la espectativa, para erigirse despues en campeon de la causa que ofreciese más probabilidades de triunfo.

Tampoco esto nos causa gran estrañeza. Es un ejemplo que tan repetidas veces nos lo está presentando la historia contemporánea.....

Apartemos la imaginacion de estas consideraciones qne acabarian por secar en nuestra alma las fuentes de todo sentimiento generoso, verdaderamente noble y levantado, y continuemos la relacion de nuestra historia.

En cuanto recibió el Duque el aviso de que las fuerzas populares iban en su busca, convocó á todos sus parciales para Almenara; cuyo punto señaló como plaza de armas.

Allí fueron los primeros en acudir ochocientos moros de guerra, acaudillados y pagados por un rico descendiente de los Benamires, vecino de Benaguacil y vasallo del Duque. Despues fueron llegando algunas compañías pagadas del comun de las villas de Jérica y Torrestorres, á pesar de los esfuerzos que para evitarlo hizo en aquellas localidades Guillen Sorolla, donde á la sazon se encontraba con este objeto. Allí acudieron los de Morela y Onda, así como tambien unas compañías de Catalanes que mandaba Mosen Luis Oliver, y los numerosos caballeros y vasallos que seguian la causa del Duque.

Una vez reunidos los caballeros, celebraron consejo de guerra para acordar el plan que convenia seguir, siendo el parecer de muchos que no debian aventurar su causa á una sola batalla, pues no se creian con fuerzas suficientes para contraponerse á

los agermanados que se iban reforzando por momentos, y pasaban ya de siete mil los que estaban reunidos en Murviedro preparándose para darles la batalla al dia siguiente; que lo mejor seria retirarse á una plaza fuerte para dar lugar á que los plebeyos, como gente advenediza é indisciplinada, se cansase y desbandase, acabando ellos despues de dispersarlos y deshacerlos sin esposicion ninguna.

¡Digno consejo de aquella estragada nobleza, más avezada entonces á llevar la seda á los saraos que el acero á los combates!

Pero el Duque de Segorbe, que no desmintió ni un solo momento la heróica sangre heredada de sus abuelos, fué de contrario parecer: creyó ménos peligroso jugar de una vez el todo por el todo, que no huir el cuerpo, de lo que en su concepto resultaria mayor soberbia y pujanza en sus enemigos, por quienes quedaria el campo, yéndolos á sitiar allí donde se guareciesen, viéndose entonces espuestos á perder, no solo la vida y haciendas, sino la honra, que es lo que más debe estimar todo buen caballero.

Las palabras del Duque despertaron de tal modo el pundonor de aquellos señores, que avergonzados de sus temor y cobardía, recordaron las hazañas de sus antepasados y juraron luchar hasta vencer ó morir en union de su jefe.

Dispúsose entonces todo para aceptar la batalla que estaban resueltos á presentarles al dia siguiente los agermanados; acudiendo aquella noche el Duque, que no pegó ni un solo momento los ojos, á prevenir todo lo que creia necesario para el logro de su empresa.

Dejemos por un momento á los caballeros en sus preparativos de batalla, y vengamos á Murviedro, donde llegaron los agermanados, siendo recibidos por la poblacion con el mayor entusiasmo y las más sinceras demostraciones de júbilo y simpatía.

Tomaron allí algun descanso mientras llegaban los contingentes de los pueblos adictos á la causa popular, y se disponia

lo necesario para salir al dia siguiente en demanda de los caballeros.

Vino en tanto de Valencia uno de los indivíduos recientemente eligido para el Directorio de los Trece, con ámplios poderes de sus colegas para dirigir las operaciones de aquella campaña. Llamábase N. Sison, segun dice Escolano, que toma este relato de un manuscrito que en su tiempo se custodiaba en el archivo de Morella; y dispuso las cosas como vamos á indicar.

Lo primero que hizo el nuevo general de la hueste del pueblo, despues de hacerse cargo del mando superior, fué pasar una gran revista, para enterarse del número y calidad de la gente de que podia disponer.

Encontró como unos ocho mil combatientes entre piqueros, ballesteros y alcabuceros, pues la caballería era arma casi nula entre los agermanados; tambien contaban los populares con ocho falconetes, artillería de poco calibre que habian sacado de Valencia; pero todo este material carecia de buena organizacion y sobre todo adolecia de jefes esperimentados.

Enterado ya el general de los elementos de qué podia disponer, dividió su gente en tres cuerpos: el primero, fuerte de cuatro mil quinientos hombres, con la artillería y los piqueros, debia marchar por el camino real en direccion de Almenara hasta topar ccn los caballeros. El segundo, de mil y seiscientos, compuesto en su mayor parte de ballesteros y onderos, debia partir por la derecha, entre unos olivares que por aquel lado se encontraban, para hostilizar á la caballería del Duque y entretenerla todo lo que les fnera posible. Y el tercer cuerpo, fuerte de dos mil hombres, los más escogidos y en su mayor parte arcabuceros, debian marchar á mano izquierda, por detrás de un montecillo que llaman de los Cuervos, bien recatados y con pensamiento de que no siendo vistos, podrian caer, una vez empezado el combate, por la retaguardia de la gente del Duque, sembrando en ella la confusion y decidiendo la batalla.

Segun estas disposiciones, el plan del Maestre de Campo de los agermanados no d ejaba de estar bien dispuesto; pero los

caballeros tenian espías bien retribuidos, en todas partes y el Du que no tardó en tener noticias detalladas de todo.

En su consecuencia, dividió tambien sus fuerzas en tres escuadrones. En el primero, puso las compañías de Morella y de Onda, con los soldados moros en medio y la artillería, fuerte de tres falconetes de bronce y tres de hierro, al frente, para marchar por el camino real. El segundo, lo formó con su numerosa caballería y lo envió por la derecha, con órden de observar al enemigo, y cargar por el primer flanco que descubrieran. Y el tercero, compuesto de las compañías catalanas y tortosinas y algunos otros soldados y ginetes, por la izquierda, con órden de cubrir la retaguardia y detener á los arcabuceros del tercer cuerpo de los agermanados.

Además ordenó el Duque que toda su gente se colocara una cruz blanca en el pecho para distinguirse de sus contrarios.

Dispuestos en este órden ambos ejércitos, vieron amanecer los primeros albores del 18 de Julio, que debia de ser el último de tantos desgraciados como perecerian aquel dia, victimas de la más lamentable de todas las gueras: la guerra civil.

El Duque, como buen general y soldado esperimentado, envió ginetes de descubierta en todas direcciones, á fin de no ser sorprendido, con órden de venir á toda rienda á darle aviso en cuanto aparecieran los enemigos. Tomadas estas precauciones, mandó almozar y refrescar á su gente, no escaseándoles el vino, y recorriendo entre tanto él todos los cuerpos para enardecerlos con su palabra.

Muy lejos de tan prudentes disposiciones estuvo el general de las fuerzas populares. Harto confiado de la superioridad numérica de su gente, ardia en deseos de llegar al combate, juzgando caminar á una segura victoria. Creia á los caballeros encerrados en la posicion de Almenara, no sospechando siquiera que osasen salirle al encuentro, por lo cual ni aún tomó la precaucion de enviar corredores á que los observaran, ni permitió, en cuanto amaneció el dia 18, que su gente refrescase y se preparase para la jornada, cosa que ya disgustó á su gente, sino

que mandó tocar las cajas y puso en movimiento á todos, diciéndoles que en Almenara almorzarian, donde tenian buen repuesto los caballeros.

¡Magníficas palabras las suyas, si despues sabia mantenerlas sobre el terreno!

En buen órden empezaron á salir de Murviedro los agermanados, organizadas sus fuerzas segun las prévias órdenes de su jefe, y emprendieron con descuido la marcha en direccion á Almenara, de donde pensaban desalojar aquel mismo dia fácilmente á sus contrarios.

Las descubiertas del Duque, en cuanto vieron el movimiento de los plebeyos, corrieron á rienda suelta á notificárserlo á su jefe, y en seguida se puso en movimiento su ejército en el órden ya acordado.

La gran polvareda que la numerosa caballería de los nobles levantaba al marchar por el camino real, fué la primera noticia que tuvo el comadante de la Germanía, N. Sison, de la proximidad del enemigo.

No bien los agermanados conocieron con gran sorpresa suya la proximidad de la gente del Duque, hicieron alto en el paso que divide el camino de Murviedro para el valle de Segó y villa de Almenara, y ordenáronse para el combate.

Tomadas por el general de los plebeyos las medidas que en aquel caso creyó oportunas, avanzó el grueso de las fuerzas populares, con el *Rat penat* en su centro, hasta afrontarse con la hueste de los nobles, como á doscientos pasos de distancia. Entónces hicieron á la vez una descarga de su artillería y mosquetería, la cual recibieron los moros vasallos del Duque que marchaban en el centro de la vanguardia, y aterrorizados con el estruendo y el estrago que hicieron en ellos los proyectiles, descompusieron sus filas y dieron á huir en direccion á la montañuela, donde venia emboscado el tercer cuerpo de combatientes de la Germanía.

¡Desgraciados Moros! Cuando ya creian librarse con su huida de la muerte que habian oido pasar silbando junto á sus cabezas

con el plomo de los mosquetes enemigos, las espadas y las picas de los que venian emboscandos se encargaron de acabar con ellos, librándose unos pocos que huyeron en direccion á Almenara.

Deshechos los peones Moros de la vanguardia, dieron el frente las compañías de Morella, Castellon y Onda, las cuales no atreviéndose á cargar el gran frente que presentaba el escuadron de los agermanados, y temerosos de una nueva descarga de su mosquetería, se guarecieron á unos azebuchales inmediatos; viniendo á quedar en primera fila las banderas y la gente que caminaba á retaguardia.

Un poco de táctica en el general de los populares, y el triunfo más completo corona aquella empresa.

Si el Maestre de campo Sisón hubiera tenido aquel golpe de vista de los buenos militares, hubiera comprendido el desconcierto de los enemigos, y mandando cargar impetuosamente á sus batallones, de seguro hubieran arrollado y deshecho al enemigo, apoderándose de su artillería y de la victoria.

Pero los agermanados permanecieron clavados en su puesto, sin que una voz de mando los sacara de su inaccion, y hasta segun refiere Viciana, Cronista de aquella época, sin acordarse de volver á cargar sus mosquetes, lo que visto por las tropas del Duque; se rehicieron y cobraron ánimo para disparar su artillería y cargar á los gritos de ¡San Jorge! derribando las primeras hileras de los populares, con que se desconcertaron los otros y empezaron á retroceder.

Visto por el mismo Duque el sesgo ventajoso para su causa que tomaba el combate, hizo seña á su caballería, la que se lanzó como un torrente sobre los flancos del enemigo, sin que el segundo cuerpo de los agermanados, situado en los olivares de la derecha se movieran para oponerse á su carrera.

Rehízose entonces un poco á la vista del peligro el grueso del primer cuerpo de los populares, fuerte de 4.500 hombres, y viéndose acosado de frente por los piqueros contrarios y en los costados por la caballería de los nobles, estrechó sus filas y empezó en buen órden la retirada á Murviedro.

Entre los muchos episodios que hubo en esta desastrosa retirada, es digno de mencionarse el empeño con que un capitan de la caballería del Duque cargó en direccion á donde marchaba Mosen Pedro Balanza, el calabacero porta-estandarte de Valencia, con ánimo de apoderarse del *Rat penat*.

Arremetió con los suyos por entre las picas y espadas de los agermanados y llegó hasta asirse del estandarte; pero el alferez del pueblo no era hombre que se dejaba arrebatar tan fácilmente el precioso depósito que se le habia confiado: luchó brazo á brazo con dicho capitan, dando lugar á que acudieran en su ayuda otros compañeros, encarnizándose en aquel punto el combate del que resultó muerto dicho capitan, á quien llamaban el *Turco*, y otros muchos caballeros que vinieron á secundar su intento, teniendo al fin que desistir de la empresa, librándose el estandarte de caer en manos de los enemigos por el esfuerzo del valiente menestral.

Siguieron su retirada los populares sin que lograran dispersarlos los contrarios, y llegaron á Murviedro rendidos de calor y de cansancio, donde ya se encontraba el segundo cuerpo de su ejército que habia retrocedido por los olivares llegando á la plaza sin haber peleado con el enemigo recayendo sobre ellos en gran parte la responsabilidad de la derrota.

Pero todavía no estaba decidida la batalla. Aún quedaban en el campo las más escogidas fuerzas de la Germanía. Aún seguian los dos mil combatientes del tercer cuerpo tras de los Moros, creyendo perseguir al mismo Duque que retrocedia hácia Almenara. Más conociendo su error, y entendiendo por algunos prisioneros cómo aquel llevaba de vencida á su mayor cuerpo de batalla, revolvieron como fúrias hácia el lugar del combate, y no hallando ya á los Caballeros, que continuaban el alcance á los vencidos, y sí algunas compañías que custodiaban la artillería del Duque, arremetieron con ellos arrollándolos y dispersándolos, á tiempo que llegaban los catalanes del cuerpo de reserva, bien agenos de encontrar enemigos en el campo, pues ya sabian la retirada del grueso de los agermanados, y fué tanto

lo que se sorprendieron al verse acometidos reciamente por aquel escuadron, que pronto se declararon tambien en huida.

Viendo entonces su capitan, Mosen Oliver, tan vergonzoso proceder en los suyos, llamó á unos cuantos ginetes que le acompañaban, diciéndoles: «Compañeros: los buenos catalanes »no huyen nunca, y pues ya no podemos escapar con la vida sin »perder la honra, conservemos ésta y peleemos hasta morir.» Y afeando á gritos á los que huian, salió en tropel á hacer rostro á los agermanados. Esto dió lugar á que los dispersos cobraran algun aliento, é incorporándose con algunas de las compañías que ya volvian del alcance de los de Murviedro, acometieron todos juntos á aquel puñado de valientes Valencianos.

El sol, en tanto, hacia pesar los ardores de sus rayos caniculares sobre los combatientes; serian como las tres de la tarde, y los agermanados, que salieron de Murviedro hasta sin desayunarse, llevaban ya seis horas de continuo combate, y rendidos de cansancio por la violenta persecucion que habian dado á los Moros, desfallecidos y sedientos, empezaron á su vez á retroceder en direccion al mismo montecillo donde se guarecieron al comenzar la batalla; pero á aquella sazon ya volvia el grueso de las fuerzas del Duque, con la caballería, los que cargando por todos lados á aquel puñado de valientes, mataron á muchos, huyendo los que pudieron por distintos caminos hasta llegar á Murviedro.

¡Honor á los valientes que de aquel modo cumplieron con su deber, siendo los últimos en abandonar el campo. Tan rendidos volvian, que al recibir de manos de las buenas mujeres de aquella poblacion el agua y vino con que salian á refrescarlos, caian muchos de ellos muertos en cuanto apagaban la sed.

En resúmen: el campo quedó por las gentes del Duque, quienes, una vez terminada la batalla, se dieron á despojar á los muertos de cuanto encima les encontraron, siendo grande el botin á consecuencia de haber salido de Valencia con la espedicion, industriales y comerciantes muy ricos que hasta allí no habian tomado parte en la Germanía.

No consiguió el Duque la victoria sin que le costara bien cara, pues perecieron á manos de los plebeyos muchos caballeros principales y gran número de vasallos, particularmente de los Moros, contra quienes tenian gran ojeriza los agermanados.

En esta ocasion podemos decir con el vencido de Waterlóo, que dejaron escapar los populares la victoria á pesar de tener noventa y nueve probabilidades de su parte contra una adversa.

Pero á fuer de historiadores imparciales debemos aquí consignar que la pericia y el valor del Duque de Segorbe bastó por sí solo á arrollar todos los elementos de que disponian los agermanados.

En cambio el general de estos, se dejó llevar de una imprudente confianza, y aunque en un principio tomó buenas disposiciones para asegurar el triunfo, luego demostró en el campo una lamentable ineptitud, que algunos achacaron á traicion é inteligencias con el Duque, lo cual, á ser cierto, lo pagó con la vida, pues al llegar á Murviedro se amotinaron contra él los populares, que no podian esplicarse su derrota, y «le pasaron »por picas y le mataron arguyéndole de traidor,» segun afirma Escolano en su *Historia de Valencia.*

Sobre dos mil cadáveres dejaron sobre el campo ambos combatientes, retirándose despues de la victoria la hueste del Duque sobre Almenara, poco más ó ménos tan quebrantada como la de los agermanados, y sin que esta sangrienta batalla diera resultados inmediatos para ninguno de los dos bandos.

El *Rat penat* quedó depositado en Murviedro, ya porque así lo exigieran los de aquella poblacion, ya por no quererlo arriesgar en la retirada, pues ambas versiones se dan por los cronistas.

Los Valencianos tornáronse á sus casas, pegando su indignacion contra el palacio que el de Segorbe tenia en el arrabal de Murviedra, y los soldados del Duque fueron desertando con el afan de poner á salvo el botin, llegando el caso de no creerse seguros los caballeros en Almenara, por considerar suficientes las fuerzas de los de Murviedro para marchitar en un momento

los laureles de su infecunda victoria, por lo cual determinaron que un tal Bartolomé de Vilanova, vecino de Morella, pasase á Aragon á levantar gente en su socorro, y ellos se fueron á asentar su campo en Nules, como punto mas estratégico para su defensa.

Este fué el resultado que tuvo el levantamiento de las masas de Valencia, fanatizadas por los sermones sanguinarios del fraile agustino. Lucharon hermanos contra hermanos con encarnizamiento, sin cuartel, sin conseguir resultados decisivos ningun bando; enconando más y más los ánimos las palabras de quienes por el carácter de su elevado ministerio, únicamente debieran trabajar para conseguir qne las diferencías de los hombres se ventilaran siempre en el terreno de la fraternidad y de la justicia.

La impresion de la rota sufrida por los agermanados en Almenara duró pocos dios en Valencia, pues la noticia de una brillante victoria alcanzada por Vicente Peris sobre la hueste del mismo Virey, hizo trocar el duelo en alegrías y luminarias, como verán mis lectores en el capítulo siguiente.

XII.

Batalla de Gandía.

Dejamos á Vicente Peris, al tribuno del pueblo y General de las mejores tropas de la Germanía, triunfante en el castillo de Játiva.

Poco dió á bagar el valiente terciopelero de Valencia á su gente, pues teniendo inmediato al enemigo no era ocasion entretenerse en la plaza en saraos por la victoria sino de salir al campo y presentar la batalla al Virey con el fin de acabar, si le era, posible, de una vez para siempre con la preponderancia de los caballeros.

Tenia el Conde de Mélito su campo en Beniajar y los agermanados se situaron en Bélgida y Albaida.

Corria por entonces las tierras de Concentaina un notario de Orihuela, llamado Palomares, capitaneando los agermanados de su poblacion, con ánimos de distraer las fuerzas del Virey y pasar á reunirse con Vicente Peris en Albaida.

Para oponerse á sus intentos se destacó del grueso de la hueste del Virey el Conde de aquellas tierras, quien teniendo noticias de que su hijo habia sido acometido de una grave enfermedad, abandonó á Palomaraes y se metió en Concentaina, á poner recaudo en las cosas de su casa.

Aprovechó la ocasion el capitan de las compañías de Orihue-

la, y se incorporó con el grueso de los agermanados, por lo cual se hicieron en Albaida grandes manifestaciones de alegría tocándose todas las cajas y disparando los cañones.

Llegó en aquel momento al campo del Virey la noticia de la victoria del duque de Segorbe, y los caballeros contestaron con iguales manifestaciones y estruendos al júbilo y al ruido de los populares

Estimuláronse con esta victoria los nobles que formaban el ejército del Virey, y le manifestaron que era grande vergüenza para ellos, que contaban con más caballería y artillería que el de Segorbe, retroceder delante de un enemigo inesperto, sin resolverse de una vez á presentarle la batalla de la cual no podian esperar sino la victoria.

Pero el Virey no confiaba mucho en su infanteria por ser en gran parte manchegos contaminados con las comuniades de Castilla, y valencianos los otros inclinados de corazon al triunfo de la Germanía. De los moros, que en gran número habian acudido tampoco confiaba, pues aunque eran fieles á su causa, hacian poco rostro al peligro y se desbandaban al primer encuentro.

De todos modos y accediendo en parte á las insinuaciones de los caballeros, resolvió el Virey buscar lugar más á propósito donde desplegar su caballería y poder dar la batalla si la ocasion llegaba á ser propicia.

En la noche del 22 de Julio movió cautelosamente su campo de Beniajar, por ser lugar quebrado, y caminó hácia Castellon del Duque, donde le aguardaban D. Pedro Maza y muchos otros caballeros con toda su gente.

Los agermanados, que supieron el movimiento de la hueste del Virey, levantaron su campo de Albaida y fueron á pernoctar en Beniajar, siguiendo las huellas de los nobles.

Llegaron á Castellon los caballeros, y con motivo de los alojamientos, tuvo ocasion el Virey de confirmarse en los temores y poca confianza que le inspiraban las compañías de Manchegos y Valencianos que venian en el ejército. Entre el capitan de estos y el de la gente del Duque de Gandía armóse gran pendencia,

en que terciaron algunos soldados de ambas partes, resultando cinco muertos y bastantes heridos, teniendo que mediar el mismo Virey para ver de apaciguarlos.

A fin de no dejar bagar su gente, y como militar esperimentado, mandó al Conde de Mélito que saliese una banda de caballería á correr la tierra y tomar lengua del enemigo.

Caminaron en direccion á la Puebla del Duque, y al rebasar este pueblo, toparon con una descubierta de los agermanados compuesta de un Maestre de Campo de los comuneros, el cual seguido de un ayudante y algunos peones andaba tambien reconociendo la tierra. Arremetieron los del Duque, debiendo su salvacion el Maestre á la ligereza de su caballo, pues por no haberlo sido tanto el de su ayudante quedó en el campo atravesado á lanzadas. Los peones se internaron en unos maizales donde dieron tambien á buscarlos los ginetes, y encontrándose uno de los jefes de estos últimos con un cuñado del Maestre de Campo, que era de los peones dispersos, le acometió con su lanza en ristre, pero el mancebo se defendió bizarramente con su espada y su rodela, logrando desjarretar el caballo de su contrario, con lo que hubiera parado mal el caballero, si viendo de lejos la contienda otros dos ginetes no hubieran venido en su ayuda, por-lo que el plebeyo, pues segun la crónica era un maestro albañil, se arrimó á un olivo donde hizo, por defenderse de sus tres contrarios, proezas dignas de figurar en los libros de caballería, acabando al fin su existencia atropellado y lanceado por sus enemigos.

De esta espedicion llevaron al Virey uno de los agermanados que lograron coger vivo, el cual interrogado por el Conde le puso al corriente de las fuerzas y elementos con que contaba Vicente Peris, por lo que no creyéndose aún allí seguros los caballeros, volvieron á levantar aquella noche el campo y se dirigieron á Gandía donde llegaron al siguiente dia 23 de Julio de 1521.

Las fuerzas populares levantaron tambien aquella misma noche el campo y fueron en su seguimiento á situarse á una

legua de los reales del Duque, sobre los pueblos de Palma y Ador.

Viéndose el Virey tan acosado del enemigo que le venia encima, y de los caballeros de su hueste que deseaban presentarle la batalla, y no teniendo toda la confianza en su gente que necesita un General en los momentos críticos, resolvió primero, fletar por su cuenta una nave que estaba en el puerto de Denia, donde mandó recoger su casa y familia, y despues probar hasta dónde llegaba el valor de los nobles que tan ganosos venian de pelear, presentando al dia siguiente la batalla al enemigo.

Circuladas con este objeto las órdenes oportunas, dispusieron el Duque y el Conde de Oliva, que sus vasallos acudieron en todo el dia 24 á Gandía, y enviaron en todas direcciones corredores á caballo para saber el sitio que habian escogido los agermanados para la batalla y el que á ellos les convendria tambien ocupar.

Volvieron los esploradores con las noticias que deseaban saber los caballeros, y reunidos por la noche en Consejo, encarecieron todos al Virey la ventaja que podrian sacar de su numerosa caballería y artillería si daban al dia siguiente y en aquel terreno la batalla al enemigo.

El Conde de Mélito se dejó persuadir, á pesar de conocer lo imprudente que era arriesgar su causa en una sola batalla; pero como ya tenia formado su propósito, se avino á todo y mandó disponer las cosas para el dia siguiente 25, fiesta del Apóstol Santiago.

No bien despuntaban los primeros albores de aquel célebre dia consagrado al Patron de España, cuando las cajas de guerra tocaron á marchar; pero ántes de salir les fué necesario á los caballeros abonar una soldada á las tropas castellanas que seguian sus banderas, pues de lo contrario se negaban á pelear. Vencido este inconveniente, salieron de Gandía, con trece piezas de bronce delante, ocurriendo entonces un azar que se tuvo por de mal agüero, y que nos recuerda un suceso análogo ocurrido á Boabdil al salir de Granada contra la hueste cristiana.

Fué el caso que al sacar la bandera por la puerta de Gandía, el Alférez D. Tomás de Próxita, tropezó el asta con el escudo de la portada y se hizo pedazos.

Continuó, sin embargo, saliendo la gente de los nobles y fueron hasta San Gerónimo, donde tomaron posicion y plantaron su artillería á vista de las avanzadas de los pupulares.

Cuatro mil infantes y quinientos caballos formaban la hueste del Virey, yendo además con ella una lucidísima comitiva de grandes y caballeros, pues apenas habia familia noble del reino que no tuviese allí un representante. Los principales mandos de los cuerpos estaban conferidos al Duque de Gandía, al Conde de Oliva, á D. Pedro Maza de Lizana, al Almirante de Aragon, don Alfonso de Cardona y á otros caballeros notables.

Algo más previsor y prudente Vicente Peris que el general de la germanía, vencido en los campos de Almenara, procuró estar bien al corriente por medio de sus esploradores de todas las disposiciones de los nobles.

Dividió su gente en dos cuerpos: uno al mando del capitan Palomares debia caminar por la rivera del Rio-Seco, y el otro con la gente de Játiva y Valencia por las laderas de la sierra de Bernisa. En el centro colocó la artillería, á sus inmediatas órdenes, y en la vanguardia deambas alas distribuyó algunos hombres de armas que mauejaban sendos mandobles.

En esta disposicion avanzó al frente de los suyos, impaciente por avistar al enemigo, que al poco rato descubrió en la posicion que dejamos indicada.

Entonces el General de la Germanía, en cuyas manos estaba en aquel momento la causa del pueblo, apeóse del caballo que montaba, y empuñando una lanza corta, á guisa de baston de mando, se volvió á los suyos y con noble ademan y enérgica espresion los escitó á batirse como buenos con el enemigo que tenian delante, que por reputacion y naturalesza era valiente, y concluyó diciendoles: «Ea, hermanos; la razon es nuestra y nuestra será la victoria;» y avanzó resueltamente el primero, blandiendo su media lanza.

Así como los caballeros avistaron la hueste del pueblo, empezaron á jugar su numerosa artillería, á la que contestó enérgicamente la de los agermanados, con tan buen acierto, que todos sus tiros iban á dar en las masas de la caballería del Virey. Por el contrario, los artilleros de éste, dirigian con tan poco tino sus disparos que los proyectiles pasaban por alto sin causar daño ninguno en los agermanados.

Entonces el Conde de Oliva, viendo diezmar su gente por el fuego de los contrarios, mandó avanzar la division de su mando, lanzándose él de los primeros, á los gritos de ¡San Jaime! ¡San Jaime! y se generalizó la batalla por todos los ángulos del campo.

El Virey, en tanto, observaba los accidentes del combate con su numeroso Estado Mayor de caballeros y doscientos ginetes escogidos que tenia á sus órdenes, y después de corregir el mal blanco que hacian sus artilleros, creyó decidir la contienda dando una enérgica carga con todos los suyos al flanco izquierdo de los populares que caminaban por la márgen del rio, á fin de romperlos, y revolviéndose después por la retaguardia, sembrar la confusion en sus filas.

Pero allí estaba el valiente Palomares con su gente de Orihuela, y resistiendo á pié firme la embestida de los caballeros, se encargaron las picas y los mandobles de los plebeyos de rechazar las espadas y las lanzas de los nobles, teniendo al fin estos que volver grupas en medio de una granizada de balas, que puso en confusion espantoso á caballos y á ginetes.

Inútiles fueron ya los esfuerzos que hicieron el Virey y los demás jefes para disputar la victoria á las fuerzas populares; Vicente Peris avanzaba siempre al frente de los suyos, y el ejército real no tardó en pronunciarse en retirada, siendo los primeros en abandonar el campo las compañías de manchegos, quienes la codicia de saqueo los llamaba al barrio de los Moros en Gandía.

La victoria fué completa, y mientras el Virey con el resto de su ejército se retiraba en direccion á Denia, dejando sembrado el

8

campo de muertos y de heridos de su bando, el General de los agermanados marchó sobre Gandía, en cuya poblacion entró triunfante aquella misma tarde, con seis cañones, una bandera y un riquísimo botin conquistado á los nobles, yendo á hospedarse en el palacio ducal, de donde acaba de huir el dueño fugitivo de la batalla.

Decisiva fué esta victoria para la causa de la Germanía, y á no contar los populares con otros enemigos que los nobles de Valencia y sus parciales, de fijo que desde aquel dia hubieran podido darse el gobierno que mejor llenara sus aspiraciones; pero ya que los enemigos de dentro no fueron bastantes á domeñar el espíritu democrático de los Valencianos, nuvas combinaciones de Aragoneses y Castellanos habian de poner todavía á duras pruebas á aquellos héroes del pueblo, tan ligeramente juzgados y por lo general tan calumniados de los historiadores.

XIII.

Consecuencias de la batalla de Gandía.—Huyen rl Virey y los caballeros á Peñíscola.—Declárase el pais por la Germanía.—Recobran los Valencianos el *Rat penat* en Murviedro.—Trabajos contra-revocubiovarios.—Intervencion castellana.—Batalla de Orihuela y suplicio del capitan Palomares.

Desgarrador espectáculo presentaba la villa de Denia al dia siguiente de la batalla de Gandía, segun confesion propia de los cronistas de los nobles.

Los caballeros más principales del reino de Valencia acudian afanosos, con sus mujeres é hijos, en busca de pasaje con que ponerse á salvo de las vencedoras armas de los populares, que acababan de humillar de un solo golpe, en el campo de batalla, su poder y su soberbia.

Poco tardó el Virey en embarcarse en la nave que al efecto tenia preparada en el puerto, perteneciente á un marino genovés, siguiendo inmediatamente su ejemplo el Duque de Gandía, el Marqués de Oliva y otros muchos caballeros principales con sus familias, «en tan gran número, que con ser la nave »de alto bordo, no podian alargar los piés los que iban de »apretados.»

Tal era el pánico que se habia apoderado de todos, que ni aún dieron tiempo á proveerse de comestibles para más de un dia, creyendo á cada momento ver aparecer en su persecucion la hueste de Vicente Peris.

Ya todos en la nave, queria el Virey hacer rumbo á Cartagena é internarse en Castilla, pues todo lo creia perdido en su vireinato de Valencia; pero el Conde de Oliva indicó que no juzgaba prudente abandonar el reino, y que mejor seria ir á Peñíscola y Morella, que eran plazas fuertes y seguras, y desde donde podrian ser socorridos de Aragon y Cataluña.

Disertando sobre estos pareceres, movióse un aire favorable para Peñíscola, y entendiendo entónces todos ser aquella la voluntad de la Providencia, se dieron á la vela, en direccion de aquel puerto, en el dia de Santa Ana.

En el mismo dia salió, siguiéndoles el rumbo en una carabela, el Maestre de Montesa con su casa y Comendadores. Igualmente marcharon por tierra el Almirante D. Alonso y D. Pedro Maza, con los caballeros de Orihuela, Játiva y Alicante, llegando el primero á Villena y el segundo á sus tierras de Orihuela, no sin tener que afrontar por el camino grandes peligros, y con riesgo de sus vidas.

Dejemos á los nobles huir por distintos puntos poseidos de terror; dejémosles, que pronto convertírán en nueva ira y deseos de venganza su derrota; y ya que en sí se vean impotentes para tomar la revancha de su afrenta, ahí están los nobles de los otros reinos, sus colegas, que tomando por suya la empresa, vendrán con todo su poder á socorrerlos.

¡Cuándo reinará la misma armonía entre las clases populares! ¡Cuándo acudirán todos, aunando sus fuerzas, á romper las cadenas de los más oprimidos!

¡Ay, de los tiranos, si llega tal dia!

Pero bien te conocen, pueblo; y harto cuidado tienen los déspotas en dividirte. Aprende y escarmienta.

Dejemos, pues, huir á los nobles, y vengamos á Vicente Peris; al vencedor de Gandía.

Al entrar el General de los agermanados en aquella poblacion, se encontró á las compañías de Manchegos del ejército del Virey, que estaban saqueando, no solo el barrio de los Moros, sino las casas de los demás vecinos y personas principales.

Al punto los hizo devolver todo lo robado, y con palabras duras, por lo feo de su comportamiento, los desarmó y despidió para sus tierras.

Luego mandó reunir á los agermanados de dicha poblacion, y nombró una Junta de gobierno, repartiendo entre los veintidos más comprometidos los bienes del Duque, adjudicándoles hasta los ricos muebles de su palacio.

Con la noticia del triunfo de Gandía y de las enérgicas disposiciones de Vicente Peris, acabaron de declararse por la Germanía todos los pueblos de allende el Júcar, si se esceptúa Mogente y Bocairente que jamás se convinieron, preciándose de fieles; por lo que los agermanados los llaman por oprobio los *feluts*.

Despues de la victoria, salieron espediciones por todos los pueblos comarcanos del señorío, obligando á bautizarse á los Moros que habian ayudado á los caballeros y confiscando los bienes de los que se resistian.

Así marcharon por las tierras de Gandía, Oliva y Marquesado de Denia, hasta llegar á Polop, en cuyo pueblo los Moros de las aldeas inmediatas se habian reunido, y por miedo del saco ó del bautismo que les aguardaba, se subieron al castillo, que era muy fuerte, y se negaron á entregarse, procurando resistir.

Pero vanos fueron los esfuerzos de su desesperacion; despues de algunos dias de asedio, no pudiendo contener más el empuje de los agermanados, se dieron á partido, creyendo salvar sus vidas con recibir el bautismo. Suministráronle éste los vencedores con escobas y ramas en las acequias, y entendiendo ó pretestando que trataban de rebelarse de nuevo, pesaron á cuchillo á seiscientos de ellos, diciendo muy satisfechos los autores de tal atropello, que «así echaban almas al cielo y dinero á sus bolsas.»

Llegó en tanto, á 29 de Julio, la nave que conducía a Virey y los demás caballeros al puerto de Peñíscola, y viendo el lamentable estado de estos y de sus familias los nobles de la tierra, acudieron en su socorro con ropas y dinero, levantando

un empréstito considerable para el Virey, con la obligacion de continuar le guerra contra los plebeyos.

. A este fin salió el Duque de Gandía sin perder momento en direccion á Castilla, con cartas del Virey para el Almirante, noticiándole el estado en que se encontraban las cosas de aquel reino, y lo conveniente que seria, ua vez que los Castallanos habian sido ya vencidos en sus Comunidades, que vinieran tropas á dominar los disturbios de Valencia, para sofocar de una vez el fuego de la insurreccion.

Puestos de acuerdo los grandes de Castilla con los de Valencia, combinaron una intervencion armada, que al mando del marqués de los Vélez debia entrar inmediatamente por la parte de Múrcia, mientras que por la frontera de Aragon se hacian tambien esfuerzos para enviar socorros al Virey.

El Duque de Segorbe, en tanto, seguia en la posicion de Nules, aguardando tambien refuerzos, los cuales no tardó en llevarle aquel Bartolomé de Vilanova que habia ido á Zaragoza á levantar gente, la que no pudo reunir en Aragon á ningun precio, dándose por muy contento con tomar á sueldo unas compañías de aventureros que venian de Navarra, de hacer la guerra al francés, con los cuales se presentó á su Señor, que si bien hubiera querido mayor número de soldados, se dió entonces por contento, en vista del nuevo sesgo que iban tomando las cosas.

No descansaban tampoco los partidarios de los caballeros que en el seno de la misma Valencia existian, animados indirectamente por el mismo Marqués de Zenete, que se esforzaba en público por aparecer neutral en la contienda de nobles y plebeyos, pero que ayudaba en secreto los planes de los magnates; no descansaban, he dicho, segun encuentro confirmado en las crónicas, de sembrar la division en el pueblo, á fin de desacreditar al partido de accion y llegar á un arreglo con el Virey.

A este objeto empezaron á cartearse con el infante D. Enrique de Aragon, padre del Duque de Segorbe, invitándole á que pasase á Valencia, persuadidos de que su venida bastaria para restablecer las cosas en su primitivo estado.

Pero si los partidarios de los nobles, ó bien los temerosos de la tormenta que veian formarse contra la Germanía, vacilaban cobardemente y se mostraban dispuestos á ceder, y entregar de nuevo el cuello á la coyunda, aun habia corazones fuertes con fé y valor para mantener la causa del pueblo, en aquel momento triunfante, y avisaron inmediatamente á Vicente Peris de todo lo que en la capital se tramaba, rogándole diese la vuelta con su ejército, á fin de combinar un plan y estar dispuestos para la próxima campaña.

Tambien los Trece vacilaban. No estaba allí ya Juan Lorenzo, ni aún Guillen Sorolla que los animase en los momentos críticos, y se dejaban llevar de los hipócritas consejos del hermano del Virey que los encaminaba de transaccion en transaccion al descrédito y al precipicio en que habia de sepultarlos.

Para distraer por un momento la ansiedad pública, se dispuso el Marqués de Zenete, de acuerdo con los Trece, partir con 1.000 hombres armados á recobrar el *Rat penat* de Valencia que aún tenian en su poder los de Murviedro.

Salió, en efecto, con dicha escolta, y despues de recobrar el estandarte sin oposicion, ninguna, volvió á Valencia, depositándolo de nuevo en la Casa de la Ciudad, con gran contentamiento del vecindario que miraba aquella bandera con veneracion y respeto.

Vicente Peris, en tanto, noticioso de lo que se tramaba, arregló las cosas de Gandía y de aquellas tierras, y se dispuso á volver á la capital, partiendo antes el capitan Pedro Palomares, con la gente de su mando, en direccion á Orihuela, á cuyo castillo puso sitio, por haberse fortalecido en él su alcaide Jaime Despuig, en contra de la Germanía y en favor de los caballeros.

Tambien recibieron aviso de acudir inmediatamente á Valencia Guillen Sorolla y otros jefes del partido de accion, entre los que se contaba un tal Bocanegra, que se habia hecho célebre en varios hechos parciales de armas llevados á cabo por la parte de Alicante contra los caballeros.

En Játiva y Alcira preponderaba completamente el partido

de accion, estando al frente de las fuerzas de los agermanados un tal Rojas y Fr. Miguel García, religioso franciscano, que tiró los hábitos acordándose que antes habia sido soldado, y demostrándolo en más de una ocasion con su valor y su esperiencia.

En tanto que Vicente Peris se disponia á marchar para Valencia, á fin de dar calor á su partido y nuevo impulso á la campaña contra los nobles, no se descuidaban éstos en sus tratos y alianzas, á fin de recobrar cuanto antes su perdido prestigio.

No bien D. Pedro Maza tuvo noticia del estrecho sitio puesto por el capitan Palomares á su castillo de Orihuela, y del trance apurado en que se encontraba su Alcaide, apremió al Marqués de los Vélez, y á la gente de Múrcia, con quienes de parte del Virey andaba en tratos, para que vinieran en su socorrro.

Apresurarónse los Castellanos, movidos en gran parte por los ruegos del Almirante de Aragon, D. Alonso de Cardona, y pusieron en pié de guerra un ejército respetable mandado por caudillos de nombradía y de acreditada pericia.

Los agermanados de Orihuela, que vieron venírseles encima las fuerzas combinadas de Castellanos y Valencianos, apretaron el cerco del castillo y pidieron socorro á sus parciales de las cercanías, enviando á Vicente Peris noticias detalladas del estado de las cosas en aquel punto.

La primera en acudir en ayuda de sus hermanos fué la heróica Játiva, que envió 2.000 hombres al mando del franciscano Miguel García, no descuidándose tampoco el capitan de los aventureros Micar Bocanegra, quien tambien se presentó con 1.000 de los suyos, toda gente decidida y esperimentada.

Con este refuerzo, redoblaron el asedio los populares, y se dispusieron á rechazar el numeroso ejército que ya se movia en aquella direccion á la voz de los nobles.

Las fuerzas que habia podido reunir Palomares alrededor de Orihuela, sumarian unos 7.000 hombres; D. Pedro Maza, con el Marqués de los Vélez y otros deudos y caballeros principales estaban en Monteagudo con 6.000 infantes, mucha caballería y no

poca artillería, aguardando aún otros contingentes que habian de reunírseles, por cuya razon se presentaba inminente un choque entre ambas fuerzas.

Noticioso Vicente Peris de la invasion de las fuerzas castellanas del territorio de Valencia, desistió de todo otro propósito, y uno vió su gente en direccion á Villajoyosa, á fin de oponerse á su paso.

Pero D. Pedro Maza, que veia comprometido su honor en la conservacion del castillo de Orihuela, cuya custodia le estaba encomendada por el Virey, suplicó muy encarecidamente al Marqués de los Vélez, que avanzara y diera la batalla á los populares antes que éstos lograran reunirse y posesionarse de aquella importante fortaleza, pues entónces seria ya muy difícil someterlos.

Avínose el Marqués, no sin que dejaran de mostrar su repugnancia algunos de sus capitanes, que mejor quisieran esperar los refuerzos que aguardaban antes de emprender la campaña.

A 29 de Agosto de 1821 se movió el ejército invasor, yendo á acampar aquella misma noche á una legua de Orihuela.

No bien despuntaban los primeros albores del dia 30, cuando tomado un ligero desayuno por las tropas, ya se ponian todos en marcha en demanda de las fuerzas populares.

Lo primero que encontraron á su paso fué un hondo foso que los agermanados habian abierto desde la sierra de Bonanza al rio, con el fin de detener el paso de su artillería; pero allanado éste obstáculo por las acertadas disposiciones del Maestre de Campo D. Juan Fajardo, y del capitan de la artillería D. Luis, su hermano, pasó toda la fuerza á situarse en la vega á la vista del enemigo.

Bien pudieran éstos rehusar el combate y mantenerse en sus posiciones hasta la llegada de Vicente Peris, para asegurar mejor el lance; pero en consejo de capitanes resolvieron que no convenia demostrar temor, y se acordó la batalla.

Dividió Palomares su gente en dos partes; por la derecha, apoyados en la sierra, hizo avanzar á las compañías de Játiva y

Orihuela, al mando del franciscano García, y á la izquierda, por la márgen del rio, al capitan Bocanegra, con sus aventureros, quedándose él con un buen golpe de gente de reserva para acudir donde la ocasion le llamara.

En tanto que ambos ejércitos se disponian para librar la más sangrienta batalla de las muchas empeñadas en aquella guerra fratricida, D. Pedro Maza, con algunos ginetes, tomó la vuelta de la montaña en direccion al castillo, provistos de unos sacos cargados de provisiones, y con sogas, los hizo entrar por la muralla, sin que se apercibiese nadie; hazaña que no dejó de ser aplaudida en aquellos tiempos.

No bien acabaron las tropas reales de tomar posicion en el campo de Bonanza, cuando su artillería, acertadamente dirigida por D. Luis Fajardo, empezó á vomitar la muerte sobre el grueso de los populares.

Levemente contestado este fuego por los insignificantes falconetes que los agermanados poseian, creyó el impetuoso Bocanegra neutralizar aquel peligro avanzando resueltamente con los suyos con ánimo de posesionarse de las piezas contrarias.

Pero se las habian los populares con muy aguerridos adalides, tales como los Abalos, los Fajardos y los Cardonas, y pronto se vió reforzado aquel punto, haciéndose entónces el combate general.

Numerosas cargas intentaron los caballeros por la derecha y por la izquierda, á fin de romper las filas de los agermanados y envolverlos; pero éstos aguardaban á pié firme la embestida, cerrando el paso á los ginetes con sus picas, y enviándoles una lluvia de balas de su certera mosquetería, que los hacia volver riendas, mal de su grado, diezmados y en tropel.

Ya andaba Bocanegra muy cerca de las piezas; ya Palomares, conociendo la necesidad de un esfuerzo decisivo, habia hecho avanzar las fuerzas de reserva y la batalla parecia decidirse del lado de los populares, cuando el cielo, que se habia ido encapotando por momentos, rompió en una fuerte tormenta de truenos, vientos y copiosa lluvia, que azotando en el rostro

á los agermanados, les inutilizó los arcabuces, que era su principal elemento, deteniéndolos un tanto en su acometida.

El Marqués de los Vélez, como esperimentado capitan, conoció al primer golpe de vista la propicia ocasion que se le presentaba, y dando la voz de *¡Santiago!* lanzó impetuosamente toda su caballería contra el centro de los populares, la que apoyada por la infantería y á las voces de sus jefes, consiguió arrollar á sus contrarios, rompiendo primero á los de Orihuela, quienes mezclándose y atropellando las filas del resto de la hueste, acabaron por declararse en precipitada fuga en direccion á la ciudad, donde entraron confundidos vencidos y vencedores.

Dia de luto y de triste recordacion fué aquel para los defensores de la causa del pueblo.

Fray Miguel y Bocanegra lograron retirarse del campo, con los que pudieron recoger de sus parciales, en direccion á Játiva; pero el desgraciado Palomares, que prefirió combatir hasta el último momento, fué hecho prisionero y degollado en el acto, colocando su cabeza en un arpon en la puerta de Elche.

D. Pedro Maza, que estaba muy airado con la rebeldía de aquellos sus súbditos, hizo en Orihuela numerosas prisiones, entregando desde luego cuarenta infelices, entre los que se contaba la junta de gobierno, al verdugo, con tal saña, que hasta los mismos castellanos imputaron su proceder más á venganza que á justicia.

De otra parte, los Murcianos, de quienes en su mayor número se componia el ejército del Marqués, enemigos declarados de los de Orihuela, por ciertas diferencias que entre ambas ciudades mediaban á causa de que estos últimos querian emanciparse de aquel Obispado y tener catedral propia, como al fin más adelante consiguieron, se entregaron tan desatalentadamente al saco, que segun bárbara costumbre de aquellos tiempos se les habia concedido, que no solamente cargaron con las alhajas y los muebles, sino que hasta las rejas y las puertas de las casas se llevaron, ocupando en el trasiego mas de setecientos carros, segun afirma

Sayas, amen del infinito número de mujeres que acudieron como hormigas, marchando luego todas con su presa, quienes en la cabeza, quienes en los hombros, ya que no tenian otros medios de trasporte.

En fin, sobre los vencidos habitantes de Orihuela obró cuanto pudo el espíritu de venganza y de codicia de que se hallaban animados sus implacables enemigos, que no podian perdonarles la derrota que les causaron en Gandía.

¡Y tratarán todavía los cronistas de los nobles de presentar á los plebeyos como gente inculta y desalmada, cuando eran víctimas del vandolismo de los caballeros y de sus secuaces que dejaron á veces atrás los escesos de Atila!

¡Ay de los vencidos!

¡Qué pocos tienen el valor suficiente de hacer justiaia á la desgracia!

Es enfermedad muy antigua, de todos los tiempos, el quemar incienso en los altares del *Dios Exito*, y volver la cara al Oriente para saludar al sol que sale.

Cuándo estirparemos de la sociedad hasta la semilla de los aduladores.

¡Fé, fuego sagrado que alientas nuestra esperanza, no nos abandones, pues con tu ayuda hemos al fin de hacer triunfar, á despecho de todos los tiranos, el imperio de la igualdad y de la justicia!

XIV.

Entrada triunfal de Vicente Peris y del ejército popular en Valencia.—Division entre los agermanados.—Llegada del Infante D. Enrique.—Negociaciones con el Virey y su regreso á Valencia.—Vicente Peris y los suyos marchan á Alcira donde se reconcentra el partido de accion.

Disponiéndose estaba Vicente Peris en Villajoyosa para marchar á Orihuela, cuando los mismos vencidos le trajeron la triste noticia de la pérdida de aquella importante ciudad.

Imposible ya de remediar el mal causado por la impaciencia de aquellos capitanes, volvió el General de la Germanía á su primera intencion, y dió las órdenes oportunas para continuar su marcha sobre Valencia.

Pero con la reciente victoria de los caballeros, los secuaces de éstos iban efectuando un movimiento contra-revolucionario en todos los pueblos comprendidos desde Orihuela á Játiva, notándose ya los síntomas de esta enfermedad hasta en la misma Villajoyosa, donde se conspiraba á fin de imposibilitar la marcha de la numerosa artillería de Vicente Peris.

Entendido por este lo que se fraguaba, dispuso que la infantería marchase por tierra, embarcándose él con la artillería y los principales capitanes de su hueste, á fin de frustrar de este modo todos los obstáculos que trataban de oponer en el camino al paso de sus catorce piezas de batir, y su no menor número de falconetes ó piezas de campaña.

A 6 de Setiembre arribó Vicente Peris, sin novedad, al Grao de Valencia, siendo recibido con entusiasmo por sus parciales y por numerosas diputaciones de los gremios que lo llevaron en triunfo al palacio real, donde quedó aposentado.

Para el dia 8 quedó aplazada la entrada oficial del ejército vencedor, la que se llevó á cabo en medio del aplauso y de los numerosos festejos que la heróica Valencia habia improvisado, á despecho de los partidarios de la contra-revolucion, que con la llegada de aquellos defensores de la causa popular veian comprometidos sus planes.

El órden de la entrada fué el siguiente:

Rompia la marche el bagaje, con el riquísimo botin cogido á los caballeros. A continuacion la numerosa artillería, en su mayor parte ganada en el campo de batalla. Despues las bandas de trompetas y demás instrumentos militares. Luego el capitan y compañia de los terciopeleros, con su bandera negra, y á continuacion de éstos Vicente Peris, el héroe del pueblo, el General de la Germanía, cabalgando en un soberbio bridon, y vestido de raso blanco acuchillado, sobre otro amarillo, gorra milanesa de grana y pluma blanca, rodeado de numeroso séquito de capitanes y personas notables de su bando, y seguido del ejército espedicionario.

Era innumerable el gentío distribuido por la carrera, y atronador el aplauso y los vítores con que en todas partes eran saludados.

En este órden entró la comitiva por la puerta de Serranos á la plaza de San Bartolomé, encaminándose por la calle de Caballeros, Bolsería, Mercado y San Martin hasta llegar á su alojamiento.

Desde los balcones arengó en seguida Vicente Peris al pueblo, dando á todos las gracias por el honor que les dispensaban; alentándoles á no desistir en la obra regeneradora que habian comenzado, y ofreciendo, por su parte, no descansar un momento en este camino, hasta conseguir el triunfo definitivo de tan justa causa ó perecer á manos de sus implacables enemigos.

¡Gloria á Vicente Peris, gloria á aquel verdadero defensor de la Democracia, que supo despues justificar con su martirio, la verdad y la conviccion de sus palabras!

Concluido el entusiasta discurso de aquel valiente hijo del pueblo, siguió después el desfile de la fuerza ciudadana, sin que en todo el acto ningun suceso desagradable viniese á turbar la general alegría.

Redobláronse desde aquel dia los planes y combinaciones de ambos partidos en la ciudad de Valencia. Los unos trabajaban con doble ardor por llegar á un arreglo con el Virey y desistir de la Germanía; éstos eran ó los vendidos, ó los cobardes, ó los deudos de los nobles, todos los cuales confiaban en la mediacion del Infante. Los otros deseaban el completo triunfo de la Germanía, la espulsion del Virey y el triunfo de la justicia sobre la arbitrariedad de los caballeros; estos eran los del partido de accion, los valientes que preferian la muerte á la deshonra, los parciales de Vicente Peris, en cuyo patriotismo confiaban.

Despues de numerosas reuniones verificadas por estos últimos, se llegó á un acuerdo, que se publicó en forma de instruccion, y que, segun refiere Viciana, fué el siguiente:

«Vicente Peris, General del ejército de Valencia, ha de vengar primeramente las crueldades cometidas por el Gobernador de la Plana y Comendadores de Montesa en las villas de San Mateo y Cervera, y las del Duque de Segorbe en Villareal y Castellon. Para efectuar estos irá con las fuerzas de su mando y su artillería á Nules y á Peñíscola á combatir con el Virey y el Duque hasta lanzarlos del reino.

»Además, ha de advertir que muchas villas y lugares, tanto del reino como del maestrazgo y de los caballeros, por ayudar al Virey, se han cargado censales, y en las escrituras y licencias de ellos dicen que aquellas obligaciones se contrajeron para allegar dinero y pagar á la gente de guerra que el Virey hacia contra el pueblo agermanado, para reducirlo á la obediencia del Rey por serle rebelde y traidor. Si tales escrituras quedasen en tan falsos términos redactadas, ¿qué juicio se formaria en los

venideros tiempos de nosotros, que por leales nos tenemos? Por ende es necesario que cuando llegue á esos lugares llame al Notario, y rasgando tales escrituras le mandé hacer otras que digan: «Tales escrituras fueron hechas para reunir fondos con que pagar la gente que se levantaba para mantener la soberbia de los caballeros y para devastar y destruir la ciudad y reino de Valencia.» Y de esta manera quedará la verdad en su lugar, para que después nos juzgue á todos con acierto la Historia. Tambien procurará que los Agarenos se conviertan todos á la ley cristiana, para lo cual cuidará que no se les impongan á los recientemente bautizados más tributos que los que pagan los cristianos viejos, á fin de que haciendo triunfar por todas partes la igualdad y la justicia, consigamos el objeto deseado que nos propusimos al establecer la Germanía.»

Pero mientras los verdaderos patriotas tomaban estas medidas para poner á salvo el desdoro popular, los contra-revolucionarios trabajaban sordamente para imposibilitar sus planes, comenzando la capital á verse presa de los bandos en que se dividieron los agermanados, y que no dejaban de fomentar los agentes del Virey y de los nobles.

Por momentos crecian la desunion y los temores, y careciendo los Trece de los fondos snficientes para mantener en pié de guerra el ejército popular, cedieron á la opinion de la mayoría y enviaron una comision al Infante D. Enrique, suplicándole pasase á Valencia á fin de acordar las bases para llegar á un arreglo definitivo con el Virey.

El 19 de Octubre llegó efectivamente el Infante a Valencia, y poniéndose de acuerdo con el Marqués de Zenete y demás personas que se mostraban propicias á una transacion, abrieron las negociaciones y acordaron desde luego enviar al Virey un mensaje para esplorar sus intenciones.

Pero no era este el camino que creian decoroso ni Peris ni Sorolla, que ya estaban tambien en Valencia; y á poco de entabladas las negociaciones, empezaron los tumultos y los motines llegando momentos en que D. Enrique y los de su partido se

creyeron en la necesidad de abandonar el campo á los intransigentes y confiar la pacificacion de Valencia á la suerte de las armas.

Pero los partidarios de la paz crecian, y estando todos los puestos oficiales en manos de los de D. Enrique era de todo punto inútil á los intransigentes de Valencia el resistir.

Habia el Virey, por este tiempo, pasado á Nules á reunirse con el Duque de Segorbe, á fin de allegar entrambos las fuerzas suficientes para marchar sobre Valencia, bien para entrar en esta capital mediante los tratos que sus partidarios tenian entablados, bien con el objeto de aprovecharse de la division que entre los agermanados reinaba é imponerse por la fuerza.

Concurrió tambien por aquella fecha el Duque de Gandía con los refuerzos que el Almirante de Castilla y los Gobernadores de aquellos reinos habian, por su intercesion personal, concedido para la sumision de Valencia, lo que sabido por el Directorio de los Trece, así como por los Síndicos y demás personas afiliadas á la Germanía creció la confusion y el deseo en los unos de someterse y la impaciencia en los otros de salir cuanto antes á presentarles batalla.

Hacia más difícil la situacion de los Valencianos la escasez de trigo y de otros artículos de primera necesidad que venian esperimentando, y que entonces más que nunca aumentaba, atribuyéndose esto particularmente á los manejos puestos en juego por los nobles á fin de aislarlos de todo recurso é imposibilitar su resistencia.

En tan críticos momentos, vacilantes los populares en el partido que habian de elegir, decidieron demandar consejo á la muy liberal ciudad de Zaragoza, que habia demostrado en más de una ocasion simpatías por los Valencianos, y enviaron con este objeto un mensaje á aquel municipio.

Enterados los Aragoneses de los deseos de sus hermanos de Valencia, propusieron su mediacion para llegar á un arreglo pacífico y decoroso con el Virey, á cuyo fin enviaron representantes con cartas para el Conde de Mélito y para los populares

expedidas á 22 de Setiembre y concebidas en los más humanitarios principios de justicia y abundando en los mejores deseos.

Contestaron los de Valencia allanándose á esta mediacion, pero no así el Virey y los caballeros, quienes con palabras vagas; y hasta con desvío, contestaron á las excitaciones de los Aragoneses.

No desmayaron por esto los Zaragozanos en sus buenos deseos, y hé aquí en prueba de ello la carta que volvieron á escribir á los de Valencia.

«Muy magníficos y virtuosos señores: Vuestra carta recibi»mos, y vista aquella, con toda presteza habemos entendido en »lo que nos escribís. Esta ciudad ha hecho deliberacion vaya un »Jurado con dos ciudadanos á esa ciudad y reino de Valencia á »entender en la pacificacion y reposo de aquella. Los cuales, »placiendo á nuestro Señor Dios, partirá el miércoles primero »venidero, que se contará á 25 del presente. Por los cuales sabrá »la voluntad y gana de esta ciudad que tiene en hacer lo que »pudiere por esa ciudad y reino, como por las obras lo co»nocerán.

»E nuestro Señor Dios, etc.—De Zaragoza, á 22 de Setiem»bre de 1521.»

A consecuencia de estas negociaciones, acordaron los Síndicos y demás personas partidarias de la paz, enviar otra Diputacion al Virey haciéndole constar sus buenos deseos y disposiciones para una transacion.

Fueron comisionados para este objeto Fray Jaime de Alcalá, religioso de San Francisco, el Maestro Juan Gomis y seis consejeros, entre los que se contaba á Juan Caro.

Pero el Virey, poco espansivo, como de costumbre, se contentó con responder á los embajadores en estos términos:

«Ni el Rey quiere, ni yo por S. M. deseo otra cosa que la »obediencia, mediante la cual alcanzará el pueblo la misericor»dia que corresponda. Haced lo que manda el Rey, y para con»seguillo todo, estad á las órdenes de vuestro intercesor el señor »Infante.»

No dormia el partido de accion, mientras por sus enemigos se entablaban estas negociaciones. Los más ardientes defensores de su causa afluian á Valencia y trataban de todos modos de oponerse á los progresos de aquella contra-revolucion.

De contínuo se veian las calles de aquella populosa ciudad conmovidas por motines y reyertas entre los parciales de ambos bandos, á causa de las muestras de desprecio y palabras duras con que los del partido de accion motejaban á los que trataban de someterse de nuevo á la influencia de los nobles.

Por lo cual los principales ministros de Justicia, como el Subrogado de Gobernador; el teniente de Bayle general, Rodrigo de Lucarga; el Justicia criminal Francés Dalmau, y los Jurados, impusieron, con edicto público, pena de la vida al que osase decir á otro: *Mascarado, Magances, Traidor*, ni gritar: *¡Mueran Mascarados!* y otras razones ignominiosas.

Pero si bien trataban de poner ley á tales palabras, las obras vinieron á demostrar en cuán poco estimaban los partidarios de Peris aquellas medidas.

Hallábanse cierto dia reunidos los Jurados en sesion, cuando fueron interrunpidos por un tambor que redoblaba con estrépito en la plaza; temerosos de que se tratara de provocar alguna sediciosa conmocion, mandaron subir á su presencia al que lo tocaba, y reprendiéndole, le hicieron dejar la caja y marcharse en silencio.

Corrió aquel sugeto á noticiar á Vicente Peris el atropello de que habia sido víctima por los Jurados, y el General de la Germanía, que deseaba un pretesto para romper con las autoridades, fué en seguida, acompañado de sus capitanes y algunos otros de su partido, á la Sala de Juntas de los Jurados á exigirles esplicaciones de su conducta y á rescatar el instrumento, objeto de la querella. Resistiéronse con razones los Jurados, pero apurada la paciencia de Peris, á una señal suya, asieron violentamente el tambor, y se lo volvieron á entregar á su dueño, amenazando al marcharse con palabras á los Jurados y motejándolos de traidores.

Decidióse, en fin, el partido de accion á continuar, con toda la energía que le fuera posible, la guerra contra los nobles, á cuyo objeto acordaron la inmediata salida del ejército popular para presentar de nuevo la batalla al Virey, que ya se movia con su ejército hácia Valencia.

Pero el Marqués de Zenete y los demás partidarios de la paz, trataron de evitar aquella campaña apoderándose de la artillería de Peris, lo que dió lugar á un horroroso tumulto que amenazaba convertir á Valencia en un nuevo campo de Agramante.

Consiguieron los populares sacar sus cañones al campo; pero el entusiasmo se iba ya debilitando en muchos, y la perspectiva de una nueva campaña atemorizaba á los más, por lo que se mostraron reacios en seguir sus banderas, lo que visto por el Marqués, aprovechó la detencion y flojedad de los agermanados, y reuniendo á son de campana á los de su partido, salió al campo y consiguió apoderarse al fin de la artillería, volviéndose triunfante á la ciudad.

Pero si bien logró por este medio imposibilitar los planes de Vicente Peris, no le fué tan fácil, como creia, someter á los Valencianos á las exigencias del Virey.

Este último se habia presentado ya con su ejército ante Murviedro, donde le abrieron la puerta y fué recibido en triunfo, sentando allí sus reales hasta aguardar el resultado de las gestiones que en Valencia estaba poniendo en juego el jurado en Cap de Zaragoza, Miguel Cerdan, Señor de Sobradiel, quien acababa de llegar en aquellas críticas circunstancias, y á cuyos buenos oficios se debió el evitar nuevos derramamientos de sangre.

Constante el Marqués de Zenete en su conducta de debilitar, por todos los medios que las circunstancias le ofrecian los elementos de que disponian los populares, ora mostrándose amigo neutral cuando no estaba en su mano hacer otra cosa, ora oprimiendo al partido de accion y tratando de sembrar la division en las filas de los agermanados, como ya en gran parte habia conseguido, no se dió por contento con haber arrancado la arti-

llería del poder de Vicente Peris, sino que trató de que pasara á las manos del Virey.

Intentó, con este objeto, sacarla cierta noche sigilosamente de Valencia; pero no fué tanto el silencio que no llegara á noticia de los populares, quienes, si bien ya no estaban en su mayor parte por la guerra, tampoco querian entregarse incondicionalmente al despotismo de los nobles.

Corrió con celeridad la noticia, y pronto se vieron las calles llenas de gente que gritaba: *¡Traicion! ¡Traicion!* Volviendo á exaltarse los ánimos y á hacer temer se perdiera en una sola noche lo que los amigos de transigir habian venido preparando con tanto tiempo y trabajo.

Afortunadamente, el Jurado de Zaragoza medió en el asunto y consiguió aplacar los ánimos, acordándose, por ambas parcialidades, que las armas se depositasen en el convento de San Francisco, debajo de tres llaves: la una se entregaria á dicho Justicia, la otra se enviaria al Virey y la tercera quedaria en poder de la persona que se designase por los populares.

Habíase, en tanto, reunido ya en Murviedro con el Conde de Mélito, la hueste del Marqués de los Vélez, que acababa de someter toda la tierra de Alicante y Orihuela, y contando el Virey con un ejército fuerte de veinte mil hombres, resolvió aproximarse más á Valencia, para obligarla á someterse, de una ú otra manera, cuanto antes.

Con este objeto movió el ejército sobre Paterna, y señaló un plazo de 24 horas para entregar definitivamente la ciudad, si no querian ponerlo en la precision de entrarla por la fuerza de sus armas.

Encontrados andaban los pareceres aun entre los mismos partidarios de la paz, y tal vez hubiera prevalecido la opinion de resistirse á las exigencias del Conde de Mélito, si los comisionados de Zaragoza no hubieran seguido poniendo en juego sus buenos oficios, por medio de los cuales consiguieron los Valencianos otro dia mas de tregua y el perdon de todos los agermanados, á escepcion de algunos jefes de los más comprometidos.

Promulgóse este acuerdo, dia de Todos los Santos, por conducto de los Embajadores de Aragon, cuyo Jurado llevó á buen término su cometido, mereciendo las más sinceras muestras de agradecimiento y aprecio de los Valencianos, que ya se veian agoviados, al someterse, por la falta de recursos y la escasez de alimentos que se notaba en la ciudad amenazando á todos con los rigores del hambre.

Firmado el convenio, apresuró el Virey su entrada en Valencia, la que efectuó la tarde del mismo dia de Todos los Santos, siendo recibido con tanta frialdad y reserva del pueblo, como entusiasmo y magnificencia de los Magistrados.

Aquel mismo dia empezó á ejercer su justicia nombrando Regente de varias calidades para las rondas de la ciudad y de la huerta, y publicando edictos en que prohibia, bajo severas penas, las palabras ofensivas en voz y en escrito.

Despues, á 5 de Noviembre, eligió nuevos consejeros, anulando el nombramiento de los que el sufragio general habia designado para aquel cargo la Pascua del Espíritu Santo antecedente.

El dia 6 mandó confiscar todos los bienes de los esceptuados del perdon, ofreciendo por la captura de cada uno de ellos 200 ducados.

Desterró todos los forasteros sospechosos; prohibió completamente el uso de armar; y señaló para el dia 9 su entrada oficial, con los demás nobles y caballeros que le acompañaban, disponiendo que el ejército continuase en Paterna, á fin de no escitar con su presencia los ánimos, aún no sosegados, de los Valencianos.

Viéndolo ya todo perdido en Valencia, salieron los partidarios de Peris en direccion de Alcira, donde aquel convocaba á sus parciales, en tanto que el Virey, seguido del Duque de Segobe, del de Denia, del Conde de Oliva y de otros muchos caballeros, hacian su entrada oficial en Valencia, tratando de volver las cosas á su primitivo estado.

Pero no por sometida la capital vaya á creerse que la Germa-

nía habia muerto. Aún alentaba Vicen Peris; aún permanecian fieles á la causa popular Játiva y Alcira; aún discurrian por otras comarcas numerosas partidas de agermanados, con jefes valientes y decididos; y nuevos combates, y nuevas escenas de sangre, y rasgos de verdaderó heroismo tendremos ocasion de narrar antes de dar por concluido este período desgarrador de nuestra historia.

Pero hagamos punto en este capítulo antes de presentar la nueva faz que desde ahora han de ofrecer los acontecimientos.

XV.

Requiere el Virey desde Valencia á las demás poblaciones del reino á que reconozcan su autoridad.—Niéganse Alcira y Játiva.—Sale el Virey con su ejército á someterlas.—Resisten con heroismo y obligan á levantar el campo al ejército real.—Prision en Játiva del Marqués de Zenete y preparativos para nueva campaña.

Puestas en órden las cosas de Valencia, determinó el Virey Conde de Mélito, requerir á todas las demás poblaciones importantes del reino para que reconociesen su autoridad y cumpliesen sus mandatos, advirtiendo que á todo el que no respondiese satisfactoriamente en el plazo de seis dias seria considerado como rebelde á su legítimo Soberano y castigado en la forma que mejor pareciese.

Muchos prometieron someterse, atemorizados del gran ejército que habia logrado reunir el Virey, pero no así Játiva y Alcira, donde se reconcentraron los más decididos campeones de la Germanía, prefiriendo primero morir con las armas en la mano defendiendo sus derechos y los compromisos tan formalmente contraidos, hasta por el mismo Emperador, que no doblegar nuevamente el cuello á la esclavitud y á la tiranía.

Grandemente irritó al Virey esta respuesta, pues nunca imaginó que al estado en que ya habian llegado las cosas, y mucho ménos despues de la rendicion de Valencia, hubiese ninguna otra poblacion en todo el reino que se atreviese á desconocer su autoridad, y á resistir con las armas en la mano el poder reunido de sus tropas, de las del Duque de Segorbe y de los Castellanos capitaneados por el Marqués de los Vélez.

Tan es así, que ya habia expedido las órdenes oportunas para que D. Pedro Maza y D. Ramon de Rocafull, con su gente, pasasen á entregarse de aquellas poblaciones y del armamento y material de guerra que aún restaba en poder de los agermanados.

¡Pobre idea tenia concebida el Conde de Mélito del patriotismo y de la abnegacion de Vicente Peris, así como del valor de los que con él se habian encerrado en Alcira, decididos á morir ó á triunfar en defensa de sus derechos á costa de tantos trabajos adquiridos!

Confiados caminaban los lugartenientes del Virey, creyéndose los destinados á dar el golpe de gracia á la causa popular, con la sumision de aquellos puntos, cuando á una legua de Alcira conocieron su error al ver el aspecto velicoso que la comarca iba presentado, conocimiento y desengaño que acabaron de sufrir con la llegada, á todo escape, de unos emisarios del Virey con instrucciones para dichos caballeros en que les ordenaba retroceder y aguardar en la villa de Carlet el grueso de la hueste que bajo sus órdenes se movia ya en direccion á Alcira.

En nada pudieron modificar este rompimiento los buenos oficios que con deseos de una avenencia pacífica pusieron en juego dos Jurados y dos Canónigos de Valencia, los más respetados del pueblo, que trataron vanamente de evitar el conflicto de una nueva campaña, pero que el orgullo y la soberbia del Virey hicieron de todo punto imposible.

La continuacion de la guerra quedó, pues, decidida, y aunque con muy inferiores recursos los agermanados de Játiva y Alcira se dispusieron resueltamente á sostenerla.

A 13 de Noviembre salió de nuevo el Virey de Valencia para reunirse en Paterna con el ejército allí acampado y marchar á someter á los rebeldes de Alcira.

¡Rebeldes! Este es el nombre que dan los historiadores á aquellos héroes del pueblo, que, sin esperanza del triunfo, se aprestaban á inmolarse gustosos en defensa de la igualdad y de la justicia, primero que á someterse humildes al orgullo de los

nobles con detrimento de la dignidad y del decoro que todo hombre honrado debe apreciar mil veces más que la vida.

Pero dejemos digresiones y continuemos nuestro relato, que si á sacar consecuencias empezamos, vendremos al convencimiento de que la razon y la justicia siempre se encuentra del lado del más fuerte, merced á esa eterna lepra de la adulacion que muchos ejercitan para el logro de sus medros y para vivir, como los zánganos, del trabajo, de la abnegacion y hasta del sacrificio de las personas dignas.

Asentada Alcira en la márgen del rio Júcar, y en fortísima posicion natural, decidieron los caballeros seguir rio abajo dos leguas de la villa, á fin de cruzarlo y atacar por la espalda, es decir, por la parte del arrabal del San Agustin, que parecia presentar más fácil acceso.

En esto, y en juntar barcos, que hicieron venir del Grao de Valencia, invirtieron tres dias, hasta lograr construir unos puentes provisionales sobre los que pasó á la otra banda el ejército.

Mandaba en Alcira, además de Vicente Peris, un capitan llamado Enego, siendo jefe de los solteros un primo de Peris, llamado Lorenzo; estaban los aventureros al mando del italiano Pírico Espinochi, y la artillería se confió á un inglés, segun afirma Viciana. En este órden esperaron los agermanados con valor y confianza el ataque del Virey.

En cuanto hubo pasado el rio la hueste de los nobles, asentaron sus reales frente al arrabal de San Agustin, invirtiendo algunos dias, más de los que el Virey habia calculado, en levantar trincheras y en resistir los rebatos con que los populares de la plaza y de los pueblos inmediatos les molestaban de contínuo.

Desde un principio enarbolaron los agermanados de Alcira bandera negra, y juraron entre sí primero perecer entre los escombros de la plaza que rendirse á las exigencias de sus enemigos.

Pasaban los dias empleados únicamente en combates parcia-

les, sin resultado decisivo para ninguno de los dos bandos, empezando, á consecuencia de esto los del ejército real á sentir escasez de víveres y municiones, pues habiendo interceptado los agermanados el camino de Castilla, de donde solian venirles los principales recursos, no era posible, sin grandes peligros, que llegaran al real ni recuas ni vivanderos, por lo que empezó el ejército á desvandarse y amenazar deshacerse si no se acudia á algun inmediato recurso.

Visto por el Virey, comprendió que solo en la brevedad y en la energía estaba el logro de su empresa, y resolvió dar un ataque decisivo al arrabal, á fin de posesionarse de él y obligar vigorosamente la rendicion de la villa.

A este fin, convocó consejo de capitanes aquella misma noche, acordándose en él que á eso de las once encendiesen grandes fogatas en todos los ángulos del campo y saliesen con sus compañías á acometer de improviso el arrabal.

Pero no se dormian un punto, ni descuidaban la defensa los agermanados, por lo que recibieron dignamente la acometida del Virey, trabándose un reñidísimo combate en las trincheras y en las calles del arrabal, de que resultaron nuertos muchas personas de nota, entre ellos un capitan de la artillería, y gran número de soldados.

Por último, cedieron los populares al poder de los caballeros, y abandonaron el arrabal, despues de una sangrienta lucha, encerrándose en las fuertes posiciones de la villa.

Emplearon el resto de la noche los vencedores en situar su artillería de manera que pudiese ofender á los sitiados, á fin de abrir brecha al dia siguiente y dar un asalto general del que aguardaban los nobles la rendicion de Alcira.

¡Cuán equivocados salieron sus planes!

Mientras que los artilleros castellanos, á las órdenes de don Luis Fajardos, trabajaban bajo el fuego de los mosquetes enemigos, á fin de colocar en la cabecera del puente que conducia á la villa unos cestones para amparar las piezas y romper á cubierto el fuego contra las murallas, el capitan Enego, secun-

dado por los suyos, trabajó toda la noche en levantar una fuerte trinchera en el lado opuesto, con sus correspondientes troneras, desde donde molestaron grandemente con los certeros tiros de sus alcabuces, al campo del Virey.

A destruir esta trinchera y un fuerte baluarte que defendia la puerta que comunicaba el puente con la villa, se dirigieron los disparos de la artillería de los nobles, invirtiendo dos dias de consecutivo cañoneo para conseguir aportillar dichos reparos.

Pero los populares, bajo la direccion de sus entendidos jefes, cerraron aquel paso á los sitiadores con muchos sacos de arena que al efecto tenian preparados, teniendo que emplearse de nuevo la artillería en deshacer aquel improvisado obstáculo, dejando franca la vista de la puerta de la villa.

Entónces mandó el Conde de Mélito apuntar á ella una culebrina de notable alcance traida con este objeto de Málaga, y á los pocos tiros saltó hecha astillas la puerta, dejando franca la entrada, por lo que creyó el Virey llegado el momento de dar el asalto.

Con este objeto mandó publicar un bando prometiendo doscientos ducados á la bandera que consiguiese primero ondear en los muros de Alcira, y aprestada la gente, dióse la señal de acometer.

Pero donde los cañones del Virey habian destruido los reparos y las puerta que cerraban el paso de la villa, aparecieron los pechos de los agermanados, mucho más difíciles de vencer que aquellos obstáculos, peleándose con encarnizado valor por ambas partes.

Tres veces intentaron el asalto los sitiadores, y otras tres fueron rechazados con notables pérdidas, costándole la vida, entre otros muchos, á Pascual de Gagua, alférez del capitan Vilanova, su empeño por ganar los doscientos ducados concedidos por el Virey.

Noticiosos en tanto los de Játiva del aprieto en que se encontraban sus hermanos de Alcira, resolvieron marchar en su socor-

ro, aunque para ello tuviesen que atravesar por entre las huestes del Virey.

Mil hombres, segun Sayas, marcharon con este intento, y noticioso el Marqués por sus espías de su proximidad, mandó emboscar en unas huertas varias compañías con ánimo de coparlos; pero los de Játiva entendieron á su vez la celada, y cambiando de direccion lograron entrar en la villa por el lado opuesto, burlando así los planes del Conde de Mélito.

Un repique general de campanas y los disparos de los cañones de la plaza, anunciaron á los sitiadores la alegría con que recibian los sitiados el refuerzo de sus partidarios.

Esto acabó de hacer perder la poca esperanza que ya iban abrigando los caballeros de rendir la villa, por lo que acordó el Virey levantar el campo y marchar repentinamente sobre Játiva, cuya ciudad creia desguarnecida por la ausencia de sus principales defensores.

Pero tambien aquí le estaba reservado otro desengaño al Conde.

Antes de levantar el sitio de Alcira, hizo reseña el Conde de Mélito de la gente de su ejército, encontrándolo notablemente disminuido, pues en las tres semanas que duró el cerco de la plaza, le habian los agermanados muerto más de mil hombres, y otros muchos habian desertado de sus banderas á causa de la escasez que se esperimentaba en el campo.

A pesar de esto, aun reunia una hueste respetable, compuesta de mil caballos, cuarenta piezas y muchas compañías de infantes Castellanos y Valencianos.

Con esta gente dispuso caer sobre Játiva, pues sabia que además del refuerzo enviado por aquella ciudad á Alcira, otras muchas compañías sueltas de aquellos ciudadanos andaban entretenidas en recorrer el campo á fin de interceptar los alimentos que de Castilla enviaban al Virey.

Tal fué el plan concebido por el Conde, y dando las órdenes oportunas, se dispusieron todos á recoger el real en el silencio de la noche, á fin de emprender la marcha al romper el alba y

caer sobre Játiva, que solo dista tres leguas, antes de que sus defensores, ausentes, tuviesen tiempo de correr en su socorro.

Pero por mucho sigilo que quisieron guardar en su movimiento, poco tardaron los de Alcira en advertirlo, y enviando corredores en todas direcciones, empezaron las compañías que recorrian la huerta, á romper los puentes y á abrir las compuertas de las acequias, con lo que inundando los campos y cortando los caminos, imposibilitaron el rápido movimiento que habia premeditado el Virey.

Y no fué esto solo. No bien levantaron el real las tropas de los nobles, cuando salieron los de Alcira impetuosamente y empezaron á picar la retaguardia.

El Virey habia ordenado su gente en tres escuadrones: en la vanguardia colocó á D. Pedro Maza con cien ginetes y una cuadrilla de obreros que fuesen deshaciendo los obstáculos del camino. En el centro, marchaba la artillería y todo el material, custodiado por los Castellanos con sus compañías de arcabuceros. Y la retaguardia, que era el sitio más comprometido, la cubrió el mismo Virey con los caballeros Valencianos más principales y toda su gente de armas.

En esta formacion, viéronse sin embargo, precisados á variar la marcha, y echando por en medio de la huerta, dieron un gran rodeo para buscar el camino de Almansa y por él ir á Játiva, pues por donde habian empezado á caminar era imposible adelantar un paso.

Con decir que les costó á los caballeros dos dias el avistar á Játiva, cuando solo distaba tres leguas de su punto de partida, se vendrá en conocimiento de los esfuerzos que hicieron los agermanados para imposibilitarles el paso.

Martes 11 de Diciembre fué el dia que llegaron ante el arrabal de Játiva que llaman las Barreras.

D. Pedro Maza, que siempre caminaba en la vanguardia, y que tenia algunas inteligencias con los Moros avencidados en dicho arrabal, se metió por el cuartel donde aquellos habitaban, posesionándose con facilicidad de aquella parte.

Revolvióse despues sobre el punto del mismo arrabal ocupado por los agermanados, y aquello ya fué otra cosa. Los populares tenian cerrado el paso con cercas ó barricadas, como ahora decimos, en algunas de las cuales habian colocado cañones.

Los del castillo, que tambien dominaban aquella parte, dirigieron los fuegos de sus baterías contra los caballeros, que empeñados en la demanda, lo hubieran pasado mal á no ir llegando apresuradamente el resto del ejército, y cargar todos sobre aquel barrio del arrabal, lo que visto por sus heróicos defensores, se retiraron tras las murallas de la ciudad, cuando ya les fué imposible resistir.

Pasados los primeros momentos del saqueo de las casas conquistadas, bárbara costumbre, en aquellos tiempos muy admitida, situó el Virey su poderosa artillería en posicion de batir al dia siguiente la puerta de Barreras y el muro que corre desde ella hasta la de Santa Tecla.

Consiguieron derribar en todo el dia un lienzo como de unos treinta pasos, suspendiendo el asalto hasta la nueva aurora por ser ya entrada la noche.

Pero los defensores de Játiva, como los de Alcira, eran gentes que no descansaban un momento, y emplearon la noche en cerrar aquella brecha con cestones de arena, los que empezó de nuevo á cañonear el Virey, pero tambien de nuevo construian los agermanados, un contra-muro detrás de los cestones, para cuando aquellos fueran deshechos.

Los nobles conocieron que el éxito de asedio dependia de la brevedad y energía del ataque, por lo que resolvieron, que todo el dia y toda la noche, se batiesen sin cesar los nuevos reparos que los de la plaza habian improvisado, disponiéndose el ejército para dar un asalto general á las ocho del dia siguiente.

El Virey, como en Alcira, ofreció quinientos ducados á la primera bandera que se plantase en el muro, trescientos á la segunda y ciento á la tercera.

Tras un fuego horroroso con que la artillería del real batió toda la noche la muralla de Játiva, amaneció por fin el dia

del ataque, y llegada la hora, lanzáronse las compañías de los nobles á la brecha ganosos cada cual de ser el primero en ondear su bandera en el muro, por la honra y el interés que el Virey les prometiera.

Las mismas ruinas del muro les servian de escala para llegar á lo alto; pero allí les aguardaban los pocos defensores que habia en la plaza, para lanzarlos al foso y hacerlos desistir de su empeño. Frustrado el primer ataque, rehiciéronse y volvieron con nuevo ardor á tentar otro asalto.

Juan Azedor, alférez del capitan Vilanova, que habia reemplazado á su antecesor en la muralla de Alcira, donde fué muerto por el afan de que su bandera ganara el premio concedido por el Virey, sufrió igual suerte en Játiva y por iguales causas.

Por último, viendo el Conde de Mélito el estrago que hacian desde la plaza en su gente, y lo infructuoso del asalto, mandó retirar y suspender por algun tiempo las hostilidades.

Con repiques de campanas y atronadora algazara celebraron en la ciudad aquel triunfo, lo que encendió más el ánimo de los caballeros, y avivó sus deseos de venganza.

Servia á las órdenes del Virey en aquella campaña un coronel llamado Palomino, veterano de la guerra de Italia, el que prometió construir una série de trincheras delante de los muros de Játiva, desde donde pudiese la artillería á cubierto destruir dicha poblacion ú obligarla á rendirse.

Concedida la oportuna licencia para ello, pues en último caso era lo que anhelaban los nobles, procedió á poner en ejecucion su obra.

A punto estaba ya de dar concluido su trabajo, llevado audazmente á término bajo el contínuo fuego de la plaza, cuando los de Játiva, comprendiendo lo importante que era hacer fracasar aquel propósito, abrieron resueltamente una tarde las puertas de la ciudad y cayeron con ímpetu sobre los de la trinchera, matando á los defensores y destruyendo las obras, entre cuyas ruinas quedó sepultado el desventurado Palomino.

Nuevas trincheras se intentaron levantar y nuevamente volvieron á salir una noche los valientes Jativeños dando tan inesperado rebato en el real, que hicieron retirar las tropas hasta el pueblo de Canales, donde estaba alojado el Virey, teniendo ocasion de clavar gran parte de su artillería.

Tercera vez salieron la noche siguiente á hostilizar á los sitiadores, y habiendo encontrado en esta ocasion preparadas las gentes del Virey, fueron retrocediendo hasta la muralla, donde pelearon encarnizadamente los de uno y otro bando, resultando muerto el capitan Moncayo, de la hueste del Virey, y herido D. Diego Ladron, caballero muy principal, metiéndose en la plaza los de Játiva, sin que este encuentro fuera de consecuencias decisivas para sitiadores ni sitiados.

Por último; muchos ardides se inventaron para rendir la ciudad; muchos asaltos se dieron y muchas correrías y rebatos se llevaron á cabo, de que resultaron muertos más de cuatro mil combatientes de ambas parcialidades, pero Játiva aparecia cada vez más inespugnable, y los caballeros y el Virey y sus auxiliares y soldados empezaron, como en Alcira, á perder la esperanza del triunfo que en un principio creyeron tan fácil conseguir.

Tambien los de la plaza iban llegando al último estremo; rendidos, desfallecidos, muertos sus principales adalides, hasta las mujeres tenian que contribuir á la defensa. Manteníalos empero la justicia de su causa, y la esperanza que les habian hecho concebir los de Alcira prometiéndoles pagar el auxilio que ellos les prestaron, enviándoles un refuerzo de dos mil hombres.

Para ganar tiempo mientras este llegaba, comisionaron á un clérigo portugués que habia en la ciudad, para que fuese á conferenciar con el Virey, pero sin comprometerse jamás á nada.

Este, indicó la probabilidad de que el mejor modo de reducir á los de Játiva, era hacer venir entre ellos al Marqués de Zenete, pues de fijo los convenceria, como á los de Valencia, á deponer pacíficamente las armas.

El Virey que vió en aquellas negociaciones un pretesto honroso con qué cohonestar su retirada, no dudó un momento en

escribir á su hermano el Marqués de Zenete, invitándole á que viniera á Játiva á entenderse con sus moradores, puesto que así lo solicitaban, y levantando el real, se fué á Montesa, donde despidió á muchas compañías de su ejército, cuyas soldadas no tenia recursos con qué satisfacer.

Llegó, en efecto, el de Zenete á Játiva, donde fué recibido con frialdad por sus habitantes, pues no podian perdonarle tan fácilmente la gran parte que habia tenido en el decaimiento de la causa popular y entrega de Valencia.

El aspecto que presentaba la plaza era desolador; por todos lados ruinas, luto y espectros, más bien que hombres, que discurrian silenciosos, sombríos y escuálidos por el esceso de trabajo y las privaciones del sitio.

Bien pronto se convenció que no era tan fácil como creyera, llegar á un arreglo amistoso y pacífico con aquellas gentes, en cuyos ojos se reflejaba desde luego toda la indignacion que atesoraba su alma.

Sin embargo, el paso estaba dado, y era necesario sacar de él el mejor partido posible.

El Marqués de Zenete solicitó tener una entrevista con los principales jefes de la Germanía de Játiva, y mientras llegaba el momento señalado, se avistó con varias personas notables, á las que trató de inclinar á la paz, ofreciendo á todos, en nombre de su hermano el Virey, olvido completo de lo pasado, si se sometian á su autoridad y volvian las cosas á su curso primitivo.

No dejaron de encontrar eco las pacíficas promesas del Marqués en algunas personas que ya estaban cansadas de aquella guerra fratricida, por lo que los más exaltados, temiendo no se diera en aquellla ciudad la segunda edicion de la entrega de Valencia, concibieron un plan, que, á ser cierto, les dió los resultados que apetecian.

Llegó á celebrarse la reunion provocada por el Marqués, y á ella asistió el tribuno del pueblo, el incansable propagandista, el General de la Germanía Vicente Peris.

Expuso el Marqués los deseos de paz y concordia que le ha-

bian llevado á Játiva, y no faltaba, al parecer, quien le escuchara con gusto; pero tomando la palabra Vicente Peris, logró con maña, con reticencias y hasta con provocaciones encubiertas, que el Marqués se impacientara, y faltando á la prudencia, pronunciara algunas espresiones que no podian ser del agrado ni aun de los mismos que se mostraban propicios á la paz.

Precisamente esto era lo que se habia propuesto el astuto menestral, por lo que aprovechando la ocasion oportuna, estalló en el acto, en el seno de la misma reunion, un tremendo tumulto.

Quiso el Marqués dominarlo con su autoridad, pero no pudiéndolo conseguir, y temiendo, tal vez, algun desman, se echó á la calle desenvainando la espada, cuyo ejemplo imitaron los de su comitiva, preparándose á resistir. Entonces aparecieron doscientos hombres por un lado y otros doscientos por el opuesto, emboscados de antemano para el lance, y se apoderaron de la persona del hermano del Virey, triunfando de este modo el plan combinado por Vicente Peris.

De distintas maneras refieren los cronistas el caso; pero de uno ú otro modo, lo cierto es que el Marqués quedó preso por los de Játiva, rompiendo, desde aquel momento, toda clase de negociaciones.

El partido de accion triunfaba; pero era el último destello que lanza la luz próxima á estinguirse.

No bien tuvo el Virey noticia de la prision de su hermano, y de cómo los de Játiva no venian al acomodamiento que habian prometido, cuando, encendido en ira, envió á escape órden á los capitanes para que no disolviesen su gente y volvieran á reunírsele en Montesa, pues habia resuelto abrir con nuevo vigor la campaña, y no cejar en ella hasta esterminar á los agermanados.

¡Génio destructor de la guerra, gózate, que aún nos restan nuevas escenas de sangre y devastacion que relatar.

XVI.

Gestionan los Valencianos la libertad del Marqués.—Levántase Onteniente y acude el Virey á sofocar la insurreccion.—Desastre de la Ollería y suplicios de los agermanados.—Consiguen los Valencianos la libertad del de Zenete.—Vicente Peris parte para Valencia y tratan infructuosamente las autoridades de oponerse á sus intentos.

Honda sensacion causó en Valencia lo ocurrido en Játiva al Marqués de Zenete. Reunidos los principales de su bando en la Casa Ayuntamiento, trataron los medios de conseguir su libertad, acordando recurrir á la generosidad de los mismos agermanados, para que, teniendo en cuenta los servicios prestados á la causa del pueblo, segun ellos, por el Marqués, no insistieran en retenerlo contra su voluntad en el torreon de San Jorge, donde lo habian encerrado.

Con este objeto se nombró una comision compuesta de Micer Antonio de Luna, Provisor y Vicario general del Arzobispo; Micer Tomás, del Real Consejo; seis consejeros principales y un representante de cada gremio, quienes partieron á Játiva, sin pérdida de momento, con grandes presentes para los agermanados, á tratar del rescate del hermano del Virey.

El Conde de Mélito, en tanto, seguia en Montesa espidiendo á toda prisa las órdenes oportunas para reunir nueva hueste con que emprender otra vez las hostilidades contra los que aún se negaban á reconocer su autoridad.

Y en verdad que tenia que hacer un grande esfuerzo si no queria ver, en su descrédito, alzarse de nuevo el reino y abrazar la causa de la Germanía.

La noticia de las derrotas sufridas por el Virey en Alcira y Játiva despertaron el mal comprimido espíritu independiente de los Valencianos, y se hacia temer un nuevo levantamiento.

En prueba de esto, tuvo noticia, á 25 de Enero de 1522, de que la villa de Onteniente habia vuelto á proclamar la Germanía, y que algunos caballeros y parciales del Virey estaban encerrados, y en grande aprieto, en el arrabal de dicho pueblo, donde los sitiaban los agermanados.

Partió con toda diligencia en su socorro el mismo Virey, al frente de una columna de 800 hombres, y no encontrándose los pronunciados con fuerzas suficientes para resistir, se salieron al campo, despues de algunas horas de combate, temerosos del asalto con que se les amenazaba para el dia siguiente.

Juntáronse los fugitivos de Onteniente con unos quinientos hombres que habian salido de Játiva en su socorro, y se metieron y fortificaron en la Ollería, lugar vecino á aquella villa, con ánimo de resistir.

No tardó el Virey en atacarlos, pues le interesaba sofocar aquel movimiento en su gérmen, y cayó sobre la Ollería á 29 de Enero con mil infantes y doscientos caballos.

Pelearon animosamente los populares, pero arrollados poco á poco por las fuerzas superiores del Virey, acabaron por verse reducidos á la iglesia, donde se defendieron todavía por más de tres horas.

Consiguieron los sitiadores poner fuego á las puertas del templo, y «Dios, segun afirma muy formalmente el licenciado »Gaspar Escolano, en la columna 1617 de su *Historia de Va- »lencia*, quiso, por castigo de sus pecados, que prendiese con »tanto rigor, que se ahogaron la mayor parte de los desleales, »y los demás fueron presos.»

¡Herejía fraglante la de querer presentar á todo un Dios de bondad y misericordia mezclado en las venganzas de los hombres!

Airado el Marqués por la obstinada resistencia de aquellos heróicos hijos del pueblo, y sediento de venganza por los descalabros que le habian hecho sufrir los agermanados de Alcira y Játiva, y por la prision de su hermano, mandó ahorcar en el acto diez y seis de los rendidos, y al volver á Onteniente, treinta más, dándose en esta villa el repugnante espectáculo de sentenciar y presenciar con gusto un oficial de justicia del rey la muerte de su mismo hermano, cosa que califica dicho historiador, antes citado, de *fineza* y de *lealtad* por la causa del Soberano.

¡Buenas nociones de moral y de doctrina cristiana tendria aquel santo varon, rector que era de la parroquia de San Estéban, y predicador de Valencia!

Pasion de partido, instintos de sangre y de venganza, hé aquí lo que debia imperar en aquel sacerdote, en vez de la caridad evangélica tan recomendada por Jesucristo.

¡Y aún se llamaria con mucho énfasis ministro de todo un Dios de paz!

¡¡Farsa, farsa, farsa!!

Dejemos al Virey entregado en Onteniente á sus instintos de venganza, dejémosle, pues, ya que tantas veces ha sido vencido por los populares, justo será que en esta pequeña victoria desahogue contra ellos toda la hiel de su corazon, y volvamos á Játiva, donde ya habia llegado la comision salida de Valencia para negociar la libertad del Marqués.

Si los agermanados hubieran tenido los instintos sanguinarios, y hasta feroces, que por algunos historiadores se les imputa, de fijo hubieran procedido desde luego á ejecutar en la persona del hermano del Virey una tremenda venganza, en holocausto de los asesinatos de Onteniente; pero ya que los *bondadosos* y *caritativos* caballeros procedian de tal manera con los populares, justo era que los *incultos* y *sanguinarios* plebeyos tratasen al Marqués con el respeto y la consideracion que lo hacian, siquiera fuese por dar un mentís solemne en la historia á las depresivas imputaciones de sus detractores.

El único objeto que se llevaron los de la Germanía al apoderarse de la persona del Marqués, fué un ardid de guerra para obligar al Virey á conceder á los de Játiva honrosas capitulaciones y una amnistía general, con lo que se hubiera dado pacífica y satisfactoriamente fin á aquella guerra fratricida.

Pero de ninguna manera fué el ánimo de los populares vengarse en su persona ni aun inferirle el más leve desacato, como dejarán demostrado los sucesos que tratamos de relatar.

Con grandes muestras de deferencia y respeto fué recibida en Játiva la diputacion de los ciudadanos de Valencia.

Enterados los de la Junta de gobierno de dicha ciudad de sus deseos, ofrecieron desde luego buenas esperanzas, prometiendo dar una contestacion definitiva en cuanto tuvieran tiempo de consultar la voluntad de sus conciudadanos.

Mientras de este modo se negociaba la libertad del Marqués, no estaba ocioso Vicente Peris, quien habiendo concebido recientemente buenas esperanzas para el triunfo de su partido, no se opuso ya á la libertad del de Zenete. El cambio de propósito y las esperanzas del General de la Germanía, las habian despertado en su ánimo las cartas que los mismos diputados de Valencia le habian traido de sus amigos.

En ellas, y en algunas conferencias que tuvo con los representantes de los gremios, allí venidos, se convenció del poco incremento que habia tomado en la capital la parcialidad de los nobles, y los buenos ánimos que imperaban en el pueblo, después de los descalabros del Virey, y la seguridad que tenia el partido de accion de conseguir de nuevo el dominio de Valencia, con solo presentarse en la plaza el mismo Vicente Peris.

No desagradó al impetuoso menestral aquella empresa, y ofreció desde el momento llevarla á cabo ó perecer en la demanda, enviando por el mismo conducto de los diputados de los gremios, las primeras instrucciones de sus propósitos á sus más decididos partidarios.

Resolvieron, en tanto, los de Játiva, con hidalga generosidad, acceder á las súplicas de los comisionados de Valencia, y

el hermano del Virey fué puesto en libertad, sin condicion ni rescate alguno, indicándole únicamente los agermanados que hiciese presente al Virey que creyendo ellos su causa justa, estaban resueltos á defenderla hasta el último trance.

Contentos y satisfechos del buen resultado de sus gestiones, dieron la vuelta á Valencia los diputados, á 9 de Febrero, acompañándolos hasta Albaida una comision de Játiva y una escolta de honor de más de mil populares.

Estas son las sangrientas venganzas que, entonces como ahora, suelen tomar generalmente los hijos del pueblo de sus enemigos.

Pero volvamos á Vicente Peris, al valiente terciopelero, que soñaba con la idea de ver libre á su querida Valencia del dominio de los nobles.

Lo primero que hizo, fué demandar la ayuda de los de Játiva y Alcira, con los que formó un pequeño escuadron, y para dar calor á la empresa, marchó con ellos á las inmediaciones de la capital, aguardando la ocasion propicia de entrar en la plaza y pronunciarla.

Alarmadas las autoridades con los rumores de la proximidad de aquel caudillo del pueblo, ordenaron al justicia criminal Juan Lopez, que saliese con gente armada á apoderarse de su persona.

Empresa era aquella más fácil de concebir que de realizar.

En Silla, á dos leguas de Valencia, habia hecho alto el jefe de los agermanados con los parciales que le escoltaban; pero teniendo oportuno aviso por sus amigos de la plaza, de lo que tramaban las autoridades contra su persona, se encerró con los suyos en la torre de aquel pueblo, resuelto á aguardar los acontecimientos.

Llegó el Justicia, y despues de intimarle á que se diera á prision, viendo el desprecio con que por los del pueblo era tratado, pidió refuerzo á Valencia para hacer respetar su autoridad.

D. Luis de Cabanilles, que, ya repuesto de su enfermedad, habia vuelto á encargarse del gobierno de Valencia, compren-

diendo lo importante que era, para la pacificacion de la misma, la captura de tan temible agitador, marchó en persona á Silla, con cien ginetes y buen número de peones, con la idea de conseguirla.

Unió D. Luis, al llegar á aquel pueblo, su gente con la del Justicia, y empezó á combatir la torre donde se encontraba Peris.

Pero del mismo Valencia no cesaban de llegar amigos de éste en su defensa, y hasta de los mismos que venian á capturarle, no fueron pocos los que se pasaron; por lo que, visto por el Gobernador lo infructuoso de su intento, y sabiendo que de Alcira venia un cuerpo de agermanados en socorro de Peris, se volvió á Valencia despues de dos dias de inútiles tentativas.

El partido de accion de la capital, que habia observado silencioso salir al Gobernador con el intento de aprisionar á su jefe, aguardaba bastante agitado el desenlace de la empresa.

Numerosos grupos se reunieron en la puerta de San Vicente aguardando el regreso del Gobernador, resueltos á arrebatarle el preso si, como no aguardaban, fuese capturado; pero enterados del fracaso de su propósito, le recibieron, al verlo aparecer con su escolta de alguaciles y de esbirros, con una deshecha tormenta de denuestos y silbidos, lo que obligó al Justicia Lopez á cargar al pueblo, á fin de abrir paso al Gobernador, de que resultaron algunos heridos y desjarretado el mismo caballo del Gobernador en el tumulto que se movió con este motivo.

Apaciguóse, por último, la efervescencia, y hasta llegó á creerse que los agitadores habian desistido de sus planes de trastorno; pero aquella calma era la calma precursora de la tormenta, y pronto veremos en el capítulo inmediato, las calles de la heróica ciudad del Cid convertidas en palenque de la más sangrienta batalla, en que se jugára el predominio de los nobles ó de los plebeyos.

XVII.

Aparece Vicente Peris en Valencia.—Conmocion general del pueblo.—Apréstanse los bandos á una lucha decisiva.—Ardides del marqués.—Dispónense las autoridades á atacar, y Peris á resistir.—Heróica defensa de los agermanados, y desastroso fin de su gefe.

El dia 27 de Febrero vino á conmover á los Valencianos la noticia de que Vicente Peris se halla en la capital y alojado en su misma casa de la calle de Gracia.

En efecto, Vicente Peris estaba en Valencia, y por si alguno tenia duda de ello, aquella misma tarde empezó á recorrer la ciudad, tambor batiente, seguido de dos banderas y varios de sus parciales.

Los gritos de *¡ Viva el Rey! ¡Mueran los traidores!. ¡Plaza á Vicente Peris!* y otros análogos, atronaron el espacio, causando pavor á los cobardes ó traidores, y alentando á los valientes y leales partidarios de la Germanía, quienes acudian presurosos á ponerse á las órdenes de su Jefe.

El Marqués de Zenete, que desde su regreso de Játiva habia vuelto á encargarse de la sub-gobernacion de Valencia, secundando con D. Manuel Exarch los propósitos del Gobernador D. Luis Cabanilles, mandó tocar las campanas á rebato y empezó á reunir sus parciales en la plaza de la Seo.

No debió inspirar gran confianza á las autoridades de Valencia la gente que acudió en su socorro, puesto que el Marqués rechazó las insinuaciones que por algunos se le dirigian de atacar en el acto á Vicente Peris, no creyendo suficiente, ni de confianza, las fuerzas de que por el pronto podia disponer.

Pero ya que de frente y en el acto no se atrevieron á emprender la lucha con aquel puñado de héroes, empezaron con la persuasion y el soborno á sembrar la desconfianza entre los mismos populares, armando el brazo del hijo del pueblo contra el pueblo mismo, para lanzarlo á lucha fratricida, mientras que los caballeros, encerrados en las naves de la Catedral, aguardaban gozosos el resultado de aquella carnicería para concluir despues en la horca y en los calabozos con las vidas de los que escaparan de la contienda.

Como principio de este sistema, dejáronse fácilmente convencer las autoridades de las súplicas de algunos buenos sacerdotes, y otras personas honradas, que proponian se tocasen los recursos de un arreglo pacífico, ántes que dirimir la querella con el rigor de las armas.

Avistáronse á este fin con Peris Fray Gaspar Estéban, de la Orden de Santo Domingo, y Fray Nicolás Estaña, de la de Nuestra Señora del Cármen, concertando las vistas de aquel con el marqués de Zenete en San Martin.

Avínose Vicente Peris á dicha conferencia, más bien por cumplir con la ceremonia, que por aguardar ningun resultado satisfactorio á su causa; pero cuando marchaba al encuentro del Marqués, sus mismos parciales le cerraron el paso, diciéndole que no podian consentir que su jefe fuese de propia voluntad á entregarse en manos de sus verdugos, pues sabian intentaban vengarse los del marqués de la celada que se le armó en Játiva.

Entónces hicieron saber al de Zenete que podia indicar sus deseos por escrito, puesto que de este modo no habria lugar á desconfianzas, y podria cada cual esponer sus intenciones y apreciar las del contrario.

No tardó el Marqués en escribir una carta á Vicente Peris,

muy lisongera, rechazando la sospecha que le habia decidido á no asistir á la cita, y para demostrarle sus buenos propósitos hácia su persona, le indicaba que si prometia abandonar su partido y el reino, le ofrecia, en nombre del Virey, su hermano, perdon general de lo pasado, pasaporte para donde quisiere ir, embarcacion y 2.000 ducados.

Rechazó con justa indignacion Vicente Peris aquellas proposiciones, por medio de las cuales se pretendia que hiciese traicion á su partido, é indicó que no se hallanaria á otra cosa que no fuera la continuacion en Valencia y en todo el reino de la Germanía, tal como la habia autorizado ántes de su partlda el mismo Em perador.

Pidieron tiempo las autoridades para contestar á lo manifestado por aquel incorruptible hijo del pueblo, pero en el entretanto idearon apoderarse con maña de su persona, para lo cual se valieron del Alguacil extraordinario del Virey, Luis Font.

Fué el caso, que aprovechando el tal Luis Font la coyuntura de la tregua, tácitamente concedida mientras duraban las negociaciones, se presentó de improviso en casa de Peris, donde felizmente no se encontraba en el momento, y viendo aquel Alguacil frustrados sus repugnantes propósitos, dejó entrever en su despecho el objeto que hasta allí le habia guiado.

Dieron prontamente aviso á Vicente Peris de lo ocurrido, y acabando de comprender la doblez que habia en aquellas negociaciones, se lanzó á la calle, resuelto á tomar por su propia mano lo que los magnates nunca habian de conceder.

Pronto las cajas de guerra de los agermanados resonaron por todos los ámbitos de la ciudad, convocando á los partidarios de la Germanía, y á la casa de Peris viéronse acudir presurosos aquellos de sus más verdaderos y leales partidarios, resueltos á correr la suerte de su jefe.

Esta velicosa determinacion, obligó al Marqués, mal de su grado, á dar la batalla.

Con este objeto, convocó en el acto en su casa al Gobernador y Ministros reales, y allí, de comuu acuerdo, resolvieron

llamar en secreto á los Clavarios de los gremios, y tanto los lisongearon, y tales fueron las promesas, que acabaron por hacerse dueños del ánimo de la mayoría, y á comprometerlos á tomar sobre sí y sobre sus afiliados la pacificacion de Valencia y el castigo de Vicente Peris, que, segun los caballeros, sólo anhelaba el saqueo y la ruina de la ciudad, en venganza de la sumision prestada á la legítima autoridad del Virey.

Divulgóse por la poblacion la noticia de aquel acuerdo, y mientras los unos acudian en socorro de Peris, los otros, particularmente toda la gente de la curia y del comercio, venian á ofrecerse al Marqués.

Con esto, creyó el de Zenete que la cosa se presentaba en sazon, y dispuso la batalla para el siguiente dia, 3 de Marzo.

Vicente Peris pudiera escusarla, dando nuevas largas á las negociaciones, á fin de aguardar la ayuda que le tenian prometida los de Játiva y Alcira; pero estaba fuertemente indignado contra las malas artes de las autoridades, así como tambien contra la defeccion de algunos partidarios que faltaban manifiestamente á sus compromisos, y juzgó llegado el momento de jugar el todo por el todo: ó el triunfo del pueblo, ó su cabeza, esta fué su última determinacion.

Toda la mañana del memorable dia 3 estuvo la campana mayor de la catedral llamando al pueblo, y los Jurados reunidos en el palacio del Arzobispo, mandaron que los vegueros y porteros convocasen á los oficiales, que se sacase el *Rat penat* y demás banderas, y que se procediese á toda costa á la captura de Vicente Peris, «por ser traidor evidente, pues queria alzarse con el dominio de la ciudad y del reino.»

Y aún no confiando lo bastante las autoridades de los medios de que podian disponer para llevar á cabo esta empresa, ideó el marqués de Zenete un expediente, que si bien no honraba mucho á su elevado carácter, hay que convenir que le dió satisfactorios resultados.

Consistió éste en hacer entrar en la ciudad, en medio del dia, un falso correo del Virey, portador de la noticia de

la toma de Játiva y de la sumision de toda aquella comarca. Esta falsa nueva inclinó desde luego á los indecisos á prestar su apoyo á las autoridades, y ensoberbeciendo aquella parcialidad, sembró algun desaliento en los defensores de Peris.

En el acto mandó cerrar el Marqués las puertas de Valencia, para que no entraran de la Huerta noticias ni socorros á los sublevados, y ordenando la gente reunida en la plaza de la Catedral, encontró como cinco mil hombres armados de arcabuces, ballestas, picas, lanzas y otras armas, con los que formó tres cuerpos de ataque; el primero, bajo sus órdenes, debia tomar de frente la calle de Gracia, donde vivia Vicente Peris; el segundo, con D. Manuel Exarch á la cabeza, recibió órden de despejar las calles afluyentes de la derecha; y el tercero, bajo el mando del mismo Gobernador, debia atacar por la izquierda, convirgiendo todos á la casa de Peris, donde aquel se habia encastillado.

Todas estas prevenciones se creyeron necesarias para vencer la actitud enérgica de aquellos valientes, y aún así y todo estuvieron á punto de fracasar.

Dadas las últimas órdenes, las tres divisiones se pusieron en marcha á las tres en punto de la tarde, no cesando de tocar ni un solo momento la campana de la catedral, y abriéndose los templos, donde se mandó esponer el Santísimo Sacramento, ante el cual caian de rodillas los que no tomaban parte en aquel conflicto, pero que divididos tambien en opiniones, pedia cada uno la victoria de los suyos.

«Peris—dice una Memoria catalana de la época que, segun Balaguer, se conserva en el archivo de Valencia—aguardaba á sus enemigos penetrado de cólera y saña, embravecido como un leon, con su partida, la que cubria toda la espresada calle, y guarnecia su casa y los terrados de todas las de la misma, bien pertrechados estos de piedras y ladrillos.

En fin, hasta las mujeres de aquel barrio estabau en las ventanas dispuestas á arrojar sobre la tropa cuantos trastos y efectos pudiesen ofender.

Llegó el momento supremo, y cayeron las columnas de ata-

que, en el órden que dejamos indicado, sobre las posiciones de los insurrectos.

De «verdadero episodio heróico» califica un historiador este suceso, y en verdad que estuvo acertado en su apreciacion.

Empezaron con encarnizamiento las hostilidades ambos bandos; ni se daba ni se tomaba cuartel, y lo más sensible era que todos los que combatian eran hijos del pueblo. Los Caballeros permanecian reunidos en la catedral, de órden del Marqués, que temia que su presencia no sirviese para que los populares, de una y otra parcialidad, se aviniesen y volviesen, unidas sus armas, contra aquellos comunes enemigos.

Tres horas de mortífero combate costó á las gentes del Marqués el desalojar las calles inmediatas á la de Peris; por esta desembocó, al fin, el hermano del Virey con su columna. Marchaba á la cabeza, armado de punta en blanco, á pié, empuñando su espada y su rodela.

Una espesa lluvia de toda clase de proyectiles llovia sobre el Marqués y su gente cada vez que trataban de avanzar. Un ladrillo vino á darle con tal furia en el brazo izquierdo que le hizo vacilar y abandonar la rodela, á tiempo que una mujer, que tambien defendia el paso desde su ventana, le dejó caer sobre la cabeza una maceta, que á no haber amortiguado el golpe el casco de acero, de fijo hubiera puesto fin á su existencia; no obstante, cayó el Marqués por tierra, bañado en sangre y sin sentido.

Los que le rodeaban, le cogieron inmediatamente y le llevaron á una casa; pero la voz de «ha muerto el Marqués» corrió con celeridad, cobrando con ella nuevos brios los sitiados, y empezando á cejar los sitiadores.

Sin embargo, el Marqués existia, y pasada la primera impresion del golpe, volvió en sí, observándose entonces que no tenia la herida la gravedad que en un principio se creyera.

Su primer cuidado fué enterarse del estado del combate, y oyendo el efecto que causaba la noticia de su muerte, cogió sus armas y volvió á salir á la calle, gritando: «Si el Marqués ha muerto, el Rey vive; ¡adelante! ¡Viva el Rey!»

La aparicion del Marqués acabó de decidir la victoria. Acosados los de Peris por todas partes, fueron cediendo palmo á palmo la calle, hasta quedar reducidos á su propia casa.

Aun así prometia ser larga la resistencia, pues Peris y los pocos parciales que le rodeaban, se batian como leones acorralados, dispuestos á sepultarse entre las ruinas del edificio primero que entregarse á sus contrarios.

Pero los del Marqués recurrieron al espediente de prender fuego á la casa.

Entónces se concedió permiso para que saliera su mujer, viéndose abandonar el hogar doméstico á aquella desolada esposa, con un niño de pecho en los brazos, y seguida de otros dos pequeñuelos, huyendo de aquella casa, próxima á desplomarse sobre la cabeza de su desgraciado esposo.

Ya el edificio estaba por todas partes envuelto por las llamas; ya crugian las vigas, amenazando venirse al suelo con estrépito, cuando Peris y los suyos, rendidos de fatiga, cegados por el humo y acosados por las llamas, hicieron señal de entrégarse desde uno de los aposentos donde se habian encerrado.

Suspendiéronse entónces las hostilidades, y como ya no se podia salir por la puerta, por estar todo el piso bajo convertido en una vasta hoguera, arrimaron una escala á la ventana, y por ella bajaron aquellos pocos hombres que se acababan de batir con tanto heroismo, y á quienes conseguian rendir, no sus numerosos enemigos, sino el rigor de las llamas.

Fuese cual fuese la gravedad del delito por ellos cometido, al fin no pasaba de ser un delito político, y unos hombres que se habian batido como héroes, como tales debian ser respetados.

Pero las guerras civiles son siempre guerras esterminadoras, y particularmente la de la Germanía parecia destinada á borrar los más nobles instintos del corazon y á arrancar todo gérmen de virtud y caridad, particularmente en aquellos mismos que por su elevada posicion y títulos de nobleza debian dar el ejemplo de generosidad y templanza.

No bien Vicente Peris hubo puesto la planta en el suelo,

acogiéndose bajo la autoridad del Marqués y del Gobernador, cuando arrojándose sobre él como fieras los mismos que debian ser los primeros en respetarle le asesinaron bárbaramente y arrastraron su ensangrentado cadáver hasta la plaza del Mercado, donde medio despedazado le colgaron de la horca.

Y todo esto, sin que aquel Marqués de Zenete, á quien Peris habia tratado con tanta consideracion en Játiva, hiciera el menor esfuerzo para contener tan inhumanitario atropello.

¡Y que los historiadores, sin embargo, solo hayan tenido recriminaciones para los agermanados!...

Es verdad... lo que en el pueblo es un crímen en la aristocracia no suele llegar ni aun á la categoría de falta.

Igualdad ante la ley, sacrosanto principio del evangelio democrático, ¡cuándo serás una verdad en la práctica !

Poco tiempo estuvo el cadáver del desventurado Peris pendiente de la horca. De ella fué descolgado de órden de la autoridad y cortada la cabeza y brazo derecho, paseándose aquella en una pica por las calles, yendo á colocarla luego dentro de una jáula de hierro, en la parte interior de la puerta de San Vicente, donde se conservó hasta fines del siglo último. El brazo derecho lo enviaron á Onteniente, como en desagravio á las ofensas por él inferidas al Virey.

Y en verdad que aquel brazo debió recordar al Conde de Mélito el baston que manejara en la batalla de Gandía, donde fué tan vergonzosamente derrotado por los populares.

No se dieron todavía por satisfechos con la muerte de Peris los *amantes del órden*, como á sí propios se titulaban los enemigos de la Germanía.

Sin duda la palabra *órden* ha sido siempre en ciertos lábios sinónima de *muerte*, porque el órden que han conseguido solo algunos déspotas hacer reinar ha sido el órden de los muertos, la paz de lastumbas.

Aquella misma noche, de triste recordacion para los verdaderos amantes de los derechos del pueblo, se dió garrote dentro de las cárceles, y sin otra formacion de causa, á diez y nueve

de los leales defensores de Peris, que no quisieron abandonar á su jefe en los momentos del peligro, descuartizándolos en seguida y colocando sus miembros palpitantes en los caminos.

Y al dia siguiente, en la misma calle de Gracia, se levantó la horca para ofrecer al pueblo el repugnante espectáculo de colgar de ella, á la puerta de su casa, á la desventurada mujer que tuvo el atrevimiento de arrojar la maceta á la calle cuando avanzaba el de Zenete al frente de los suyos.

¿Qué causa era, pues, aquella,—esclama indignado un distinguido escritor,—y qué salvaje rabia de esterminio se habia apoderado de los vencedores para tan horrendos castigos?

Era la lucha social,—contestamos nosotros,—el terror con que los ménos han querido siempre mantener sus odiosos privilegios y monopolios sobre los más, que son las clases del pueblo que sufren y trabajan.

Prosigamos. El ódio no concluia entónces con las personas, trascendia á las propiedades, y la casa de Vicente Peris fué arrasada y sembrada de sal y prohibido levantar en lo sucesivo sobre dicho solar edificio alguno.

El vacío que dejó esta casa formó una plazuela que primero se llamó de *Les Pelades*, y hoy es la que lleva el nombre de *Galindo.*

¿Por qué, ya que hoy ha sonado la hora de las grandes vindicaciones, no ha de llevar dicha plaza el nombre del mártir de la libertad que la dió orígen?

Desde las humildes páginas de esta obra, tal solicitamos del Municipio de Valencia; ríndase este pequeño tributo á la memoria del que murió en defensa de los derechos individuales que hoy al fin hemos conseguido conquistar, porque si nosotros no lo hacemos, otra generacion vendrá más justa que la nuestra, y de fijo llevará á cabo tal reparacion.

Si con la muerte de Peris y el suplicio de sus principales partidarios creyeron los caballeros dar por terminada la causa de la Germanía, equivocados anduvieron en sus cálculos. El terror, léjos de acobardar á los que aun permanecian con las ar-

mas en la mano, despertó en ellos, por el contrario, la ferocidad de la desesperacion.

Y como si el espíritu de Peris persistiera en llevar á cabo la empresa comenzada por su cuerpo mortal, aún no se habia enfriado su sangre humeante, cuando brotó en la escena un misterioso personaje, un nuevo campeon de la causa del pueblo que no tardó en colocarse al frente de la Germanía, haciendo vacilar con su valor y su genio, el triunfo que ya juzgaban seguro los nobles.

Pero hagamos punto, para empezar en el capítulo siguiente la relacion de los nuevos é interesantes acontecimientos que se habrán de suceder, y que presentan el período tal vez mas novelesco de esta sangrienta he catombe.

XVIII.

El Encubierto de Valencia.—Sus predicaciones y primeros hechos de armas.—Ardides del Virey y sangrienta batalla que originaron.—Diversas correrias de ambas parcialidades y planes del Encubierto.

Dolorosa impresion causó en todos los agermanados la muerte de Vicente Peris.

Particularmente en Játiva y Alcira, fueron grandes las manifestaciones de sentimiento que hicieron los populares, y juraron solemnemente tomar cumplida venganza del cobarde asesinato de su jefe.

Un hombre estraño, un desconocido que iba cobrando gran popularidad por aquella época, se encargó de cumplir este juramento.

Procuraremos dar á nuestros lectores cuantas noticias nos sean posibles de tan misterioso personaje.

Apareció por primera vez entre los Valencianos, en la Huerta, haciendo la vida de anacoreta.

Era de mediano cuerpo, robusto, de pocas barbas, y esas bermejas; el rostro tenia delgado, zarcos los ojos, nariz aguileña, las manos cortas y gordas, los piés en extremo grandes y carnosos, cabellos castaños, boca muy pequeña, las piernas tor -

cidas y jóven aún, pues apenas contaba veinticinco años. Su habla era castellana de la más fina de la córte; su vestido una bernia parda de marinero; un capotin de sayal, abierto por los lados, calzones de lo mismo, y cubria su cabeza una gallarusa castellana; el calzado una abarca de cuero de buey y otra de pellejo de asno.

En su trato era muy avisado y agudo, y de cuando en cuando arengaba al pueblo con lenguaje simbólico, llamándose enviado de Dios para vengar la tiranía de los poderosos de la tierra.

Preguntado su nombre, respondió que le llamaran el *Hermano de todos*.

Fijó su residencia en Játiva, á raiz de la trágica muerte de Vicente Peris, y no tardó en cobrar celebridad y fama.

Teniendo noticias la Inquisicion de que en sus discursos se habia este hombre permitido atacar algunos puntos del dogma, fué citado y llamado por edicto, que leyeron los PP. en el púlpito de la catedral de Valencia.

Más él se cuidó muy poco de estos exortos y amenazas, y al contrario, entrando cierto dia en la iglesia mayor de Játiva, dirigió la palabra al pueblo, diciéndole, entre otras cosas, que Jesucristo habia predicado y practicado la humildad y la pobreza, que todos debian imitarle y seríamos felices, y que solo el afan de atesorar y enriquecerse de algunos réprobos, era la causa de la escesiva miseria del pueblo.

Y bajándose á seguida del púlpito, entró en la sacristía y descerrajó las arcas de las ropas de los caballeros, que al marcharse con el Virey habian encomendado á los clérigos, y las repartió entre los asistentes, añadiendo: «*Obligacion es del poderoso vestir al desnudo.*»

Luego alzó bandera, y poniéndose al frente de quinientos de sus admiradores, salió al campo á efectuar una atrevida correría por tierras de señorío, de la que volvió victorioso y sus secuaces cargados de botin, y haciéndose lenguas del valor y génio de mando de su nuevo capitan.

No se necesitaba más para que aquel hombre misterioso se

acabase de conquistar las simpatías, ó por mejor decir, la adoracion del vulgo.

Un dia el pueblo fué convocado á la iglesia mayor para oir al *Hermano*, y despues de haber éste perorado con gran entusiasmo en favor de la Germanía, enardeciendo á cuantos le escuchaban, empezó á exaltarse por momentos, añadiendo que ya era tiempo de decirles la verdad, que un solemne juramento le habia hasta allí sellado los lábios; pero que ante las calamidades públicas de España, y muy particularmente ante la desastrosa guerra con que asolaba el hermoso reino de Valencia la soberbia de los nobles, ya no habia consideracion que le detuviera, y estaba resuelto á hablar.

Entonces empezó á decirles que, aunque le veian en traje tan miserable, era hijo del Príncipe D. Juan y de su mujer Margarita de Flandes, y por consecuencia, nieto de los Reyes Católicos.

Para esplicar esto mejor y convercer á los que le escuchaban asombrados, dijo que, á la muerte del Principe, habia quedado la Princesa embarazada y encomendada al Cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza; que parió un hijo, pero el Cardenal concertó con la partera que dijese era hija y que murió en el acto, entendiéndose despues con el Archiduque D. Felipe de Austria, casado con doña Juana, hermana del Príncipe D. Juan, para que pudiese sucederle en los Estados de España.

Y añadió, para concluir, que aquel niño, que era él, le llevaron secretamente al campo de Gibraltar, donde le crió una pastora, que desde niño le llamó D. Enrique Enriquez de Rivera.

El pueblo, que en su sencillez é ignorancia se deja siempre fascinar por lo maravilloso, escuchó con interés el relato de aquel hombre, paseándole en triunfo, al concluir, por las calles de Játiva á los gritos de *¡ Viva el Rey Encubierto!*

¿Habia algo de verdad en aquel relato? ¿Era aquel desconocido un farsante que pretendia sacar partido de las circunstancias del momento?

Dudas son estas muy difíles de resolver, máxime cuando la historia arroja poquísima luz sobre el asunto.

La Inquisicion, en el proceso que formó despues á este misterioso sugeto, se esforzó en presentárnoslo como un farsante judío, hereje y embustero.

Pero ¿hemos de dar crédito á las declaraciones obtenidas de los hombres por medio del bárbaro expediente del tormento?

Continuemos el relato de esta trágica historia, digna de haber ocupado antes plumas mejor cortadas, y juzguen mis lectores, segun el criterio de cada uno, de lo que de la misma se desprenda.

La popularidad de tan enigmático personaje llegó desde aquel momento á su mayor límite; ya no se le volvió á llamar el *Hermano*, pues unos le dieron el nombre de D. Enrique, y otros empezaron á conocerle por *el Rey Encubierto*, nombre que le ha sido conservado por la tradicion y la historia.

Asignáronle los de Játiva una rica pension, segun dicen los anales de aquella ciudad, y una numerosa servidumbre, teniendo desde entonces mayordomo, maestre-sala, secretario, pajes, oficiales, criados, negros,, una escolta de veinte caballos, doce alabarderos para guarda de su persona, y ciñó espada dorada, vistiendo un sayo de terciopelo carmesí, calzas de grana y gorra de rizo negro.

Tales fueron las muestras de consideracion que empezó á merecer de los agermanados, el que, no obstante, segun algunos cronistas afirman, no pasaba de ser un solemne embustero, pues segun ellos, su historia es la siguiente:

Hijo de padres judíos, sirvió en Cartagena como criado á un comerciante, llamado Juan Bilbas, en cuya compañía hizo un viaje á Orán, sin duda para asuntos mercantiles. Al poco tiempo se trasladó á Africa el resto de la familia del comerciante, gozando ya por entonces el *Encubierto* tanta confianza con su principal, que éste no tuvo inconveniente en encargarle los negocios de su casa; pero abusando el *Encubierto* de esta deferencia, entabló y sostuvo secretamente relaciones amorosas con la mujer de su principal, hasta que, descubierto por último, fué despedido ignominiosamente de la casa, pasando á servir al Go-

bernador de Orán. Este caballero no tardó en descubrir en su nuevo criado otras intrigas de la misma índole, mandando en su consecuencia que fuera azotado públicamente por las calles de la plaza, para escarmiento de desleales, y espulsándolo de allí luego. Por aquella fecha, y á consecuencia de lo cual, se trasladó á Valencia, dando principio á sus predicaciones.

Pero esta relacion es sospechosa, añade oportunamente el Cronista de Barcelona, pues reconoce por orígen el proceso formado al *Encubierto* por la inquisicion de Valencia.

Sin embargo, nosotros, deseosos de que el lector pueda formar el juicio que le parezca más acertado, no hemos dudado en recoger cuantas noticias suministra la historia sobre este misterioso personaje.

Pero si bien hay diversidad de pareceres en el modo de relatar su orígen, en lo que todos están contestes es en el valor indómito y á toda prueba del *Encubierto*, y la buena direccion militar que supo imprimir á la ya por entonces espirante Germanía.

Bien pronto lo conoció el Virey, pues no se le oscurecia, por las acertadas precauciones que veia tomar á sus contrarios, que un hombre de organizacion y génio estaba á su frente, y aquel hombre no podia ser otro que el *Encubierto*.

Por lo que habiendo conseguido reforzar su hueste con los nuevos contingentes que le enviaban los caballeros, movió su campo en direccion á Játiva, yendo á alojarse otra vez al lugar de Canales, resuelto á estrechar el sitio por todos los medios posibles, y á no cejar en su propósito hasta rendir el último baluarte de la Germanía, y castigar en su nuevo jefe el atrevimiento de creerse con derecho á la corona de Castilla.

La campaña, pues, quedaba nuevamente abierta, y los agermanados se aprestaron una vez más, bajo la direccion del *Encubierto*, á demostrar su génio indomable é independiente.

Los de Játiva, previendo que les amenazaban todos los rigores de un nuevo sitio, empezaron á tomar las medidas que la gravedad del caso exigia, cortando todos los puentes de las

grandes acequias que á dicha ciudad circundan, á fin de impedir el paso de la artillería enemiga, y enviaron partidas sueltas en todas direcciones para facilitarse abundancia de comestibles.

Para impedir estas salidas y escarmentar á los de Játiva, ideó el Virey una celada, y ordenó con este objeto al señor de Barcheta que saliese con treinta y cinco de sus mejores ginetes á correr el campo hasta dar vista á las murallas de la plaza, y que en siendo descubiertos volviesen riendas, como que huian, para atraer á los agermanados cerca del rio, donde estaria el mismo Virey con parte del ejército.

Hízolo así dicho señor, llegando á 15 de Abril, bien de mañana, hasta cerca de los muros de Játiva. En cuanto descubrieron los de dentro el escuadron de sus enemigos, salieron á toda prisa, en número de cuarenta de á caballo, á las órdenes de su capitan Agullon, dispuestos á castigar tal osadía.

No bien los del Virey divisaron á los populares, volvieron las espaldas y, segun convenio, dieron á huir á media rienda.

Pero al pasar un puente provisional que habian echado sobre una acequia, como que era tan angosto que solo podian cruzarlo uno tras otro, dieron tiempo, mal de su grado, á que se echaran encima los que venian en su alcance.

Ya habia pasado el Sr. de Barcheta con veinte de los suyos, cuando los quince restantes viéronse obligados á hacer rostro al peligro, á fin de defender sus vidas.

Es la ocasion maestra de las determinaciones, y viendo el Virey fracasado su intento y en peligro sus corredores, mandó avanzar, en cuanto tuvo noticia de lo que ocurria, algunas de sus fuerzas en socorro de aquellos.

Viéronlos venir los agermanados, y conociendo el peligro, volvieron grupas en direccion á la plaza.

El *Encubierto*, que á su vez recibió aviso de lo ocurrido, sospechando que aquello fuera un ardid de guerra de los nobles, para debilitar las fuerzas de la guarnicion y estrechar el sitio, salió al campo con algunas compañías, dando las órdenes oportunas para estar prevenido á todo evento.

Los que á su vez perseguian á los ginetes de Játiva, al ver avanzar la infantería de los agermanados, hicieron alto y mandaron á pedir al Virey á toda prisa nuevos socorros.

Envióles cincuenta caballos más, con órden de mantenerse hasta que llegaran mayores fuerzas, y reunidos estos ginetes con los anteriores, en número todos próximamente de ciento, intentaron nna carga á los populares.

Pero les salió mal la cuenta, porque rechazados furiosamente por las gentes del *Encubierto*, quedaron desbaratados y en grave peligro de no escapar ninguno, si no acudieran en su socorro el mismo Duque de Gandía por un lado, y el Conde de Oliva por otro, seguidos de sus parciales.

Cruel y desesperada lucha trabóse entonces por ambas partes; pero animados los populares por el ejemplo y las voces de su misterioso jefe, rechazaron tambien aquel refuerzo, saliendo el Conde maltrecho de una pedrada, y el Duque de Gandía con un saetazo en el carrillo, cuyo hierro se le quedó dentro por más de dos años.

Conservaban los vencedores el campo, y viendo el Virey el giro que habian tomado las cosas, hizo avanzar resueltamente toda la caballería é infantería de que pudo disponer, con ánimo de vengar aquel descalabro.

Pero los de Játiva ni se intimidaron ni retrocedieron, y engrosadas sus filas con algunos refuerzos más que habian llegado de la plaza, formaron un total de seiscientos infantes y cuarenta caballos, los que empezaron nuevamente á pelear contra el mismo Virey, que los embestia con fuerzas superiores.

Ocasion tuvo el *Encubierto* en aquel lance de demostrar á todos su valor indomable y sus privilegiadas dotes de mando.

El empeño principal del Virey consistia en apoderarse, muerto ó vivo, de su persona; empeño que costó la vida á muchos caballeros que lo intentaron.

Merece especial mencion un episodio de ésta, en un principio escaramuza, pero en su conclusion sangrienta batalla.

Micer Martin Ponce, abogado fiscal y patrimonial del Empe-

rador en Valencia, y natural de la misma Játiva, se obstinó, al frente de algunos ginetes, en llegar hasta donde estaba el *Encubierto*, con ánimo de apoderarse de su persona por medio de un golpe atrevido.

El jefe de los populares que observó el empeño de aquel caballero en perseguirle, picó espuelas al caballo que montaba y le salió al encuentro.

Recia fué la embestida de los dos campeones; pero cuando los parciales de cada uno quisieron avanzar en su socorro, ya caia en tierra D. Martin Ponce, herido de muerte por los furiosos golpes del *Encubierto*.

Por último, los agermanados, viendo el número siempre creciente de los contrarios, se fueron retirando á la plaza, donde se recogieron en buen órden, despues de seis horas de porfiado combate en que quedaron muertos muchos de ambos bandos.

Al mismo Virey le mataron el caballo y pusieron en grave peligro de perder la vida. De los populares quedó en el campo el valiente capitan Agulló, cuya cabeza cortaron los del Virey y enviaron á Valencia, donde la expusieron á la vista del pueblo en una ventana de la casa del Marqués de Zenete.

El *Encubierto* salió herido de una cuchillada en el pescuezo; pero fué tanto lo que entusiasmó á los de Játiva en aquella jornada, que ofrecieron trabajar sin descanso hasta ponerle, si les era posible, en posesion del trono de Castilla.

El Virey, despechado por el mal éxito de aquella empresa, mandó derribar todos los molinos á la redonda de Játiva, y romper el conducto de las aguas que desde Canales iban á alimentar sus fuentes.

Pero de nada servia esto para domar el valor de aquellos habitantes, pues de contínuo llevaban á cabo atrevidas correrías con que se procuraban todo lo necesario, siendo de las más notables la que efectuaron en las tierras y villa de Bicorb, cuyo dueño estaba en la hueste del Virey al frente de sus vasallos moros.

Defendia dichas tierras en ausencia del señor, un hidalgo

castellano, el que teniendo noticia de la proximidad de los populares, hizo juntar á los Moros del señorío, disponiéndose á resistir; pero éstos, en cuanto vieron aparecer al enemigo, dieron á huir á la sierra, y entrando sin obstáculo los agermanados, saquearon los lugares de la baronía, volviéndose á Játiva con un rico botin y abundancia de alimento.

A esto se redujeron, en resúmen, las operaciones de sitiados y sitiadores durante todo el resto del mes de Abril, hasta que, ya curado el *Encubierto* de su ligera herida, resolvió pasar el 1.° de Mayo á Alcira, á fin de conferenciar con los de aquella poblacion, y ponerse de acuerdo con ellos para sus planes ulteriores.

XIX.

El Encubierto en Alcira.—Nuevas predicaciones.—Ofrece continuar la obra de Peris y sublevar á Valencia.—Negociaciones para ello.—Traicion de uno de los conjurados y asesinato del Encubierto.

Con grandes demostraciones de júbilo y veneracion, fué recibido el *Encubierto* por los agermanados de Alcira.

No bien hubo llegado este misterioso personaje á aquella poblacion, cuando convocó al pueblo en la plaza pública, y empezó á dirigirles la palabra en estilo profético.

«Dios, les dijo, ha dado al mundo cuatro leyes, cuatro juicios y cuatro encarnaciones. El primero de los cuatro juicios fué en la creacion de Adan y Eva; el segundo en tiempo de Noé; el tercero el que habia iniciado en España la Germanía de Valencia con la guerra de nobles y plebeyos, cuya encarnacion era él en persona, y el cuarto el dia en que bajarian Elías y Enoch á Roma, á concluir en aquella ciudad con el Antecristo. Que aunque decian algunos que despues de cumplidos estos acontecimientos el mundo duraria poco, él aseguraba que duraria más que habia durado desde la creacion de Adan. Que cuanto él decia estaba escrito en el Apocalipsis, y que respecto á su mision en Valencia, le habia sido conferida por el mismo Elías, quien se le

apareció estando guardando unas vacas, y le ordenó que le siguiera, que él le conduciria á una tierra donde habia de hacer mucho provecho y justicia, y exaltar la fé de Cristo, y que envolviéndolo en una nube lo trasportó á Valencia, donde ya habia dado comienzo á su mision, y no descansaria hasta conseguir el tríunfo completo de la causa que le estaba encomendada.»

Despues, entrando en consideraciones políticas, les dijo:

«Vicente Peris ha sido mi precursor: como estaba escrito ha muerto; pero tambien está escrito cómo le habemos de vengar. De eso yo me encargo; pero vosotros estais obligados á seguirme y ayudarme en todo.»

De la cuestion económica, que no era la que ménos preocupaba á los agermanados, puesto que con la continuidad de la guerra, habian descuidado los campos y perdido dos cosechas, tambien se ocupó en aquel discurso, diciéndoles:

«No apuraros, que si vuestros graneros están exáustos, yo escribiré á Castilla y trigo vendrá; porque aunque D. Cárlos se titula Rey de esta tierra, yo le demostraré en muchas ocasiones cómo es Rey y cómo no es Rey, y á quién están los Castellanos más obligados á servir.»

Como puede comprenderse, estas patrañas causaron gran impresion en la ignorancia de su auditorio, y hubo quien de buena fé creyó al *Encubierto* un nuevo Mesías destinado á redimirlos, y llegó á fanatizarlos de tal modo, que allí no habia más ley que su voluntad, ni otro pensamiento que el suyo.

Alojado y servido con el mismo tren que en Játiva, escribió, segun habia prometido, la carta á los Castellanos en demanda de socorros, particularmente de trigo, dirigiéndola á los Regidores de Villena.

Merece trascribirse este documento por lo original y curioso de su contenido:

«A los muy nobles y leales Alcaldes, siervos y vasallos de su Real Magestad:—Aquel, por el cual debeis todos hacer lo obligado, que es morir y perder todos las vidas y bienes; y más que todo mirar la fé de Cristo y la luz y vera justicia, la cual

habeis conocido con solo ver los desórdenes pasados y presentes que ha hecho este Virey, sin voluntad de Dios ni poder de su Real Majestad, sino continuando la traicion que fué ordenada por el Cardenal de Mendoza, á mí, que la presente os escribo, y al noble Príncipe D. Juan, y Reyes D. Fernando y Doña Isabel. E como Dios Nuestro Señor trae todos los tiempos y cosas cuando á Él le place, á lo claro, por cuanto le plugo que yo fuese pastor y tuviese otros muchos oficios que es prolijo enumerar; y que vosotros, fieles vasallos de Dios y de vuestro legítimo Rey, os hallásedes cautivos con sisas, falsos partazgos y otros onerosos tributos dignos de ser quitados. Por todo lo cual, fieles vasallos y hermanos de mi voluntad, pensad bien en lo que os escribo, y creed al presente mensajero en lo que os dijere; y estad ciertos que el mayor socorro que nos podeis hacer, es de trigo para Játiva y Alcira, despues de la gente que podreis enviarnos, que demás de pagaros el precio, sereis habidos por buenos y leales. Mirad bien que no tengais temor ni duda. Y porque vosotros sois los más fieles que hay en los reinos de España, os doy noticia de quien soy. Y por agora no más, salvo rogar á Dios os dé pastor de vara justa.»

Pero los del Consejo de Villena, prendieron al mensajero, y despues de azotado por las calles de la villa, se lo remitieron al Virey, quien lo hizo descuartizar, sin que atenuara sus iras al imponer tan bárbaro castigo, la idea de que lo que habia obrado en aquel hombre era la ignorancia.

No desmayó por esto el *Encubierto*, ni su popularidad se menoscabó en lo más mínimo; ántes por el contrario cada dia fanatizaba más á los de Alcira, y ya que de los de Villena no pudo sacar ningun partido, nuevos mensajeros partieron gustosos, aún con riesgo de sus vidas, para Aragon y Cataluña, donde, segun dejan entrever las crónicas de aquel tiempo, le fueron más propicios.

Pero no precipitemos los acontecimientos.

Con la llegada del *Encubierto* á Alcira se exaltaron, si aun era posible más, las pasiones, y tratóse resueltamente de llevar

á cabo la venganza de la muerte de Peris, y persistir en la empresa por aquel comenzada, de apoderarse de la capital por medio de un golpe atrevido.

Lo primero que hicieron á este fin, fué organizar partidas sueltas que recorrieran los términos de Valencia é interceptasen las comunicaciones con el campo del Virey.

Este, para neutralizar tales propósitos, destacó de su hueste al Señor de Albatera, D. Ramon de Rocafull, uno de los más temibles enemigos de los agermanados, para que con algunas compañías asegurase las comunicaciones.

Cerca de Algemesí tuvo lugar un sangriento encuentro entre estas y los populares.

Atacados los agermanados por fuerzas superiores, se hicieron fuertes en el pueblo, y entrado aquel, se encerraron en la iglesia, donde no consintieron rendirse, muriendo todos quemados por el fuego que los del Virey pusieron al templo.

Con decir que las tropas reales tuvieron ochenta muertos, no obstante de haber sido los vencedores, podrá formarse una idea de lo sangriento del lance.

En tanto que las partidas sueltas dividian la atencion y las fuerzas de los caballeros, de cuyos soldados se pasaban muchos á Játiva y Alcira por falta de paga, el *Encubierto*, constante en su plan, trabaja por llevar las cosas á satisfactorio término.

Con este objeto entabló negociaciones en Valencia con los antiguos partidarios de Peris, que aún habia algunos de los escapados de la matanza anterior, conviniendo con ellos que cierto dia salieran á aguardarle en aquel sitio del rio Túria que llamaban el *Quemadero*, en el arrabal de San Sebastian, que allí compareceria con gente de Játiva y Alcira, para penetrar todos juntos, de improviso en Valencia por la puerta de Cuarte, cuyo guarda estaba tambien en la conjuracion y ofrecia tenerla abierta, y conmoviendo la capital con sus cajas de guerra y su inopinada presencia, aprovechar el auxilio de los muchos menestrales que tenian simpatías por su causa, y lanzar á los caballeros y *mascarados* del poder para constituir definitivamente

en Valencia el legítimo gobierno del pueblo bajo el lema de *paz, justicia y Germanía.*

Combinado de esta manera el plan, salió el *Encubierto* secretamente de Alcira, seguido tan solo de unos pocos de sus más ardientes partidarios, y se encaminó á Valencia, llegando la noche convenida al punto donde habia de celebrarse la reunion.

Allí le aguardaban ya muchos labradores de la Huerta y no pocos plebeyos de la capital, dispuestos todos á sacrificarse por la causa de la Germanía, y, segun afirma el bachiller Molina tambien habian acudido á la cita comisionados de algunos pueblos de Aragon y de Cataluña, con órden de avisar sin pérdida de momento á sus respectivos centros revolucionarios el resultado del levantamiento que se intentaba en Valencia, para obrar en sus localidades, segun lo exigiesen las circunstancias, puesto que se habian comprometido á secundar el moviento.

Reunidos por fin los conjurados, y escudada su asamblea con las sombras de una oscura noche, dióse á conocer el *Encubierto*, recibiendo las mayores muestras de adhesion y respeto de aquel auditorio que anhelaba escuchar su palabra para ejecutar sin vacilacion el plan que les propusiera.

Tal era la influencia que habia conseguido ejercer aquel hombre estraño sobre las clases ínfimas del pueblo.

Accedió gustoso el *Encubierto*, una vez cerciorado de la lealtad y decision de los que allí habian acudido á su llamamiento, y empezó declarándoles que él era el verdadero rey de España y no D. Cárlos, á quien habian conseguido imponer los extranjeros; que todas las calamidades que les afligian y habian afligido eran debidas al poco amor con que dicho D. Cárlos miraba estos reinos y la soberbia y preponderancia que con este abandono habian adquirido los nobles, particularmente en Valencia, donde no habia más ley que su capricho ni más razon que la fuerza; que el levantamiento de la Germanía era, por tanto, legítimo; que él así lo reconocia, y no solo lo reconocia, sino que habia jurado hacer triunfar la causa del pueblo, que era la suya, ó morir en la demanda; que para eso habia allí venido, y con

ese fin levantaria aquella capital, movimiento que seguirian otras muchas de España que aguardaban sus órdenes, y que todo estaba dispuesto de manera que, á ser ellos, como aguardaba, fieles á sus compromisos, pronto quedaria triunfante la causa del pueblo que era la causa de la razon y de la justicia.

Con muestras de general asentimiento y alegría fueron recibidas las palabras del *Encubierto*, jurando una vez más los asistentes guardar secreto y obediencia á sus mandatos.

Despues resolvió entrar aquella misma noche, en secreto, dentro de Valencia, para lo cual se valió de los servicios de un panadero, el cual le echó una escala por una parte del muro que entónces estaba muy baja entre la puerta de San Vicente y la de Rusafa, y habiéndola paseado toda y visto y reconocido á las autoridades, se salió con igual secreto para poner en ejecucion sus designios.

Pero aún no era llegado el momento de la redencion del pueblo; aún estaba escrito en el libro inmutable de los destinos que habian de pasar nuevas generaciones y correr torrentes de sangre generosa antes que los sacrosantos derechos del hombre fueran admitidos y respetados como ley suprema de justicia, como organizacion definitiva de la Humanidad, y los esfuerzos del *Encubierto*, y los enfuerzos de los agermanados de Valencia, fueron inútiles, á pesar de lo bien combinado de sus planes y de la justicia de su causa.

Veamos de qué medios se valió la fatalidad para hacer abortar aquel levantamiento.

Estaba en la conjuracion comprometido un labrador, capitan que habia sido en tiempo de Peris de los agermanados de Campanar, cuyo sujeto tuvo la debilidad de descubrir el asunto á otro labrador, llamado Guillen Cardona, por la confianza que le inspiraba como Trece que fué de Valencia en el segundo año de la Germanía.

El tal Guillen Cardona, se dolió mucho de la ruina que á la noche siguiente aguardaba á la ciudad, sin duda por el temor de que ocurriese alguna desgracia en su familia que habitaba

en la plaza, y fué á aconsejarse con un fraile de Santo Domingo sobre el partido que convendria seguir en aquel conflicto.

Dicho fraile se alarmó tambien mucho con la noticia, y convenció al labrador que la obra más meritoria que podia hacer á los ojos de Dios, era dar inmediatamente noticia de aquella trama á las autoridades, á fin de deshacer aquella tenebrosa conjuracion, que, á decir del dominico, iba, más que otra cosa, dirigida contra el altar y los ministros de la verdadera religion cristiana que tan impiamente se habia atrevido á desconocer aquel *Encubierto*, á quien ya la Santa Inquisicion habia sentenciado al suplicio del fuego por sus herejías.

No necesitó mucho aquel hombre para convencerse, puesto que ya en su ánimo habia resuelto ser el Judas de la Germanía, y accediendo á las insinuaciones del fraile, fueron sin pérdida de momento á dar noticia de lo que se intentaba al Marqués de Zenete.

Este, conociendo la gravedad del caso, dió con todo sigilo, y grande urgencia, noticia al Gobernador y demás autoridades, encargándose el tribunal de la Inquisicion, en cuanto tuvo noticia de lo que ocurria, de prender al capitan del Campanar, al que hicieron confesar por medio del bárbaro expediente del tormento todo el plan fraguado para insurreccionar aquella noche á Valencia.

Entónces mandaron cerrar todas las puertas de la ciudad, poniéndo guardas de confianza, y quitando las llaves á los antiguos; organizaron rondas de fuerza armada por las calles y en las murallas pusieron vigilantes para anunciar la proximidad de cualquier peligro, todo con la mayor diligencia y secreto á fin de no alarmar al vecindario.

Reuníanse en tanto los conjurados en el lugar de la cita, acudiendo, segun convenio, con camisas ó blusas blancas para ser mejor conocidos entre sí en la oscuridad de la noche.

Llegada la hora, fuéronse acercando á la puerta de Cuarte, la que creian hallar abierta y en poder de sus parciales; pero á mitad del camino, llególes un amigo que habia logrado descol-

garse por la muralla é informó á todos de las precauciones que tomaban las autoridades de la plaza, y de las prisiones que estaba efectuando la Inquisicion en las personas sospechosas, por lo que, enterado el *Encubierto*, y cerciorado de la veracidad del caso, resolvió variar el plan y marchar hácia el palacio real, que estaba fuera de la ciudad y á la otra banda del rio, á fin de fortificarse en él, y dando la campana á rebato, aguardar á que tomasen las armas los comprometidos y viniesen en su socorro.

En estas marchas y contramarchas iba pasando la noche, y los labradores y gente de la huerta, temerosos de ser conocidos con la luz del nuevo dia, empezaron á desertar, de modo que al llegar al palacio, se encontró el *Encubierto* con que únicamente le seguian los pocos parciales ó discípulos que trajera de Játiva y Alcira.

No se inmutó por esto aquel hombre misterioso, ni aparentó estrañeza, y alentando con la mayor serenidad á sus amigos, les dijo: «Ahora es llegada la ocasion de ver el temple de los corazones fuertes; no es solo en los combates donde sobresale el valor heróico, sino en la adversidad, resignándose á morir por una causa justa; nosotros defendemos la causa del pueblo, si ha llegado el momento de sacrificarnos por ella, cúmplase la voluntad del que todo lo puede.»

Y continuaron adelante, sin detenerse en el palacio, en direccion á Benimaclet.

El alcalde de este pueblo recibió á los fugitivos con marcadas muestras de repugnancia, é indicó al *Encubierto* que allí no habia seguridad para sus personas, pues la proximidad de Valencia hacia temer que viniesen autoridades y gente armada de aquella capital, y los prendiera.

Y acabó su razonamiento ofreciéndoles un guia que los condujera al vecino lugar de Bujarzot, donde aseguró estarian más á recaudo.

Aceptaron el ofrecimiento, y continuaron el camino en aquella direccion.

Llegados al pueblo, convocó el *Encubierto* á los vecinos y

los exhortó á que le ayudaran en su empresa, puesto que, en bien de ellos la habia emprendido.

Pero ¡cuán inícuamente contestaron á la hospitalidad que les demandaba!

El mezquino interés, la escena de los treinta dineros ofrecidos á Judas por la venta del hombre Justo, se reprodujo en aquel pueblo con el *Encubierto*.

Habia el Virey ofrecido cuatrocientos ducados á quien lo matase, y dos hombres, mejor dicho, dos hienas, se lanzaron de improviso sobre el *Encubierto*, y acabaron con su vida á puñaladas.

La historia nos ha conservado los nombres de los asesinos, de los Judas de Bujarzot, llamados Pedro Llusa y José Aparicio.

Los discípulos de aquel desventurado mártir de la causa social, por pronto que quisieron acudir en socorro de su maestro ya era cadáver, y viéndose á su vez acometidos, huyeron por aquellos campos llevando desolados á sus amigos la noticia de tan infausto acontecimiento.

Aquellos bárbaros asesinos, cuando vieron por tierra bañado en sangre el cuerpo inerte del su víctima, creyeron aún ser más meritorios á los ojos de los nobles, sus mortales enemigos, cortándole la cabeza, la que enastaron en una lanza, y metiendo el resto del cuerpo en un seron, lo colocaron sobre una bestia y partieron en triunfo con aquellos sangrientos trofeos en direccion á Valencia, ganosos de coger los cuatrocientos ducados, en premio de su ruin traicion.

¡Hasta qué punto ciega á algunos hombres el interés!

¡Dia 19 de Mayo de 1522, tú añadistes una nueva víctima al martirologio del pueblo!

Como las malas nuevas las trasmite el viento, pronto tuvieron en Valencia noticia de lo ccurrido, y á fin de evitar algun alboroto, despues de tomar las precauciones que creyeron prudentes, salieron el Gobernador Cabanilles y muchos caballeros hasta el monasterio de la Esperanza, dondo tropezaron con los que conducian los restos mortales del *Encubierto*.

La cabeza la mandaron en el acto colocar en una jaula sobre la puerta de Cuarte, por donde habia intentado entrar la noche anterior, junta con la de un espadero, que fué quien ofreció abrirla, y el cuerpo arrojado á la hoguera de órden de la Inquisicion por hereje y relapso.

Tal fué el trágico fin que tuvo aquel misterioso personaje, que bien podia ser un farsante, un embustero, como resulta del proceso formado por la Inquisicion, pero cuyo génio organizador y atrevido, puesto decididamente al servicio del pueblo, hubiera tal vez conseguido adelantar su emancipacion social en muchos años, á no haberle sorprendido en su carrera los puñales homicidas de los sicarios de la nobleza.

XX.

CONTINÚA LA RELACION DE LOS SUCESOS DE MALLORCA.—NIÉGANSE LOS DE ALCUDIA Á RECONOCER LA GERMANÍA.—SITIAN ESTA PLAZA LOS POPULARES, Y CONSIGUEN LOS DE LA VILLA RECHAZAR EL ASEDIO.—INTENTAN INFRUCTUOSAMENTE LOS DE MALLORCA SOMETER Á LOS DE IBIZA.—SANGRIENTOS ENCUENTROS DE AMBOS BANDOS.

Apartemos por un momento la vista de los sangrientos acontecimientos de Valencia, y convirtamos nuestra atencion á los no ménos sangrientos y deplorables de Mallorca.

Era lógico: iguales causas tenian que producir iguales efectos.

El arco que se violenta natural es que estalle, y no podian ya ser más violentos los abusos cometidos por los aristócratas del siglo XVI, con los pacientes pueblos valenciano y mallorquin.

Natural era, pues, que aquellos valientes hijos de las costas y de las islas mediterráneas, sacudieran un dia las cadenas de su esclavitud, y amenazaran, al romperlas, la existencia de sus opresores.

Los pueblos que viven á la vista de los mares, aprenden de la misma grandeza y majestad del Océano, la grandeza y majestad del hombre; su génio se dilata en busca de lo desconocido; amán la libertad y la independencia, y rechazan indignados la esclavitud y el despotismo.

Ejemplos irrecusables de esta verdad nos presenta á cada paso la historia.

Allí donde aparece un pueblo, una nacion marítima, allí aparecen tambien instituciones democráticas, refractarias á toda idea de envilecimiento y sumision, y los sacrosantos principios de libertad, igualdad y justicia, son más estimados entre sus moradores que la propia existencia.

En cambio las naciones interiores, cuanto más reconcentradas en sí mismas, más prepondera en ellas el privilegio y el despotismo; la esclavitud del hombre por el hombre es ley del Estado, y no hay otra libertad, otra igualdad, ni otra justicia, que el capricho de unos cuantos déspotas que han logrado apoderarse con sus amaños, del poder, merced á la ignorancia, al abandono y á la division en que han sabido mantener á las clases desheredadas.

Respondan, si no, en lo antiguo las repúblicas fenicias, cartaginesas y griegas, en comparacion con los imperios sus contemporáneos; en la Edad-Media las italianas y la misma Barcelona, que con sus buques llevaron sus democráticas instituciones por todo el mundo conocido, y en nuestra época, ¿podrán competir ni la China, ni la Rusia, ni ninguno de los grandes Estados interiores, con las liberales instituciones de los Estados-Unidos de América, de Inglaterra, ni de Holanda?

Pero nos apartamos demasiado del objeto de nuestra historia: hemos dicho que la vista de la grandeza del mar hace concebir al hombre la conciencia de la grandeza de su sér, y el hombre que sabe apreciarse, no puede ser esclavo: prefiere la muerte á la deshonra.

En esta alternativa se encontraban los Valencianos y Mallorquines al romper las hostilidades contra sus opresores.

Dejamos en el capítulo VII de nuestra Historia al honrado bonetero Juan Odon Colom al frente de los destinos de los agermanados de Mallorca, ocupándose en pacificar el pais y en reparar y sustituir con patrióticos acuerdos, los abusos y restrictivas leyes dictadas por los nobles.

Estos, mal avenidos con el nuevo órden de cosas, fueron emigrando de la Isla, reconcentrándose los pocos que en ella quedaron en la villa de Alcudia, cuya posicion marítima los tenia en inmediata comunicacion con Ibiza, donde estaba retirado el ex-gobernador Gurrea con muchos de sus parciales.

Alcudia fué desde entonces el punto de reunion de todos los enemigos de la Germanía mallorquina, y el foco de conspiracion perenne contra las instituciones populares.

Pronto llamó la atencion de la Junta Central, ó Directorio popular de Palma, la actitud hostil que ostensiblemente iban tomando los refugiados en Alcudia, y resolvieron, á fin de saber con ellos á qué atenerse, enviarles á requerir para que firmasen la nuevas instituciones y la abolicion de los antiguos derechos y gabelas.

Como era de presumir, se negaron aquellos á las pretensiones de los populares, decidiendo entonces éstos conseguir con las armas lo que se negaban á otorgar los caballeros por medio de pacíficas y necesarias transiciones.

Juan Odon Colom, al frente de seis mil infantes, cuatrocientos caballos y seis piezas de batir, no tardó en presentarse ante los muros de Alcudia para hacer valer sus pretensiones.

Muchos ciudadanos honrados de dicha villa y algunos caballeros se esforzaron en interponer su mediacion á fin de evitar un rompimiento; ya accedian aquellos habitantes á firmar el pacto establecido para la Germanía, pero el orgullo de algunos magnates y las maquinaciones de los agentes de Gurrea provocaron un rompimiento, cuando ya estaban los de la plaza para fraternizar con los sitiadores, convirtiéndose la alegría general en luto y esterminio con el comienzo de las hostilidades.

A 20 de Noviembre de 1521 dió principio aquella tremenda lucha que aún hoy recuerdan con espanta las tradiciones de la Isla.

El motivo fué la imprevista salida de algunos de la plaza, al mando del caballero Businyol, quienes sin respetar la suspension de hostilidades, tácitamente convenida durante las nego-

ciaciones, cayeron impetuosamente sobre una batería, donde los agermanados habian montado tres cañones, y despues de matar á sus defensores, se llevaron las piezas á la plaza.

Por pronto que quisieron acudir los populares al socorro de sus hermanos, ya aquellos se habian retirado con su presa al abrigo de las murallas.

Quedaron, pues, rotas las negociaciones y empezada la guerra, apercibiéndose ambos bandos á mantenerla con energía.

Los sitiadores estrecharon el sitio más y más, y los de la plaza efectuaron varias salidas para evitarlo, sin que hasta el 25 de Diciembre hubiesen llevado á cabo ninguno de los dos bandos movimientos de importancia.

Pero este dia, á consecuencia de la festividad de la Páscua, se retiraron muchos agermanados á sus casas á pasarlas con sus familias, y los caballeros, que tuvieron noticia de lo descuidado del campo enemigo, formaron una columna de mil hombres y algunos caballos y salieron recatadamente, dando tan impetuoso rebato en los sitiadores, que desordenaron sus puestos, mataron á muchos y pusieron en fuga á los demás.

Desde aquel dia los defensores de Alcudia se creyeron libres del sitio; pero al tratar de reconocer el campo, el 15 de Febrero del año siguiente, cayeron en una emboscada que los agermanados de aquellos contornos habian dispuesto, donde tuvieron los populares ocasion de desquitarse de la infausta jornada de la Páscua de Navidad.

Por esta época, molestados los Mallorquines con las piraterías que solian ejecutar en sus aguas, y aun en sus costas, los refugiados de Ibiza, armaron algunos bajeles, y con temerario arrojo cayeron sobre aquella Isla, con ánimo de levantar el país por la Germanía y lanzar de él á Gurrea y á los demás caballeros.

Sangriento fué el combate que allí tuvo lugar entre nobles y plebeyos; pero agotados los recursos de los agermanados Mallorquines, se vieron obligados á reembarcarse en sus buques, dejando en aquellas playas trescientos cadáveres de los suyos.

¡Sublime episodio, digno de figurar entre los poemas de los tiempos fabulosos!

En tanto seguian las hostilidades en Mallorca entre los populares y los caballeros de Alcudia, registrando las crónicas un encarnizado encuentro efectuado entre esta villa y Muro, en que por una y otra parte ni se quiso ni se dió cuartel, dejando de pelear ambos bandos únicamente cuando se vieron rendidos de cansancio, sin que ninguno de ellos pudiera envanecerse de la victoria.

¡Cuánta sangre, cuánta matanza, cuánto desastre! Y todo, ¿por qué? Por desconocer los privilegiados de aquella época los verdaderos derechos del hombre, los preceptos de la moral cristiana que á todos nos hace hermanos y á todos iguales, ante los irrecusables fallos de la verdad y de la justicia.

No lo olvidamos, Mallorca, no lo olvidamos, Valencia; el duelo terrible, el duelo gigante que mantuvistes el siglo XVI con el mónstruo del despotismo en defensa de la dignidad del hombre, fué el planteamiento del problema que nuestras generaciones están llamadas á resolver.

Paz, Justicia y Germanía, fué tu bandera en 1520; *Paz, Justicia y República,* es hoy la de toda España, la de toda la Humanidad.

Al sacrificio de tus Peris, tu Colom, tu Sorolla y tantos otros, responde hoy el sacrificio de nuestro Cámara, de nuestro Carvajal, de nuestro Guillen.

No hay causa sin mártires; la nuestra es justa, y no está lejano el triunfo, porque es el triunfo de la razon contra la fuerza; de la libertad contra el absolutismo; maravilloso desenlace de la gran epopeya por vosotros comenzada hace trescientos cuarenta y seis años. ¡Período inmenso de tiempo que no impide que nuestras almas se junten con las vuestras, y nuestros espíritus se confundan en un mismo pensamiento!

¿Y habrá quien piense todavía sujetarnos al dominio de odiosos privilegios, de irritantes monarquías, colocadas por encima de la igualdad ante la ley?

Pobres dementes, que no saben ni aún comprender la atmósfera que respiran, formada con el aliento de tantos mártires de la libertad, sacrificados por el despotismo de los reyes.

Pero la ley del progreso está escrita en el libro inmutable del destino, y lo que ha de ser será, á despecho de todos los tiranos.

Concluyamos con estas reflexiones el presente capítulo, y reservemos la terminacion de los sucesos de Mallorca para otro posterior, donde habremos de reseñar la sumision de la Isla por la armada del Emperador, y las persecuciones y suplicios de que fueron víctimas los principales jefes de aquella Germanía.

XXI.

Indignacion que causó en los agermanados la noticia de la muerte de su Rey Encubierto.—Preparativos de venganza.—Nueva expedicion fracasada sobre Valencia.—Asedio de Luchente.—Obliga el Virey á levantar el sitio.—Batalla sangrienta de Bellús.

La primera noticia que tuvieron los agermanados de Játiva de la expedicion del *Encubierto*, fué la de su muerte.

Un grito unánime de venganza atronó el espacio al recibi tan infausta; nueva echáronse las campanas á somaten y sin pérdida de momento dictáronse las órdenes oportunas para armar los tercios y salir al campo en demanda de los nobles.

La ocasion, por otra parte, no podia presentárseles más propicia. Los soldados que de varios puntos de la Península habian acudido al servicio del Virey, faltos de paga, tornaban á sus se iban formando con casas ó desertaban al campo de los populares, donde ellos compañías de aventureros, todas de gente veterana y decidida.

A consecuencia de esto, el Virey aflojó primero el asedio de la plaza y levantó el campo despues, volviendo á su estratégica posicion de Montesa á aguardar los acontecimien tos.

Igual sensacion que en Játiva causó en Alcira el trágico fin de su jefe, y puestos de acuerdo los Directorios de ambos pueblos, tomaron todos las armas, resueltos aquella vez á no soltarlas hasta llevar á feliz término la obra comenzada por Vicente Peris y el *Encubierto*, ó perecer como ellos en la demanda.

A primeros de Julio se juntaron al fin en Alcira las fuerzas expedicionarias.

Las de Játiva iban mandadas por un tundidor llamado Cucó, hombre valeroso y esperimentado, y las de Alcira estaban á las órdenes del capitan Enego, formando entre todas un total de tres mil trescientos infantes, y setenta caballos ligeros.

Sueca fué el primer punto de señorío sobre que se arrojaron. Leve resistencia opuso su escasa guarnicion, y muerto el Comendador, que dirigia la resistencia, entráronla y saqueáronla furiosamente los populares.

Revolviéronse después sobre la villa de Carlet, y la quemaron.

Y de esta manera siguieron adelante, cual tromba devastadora en direccion á la misma Valencia, ahorcando de paso á un alguacil real que hallaron en el camino.

Las autoridades de la capital, aunque tenian noticia de la tormenta que se aproximaba, no osaron armar los gremios y salir á conjurarla, pues habia en el pueblo manifiestas señales de disgusto, y no inspiraba entera confianza á los gobernantes.

Por el pronto se conformaron con tapiar las puertas de la ciudad, á excepcion de las principales, que mandaron tener cerradas, y con los notarios y mercaderes, que era la clase mesocrática y de más confianza, formaron rondas de quinientos hombres que vigilasen de dia y de noche.

En tanto los agermanados llegaron hasta las mismas murallas, y á poco estuvieron de entrar por la puerta de San Vicente aprovechando la ocasion en que abrian á los moros, para recibir las hortalizas y comestibles que traian todas las mañanas al mercado.

La falta de artillería de grueso calibre les imposibilitaba for-

malizar el sitio; pero de fijo hubieran entrado un dia ú otro en la plaza, aprovechando las inteligencias que siempre conservaban dentro, si el Virey, imitando lo que hizo Scipion cuando los Cartagineses amenazaban á Roma, no hubiese llevado la guerra á sus propias casas.

En efecto, el Conde de Mélito, ya que no se encontró con ejército suficiente para oponerse á los planes de los agermanados, yendo á cerrar el paso á las fuerzas reunidas de los de Alcira y Játiva, aprovechó la ausencia de los defensores de esta última ciudad, y saliendo resueltamente de Montesa, cayó sobre ella creyendo encontrarla desguarnecida.

Pero entre aquellos valientes moradores hasta las mujeres sabian convertirse en héroes, cuando el caso lo requeria, como tendremos ocasion de demostrarlo más adelante, y al ver aparecer la hueste del Virey, se prepararon para responder dignamente á su acometida.

El cuerpo espedicionario de los agermanados, en cuanto tuvo conocimiento de la salida á campaña del Virey, y de las correrías y rebatos que estaba efectuando en Játiva, resolvió ir á su encuentro y presentarle la batalla.

No dejó de influir tambien en el ánimo de los populres, al abandonar sus proyectos sobre Valencia, la noticia que circuló en aquellos momentos de la llegada del Emperador á España, y de su desembarco verificado en Santander el dia 16 de Julio.

Volvieron al fin por estas causas los populares á su centro natural de accion, que era Játiva y Alcira, y el Virey, que solo se habia propuesto distraerlos de sus planes sobre la capital, logrado su intento, trató de retirarse antes de que llegara el enemigo; pero habiendo aligerado aquellos la marcha, tuvo al fin que hacer rostro á los agermanados y batirse en retirada, con no escasas pérdidas, que de fijo hubieran sido mayores á no haber tenido ocasion de encerrarse en Montesa, punto elegido por el Virey para su plaza de armas.

Ufanos los populares con esta victoria, intentaron una nueva espedicion contra Luchente.

Y en efecto, puestas á cubierto de cualquier golpe atrevido Játiva y Alcira, volvieron á reunir sus fuerzas, y con dos mil quinientos infantes, setenta caballos y seis piezas de batir, marcharon resueltamente sobre aquella fortaleza.

El Alcaide de Luchente, D. Pedro Sanz, se hallaba ausente, cuando llegaron los populares; pero no por esto se acobardaron los de la plaza.

Resistieron con valor los primeros dias de asedio, pero ya estaban á punto de redirse cuando dos damas jóvenes y hermosas, hermanas del Alcaide, aparecieron en las murallas, sueltas las trenzas de sus cabellos, cubierta la cabeza con un casco y armadas de ballestas, y exhortando á todos y acudiendo á los sitios de mayor peligro lograron reanimar el valor de los sitiados y prolongar la defensa.

Providencial fué este suceso para la salvacion de Luchente.

El Virey, sabedor del apurado trance de la plaza, recogió toda la mas fuerza que pudo, y marchó en su socorro, llegando aún á tiempo, gracias á los esfuerzos de aquellas improvisadas heroinas.

Los agermanos, al verse venir encima la hueste de los nobles, grandemente reformada con los contingentes que habian ido recogiendo en los pueblos del tránsito, lejos de huir, dejaron de combatir á Luchente y aceptaron la batalla que el Virey les presentaba.

Dividieron su gente en dos cuerpos, compuesto el uno de los espedicionarios de Játiva y el otro de los de Alcira, con sus respectivos jefes á la cabeza, y dieron comienzo á las hostilidades.

Era un dia abrasador del mes de Julio; los populares recibian de frente los rayos del sol y lucharon desde un principio con desventaja; por lo que, temerosos de arriesgarse demasiado y verse cortados, empezaron á retirarse en buen órden,

Siguióles el Virey siempre al alzance, hasta encerrarlos en Játiva, dejando desde aquel momento establecido un riguroso bloqueo contra aquella ciudad.

El primer acto de hostilidad con que dió á entender el Virey su firme propósito de rendir, por cuantos medios le fueran posibles, la constancia de los Jativeños, fué la tala de sus campos, la destruccion de sus mieses: medida bárbara que sin duda habia aprendido el Conde de Mélito en la guerra con que los Reyes Católicos dominaron á los moros granadinos, destruyendo su deliciosa Vega.

Es verdad que en aquella guerra estaban absueltos los tercios del Rey Católio, segun los Cánones, de todo pecado, por dirigirse sus hostilidades contra herejes; pero en la que se libraba en Valencia entre nobles y plebeyos todos eran cristianos, si bien unos pertenecian á la sangre azul y los otros á la clase popular, es decir, á los ilotas, á los parias, á los esclavos, en fin, de la soberbia.

¡Como si todos los hombres no fueran hijos de una misma Madre, la tierra, y el Padre comun no nos hubiera dotado á todos de iguales facultades y derechos!

¡Qué idea tendrian formada los antiguos de la fraternidad y de la justicia!

Pero, á qué estrañarnos: hoy mismo, á pesar de nuestras protestas filantrópicas y humanitarias, ¿no sigue siendo el hombre patrimonio del hombre? ¿No seguimos tolerando la esclavitud en las Antillas?

¡Y nos llamamos cristianos! ¡Y blasonamos de liberales!

¡Ay República, República, de cuánta lepra tienes que curar á este desgraciado país!

En nuestro concepto, el talar los campos, el privar á la tierra de sus preciosos frutos, es una medida bárbara, digna solo de las ordas de Atila ó de los indios de Araucamia; pero nunca de los que se dicen profesar la doctrina de Cristo.

Quince dias emplearon los sicarios de los nobles en aquella desoladora maniobra, en que la hoz y el fuego dejaron yermos los campos que rodeaban á Játiva y Alcira.

Desesperados esfuerzos hicieron los agermanados para oponerse á aquella devastacion; rudos combates y simultáneas

acometidas llevaban á cabo contra el ejército real, pero no les fué posible impedir que al fin la tala se llevase á cabo.

Logrado su cruel intento, se retiró el Conde á Montesa, para organizar en grande escala las operaciones del sitio.

Desde allí escribió al Emperador cumplimentándole por su feliz arribo y noticiándole detallamente el estado de las cosas de aquel reino.

Encarecia el Virey en su carta, cuán á costa de la sangre, de la quietud y de la hacienda de los nobles, se habia vencido lo más de aquella rebelion de la gente *baja*, que osaba igualarse en derechos con sus *naturales señores*, los *grandes* del reino.

Que sin embargo de estar localizada la Germanía en dos solos puntos, era tal la tenacidad indómita con que se defendian, que tal vez fuera imposible vencerlos sin socorros reales de gente y de dinero.

El Emperador contestó dando las gracias á todos de lo ejecutado en su servicio y apercibiéndolos para terminar cuanto antes aquella guerra, para lo cual les prometia facilitar cuanto fuese necesario.

En tanto los de Játiva, comprendiendo los rigores que les aguardaban con el nuevo sitio, y acostumbrados, por otra parte, á los ardides de la guerra, con la dolorosa esperiencia que habian adquirido durante la de la Germanía, empezaron como otras veces á destacar pequeñas columnas volantes que recorriesen el pais para procurarse abundancia de bastimentos.

Difícil, en verdad, empezaba á ser la situacion de los Jativeños; la vuelta del Emperador á España habia acabado de quitarles toda esperanza.

Muchas poblaciones importantes y personas de posicion, que hasta allí solo habian procurado mediar en la querella suscitada entre nobles y plebeyos, temerosos sin duda de disgustar al César aleman con su neutralidad, tomaban ahora partido decididamente con el Virey para destruir aquel último baluarte de la democracia valenciana que aún mantenian enhiesto los agermanados de Játiva y Alcira.

Todos volvian la espalda á aquel puñado de valientes, resto precioso de la primitiva Germanía.

Todos dirigian con avidez sus miradas al nuevo sol austriaco que habia vuelto á aparecer en la Pnínsula, engrandecido con la corona del Imperio, y potente á los ojos de los tímidos con el numeroso tren de batir, y monstruosos cañones y culebrinas de que venian henchidos los bajeles extranjeros que le escoltaban.

España entera se hacia lenguas de tanto poderío, y se mostraba orgullosa de la grandeza de su Señor.

¡Desgraciados! ¡Cuán agenos estaban entonces nuestros ascendientes de sospechar que aquellos cañones, que aquella grandeza que desplegaba á sus ojos aquel extranjero, eran las cadenas forjadas por la tiranía para aherrojar por más de tres siglos su carácter independiente!

¡A costa de cuántos desastres adquiere esperiencia el pueblo!

Trescientos cuarenta y ocho años y rios de sangre le ha costado á España sacudirse, con la Revolucion de Setiembre, de la esclavitud á que la han tenido sujeta las monarquías extranjeras.

Los tesoros de América, la virilidad de nuestros padres se consumió miserablemente para elevar el nombre de la Casa de Austria, para formar la aureola de aquel *Cárlos V Emperador*, como le nombra la historia, desdeñando llamarle *Cárlos I Rey de España*, verdadero patrimonio á que debió su grandeza.

¡Y que se trate otra vez de entregarnos á manos extranjeras que nos rijan, cuando felizmente hemos barrido de nuestra pátria la lepra que aun nos corroia de los Austriacos y Borbones!

No, no puede ser tanta afrenta; no pueden los hombres que por delegacion del pueblo han tomado hoy el encargo de reconstituir el país, prescindir de las lecciones de la Historia.

Nadie conoce mejor nuestros intereses que nosotros mismos; gobernémonos, pues, sin abdicaciones vergonzosas; el gobierno del pueblo por el pueblo es el más digno del país; proclamemos la República.

Pero volvamos á Játiva; retrocedamos tres siglos y dejemos

de discurrir sobre nuestra historia contemporánea, por más que la que nos ocupa en la presente obra tenga tantos puntos de contacto con ella.

Decíamos, que los agermanados conocieron lo difícil que en lo sucesivo habia de serles su situacion, y se aprestaban para sostenerse dignamente hasta el último momento.

Mientras el Virey organizaba en Montesa los numerosos refuerzos que le llegaban, disponiéndose para dar el golpe de gracia á la Germanía de los plebeyos, estos cayeron en una de sus aventuradas correrías sobre la villa de Albaida.

Guardábala por el Conde, Mosen Pertusa, caballero Valenciano, capitan esperimentado y valiente, pero que, á pesar de sus dotes guerreras, no pudo impedir que los populares ganaran los arrabales y asestaran algunos cañones contra la villa.

Poco hubieran tardado los de Játiva en tomar tambien ésta, á no llegar en socorro de Pertusa el Capitan Cáceres, con un refuerzo de gente de Villena, Yecla y Saig, que enviaba el Virey como vanguardia de las tropas que disponia para socorrer á Albaida, y como que el objeto de los agermanados no era ganar fortalezas, sino recolectar bastimentos, se contentaron con lo mucho adquirido en los citados arrabales, y levantaron el sitio, volviéndose á su ciudad cargados de despojos.

Sin embargo, el hambre empezaba á asomar en aquella ciudad su aterradora cabeza, y las gentes menos acomodadas tenian que recurrir á alimentos repugnantes para mantenerse.

Pan de avena, carne de caballo y jumento, algarrobas y yerbas de escasísima virtud, servian á la necesidad y al apetito.

Luego la destruccion de los molinos les ocasionaba tambien otras dificultades, y eso que, para subsanarlas, fabricaron algunas tahonas dentro de la ciudad; pero no alcanzaban á remediar las necesidades.

Consecuencia de esta escasez, sobrevinieron, segun afirma Sayas, otras nuevas plagas á quellos heróicos ciudadanos; pero todo lo sufrian con resignacion: con la resignacion heróica que da el convencimiento de la justicia.

En igual estado los de Alcira, fraternalmente unidos con los de Játiva, resolvieron ambos Directorios reunir sus fuerzas y salir al campo en busca de la vida ó de la muerte.

Salieron en efecto; y en una victoriosa correría que hicieron por las tierras de los señores, lograron reunir más de tres mil cargas de bastimentos y despojos, con lo que se retiraron ufanos á sus casas.

A los pocos dias organizaron otra nueva expedicion, compuesta de dos mil trescientos infantes y setenta caballos, y volvieron á emprender sus correrías.

Felices fueron todas en un principio, y en su audacia, llegaron á concebir el propósito de caer una noche secretamente sobre el real del Virey, que estaba en Montesa, é incendiar los numerosos pertrechos que estaba allí hacinando para combatirlos.

Pero la traicion de uno de los capitanes de los aventureros, que iban en la hueste de los populares, hizo fracasar este plan, y comprometió la jornada, como van á ver mis lectores.

Al caminar para Montesa, con la intencion indicada, echaron de menos á un tal Sedano, capitan que habia sido del ejército real, y que se pasó á los populares por falta de paga.

Como quiera que sobre este sugeto ya habia algunos indicios de traicion, se creyeron los populares vendidos, y desistieron de su propósito, temerosos de que, habiéndose aquel pasado probablemente al campo del Virey con la noticia, seria muy fácil que los caballeros estuviesen disponiendo alguna celada para su ruina.

Y en verdad que anduvieron acertados en sus cálculos.

Noticioso el Conde de Mélito de los planes de los agermanados, y de las fuerzas y elementos de que contaban, dispuso que avanzase por la Marina parte de su fuerza, mientras que él con el grueso del ejército los envolvia de frente en viéndoles avanzar, á fin de rodearlos por todas partes y concluir de un solo golpe con ellos.

Pero los populares, que ya caminaban sobre aviso, entendieron la proximidad de la gente de la Marina, por la parte de Cas-

tel-Rugat, y queriendo ante todo poner á salvo el botin que habian recogido, cambiaron de direccion y apretaron el paso, con ánimo de pernoctar aquella noche á cubierto en la poblacion de Bellús.

No ignorando los populares el mucho poder de que en aquellos momentos podia disponer el Virey para su ruina y temerosos de verse envueltos por su numerosa caballería, dispusieron la marcha del convoy que custodiaban, de la manera que vamos á indicar.

Ordenaron primero su gente en dos escuadrones de á veintiuno por hilera, componiendo entre todos un total de dos mil quinientos hombres.

Alrededor de estos escuadones colocaron las mil acémilas que conducian el botin, engarzadas cola con cabestro, formando una larguísima cadena con la que ciñeron en forma de barco toda la expedicion, distribuyéndose setecientos arcabuceros tras aquella improvisada muralla, para detener con sus disparos á los que trataran de embestir, y guiar mejor la marcha del convoy.

Es en estremo sensible no poder encontrar en las crónicas ni historias de aquellos tiempos los nombres de los heróicos caudillos que guiaban esta expedicion, y que tan acertadas medidas estratégicas tomaban para poner á cubierto del poder reunido de todos los nobles del reino las vidas y recursos de aquellos pocos agermanados aún fieles á la bandera del pueblo.

Mientras que en cada hoja de la *Historia* de Escolano, de los *Anales* de Sayas y de otros muchos autores que más ó menos estensamente han tratado el asunto, encuentro los títulos, nombres y apellidos de todos los que militaban bajo las banderas del Virey, y detalles y comentarios de sus menores hechos y proezas, de los hijos del pueblo que con tanto teson mantenian los fueros de la justicia y sus derechos, el silencio más profundo, la ocultacion más manifiesta, la calumnia, la injuria, es únicamente lo que se saca en claro de tales escritos.

Cuando en aquella sangrienta lucha salian los nobles derrotados, empequeñecian el triunfo de los populares, abultaban

exageradamente sus escesos y atropellos, y no les concedian otras virtudes que la ira, la venganza y el robo.

En cambio cuando la aristocracia triunfaba de la plebe, entonces las hazañas y el valor de los caballeros llegaban hasta los cielos; la generosidad más magnánima, el respeto á la vida y haciendas del vencido, y el perdon de sus culpas eran, por regla general, sus caractéres distintivos, y consignaban en sus libros, para eterna recordacion, los más pequeños detalles de su vida y de sus hechos.

Este era el modo de escribir la Historia de aquellos tiempos.

Pero si bien los nombres de tantos preclaros hijos del pueblo como en aquella titánica lucha tuvieron ocasion de demostrar su patriotismo han quedado ignorados, sus heróicos hechos viven y han llegado hasta nosotros á pesar de las argucias de todos sus detractores.

La toma de Játiva y la batalla de Gandía llevadas á feliz término por los populares, los asedios de Alcira y Játiva hasta allí victoriosamente rechazados, y sus expediciones y bien ordenadas retiradas, como lo probará la que al presente nos ocupa, demuestra el genio organizador que las dirigia.

En cambio la batalla y toma de Orihuela, el descalabro sufrido en la Ollería, la tala é incendio de las mieses y otros triunfos de los nobles, ponen muy de manifiesto su soberbia, su venganza y el poco respeto y falta de caridad con que miraban las vidas y las haciendas de los hijos del pueblo.

¡Cuándo querrá el destino que la igualdad ante la justicia sea la suprema ley del mundo!

Ya que como hemos dicho no nos sea posible consignar en la presente Historia el nombre del valeroso cuanto entendido caudillo del pueblo que ordenó y llevó á cabo la retirada y batalla de Bellús, rindámosle un tributo de admiracion y respeto, y pasemos á narrar el desenlace de aquel drama.

El 1.° de Setiembre, y en el órden que dejamos indicado, cruzaban los populares los llanos de Bellús en direccion á Játiva.

El Virey, desde que tuvo detalladas noticias de sus planes, y de la fuerza con que contaban, resolvió copar aquel puñado de valientes, á fin de terminar de un solo golpe la campaña.

En su consecuencia, corrió las órdenes durante la última noche de Julio para que al dia siguiente convirgieran todas las fuerzas de los nobles á dichos campos de Bellús á fin de cerrar el paso á los populares y deshacerlos.

Por un lado mandó avanzar á D. Francisco Rebolledo, á don Francisco Fenollet y al Gobernador de Denia con los setenta caballos y ochocientos infantes que habian levantado en la Marina, á fin de que ganasen la delantera á los de Játiva, que caminaban despacio, á consecuencia del numeroso convoy que custodiaban.

Por otro, puso á las órdenes de D. Melchor de Perellós mil cuatrocientos infantes y ciento cincuenta caballos para que ordenase la batalla en dos escuadrones: uno de la gente montañesa, y de la de Villena y Sax otro.

Despues organizó á sus órdenes un tercer cuerpo, todo de caballería de nobles, donde figuraba el Conde de Oliva, el de Concentaina, el Almirante de Aragon, D. Pedro Maza, D. Ramon Castella, D. Francisco Sanz, el Señor de Montichervo, el de Sorio, el de Barcheta, D. Luis Ferrer, Pedro Juan Lopez, Gerónimo Malferit, Francisco Ros del Consejo real, y otros con sus numerosos deudos, amigos y criados.

Y además de todo estó mandó posesionarse en cierto montecillo que dominaba el campo por donde habian de atravesar los populares, doscientos arcabuceros escogidos, para que hostilizasen el centro de su escuadron, mientras las demás fuerzas los combatia por los flancos.

Ejecutáronse todas las órdenes del Virey con fervorosa puntualidad, y, cada uno en su puesto, ya solo aguardaban la vista de los populares y la órden de acometerlos.

En esta disposicion llegó á todo escape uno de los batidores del Virey noticiando la celeridad y el órden con que se acercaban aquellos.

Enterado el Conde de Mélito, exclamó con semblante risueño, dirigiéndose á todos los que le rodeaban, y procurando con la idea de un fácil triunfo infundir el valor que sin duda faltaba á los circunstantes:

«¡Ea, amigos, buen ánimo; que esta gente más ganas trae de huir que de pelear!»

El dia era uno de esos sofocantes del mes de Setiembre, en que la atmósfera parece pesar sobre los mortales como una plancha de plomo.

El sol enviaba sobre la tierra todo el esplendor de sus rayos, los que felizmente, dando de espaldas en los populares, les dejaba distinguir sin dificultad el horizonte.

La hueste real que ya los aguardaba en posicion, recibia por el contrario los rayos solares de frente, y desconfiada ó temerosa del éxito de la batalla, á pesar de la superioridad de sus fuerzas, se movió de órden del Virey, variando de sitio, para escatimar esta ventaja.

Apenas lo habian conseguido, cuando ya aparecieron en el fondo del llano los populares; pero como al poco rato una ondulacion del terreno, y algunos árboles que se interpusieron á su vista los ocultara por un momento, creyeron las tropas del Virey que los agermanados se habian declarado en precipitada fugo al distinguirlos, y pidieron licencia para salir en su seguimiento.

Accedió el Virey, aunque, como soldado viejo y esperimentado que era, hizo avanzar la gente en buena formacion y con alguna desconfianza.

Levantábase entre ambos ejércitos una gran loma, que impedia el poderse ver sin llegar alguno de ellos á la cumbre.

Vencióla D. Melchor de Perellós, que iba en la vanguardia animando á todos con la esperanza de la victoria, y viéndose de repente como á doscientos pasos del enemigo, que siempre seguia avanzando en el órden ya indicado, paró un momento su marcha, y circuladas las órdenes oportunas, descendió impetuoso con sus dos cuerpos de ejército por la pendiente del

cerro yendo á estrellarse contra la muralla viviente que guardaba el convoy de los agermanados.

Desordenáronse estos un tanto con lo rudo del choque; pero pronto se rehicieron á las voces de sus jefes, empezando desde aquel momento la más terrible pelea de cuantas hemos relatado en esta historia.

Los cañones que llevaban en el centro del escuadron los agermanados empezaron á disparar sobre las masas de enemigos que iban coronando las alturas, lo que visto por el Virey avanzó valientemente hasta colocarse al frente de la caballería de los nobles, y señalando con su espada al centro de los contrarios, esclamó: «¡A los cañones, señores! ¡San Jorge y á ellos!» y metiendo espuelas á su caballo partió como un terbellino, llevándose tras sí todos los caballeros y sus escoltas.

Pero los populares, á pié firme, formando lo que ahora llamamos el cuadro, recibieron aquella tremenda avalancha de caballos y ginetes sin descomponerse, oponiendo los de la primera fila sus lanzas ó chuzos por entre los claros de las acémilas y enviando los arcabuceros colocados detrás de las mismas una lluvia de balas á los nobles, de las que una alcanzó en la frente al caballo de Micer Ros que acompañaba al Virey y otra tocó en el arzon del mismo caballo del Conde de Mélito.

En fin la embestida de los nobles fracasó por completo, y sin poder romper un solo eslabon de aquella cadena que rodeaba á los populares, tuvieron que retirarse para ponerse á cubierto del certero plomo de sus arcabuces, saliendo de este choque muchos ginetes muertos ó mal heridos.

Pero quien con más empeño peleaba para deshacer aquella fortaleza, era D. Melchor de Perellós, con la infantería puesta á su mando, pues habiendo él sido quien empezó la batalla, creia comprometido su honor en llevarla á feliz término.

Embestía de través hácia donde estaba el escuadron de aventureros á sueldo de los populares, y consiguió al fin, tras sangrienta lucha de hombre á hombre, cortarlo y confundirse en duelo terrible con ellos.

Pero tambien llevó el justo castigo de su obstinacion, pues quedó tan mal herido de pica y espada y de un arcabuzazo, que hubieron de retirarle sus parciales casi muerto.

Por un momento, quedaron los del ejército real como sorprendidos por tan serena resistencia como oponian con éxito los plebeyos, y casi parecian decididos á cesar en sus hostilidades y dejar franco el paso á los agermanados; pero el Virey, que ya repuesto de su primer fracaso habia vuelto á ocupar el cerro para dominar el campo de batalla y observar las peripecias del combate, distinguió que la poca caballería que traian los populares, seguida de un buen golpe de pedestres, formando un escuadron volante, abandonaban el campo sin pelear, y seguian el camino de Játiva.

Entonces ordenó el Conde á varios caballeros de los que le rodeaban, que con sus parciales saliesen á todo escape á picarles la retaguardia, mientras él con el resto del ejército intentaba otra embestida contra los populares que aún permanecian firmes.

Pero los de este escuadron emprendieron á su vez la marcha, sin abandonar el convoy, ni descomponer su primitiva formacion, por lo que las tropas del Virey se contentaron con hostilizar los flancos de aquella viviente fortaleza, hasta que desistieron de su infrustuoso empeño, creyéndose victoriosos con quedar señores del campo, que más que de su gloria debia ser padron de su vergüenza.

Fué esta batalla una de las más sangrientas y porfiadas de aquella encarnizada guerra, quedando en el campo como mil cadáveres de ambos bandos, y aunque las tropas reales se jactaron de haber conseguido la victoria, lo cierto fué que no pudieron romper á los populares, ni quitarles su convoy, y aunque en dos escuadrones y constantemente hostilizados por la caballería de los nobles, llegaron á Játiva, burlando los propósitos de la grandeza.

El mismo Virey, persona que habia militado en Italia, á las órdenes del gran Capitan, dijo en justo elogio de los populares, que nunca habia visto tan valiente resistencia.

Entre las personas de importancia que murieron de los populares, hacen mencion las crónicas del capitan Miguel Clemente y del sargento Jaime Boluda, preclaros hijos de Játiva, que se venian distinguiendo por su valor desde el principio de la guerra de la Germanía.

Recogió el ejército real sus heridos, y despues de sepultar los muertos se pusieron en marcha en direccion á Fonteniente, donde llegaron al fin mas tristes que alegres por el éxito de la jornada.

Allí depositó el Virey á D. Melchor de Perellós y á otros caballeros de cuenta que habian salido mal heridos de la batalla, y encargando para ellos el mayor cuidado y eficacia, siguió con el resto del ejército á Montesa, donde se encerró de nuevo para activar los preparativos y trabajos comenzados, á fin de llevar á feliz éxito el sitio y toma de Játiva, de cuya empresa dependia la pacificacion del reino.

XXII

Segundo sitio de Alcudia por los agermanados de Mallorca. —Comisiones de nobles y plebeyos cerca del Emperador. —Tentativas infructuosas para un arreglo.—Agitacion en Palma y aparicion de la armada real.—Desembarco de ésta en Alcudia.—Levantan los populares el sitio de la plaza y se retiran á Pollenza.

Irritados los populares de Mallorca con las tropelías que seguian cometiendo los nobles al abrigo de las murallas de Alcudia, resolvieron hacer un nuevo esfuerzo, á fin de librar á la Isla de aquel foco de perturbacion.

Con este objeto, el Gobierno popular establecido en Palma alzó banderas y reunió una hueste de tres mil infantes, doscientos caballos y algunas piezas de batir, cuyas fuerzas, al mando de los jefes más esperimentados del pueblo, marcharon segunda vez sobre Alcudia.

Cercaron la plaza y empezaron los primeros trabajos del sitio, cuyos progresos eran muy difíciles, pues los sitiados contaban con numerosa guarnicion y abundantes recursos de toda especie, suministrados desde Ibiza por el ex-gobernador Gurrea, que siempre estaba en comunicacion directa con ellos por la parte del mar.

Durante estos trabajos llegó la noticia á Mallorca del arribo del Emperador á la Península.

Entónces los populares, que tenian la conciencia de la justicia de su causa, y que hasta allí no creian haber faltado á las ordenanzas de sus anteriores reyes, nombraron una comision que sin pérdida de momento partiese en nombre del Gobierno popular á pedir justicia á D. Cárlos contra la tiranía de los nobles, y la indispensable sancion para legalizar el nuevo órden de cosas por ellos establecido en la Isla.

Tambien los de Alcudia enviaron sus valederos cerca del Emperador, por lo que enterado D. Cárlos del estado de perturbacion de aquellos pueblos, dispuso que fuese al punto allá en su nombre, D. Francisco Ubaque, con el carácter de Regente y con el fin de levantar una informacion entre el pueblo y su Directorio de una parte, y entre los nobles y la gestion del Gobierno de Gurrea por otra, para reponer á éste y castigar á los revoltosos si no se justificaban sus quejas, ó bien, en caso contrario, despojar definitivamente de su autoridad al Gobernador, y dar por bueno todo lo hecho por el pueblo.

Pero como la soga siempre quiebra por lo mas delgado, como vulgarmente se dice, aún antes de partir de Valladolid, que era donde á la sazon estaba la corte, el Regente Ubaque, para formar el proceso de lo ocurrido en Mallorca, puede decirse que ya estaba fallada la causa en contra del pueblo, por los influjos de la grandeza

A primeros de Agosto de 1522 llegó, en fin, el Regente á la Isla, desembarcando en Alcudia, con menosprecio á lo insinuado por los populares que le aguardaban en Palma como punto de más importancia.

Empezaron las negociaciones, sin que por eso se interrumpieran las maniobras del sitio, y el Regente entregó desde las murallas sus credenciales y sus cartas á los agermanados, en las que recomendaba á los baylis reales y demás autoridades que trabajásen con el pueblo, á fin de venir á un desarme general y poder entónces, con entera calma, dedicarse á la mision que le habia confiado el Emperador de pacificar aquel reino.

No era esto lo que aguardaban los populares, ni su candidez

era tan grande que se avinieran, sin hacer antes un último esfuerzo, á entregarse inermes en manos de sus enemigos; de modo que desde luego hicieron poco ó ningun caso de aquellas disposiciones, empezando, por el contario, á estrechar con más vigor, el sitio de Alcudia.

Al empezar el mes de Setiembre, segun vemos detallado en las crónicas, habian conseguido al fin abrir brecha los cañones de la Germanía en las murallas de Alcudia.

Entonces fabricaron los sitiadores una gran máquina sobre cuatro ruedas, y levantaron sobre ella un aparato en que podian colocarse doce hombres y dominar la brecha, á fin de facilitar el ataque; pero los de la plaza resistieron valientemente dos asaltos, poniendo en juego sus abundantes recursos para neutralizar los progresos de los sitiadores, por lo que puede decirse que no daban á bagar ni un solo momento las armas en la plaza ni en el campo.

El Regente, convencido al fin de lo infructuoso de sus negociaciones, escribió una estensa carta, noticiando al Emperador el estado de anarquía en que se encontraba la Isla, y el ningun caso que habian hecho los populares de su autoridad, por lo que, en su concepto, solo con la fuerza podria someterse aquella rebelion, y lo mejor seria enviar, sin pérdida de tiempo, una armada, con cuyo auxilio pudieran las autoridades legítimas, destituidas por el pueblo, recuperar su fuerza moral y material y reponerse en sus anteriores puestos.

Estas proposiciones, apoyadas por el influjo de los grandes, acabaron por prevalecer en el ánimo del monarca.

Entonces se dieron las órdenes mas apremiantes en las costas catalanas para alistar una escuadra que, con las fuerzas suficientes de desembarco, fuese á Mallorca á someter á aquel heróico pueblo, cuyo único delito consistia en querer sacudir el yugo vergonzoso, el irritante feudalismo con que los nobles pesaban sobre el país, sin que hubiese más ley que su capricho, ni más derecho en el pueblo que la esclavitud y la deshonra.

En vano los representantes de los agermanados de Mallorca,

trataban en la córte de neutralizar el influjo de sus enemigos; en vano hacian presente al Rey que los nobles de Alcudia, socorridos por Gurrea, eran los verdaderos perturbadores del país, y quienes tiranizando la Isla habian hecho muchas muertes, sacado los ojos á algunos, cortado piés y manos á otros, y ahorcado á los prisioneros en la misma muralla; la única contestacion que recibieron fué la de haber zarpado á primeros de Octubre de las costas catalanas la armada que se habia pedido por el Regente en auxilio de Gurrea y de los nobles, en cuya armada iban embarcados para hacer valer los derechos de aquellos mil doscientos infantes y doscientos cosetetes, al mando del severo militar D. Juan Velasco.

Grande era en tanto la agitacion que reinaba en la misma capital de Mallorca con las contradictorias noticias que á ella llegaban de las resoluciones del Emperador, y como todos los indicios eran contrarios á la causa de la Germanía, los partidarios ocultos de los nobles empezaban á bullir y á querer imponerse, dejándose comprender ya por el carácter que iban tomando las cosas, las tropelías y las cobardes venganzas de que pronto habian de ser víctimas los populares mas comprometidos.

Voy á citar un hecho, por el cual podrán mis lectores venir en conocimiento de la exactitud de lo que acabo de indicar.

Por ausencia del inquisidor general habia quedado al frente de aquel tribunal el trinitario fray Pedro Pont.

Refiriéronle cómo habia dicho cierto dia uno de los Trece, que seria muy conveniente entregar á las llamas el archivo de la Inquisicion de la ciudadad de Palma, porque todos los documentos en él depositados estaban escritos en ódio del pueblo.

Irritóse fuertemente el inquisidor, y llamando á sus familiares, les dió la órden de prender en el acto á aquel sugeto, y entregarlo al Santo Oficio.

Indicáronle lo difícil, ó casi imposible que era llevar á cabo aquel mandato, por ir siempre dicho Trece, rodeado de sus amigos y ser mayor su infljo en la capital que el de la misma Inquisicion.

Subió de punto, con esto la ira del trinitario, y dijo que él solo habia de bastar á prender á aquel hereje, y puesto que ya tenia noticia del castigo que á todos los de su bando preparaba el Emperador, por su parte se habia de adelantar á ejecutarlo; que hicieran de modo que dicho Trece viniese á su presencia, que lo demás quedaba á su cargo.

Noticiáronle, en efecto, al menestral el deseo del inquisidor, y aunque hubo algunos de sus amigos que trataron de disuadirle de acudir á la cita, previendo una celada, aquel resolvió ir, pues dijo no tener nada que temer de la Inquisicion, contando como contaba con el apoyo del pueblo.

Corrió la noticia del caso, y mientras el representante del pueblo entraba seguido solo de dos amigos en el palacio del Obispo, íbase llenando la plaza de gente que acudia ganosa de saber el desenlace de la entrevista, como si presintiese alguna catástrofe.

Recibido en audiencia el popular por el Obispo, á los pocos momentos, sin que nadie supiese lo que entre ambos pudiera haber mediado, vióse aparecer á Su Eminencia en uno de los balcones con semblante desencajado, un Crucifijo en las manos, y dando grandes gritos, decir:

«A mí los que fueren del ganado de Jesucristo; favor á la Inquisicion.»

Entónces el pueblo, sin saber lo que hacia, penetró en tropel en el palacio, como dominado por los conjuros del fraile, y en un momento inundó la pieza donde se encontraba el trinitario, con el representante del pueblo.

Entónces el iracundo sacerdote se lanzó sobre el estupefacto menestral, y sujetándolo fuertemente, llamó á sus familiares y se lo entregó, ordenándo que lo encerraran en los calabozos del Santo Oficio por hereje y por irreverente á su persona.

Todo esto, ejecutado en ménos tiempo del que se emplea en referirlo, impresionó tan fuertemente al pueblo, que, en su estupor, no tuvo el ánimo suficiente para impedirlo, y salió de aquel sitio como aterrado bajo la actitud iracunda del fraile.

Por este rasgo, podrán comprender los lectores cuán grande era el influjo que entre aquellas gentes sencillas alcanzaba el clero por medio del fanatismo.

Unos hábitos negros y un Crucifijo en la mano ha bastado tambien, en época mucho más posterior, para imponernos un fraile extranjero su vergonzoso yugo, y detener al pueblo irritado que protestaba de su maléfico influjo sobre la Reina Mariana.

¡Cuántos tiranos han basado su poder sobre la ignorancia del pueblo! ¡Y cuán grande ha sido siempre el cuidado de todos ellos en fanatizarle y embrutecerle!

No hay que olvidarlo; la instruccion, el libre exámen y la más ámplia libertad en la prensa y en la tribuna, serán el único modo de emanciparnos del influjo de la teocracia, que aún sigue oponiéndose en nuestros dias al progreso y al mejoramiento social de las clases desheredadas.

Para que la confusion fuera más grande en Mallorca y las complicaciones crecieran, apareció á 13 de Octubre ante la capital la armada del Emperador, conduciendo, además de las fuerzas capitaneadas por D. Juan Velasco, al mismo Virey D. Miguel de Gurrea y á todos los nobles que habian emigrado de la Isla.

Ante el peligro, el Directorio del pueblo volvió á recobrar su primitiva energía, é imponiéndose á los muchos secuaces de los nobles, que desde luego querian abrir la plaza al Virey, dispusiéronse, por el contrario, á la defensa.

No encontrando los de la armada la acogida en la capital que les habian prometido sus parciales, siguieron adelante en direccion á Alcudia, donde sin dificultad desembarcaron entre los vitores y el júbilo de aquellos habitantes, quienes ya iban decayendo algo de su soberbia, quebrantados por el rigoroso asedio con que los estrechaban los populares.

Con tan poderoso refuerzo reanimáronse pronto los ánimos ya abatidos de los defenscres de Alcudia, y conociendo los agermanados que los cercaban lo imposible que ya era rendir la plaza, y lo mas que probable el que ellos á su vez fueran ataca-

dos por las tropas de desembarco puestas en combinacion con las de la plaza, levantaron aquella noche el sitio, y se retiraron á Pollenza, donde se encerraron y fortificaron, para aguardar órdenes del Directorio de Palma á las que poder ajustar su conducta en tan críticos momentos.

Pero ántes de dar á mis lectores el último acto de la tragedia de Mallorca, pasemos á Valencia y asistamos á la conclusion de aquella Germanía.

XXIII.

ÚLTIMO SITIO DE JÁTIVA.—ASALTO GENERAL Á LA PLAZA Y DESESPERADA RESISTENCIA DE SUS MORADORES.—ACUDEN LAS MUJERES Á LAS MURALLAS Y SUPLEN HERÓICAMENTE LA FALTA DE HOMBRES.—NEGOCIACIONES PARA UN ARREGLO.—CONDICIONES Y PROMESAS HONORÍFICAS Á LOS AGERMANADOS.—REDÚCENSE AL FIN JÁTIVA Y ALCIRA Á LA OBEDIENCIA DEL EMPERADOR Y CONCLUYE LA GERMANIA DE VALENCIA.

Por fin vislumbro el término de tan penosa narracion.

Pero aún me resta historiar el último desesperado esfuerzo hecho por los populares en defensa de su Germanía, cuya conclusion habia de ser, tanto en Valencia como en Mallorca, el principio de las persecuciones y crueles represalias que ya tenian juradas en su mente los enemigos de los derechos del pueblo.

Terminemos, pues, el drama que ya espondremos luego á nuestros lectores las tristes reflexiones que del asunto se desprenden.

Solo esperaba ya el Virey los socorros del Emperador para poner la última mano, segun gráfica espresion del cronista Sayas, sobre Játiva y Alcira; y mientras que ellos se le iban acercando, hizo nuevo llamamiento al reino, de todo lo que no resultó á los pocos dias un ejército tan numeroso y fuerte que bien pudo confiar al Conde del éxito de la empresa.

Solo del reino de Murcia y del marquesado de Villena, llegaron al real del Virey D. Jorge Ruiz de Alarcon y el capitan Voz mediano con cuatro mil infantes, doscientos caballos y algunos artilleros esperimentados en el manejo de aquellas entonces tan temidas armas.

De órden del Emperador vino tambien el Alcalde Zárate, persona de autoridad y prudencia, para ponerse al frente de la gente castellana y proveer en su nombre en las ccomplicaciones que pudieran ocurrir.

Causa admiracion, llena de asombro, ver los inmensos preparativos y numeroso ejército que creia necesario reunir el Virey para dominar aquel puñado de hombres entusiastas que aún mantenian enarbolado tras de los mnros de Játiva y Alcira el pendon de la libertad.

Por fin, ya todo organizado, resolvió el de Mélito salir de Montesa; pero antes mandó cortar una gran selva de morales que embarazaba desde el rio á la ciudad el paso de sus escuadrones y numeroso tren de batir.

Entonces avanzó sobre Játiva, á la que puso estrecho sitio, sosteniéndose todavía sus moradores por algun tiempo durante el cual sufrieron con admirable constancia los rigores del hambre y de la guerra.

Cuando ya la guarnicion estaba diezmada, cuando ya la ciudad no era más que un monton de ruinas y un hospital de miserias, cuando apenas quedaban defensores para las destrozadas murallas, el Virey dispuso un asalto general.

Habia el Conde escogido tan oportumente el momento, y conocia de tal modo el estado y situacion apuradísima de la ciudad, que en una brecha solo se encontraron tres hombres útiles para resistir á mil, y era ya imposible prolongar por más tiempo la defensa de la plaza.

Sin embargo, entonces aparecieron como por encanto doscientas mujeres á las cuales se vió coronar la destrozada muralla, y esforzando su flaqueza, empezaron á arrojar sobre los que escalaban el muro cantos, aceite y cal hirviendo, y otras mate-

rias encendidas, hiriéndoles, abrasándoles y rompiéndoles las escalas é impidiendo el acceso por aquel punto, mientras que los pocos hombres útiles que iban quedando en Játiva defendian como leones las brechas.

Sorprendidas las tropas reales con tan inesperada resistencia, empezó á cundir por entre sus filas como un religioso temor, que les impelía á retirarse de los muros.

Entonces el Virey mandó tocar retirada, y cesó el combate, y sitiados y sitiadores quedaron como asombrados de los lances de aquel dia.

Este fué el último esfuerzo, el estertor, puede decirse, de la Germanía valenciana.

Viendo fracasado este golpe, empezaron los capitanes del Virey á tentar los medios de atraerse algunos aventureros que habian abandonado tiempo atrás sus filas, por falta de paga, y que en aquel momento se encontraban en la plaza.

Para este fin se valió D. Francisco Sanz de algunos de aquellos que tenia presos en su poder, á los que puso en libertad bajo palabra de que trabajarian en este sentido con sus compañeros de Játiva.

No tardaron mucho en dar resultado estas negociaciones, pues como al caido todo el mundo le abandona, y á nadie podia ya ocultarse el éxito de la campaña, los aventureros volvieron á su vez la espalda á los populares y se restituyeron al campo de los nobles.

En este estado las cosas, y temeroso todavía el Virey de que el sitio se prolongase más de lo que á su reputacion militar convenia, promovió secretas inteligencias con algunos de la plaza, y viendo que no se presentaba mal aquel expediente, confió sus planes al Alcalde Zárate y á D. Jorge Ruiz de Alarcon, para que le ayudasen en ellos y acordar, entre los tres, el modo de llegar á un arreglo pacífico con los agermanados.

Acogieron aquellos caballeros con aplauso la idea y empezaron á ponerle en práctica, valiéndose de un confidente llamado Molina, y á voz de que era de órden y voluntad de S. M., consi-

guió ajustar aquel una entrevista con el Justicia, Jurados y Síndicos de Játiva á la que acudieron el Alcalde Zárate y D. Jorge Ruiz de Alarcon.

Celebróse esta reunion junto á la Cruz del camino de Canales, y tomando la palabra el caballero Zárate, contra quien los de Játiva no tenian odiosidad ninguna, y á quien desde luego miraron como representante del Emperador para terciar en su querella contra los grandes del reino, les dijo: «Que la querella de Játiva y Alcira tenia ofendidísimo al Emperador por no haber ya confiado á su justicia el resolverla; que era locura querer resistir por más tiempo todo el poder del reino, y negar la obediencia al Virey, máxime cuando el mismo Emperador habia resuelto contribuir á su rendimiento; que desistiesen de su terquedad, y se acogiesen á la benignidad y á la clemencia que les ofrecia.»

Oidas estas razones, contestaron los de Játiva: «Que nunca habia sido el ánimo de la Germanía desconocer la autoridad del monarca; que sabidas eran las causas que les obligaron á tomar las armas, y que pues se les brindaba *paz y justicia* que eran los mismos lemas de su bandera, no tenian inconveniente en convocar un Consejo general de agermanados de Játiva y Alcira, y tratar el asunto para sazonar la respuesta.»

Convínose en ello, y dando la vuelta al real los comisionados del Conde, participáronle lo ocurrido, de lo cual quedó muy satisfecho, pues juzgó no le seria ya necesario recurrir á las armas para tomar la plaza.

Así fué en efecto; pues habiendo conferenciado los de Játiva y Alcira, y apreciando en su verdadero valor la situacion de sus recursos, resolvieron abrir negociaciones formales con el Virey, para aceptar sus condiciones, toda vez que fuesen admisibles.

Con este objeto, solicitaron que aquellos que habian planteado la negociacion, tuviesen á bien entrar sin recelo en la ciudad para asistir á sus juntas y facilitar el arreglo.

Partieron, en efecto, Zárate y Alarcon, seguidos de solo

diez de á caballo, y precedidos de un solemnísimo recibimiento entraron en Játiva por la puerta de Valencia, siendo conducidos á las Casas Consistoriales á vista de bien ordenados escuadrones, restos de los valientes tercios que hasta allí habian mantenido triunfante el pendon de la Germanía.

Llegados á la sala de sesiones, la cual se encontraba llena de populares, tomó la palabra el Alcalde Zárate, y les dijo lo siguiente:

«Creo necesario para vuestro provecho, ¡oh! valientes ciudadanos, que os reduzcais y presteis obediencia al Virey Conde de Mélito; porque, de no lo hacer, se seguirá la total ruina de vuestra poblacion, por airarse justísimamente contra vuestra pertinacia vuestro legítimo Señor el Rey D. Cárlos.»

A lo que contestó una de los Síndicos del pueblo:

«No permita Dios que tal suceda. Todos, señores, deseamos servir á nuestro legítimo monarca; y si bien habemos guerreado con pertinacia contra el Virey, no ha sido por negarle la obediencia, sino por verle en compañía de los caballeros, mortales enemigos del Estado popular. Hemos, por otra parte, mantenido con tal constancia nuestra resistencia, en la esperanza de que una vez vuelto el Emperador á estos reinos nos haria justicia y pondria fin á nuestra contienda.»

A lo que contestó Zárate:

«Ea, pues la ocasion ya ha llegado de deponer las armas y entablar la querella, puesto que ya teneis en España al Emperador. Nombrar vuestros Embajadores que yo me constituyo desde ahora mismo compañero de ellos, hasta ponerlos en su presencia.»

A todos les pareció bien la propuesta del Alcalde, y nombraron en efecto una comision que pasase á avistarse con el Soberano, entre cuyos miembros figuraba Dionisio Glaudes, boticario; Pedro Ibañez, mesonero, y un fundidor de Alcira, cuyo nombre no menciona la crónica que sigo, si bien malgasta el papel discurriendo sobre la poca importancia de aquellos representantes.

«Tales prohombres autorizaban aquel Senado,» dice Sayas en tono despreciativo al citar estos populares.

¡Como si el poseer un título escrito en un pergamino viejo fuera la única garantía de la dignidad ó del talento.

¡Qué preocupaciones tenian nuestros antepasados!

Por fortuna los consecutivos triunfos de la democracia moderna van haciendo desaparecer tan erróneos principios.

Nombradas las personas que en nombre de los agermanados de Játiva y Alcira habian de avistarse con el Emperador, se trató de la súplica que habian de hacerle, pues estaban encontradas las opiniones sobre pedirle justicia ó implorarle misericordia.

Sobre esto hubo grande y porfiada discusion, resolviéndose al fin estender un largo suplicatorio, el cual concluyese pidiendo justicia.

Hízose así, y abreviando la partida, llegaron á luengas jornadas el Alcalde y los Síndicos á presencia del Rey, y vista su peticion, mandó que entregasen al punto la ciudad y el castillo al Virey, que despues proveeria él en justicia.

Con esta respuesta y algunas cartas de S. M. volvieron por la posta Dionisio Glaudes y el fundidor de Alcira. El Glaudes fué recibido en Játiva con indecible alborozo, haciéndose en su honor salvas de artillería y repicando las campanas, como igualmente hicieron con el fundidor en Alcira.

Dos dias despues, mediante ciertas formalidades, entró por fin en aquella heróica ciudad D. Jorge Ruiz de Alarcon, con doscientos infantes, y en virtud de las cartas que presentó del Emperador y del Virey, le entregaron el castillo, dia 4 de Diciembre, reemplazando en su custodia á los populares las tropas castellanas.

Al dia siguiente entró el mismo Virey en la ciudad, seguido de los nobles y caballeros que le habian ayudado en la campaña, no así del ejército, que segun una de las cláusula de la capitulacion no debia penetrar dentro da las murallas.

Nunca ceremonia triunfal se hizo bajo más tétricas impresiones; porque en vez de la gala y la alegría, el luto y el llanto

era lo que se ofrecia por todas partes á los ojos de los vencedores.

Y motivos tenia sobrados el pueblo para manifestar su pena; porque si bien aquel dia terminaban los horrores de las batallas, era de temer la continuacion del martirologio de los más señalados partidarios de la Germanís.

El primer hecho que vino á justicar estos temores, fué el suplicio de Guillen Sorolla.

Tiempo hacia que este caudillo de la Germanía valenciana habia desaparecido de la escena de nuestra Historia, sin que encontráramos noticia ni rastro suyo por ninguna parte, á pesar de su actividad y conocido entusiasmo por la causa del pueblo; hasta que una vez entregada Játiva, sacamos en consecuencia de que el simpático menestral y predilecto amigo del malogrado Juan Lorenzo, habia caido en poder del Virey, quien lo tenia preso en Montesa, donde habia sido juzgado y sentenciado por sedicioso y traidor, gozándose el Virey y los nobles, sus irreconciliables enemigos, con mandarlo ahorcar en Játiva el mismo dia de su entrada triunfal, como para conmemorar cion de la ceremonia.

Refiriéndose á esta ejecucion, dice uno de los cronistas de aquella guerra, sacerdote y persona de gravedad:

«Para celebrar el triunfo y entrada en Játiva del Virey, trájose de Montesa un toro bravo que fué corrido y muerto en las calles de Játiva: es decir, fué arrastrado y descuartizado el sedicioso Guillen Sorolla, promovedor de la Germanía.

¡Podrá darse mayor escarnio y menosprecio á las leyes de la Humanidad que la cínica chanzoneta que en esta ocasion emplea el Rvdo. Escolano!

En efecto, el desgraciado Sorolla fué el 5 de Diciembre de 1522, dia de la entrada del Virey y de los nobles en Játiva, ahorcado, arrastrado y descuartizado, enviándose su cabeza á Valencia, donde se espuso al público en las Casas de la Ciudad, como antes habian sido espuestas las de Peris, el *Encubierto* y otras de preclaros hijos del pueblo, cuyo único delito

habia sido el querer reivindicar los derechos del hombre torpemente desconocidos en las clases desheredadas por los privilegiados de la fortuna.

Mientras en Játiva pasaban las escenas que vamos relatando, D. Pedro de la Cueva, con trescientos infantes y sesenta caballos, tomó posesion de Alcira, de órden del Virey, habiendo sido recibidas tambien allí las armas reales con las mismas demostraciones de luto y desconsuelo que en Játiva.

No tardó el mismo Virey en pasar á Alcira á enterarse personalmente del estado de los ánimos de aquellos populares, ordenando que se constituyese en dicha villa un fuerte que en lo sucesivo refrenase los ímpetus independientes de sus moradores.

Luego tornó á Canales donde empezó á disolver el ejército, y estando en ello ocupado, recibió carta del Emperador en que le ordenaba poner en libertad á D. Fernando de Aragon, Duque de Calabria, quien, como ya hemos dicho en otro lugar de esta Historia, estaba desde el año 1512 preso en el castillo de Játiva.

Esta resolucion de César mereció el aplauso de muchos que deseaban mejor fortuna al Duque; pues por grande que pudiera ser su culpa, la constancia con que habia sufrido el castigo le conquistó el aprecio de todos, y á haber sido un ambicioso ó un hombre turbulento, ocasiones tuvo en que poder lanzarse á la lucha contra el mismo Emperador que lo tenia aprisionado.

Bástenos indicar, en corroboracion de este juicio, que en más de una ocasion los agermanados de Valencia se presentaron al Duque, brindándole con la libertad y suplicándole se encargara de la direccion del pueblo, pero siempre se escudó el cautivo de Játiva con la obediencia que habia jurado al Emperador y la imposibilidad en que por lo tanto se encontraba de admitir tales proposiciones.

Tambien los Comuneros de Castilla tentaron de atraerse al Duque ofreciéndole la corona, pero recibieron igual contestacion que los agermanados de Valencia.

En resúmen, convencido el Emperador de la lealtad del Du-

que de Calabria, decretó su libertad, y casándolo con doña Germano de Foix, viuda del rey Católico, le concedió, andando el tiempo, el Vireinato de Valencia, bajo cuyo gobierno empezaron los valencianos, por primera vez despues de terminada la Germanía, á respirar de las persecuciones y venganzas de los nobles.

Por último; creyendo el Conde de Mélito cumplida ya la mision para que fué enviado á Valencia, solicitó del Emperador permiso para abandonar aquel Vireinato y retirarse á su casa á descansar, cosa que le fué concedida fácilmente, pues tambien habian solicitado su remocion algunas ciudades del reino, para quienes la presencia del Conde era un recuerdo doloroso.

En su consecuencia, el Virey declinó su autoridad en el Gobernador Cabanilles, á 9 de Diciembre de 1522, y partió para la Córte, acompañado del Duque de Calabria, á despedirse del Emperador.

Así concluyó aquella sangrienta lucha de nobles y plebeyos, cuyo recuerdo aún nos espanta; el pueblo al fin quedó vencido y sometido nuevamente á sus opresores; pero la sangre derramada en defensa de sus derechos, el sacrificio de sus hijos más queridos en aras de la libertad, será siempre una protesta viva contra el despotismo de todos los tiranos y un ejemplo que nunca olvidan los valencionos cuando les es preciso optar entre la muerte ó la deshonra.

XXIV.

Sale el Virey á campaña y vence á los populares en Pollenza.—Reune Odon Colom á los agermanados en Muro y trata de oponerse á la marcha del Virey.— Diversas batallas y combates desfavorables al bando popular.— Conducta sangrienta de Gurrea con los prisioneros.— Reconcéntranse los agermanados en Palma y capitulan, en fin, despues de tres meses de resistencia.—Fin de la Germanía.

Terminada ya la guerra de Valencia, si bien que no las venganzas y persecuciones de que estaban siendo blanco los caudillos de aquella Germanía, tratemos de concluir esta Historia de sangre y esterminio con el relato de los últimos acontecimientos de Mallorca.

Esta Germanía sobrevivió á la valenciana por espacio de tres meses, y tuvo un fin análogo, segun vamos á relatar.

Una vez en Alcudia el Virey Gurrea, reunió la fuerza de la plaza con la de la armada, y al frente de un respetable cuerpo de ejército salió en demanda de los populares que estaban fortificados en Pollenza.

Antes de empezar contra ellos las hostilidades, publicó un bando ofreciendo perdon general á todos los que incondicionalmente se entregaran; pero sabiendo los agermanados á qué atenerse respecto á las promesas y á la generosidad de los nobles, quienes volvian á la Isla sedientos de venganza, dieron poca importancia á aquel reclamo y se aprestaron á la lucha.

No se hizo aguardar el ataque de Gurrea, y antes de que los populares recibiesen los refuerzos que enviaban en su socorro sus hermanos del interior de la Isla, cayeron las tropas reales sobre ellos y entraron á sangre y fuego en la villa.

Alentados los de Pollenza con la esperanza de un próximo socorro, se encerraron en la Iglesia con sus familias y bienes y empezaron á defenderse con obstinacion.

Colocaron en la torre los más diestros ballesteros del pueblo, y desde allí hostilizaban sin descanso á los enemigos, causando la muerte á cuantos osaban acercarse por aquellos contornos.

Ni los de la Iglesia se mostraban dispuestos á rendirse, ni el Virey les hacia proposiciones honrosas para capitular, mandando, por el contrario, que los soldados prendieran fuego al templo, sin moverle á conmiseracion los ancianos, niños y mujeres que en tan sagrado lugar se hallaban guarecidos.

Cumpliose aquella bárbara órden, no sin que opusieran los sitiados la más heróica resistencia, y pronto el humo y las llamas empezaron á dar el resultado por los sitiadores apetecido.

Oigamos al cronista Sayas referir aquel horroroso acontecimiento:

«Fué admirable la riza que hizo el humo, pues los que ahogó entre hombres, mujeres y niños pasaron de doscientos; algunos se escaparon á los montes (no sé si á crecer el número de las fieras), y los que vinieron á manos pegaron su culpa en las del verdugo.»

Ya lo oyen mis lectores: mujeres y niños ahogados, otros á manos del verdugo, y los que escaparon *á crecer el número de las fieras.*

¡No tendria mal *corazon de fiera* quien tales iniquidades relata sin tener una sola protesta contra quienes atropellaban de aquel modo las leyes de la humanidad!

Pero, ¿á qué cansarnos? La mision del cronista era entónces adular á los grandes, y no habia de ser Sayas una escepcion de la regla.

Dos horas despues de consumado aquel terrible auto de fé con

los agermanados de Pollenza, apareció el socorro que tanto habian anhelado aquellos infelices.

La Puebla venia en su auxilio; pero las tropas de Gurrea salieron á su encuentro y los hicieron retroceder con pérdida de sesento hombres.

Y alegres y satisfechos los nobles con haber aprovechado tan á su sabor el dia, se retiraron al anochecer á Alcudia á celebrar el triunfo y á disponerse para nuevas empresas.

El 5 de Noviembre volvió á salir á campaña el Virey secundado en sus intentos por D. Juan de Velasco, D. Francisco Carroz, el Regente Ubaque, el procurador real D. Francisco Burques, el capitan Pedro Pax, toda la nobleza y tres mil hombres.

Avanzaron sobre La Puebla, cuyo lugar encontraron abandonado, como asímismo todos los demás á que llegaron aquel dia; pues los populares tenian órden de reconcentrarse en Muro, donde el jefe de aquella Germanía, Odon Colom, organizaba la resistencia.

Al dia siguiente 6 siguió el ejército de los nobles su movimiento; pero pronto descubrieron algunas columnas volantes de agermanados que marchaban en direccion á Muro.

Entónces el Virey dispuso que se adelantase á dicha poblacion un religioso llamado N. Caldes, á fin de esplorar las intenciones de los populares y ofrecerles el perdon del Emperador si se rendian.

Escuchólo Colom, y enterado de su embajada obligó al religioso á permanecer en la ciudad, á fin de que no pudiera llevar al Virey noticia de lo que hubiese visto, y ordenando su gente para la pelea, salió al campo ganoso de batallar con los nobles.

Avanzaba Gurrea en tanto con su ejército en buen órden, y al ver á los populares salir decididos á su encuentro, dió principio al combate recibiéndolos con el fuego de su artillería.

Igual saludo le hizo Colom en cuanto estuvo á tiro, y como entónces la artillería no respondia satisfactoriamente al ardor de los combatientes, pronto cesaron los disparos de uno y otra ban-

do y se mezclaron los combatientes en lucha terrible, lucha personal, donde ni se pedia ni se daba cuartel, confiando cada uno la existencia al esfuerzo de su brazo.

Por fin la mejor organizacion y armamento de las tropas reales dió alguna ventaja á los nobles contra el ardor de los plebeyos, quienes fueron poco á poco cediendo el campo hasta acabar por encerrarse en la plaza.

No se atrevieron los caballeros á intentar nada sobre esta, pues harto quebrantados habian salido del combate, por lo que resolvió el Virey retroceder para pernoctar aquella noche en La Puebla.

Sangrienta debió ser la batalla, pues segun afirma la crónica, más de mil hombres quedaron en el campo, además de los muchos heridos y prisioneros que tuvieron ambas parcialidades.

A la mañana siguiente volvió á salir el Virey, y para desahogar la soberbia de que tanto él como los demás nobles se hallaban poseidos, mandó que se fueran colgando de los árboles por el camino á los prisioneros, para escarmiento de los rebeldes.

Aquel dia dirigieron los nobles su marcha sobre varios pueblos que habian ofrecido obediencia, tales como la villa de Inca, Benisalem y otras; pero á su vez los populares seguian sus pisadas volviendo á pronunciar algunas de ellas, resultando algunos choques parciales de poca importancia.

Pero donde volvieron á reproducirse las escenas de sangre y de venganza fué en los campos de Rafalgares, cerca de Inca, de donde acababan los agermanados de desalojar á la guarnicion que en ella dejara el Virey.

Diéronse nueva batalla ambos bandos, y vencidos tambien los populares, se retiraron despues de dejar en el campo quinientos hombres muertos.

Por momentos crecia la sed de venganza en los nobles, segun veian la obstinada resistencia de los populares, y quisieran de un solo golpe aniquilarlos, si les fuera posible. Mandó ahorcar el Virey despues de la batalla cuarenta agermanados en Inca y se-

tenta en Benisalem: bárbaro proceder que asemejaba aquella guerra á la de las cabilas de Marruecos.

¡Ni aun en Valencia se llevaron á cabo crímenes tan inauditos como los consumados en Mallorca por el Virey Gurrea!

¡Y á estos señores se les llamaba *nobles*!

¡De qué manera se comprenderia entonces la nobleza!

Despues de la desastrosa rota de Rafalgares, fuéronse concentrando los agermanados Mallorquines en la capital de la Isla, donde resolvieron hacer una heróica resistencia.

Y no se crea que los animaba en aquel último esfuerzo la esperanza del triunfo; nada mas lejos de su ánimo. Harto sabia el Directorio popular que una vez vencida la Germanía de Valencia, una vez dominadas las turbulencias de Castilla, y ya de vuelta D. Cárlos en la Península con la preponderante investidura del Imperio, su poder era débil caña impotente á resistir el huracan del absolutismo.

Pero la dignidad del hombre está, en los corazones libres, muy por encima de su propia conservacion, y aquellos populares que se habian puesto en armas contra las irritantes vejaciones y atropellos de los nobles de la Isla, preferian, antes que someterse de nuevo al mismo denigrante órden de cosas, morir en desigual combate con sus enemigos en defensa de sus sacrosantos derechos.

Por esto, pues, fuéronse concentrando en Palma, á las órdenes del intrépido Juan Odon Colom, todas las fuerzas de la Germanía de los distintos puntos de la Isla, que, fieles á su juramento de Hermandad, preferian la muerte con honra á la vida de la afrenta, bajo el dominio del sanguinario Gurrea y bajo el libertinaje y la rapiña de la desmoralizada nobleza de aquellos tiempos.

Orgulloso el Virey con sus triunfos en los campos, avanzó resueltamente sobre la capital y empezó á establecer un riguroso bloqueo en los últimos dias de Diciembre de 1522.

Sin embargo de todo el poder de los nobles y de las enérgicas medidas del Atila Mallorquin D. Miguel de Gurrea, no de-

jaban los pueblos de la campiña de socorrer á sus hermanos de Palma siempre que se presentaba una ocasion, proporcionando á los sitiados toda clase de bastimentos y aun de municiones de guerra con que resistir á los rigores del asedio.

Para cerrar esta última esperanza á los agermanados, ya que vieron los nobles que sus bárbaros castigos no alcanzaban á atemorizar á los de la Isla, estrecharon el cerco, situando el Virey su cuartel general en el convento de Jesús, de la Orden de religiosos Franciscos, extramuros de la misma capital, y empezó á levantar baterías y á hostilizar sin descanso á la plaza.

En vano intentaron los sitiados algunas vigorosas salidas para imposibilitar los trabajos del cerco; sus desesperados esfuerzos se estrellaron siempre contra la superioridad y buena organizacion del ejército enemigo, viéndose reducidos al poco tiempo á los rigores del hambre y á todas las plagas inherentes á tan cruel azote.

El Virey, que veia sin embargo prolongarse el sitio sin alcanzar un triunfo definitivo sobre los agermanados, temeroso sin duda de algun arrebato heróico en la desesperacion de aquellos mártires que pudiera comprometer el éxito de la empresa, de cuya duracion ya empezaba á murmurar la soldadesca, empezó á mover negociaciones con los sitiados para un arreglo, ofreciéndoles perdon y olvido de lo pasado si se entregaban inmediatamente á su autoridad.

Los de la plaza celebraron un gran consejo donde quedó acordado someterse al fin á los tratos del Virey, siempre que les diera garantías formales de la veracidad de sus palabras.

Para ultimar estas negociaciones, admitieron en la ciudad al Regente Ubaque y al Gobernador de Menorca, que fueron los encargados por Gurrea de entenderse con los agermanados.

Pero pronto se convencieron estos de cuán preferible era persistir en su resistencia, mientras tuviesen un álito de vida, que no aceptar los vergonzosos tratos de Gurrea.

Cesó toda avenencia; volviéronse lo embajadores al real con

una respuesta digna de aquel pueblo independiente, y tornaron sitiados y sitiadores á las armas con mas empeño que nunca.

Celebró el Virey consejo de capitanes y quedó decidido un asalto general para la mañana siguiente, á fin de rendir la ciundad por la fuerza, ya que las negociaciones pacíficas no daba- el resultado que él hubiera apetecido.

No descansaban un momento los sitiados en disponer las cosas para resistir aquel primer ímpetu que desde luego aguardaron del despecho de Gurrea, y antes de amanecer el dia del combate cada cual ocupaba ya su puesto de honor, dispuesto á resistir hasta la muerte.

Tambien las mujeres, organizadas en cuadrillas, discurrian silenciosas por la capital, prontas á prestar sus socorros á los heridos que resultasen de la lucha, y dispuestas á obrar segun las circunstancias del momento lo exigiesen.

Empezó en efecto el ataque, simultáneo, tremendo, mortífero; vomitaban los cañones del real multitud de proyectiles sobre la plaza, las banderas de los sitiadores se disputaban el honor de ser cada una la primera en escalar el muro, y la caballería de los nobles cerraba todas las avenidas por donde pudieran recibir socorro los de la plaza, ó escapar caso de que así lo intentasen.

¡Ay de los habitantes de Palma si aquel dia consigue Gurrea penetraran la plaza!

El asesinato, el saqueo, los atropellos y las venganzas mas sangrientas hubieran caido como una tromba devastadora sobre aquellos heróicos populares.

Pero quiso el cielo que fueran inútiles todos los esfuerzos de los sitiadores para vencer la firme resistencia de los agermanados, y viendo Gurrea caer al pié de los muros de aquella nueva Numancia la flor de sus tropas, dió la órden de retirar, poseido del mas iracundo furor, y jurando tomar tremenda venganza de aquel nuevo descalabro.

La Palma escapó milagrosamente aquel dia de la mayor de las calamidades que pudieran sobrevenirle, pero sus defensores

quedaron tan quebrantados, que desde luego se consideraron impotentes para resistir nuevos ataques.

Entonces Colom, deseando apartar de aquellos habitantes un desenlace sangriento, mandó buscar al inquisidor D. Fray Pedro Pont, quien con todos los partidarios de los nobles habia salido de la plaza para guarecerse en el real de Gurrea, y una vez en su presencia, le propuso la rendicion de la capital, siempre que á todos los comprometidos en la Germanía se les respetaran las vidas hasta que el Emperador resolviese sobre el asunto, y se diese ademas un salvo-conducto para cuatro ciudadanos que partirian á avistarse con S. M., á fin de justificar su conducta y pedir el perdon para todos.

Aceptó gustoso Fray Pedro el mediar con el Virey para esta capitulacion, y despues de cuatro dias de negociaciones, quedó al fin convenido lo que solicitaban los agermanados, y el 7 de Marzo de 1523 se abrieron definitivamente las puertas de Palma para dar entrada en su recinto á aquel D. Miguel de Gurrea que tres años antes se habia visto forzado á huir vergonzosamente ante el poder de los populares capitaneados por el mayordomo del gremio de pelaires.

Enseguida ocuparon las tropas reales militarmente la poblacion, situando fuertes guardias en las puertas de la ciudad, Casas Obispales, Iglesia Mayor, Almudayna, Torre del Muelle y Castillo Real; recogiéron todas las armas que estaban en poder del pueblo; prohibióse salir á persona alguna como no fuera con pase del Virey, y se dispuso que partiese el Regente Ubaque en compañia de los cuatro Embajadores de la Germanía á dar cuenta al Emperador de la sumision de la Isla y á recibir instrucciones para la conducta que convendria observar en lo sucesivo.

Continuaba la córte en Valladolid, y enterado el Emperador por Ubaque del desenlace de aquel drama, pintado con los colores que le plugo emplear al Regente, como enemigo declarado que era de la Germanía, confirmó nuevamente á Gurrea en el vireinato de la Isla; erigió á la villa de Alcudia en ciudad con

el título de *Fidelísima*, franqueándola de todos los derechos y gabelas del reino, y despues de entretener largo tiempo á los cuatro comisionados del pueblo que impetraban clemencia para sí y para sus compañeros, los despachos para el Virey, ¡qué iniquidad! con la carta de Urías, en que llevaban su sentencia de muerte y la autorizacion á Gurrea de castigar ó perdonar á todos los comprometidos segun le pareciese conveniente.

Ya pueden figurarse mis lectores la infernal alegría con que recibiria Gurrea aquella autorizacion, y la sorpresa de Juan Odon Colom y de sus compañeros, quienes al entregar los pliegos de que eran portadores, se encontraron con su sentencia de muerte en vez del perdon que se les habia prometido.

El 23 de Junio salieron los cuatro efectivamente para el suplicio, en medio del terror de los habitantes de Palma que comprendieron entonces que habia llegado el momento del martirio.

Particularmente con el infeliz Colom hubo verdadero ensañamiento; se le mandó atenacear mientras se le conducia al suplicio; su cabeza fué separada del tronco y colocada en una jaula de hierro sobre la puerta Pintada; su cuerpo descuartizado y expuertos los cuartos en pilares á la vista del público, su casa demolida, sembrada de sal el área que ocupaba, conficasdos sus bienes y privados sus descendientes hasta la cuarta generacion de ejercer cargo alguno.

Hé aquí la generosidad de los nobles para con un enemigo vencido y desarmado.

¡Insensatos! ¿Si querrian ahogar con su crueldad la idea regeneradora de la democracia, que ya en aquellos tiempos empezaba á germinar en la imaginacion de los populares?

¡Vicente Peris, Odon Colom, Guillen Sorolla, víctimas generosas de una nueva causa; precursores de la Revolucion social que habia más tarde de conmover las viejas instituciones hasta conseguir el triunfo de la fraternidad y de la justicia: el pueblo agradecido no olvida vuestros nombres, sufre al recordar vuestros padecimientos, y en lo íntimo de su pecho os levanta altares de veneracion y de respeto!

Los agermanados habian sacado de la Tabla, para hacer frente á las vicisitudes de la guerra, treinta y dos mil seiscientas libras, y los nobles reclamaban cuantiosas sumas que decian habérseles usurpado, por lo que, de órden del Virey se impuso, como igualmente se habia hecho en Valencia, una fuerte contribucion á todos los más ó ménos comprometidos en la Germanía, y nuevas vejaciones y nuevos oprobios volvieron á caer sobre aquella desgraciada Isla, cabalmente al tiempo mismo que el descubrimiento de América abria el nuevo mercado de Indias, anulando el comercio de Levante, viendo por estas causas avanzar Mallorca su decadencia hasta el punto de que la que pudo un dia mantener con decoro reyes propios, mudados los tiempos, se viera presa de la mayor miseria.

Pero ¡alienta, Mallorca! que si al perder tu libertad en el siglo XVI perdiste tambien tu importancia comercial con la apertura del mercado de América, al recobrar en el siglo XIX esa misma libertad, tan amada de tus hijos, recobrarás tambien tu antigua importancia marítima y tu grandeza con la apertura del canal de Suez, que habrá de volverte el comercio de Levante.

Tengamos fé, tengamos confianza, que las leyes del progreso son inmutables, y el triunfo, tarde ó temprano, ha de ser nuestro, porque de nuestra parte batallan la razon y la justicia.

La sangre derramada por los Comuneros de Castilla, la sangre derramada por los agermanados de Valencia y de Mallorca, ha de dar, no hay que dudarlo, sus naturales frutos: la Soberanía del pueblo, el triunfo definitivo de la REPÚBLICA DEMOCRÁTICA será el premio de tanto sacrificio.

XXV.

Consideraciones generales sobre la Historia de las Germanías.—Conclusion.

«Tenemos ya, por fin, concluida esa historia de sangre y de lágrimas, llamada de las Germanías, y en verdad que no parece pueda terminarse sin que la pluma se caiga de las manos negándose á escribir. ¡Cuánto desastre! ¡cuánta ferocidad de vencedores y vencidos! y, sobre todo, ¡cuántas lágrimas de madres y esposas desoladas que, proscritas de sus hogares, iban fugitivas por los caminos para tropezar, al revolver de una encrucijada, con la cabeza sangrienta ó los miembros todavía palpitantes de sus esposos, de sus hijos ó de sus padres!

Por si nuestras consideraciones sobre tan lamentable período de nuestra Historia pudieran parecer á alguno interesados ó parciales, en vista de las opiniones políticas que profesamos, hemos resuelto estampar el juicio que de los mismos acontecimientos hace en su *Historia de Cataluña* el cronista de Barcelona D. Víctor Balaguer, hoy Diputado de las Córtes Constituyentes, y decidido campeon de la forma monárquica para el coronamiento de nuestra Revolucion.

Entiéndase, pues, que en estas consideraciones, y en justificacion de lo que en varios pasajes de nuestra Historia dejamos dicho, habla por nosotros el citado Balaguer.

Las iras de ciertos historiadores han caido como un anatema sobre los agermanados, así de Valencia como de Mallorca, quienes casi no figuran en sus páginas sino como hombres de ferocidad y de incivilizacion, como bandidos, incendiarios y asesinos. Siempre ha sucedido lo propio. *¡Vœ victis!* Los cronistas de los Reyes han tenido buen cuidado en hacer resaltar los crímenes y las tropelías de los agermanados, y estos no tienen cronistas. Para los vencidos no hay historia. Y sin embargo de todo esto, ya hemos visto que Juan Lorenzo, el verdadero creador de las Germanías, el hombre de la organizacion y de la idea, moria repentinamente de horror y desconsuelo al presenciar un espantoso asesinato, y al considerar que la Revolucion iba á estraviarse: y hemos visto á los Trece dar á Juan Caro órdenes terminantes para hacer respetar los templos é impedir saqueos, incendios y estorsiones: y hemos visto á varios miembros de la primera nobleza, como el Duque de Calabria y el Marqués de Zenete, vivir tranquilos, respetados y queridos entre aquella *horda de bandidos*: y hemos visto á Juan Odon y Colom, para hacer frente á la crísis alimenticia, dar órden de que se tomase cuanto trigo se hallase en los bajeles, pero pagando á los capitanes su valor ó depositando la cantidad en la Tabla; y hemos visto, finalmente, muchos otros ejemplos suficientes á probar que no debian ser tan malos aquellos hombres cuando en ellos habia virtudes, cuando con ellos vivian seguros en sus personas y hacienda los mismos nobles á quienes sus desaciertos, sus opiniones, ó acaso sus crímenes, no hicieran sospechosos. Ni podian ser tan bandidos, tan asesinos, tan incendiarios unos hombres que daban batallas campales, de las que, sino siempre salian vencedores con gloria, salian siempre al ménos vencidos con honra; unos hombres que con heroismo espartano defendian á Játiva dispuestos á sepultarse como los antiguos numantinos entre sus ruinas; unos hombres que tenian hijas, y esposas, y

madres, y haciendas, y religion, y patria, y que lidiaban, en fin, con una idea, y por una idea, dispuestos á triunfar con ella ó con ella á sucumbir.

Que cometieron iniquidades sin cuento, nos dicen; que espanta la relacion de sus tropelías, de sus desenfrenos, de sus escesos. Es verdad, es malhadadamente cierto. Pero, ¿solo ellos los cometieron? Al lado de sus crímenes, ¿son virtudes las de sus contrarios? Lo que en los plebeyos era incendio, asesinato y saqueo, ¿era piedad, misericordia y amnistía en los caballeros?

Cuando un cuerpo humano se agita en espantosas convulsiones, cuando se retuerce y revuelca en momentos de febriscitante crísis, es porque existe una causa interior, un dolor agudo, una llaga interna que á ello le impele. Lo propio sucede en los pueblos, y por algo es que estos tengan sus dias de vertiginoso desenfreno, como por algo habrá querido la Providencia que en ciertas ocasiones los rios salgan de madre, destrozando con su desbordamiento los campos que antes con su curso apacible fecundaban.

La guerra de las Germanías tiene un carácter bien marcado, y que no dá por cierto lugar ni á una sombra de duda. Es la misma lucha de la democracia con la aristocracia, que viene reproduciéndose bajo fases tan distintas desde que el mundo es mundo. Pero, ¿cómo se dió lugar á esta lucha en paises tan democráticamente regidos, y en los cuales, con relacion á aquellos tiempos, la libertad tenia un templo y un ara como ya quisiéramos ahora que, con relacion á este siglo, los tuviese entre nosotros? ¿Dónde estaba, pues, la llaga, dónde el dolor que se traducia esteriormente en el país por medio de tan horribles convulsiones?

Fundidos en uno los cetros de las coronas de Aragon y de Castilla, con la malaventuranza de haber quedado reconocida de hecho, ya que no de derecho, una supremacía ilegítima al último de estos reinos, la alta nobleza de Valencia fué la primera en perder aquella primitiva y característica sencillez de costumbres que habian contribuido á darle el puritanismo militar de

los reyes aragoneses y la severidad esquisita de los intaladrables fueros del reino. Cegados por el lujo y fausto de la córte de Castilla, engreidos por la preponderancia que en ella veian ejercer á sus iguales, altivos con sus títulos y riquezas, los nobles valencianos comenzaron á mirar con esquivez las llanas y sencillas costumbres del país, y creyeron llegada la época de dar al traste con la influencia política y legítima preponderancia que ejercian los plebeyos en los destinos del país como uno de lcs brazos del Estado. ¿Por qué los plebeyos de aquí no habian de ser villanos como en Castilla? se preguntaron sin duda los altos nobles.

Halagábales á éstos la idea de ser ellos, y solo ellos, los que al frente del reino pudiesen imprimir la marcha que mejor les acomodase á los negocios públicos; creian que la aristocracia de sangre debia estar sobre todo; y el orgullo de clase que aprendieron en las cátedras abiertas por el absolutismo en Castilla, les hizo injustos, intransigentes, intolerantes y tiranos con aquellos hombres de hábitos modestos y de patriarcales costumbres, á los cuales hasta entonces habian mirado como iguales, sin ocurrírseles que podian ser sus súbditos. Y comenzaron entonces los nobles á desdeñarles y á despreciarles, y, como para rebajar á los plebeyos, dieron cierta proteccion á los moriscos, quienes por su especial situacion y humilde condicion se prestaban á todos sus caprichos y voluntades, y en quienes realmente mandaban como señores. Se valieron pues de los moriscos, como de un arma contra los plebeyos, seguros de que despues destruirian el arma cuando les fuera inútil, como el Emperador Cárlos se valió del pueblo como de un arma contra la nobleza, convencido de que despues dejaría enmohecer el arma hasta dejarla insensible.

Los plebeyos se irritaron al ver concedida aquella proteccion á unos hombres á quienes se aborrecia con odio religioso, el más fanático é intransigente de los ódios, y no contribuyó poco por cierto más adelante á la estincion de los moriscos, por parte del pueblo, el deseo de vengar en ellos el apoyo que prestaran á los nobles contra los agermanados.

La nueva actitud tomada por los nobles se tradujo bien pronto por medio de hechos aislados, revelando la aparicion del cáncer secreto que iba á roer al pais hasta llegar á la epidermis. Las memorias de Valencia hablan de doncellas plebeyas arrebatadas al hogar doméstico, de asesinatos perpetrados entre los misterios de la noche, de esposas arrancadas violentamente al tálamo nupcial, y de otros desórdenes y escesos, que el ojo de la justicia era impotente para descubrir, porque, segun se vé claramente, todo entonces se compraba con dinero, los títulos, los honores, la honra y hasta la misma justicia. Las quejas de los plebeyos se perdian en el espacio sin hallar eco. Ya hemos visto que hubo necesidad de nombrar á dos abogados de real órden para defender sus causas, pues los letrados por corrupcion, por venalidad ó por miedo, se negaban á encargarse de ellas.

En Valencia, como en Cataluña, los nobles de alta categoría estaban escluidos de los cargos municipales, y aunque en vano intentaron formar parte del municipio diferentes veces, solo lo consiguieron al comenzar el reinado de Cárlos I, concediéndoles éste, contra ley y fuero del reino, el privilegio de obtener cargos municipales y entrar á formar parte en el consejo de la ciudad. Sus gestiones con este objeto pusieron en alarma y guardia á los plebeyos, quienes primeramente adoptaron los medios de conciliacion enviando embajadas al Rey, y luego cuando ya no hubo otro recurso, acudieron á lo que el Cardenal Jimenez acababa de llamar recientemente, *ultima ratio*.

Rompióse, pues, la lucha, y, atendido el estado de los ánimos, no es de estrañar que fuese irreconciliable, feroz y sangrienta. Habia por parte de los nobles mucho orgullo que sostener, y por la de los plebeyos mucha honra que vengar. Rota la valla, auxiliaron á la nobleza los moriscos, que consideraban á los plebeyos como sus más encarnizados enemigos; y húbose de apoyar la Germanía en la mucha gente perdida y desalmada que entonces afluia á estos reinos, procedente de Africa, Italia, Francia y Castilla. Por una y otra parte se cometieron escesos y horrores, propios desgraciadamente de las guerras civiles, y, sobre

todo, de aquellas en que entran á tomar parte grandes cuadrillas de aventureros; pero le consuela al ménos al historiador ver destacarse sobre el sombrío cuadro de la lucha, notables rasgos heróicos dignos de los antiguos romanos.»

En Mallorca las mismas causas producian los mismos efectos, y así en uno como en otro reino, el triste resultado positivo que dieron aquellas guerras, no fué otro que el de hacinar grandes montones de cadáveres para hacer de aquellas sangrientas hecatombes un pedestal donde vino á clavar su triunfante bandera de centralizacion el despotismo de los césares modernos.»

Estaba reservado á nuestros dias el abatir esa bandera y ese despotismo, y el oponer á la irritante centralizacion de los Reyes la salvadora doctrina de la Democracia moderna, concluyendo de este modo la obra empezada por nuestros mayores.

Hemos concluido de relatar, con la Historia de las Germanías, el primer acto del drama, acudamos tres siglos y medio despues al desenlace del mismo, que trataremos de condensar en el siguiente capítulo.

VALENCIA 8 DE OCTUBRE DE 1869.



Entrada del Enguerino con los Voluntarios de la Huerta.

XXVI.

Breve reseña del levantamiento republicano de 1869.

I.

El movimiento social iniciado en España á la muerte de D. Fernando el Católico, á consecuencia del advenimiento al trono de Castilla de D. Cárlos de Gante, conocido despues en la Historia por el Emperador Cárlos V, no ha tenido su natural desenlace hasta nuestros dias, con la expulsion de los Borbones llevada á cabo por la gloriosa Revolucion de Setiembre.

La corona de los Jaimes y Fernandos ceñida fatalmente en sien extranjera, no podia ménos de traer la perturbacion á un pais que acababa de mantener ocho siglos de titánica lucha para reconquistar su independencia, hundida con Rodrigo en el Guadalete bajo los golpes del alfanje de los hijos de Mahoma.

Un jóven inesperto, ignorante de nuestra lengua y de nuestras costumbres, y rodeado é influido por una nube de cortesanos ambiciosos, extraños tambien á nuestro pais, no era la mejor garantía para que nuestros ascendientes pudieran descansar en paz de tan prolongadas luchas á la sombra de su libertad y de sus derechos á costa de tantos sacrificios alcanzados.

Bien pronto la sed de riquezas de los intrusos y las impolíticas disposiciones de D. Cárlos, sublevaron el carácter independiente de los Castellanos que no podian ver con paciencia el menosprecio de sus fueros y la esplotacion de los destinos públicos llevada á cabo por los consejeros flamencos.

El descontento no tardó en traducirse en hecho, y al grito de ¡CASTILLA Y LIBERTAD! se alzaron las célebres Comunidades, y al grito de ¡PAZ Y JUSTICIA! las no ménos célebres Germanías que lucharon brazo á brazo durante tres años contra el poder real y contra la alta nobleza, en defensa de sus derechos, tenidos siempre en mucho más por los españoles que su misma existencia.

Pero la fuerza dominó al fin el carácter independiente de nuestros mayores, y en Villalar, y en Játiva y en Mallorca el mónstruo del despotismo batió triunfante sus negras álas, tintas en sangre, sobre las víctimas de los primitivos mártires de nuestra emancipacion social.

Pudo el hacha del verdugo separar impugnemente de su tronco la nobilísima cabeza de Juan de Padilla; pero aquel golpe mortal separó al mismo tiempo para siempre al pueblo del trono, y el recuerdo del mártir de nuestras libertades ha inflamado desde entonces el patriotismo de los españoles en sus no interrumpidas luchas con el despotismo.

El 24 de Abril de 1522 cayeron en Villalar los defensores de la libertades pátrias bajo el poder de las tropas reales, sicarios del naciente despotismo; el 28 de Setiembre de 1868 cayeron á su vez en Alcolea los defensores de la continuacion del mismo órden de cosas bajo las vengadoras armas de los defensores de la libertad, hundiendo en el Guadalquivir la corona de los déspotas.

Trescientos cuarenta y seis años de duelo á muerte entre la tiranía y la libertad; entre el verdugo y sus víctimas; entre el trono y el pueblo.

¡Valientes Comuneros, valientes Agermanados, ya estais vengados! ¡Vuestros deseos están cumplidos!

El extranjero que deshonraba nuestra amada patria huyó de los campos que blanquean vuestros huesos; el grito de LIBERTAD que ahogó en vuestras gargantas el hacha del verdugo, resonó aterrador en los muros de Cádiz desplomándose á sus ecos el alcázar del despotismo, y el pueblo libre reivindicó, al fin, sus anhelados derechos, por tanto tiempo desconocidos y vilipendiados.

Este es el órden natural de los cosas, esta es la ley del progreso: la verdad siempre triunfando del sofisma; la razon de la injusticia; la libertad del despotismo.

Tres siglos y medio de represion del trono contra el pueblo, no fueron bastantes á impedir, por último, el triunfo de su causa; porque su causa es la causa de la justicia, y la justicia siempre triunfa de todos sus enemigos.

Pero ¡hay! no te duermas sobre tus laureles, pueblo de Padilla, que aún existen enemigos ocultos que te quieren de nuevo encadenar, y menester es que su traicion no te encuentre desarmado.

No basta que en tu justa indignacion hayas arrojado por el suelo y pisoteado la corona de tus tiránicos reyes y proclamado como único soberano la soberanía del pueblo; menester es que con tu enérgica actitud, que aún á costa de nuevos sacrificios, si es necesario, te opongas á que algun hijo indigno de tu majestad y de tu grandeza pretenda recojer del fango los pedazos, de esa misma corona, que en tu justa indignacion has pisoteado para tratar de restaurarla y ceñir con ella la frente de nuevos despreciadores de tus derechos.

La Revolucion de Setiembre proclamó la libertad, y menester es aceptarla con todas sus consecuencias, si hemos de responder dignamente á lo que nuestro decoro y nuestra misma historia nos reclaman.

Así lo comprendió el partido democrático español al proclamar la REPÚBLICA FEDERAL como su forma exclusiva de gobierno.

Pero si el partido democrático español, fiel intérprete de los

deseos del pueblo, ha proclamado la República federal como legítima encarnacion de todas nuestas aspiraciones, los privilegiados, los favorecidos de ese mismo trono que ellos han contribuido á derribar, pretenden á su vez levantar una nueva monarquía, hechura de sus manos, creyendo, ¡qué insensatez! que por ser ellos los fundadores reportarán siempre los beneficios del agradecimiento.

¡Cómo si la historia de los reyes no fuera la historia de las mayores ingratitudes, de las mayores apostasías!

El clero, la aristocracia, el ejército y la clase media, todos en su inmensa mayoría, han vuelto á enarbolar el pendon de los reyes, y sus embajadores, ¡qué vergüenza! recorren las córtes extranjeras en demanda de un nuevo amo que venga á inficionar nuestra purísima atmósfera con su deletéreo aliento.

¡Qué ceguedad! ¡Qué falta de patriotismo! ¡Qué modo de desconocer la suprema ley del progreso, las enseñanzas de la historia!

Como no podia menos de suceder, ante tal afirmacion monárquica se levantó la protesta republicana, y á imitacion de la Hermandad del siglo XVI se juró en Lérida y se obligaron los reprentantes del partido, á oponerse, aún á riesgo de sus vidas, al advenimiento de un nuevo rey extranjero.

La cuestion se iba abocando á dilucidarse en el terreno de la fuerza, puesto que los oidos de los privilegiados no estaban dispuestos á escuchar los gritos de la razon que les aconsejaba desistir de sus liberticidas intentos.

El sol de la libertad que amaneció en Cádiz el dia 18 de Setiembre de 1868, y que brilló con todo su esplendor el 29 del mismo mes en las calles de Madrid, caminaba á su ocaso al año justo, á despecho de todos los corazones verdaderamente liberales que habian contribuido á tan glorioso alzamiento.

Y sin embargo, la libertad no habia de perderse por la pusilanimidad ni por la inercia de sus defensores.

La nueva Constitucion que acababa de darse al Estado, aunque imperfecta, facilitaba al pueblo los medios legales de inu-

tilizar las maquinaciones de sus enemigos, y la manera de hacer triunfar, en un plazo más ó ménos largo, su favorita solucion, la solucion republicana, única fórmula suficiente á ponerle á salvo del despotismo y de la centralizacion de toda tiranía.

Pero como que en el terreno legal no era donde se encontraban con fuerzas los restauradores monárquicos para derrotar al ya imponente partido republicano, se trató de provocarle de mil maneras para atraerle á la celada que cobardemente se le estaba preparando y desarmarle y herirle de muerte, á fin de poder realizar, libres de temores, sus antipatrióticos designios.

En este estado se encontraba la situacion política del pais antes de estallar el movimiento republicano de Setiembre del año 1869.

II.

Hay un partido en España de gloriosa memoria, que cuenta entre sus numerosos títulos al aprecio de los buenos liberales la formacion del primer Código democrático, la Constitucion del año 12, promulgada en nuestro pais á despecho de todos los tiranos.

Nos referimos al partido Progresista.

Este partido, satisfecho de su gloria, empezó á dormirse sobre sus laureles, y, apegado á la tradicion de sus primeros tiempos, olvidó el porvenir y la palabra PROGRESO escrita en su bandera, absorbiéndose completamente en la adoracion de su pasado.

Pero como Dios, en sus inescrutables designios, ha dicho á la Humanidad ¡ANDA! no porque un individuo ó una colectividad detenga, siquiera sea instantáneamente, su carrera, ha de parar tambien el resto de la especie.

Por esta razon, allí donde dejaron de progresar ó donde pararon los progresistas, siguieron su marcha los demócratas, y proclamaron la República.

Alarmados entonces los prohombres del progreso, al ver el para ellos inesperado vuelo que iba tomando en España el na-

ciente partido republicano, sacudieron la pereza que los habia hecho perder tantos dias en su Cápua gubernamental, y celosos de su popularidad trataron de imponer su veto á la naciente idea.

«Huid de esos soñadores, dijeron, huid de esos utopistas que solo tratan de introducir la anarquía en el país para hacer más fácil el camino á la reaccion.»

Algunos siguieron el consejo, algunos hicieron traicion á la Democracia y negaron la República; pero por cada uno de los conversos ó traidores del antiguo partido demócrata, miles y miles de los hasta allí ardientes progresistas abrazaban con gozo la nueva bandera y se unian espontáneamente á los que mejor les garantizaban el ejercicio de sus anhelados derechos.

El antiguo y popular partido progresista iba quedando reducido á sus prohombres ó santones, cada dia más llenos de vanidad y de orgullo que de patriotismo y abnegacion; los hombres de Vicálvaro, los unionistas, solo formaban una agrupacion de generales y de aristócratas de nuevo cuño, pero sin ninguna influencia en las masas populares; y los tránsfugas de la democracia, si bien llevaron á estas agrupaciones la idea vivificadora de los derechos individuales, se vieron á su vez obligados á admitir la forma monárquica, y se enagenaron, por esta causa, su antigua preponderancia con el pueblo, viniendo á formar una tercera agrupacion mucho ménos definible que las anteriores.

Estas tres agrupaciones de privilegiados, coaligados en híbrido consorcio bajo el estandarte de la Monarquía, fueron los que juraron guerra á muerte al naciente partido Republicano democrática-federal. Cádiz; las dos veces cuna de nuestras libertades, fué la primera víctima de esta maquiavélica coalicion.

«La bandera reaccionaria se ha enarbolado en los muros de la libérrima Cádiz,» dijeron á toda España, y mientras que los buenos liberales aguardaban detalles de tan inesperada acusacion, los hombres del poder dominaban, aunque no vencian, á los heróicos gaditanos, defensores de la mayor suma de libertades, encarnadas entonces en el partido federal.

A vosotros os tocaba, hijos de Hércules, bautizar los primeros con vuestra generosa sangre la en España naciente República.

Si vuestros hermanos del resto de la Península no hubieran sido tan villanamente aquellos dias engañados, otra puede ser que fuera hoy la suerte de nuestra patria; tal vez ondeara ya triunfante en ella la bandera federal.

Málaga, la sultana del Mediterráneo, tambien fué víctima del mismo inícuo proceder; á Jerez y Sevilla llególes tambien el turno, y la Andalucia entera, que era donde más vigorosamente habia prendido el fuego de la República, cayó aherrojada á los piés del militarismo triunfante.

Pero la nueva idea germinaba, crecia y llenaba sin embargo el corazon de los andaluces, y todos los cañones, y todos los sables del mundo no fueron, ni serán nunca, bastantes á impedir el desarrollo de esa idea.

Prueba tenemos en el triunfo completo que alcanzaron despues en los comicios los candidatos republicanos.

Y este gran partido aumentaba, aumentaba siempre, por más que para contenerle emplearan sus enemigos, además de la fuerza, la calumnia, tratando de presentarle como en amoroso consorcio con los seides de la reaccion: grosera conducta que más perjudicaba á los que la observaban, que á aquellos á quienes iba dirigida.

Funcionaron las Córtes, y á pesar de la brillante campaña sostenida por los defensores de la República, confeccionóse una Constitucion monárquica, con la que fuertes los partidos coaligados, trataron de desarmar á los republicanos, para imponernos después impunemente, como coronamiento de su anómala obra revolucionaria, un rey extranjero.

La nueva actitud de los monárquicos acabó de irritar al partido republicano. La pátria de Padilla, de Lanuza y de Sixto Cámara no queria más Reyes, siempre enemigos de sus fueros y libertad; y sobre todo, lo que no queria, lo que no querrá nunca, era la nueva afrenta de humillarse á un extranjero.

Para conjurar este temor se obligaron con estrechos pactos muchos buenos liberales: el verdadero partido federal.

Pero los hombres del poder vigilaban, y recelosos del éxito de sus antipatrióticos designios, acordaron deshacerse de una vez de aquel constante obstáculo, y decretaron una definitiva emboscada para hundir de un solo golpe en la impotencia al partido republicano democrático federal.

Empezaron de nuevo las provocaciones, las coacciones, la torcida interpretacion del libre ejercicio de los derechos individuales, y á tal estremo llegaron los desatentados atropellos con los republicanos consumados, que sobrevinieron los acontecimiento de Tarragona.

Dia vendrá en que se averigüe claramente quién es más responsable de aquel lamentable suceso, si los hombres entonces del poder ó el partido federal.

Se buscaba un pretesto, se provocaba un cónflicto, y el pretesto y el conflicto llegó; pero trágico, sangriento, costando la vida de un hombre, del desventurado Secretario del gobierno civil de Tarragona.

Desde aquel momento empezó ya, desenmascarada y enérgica, una represion injusta y agresiva contra el partido republicano.

El respetable general Pierrad fué, con menoscabo de su carácter de representante del pueblo, preso, y la milicia de Tarragona desarmada.

Estos arbitrarios atropellos indignaron grandemente á los republicanos catalanes en particular, y en general á todos los de España, pues no podia darse mayor ofensa que la inferida á los Voluntarios de la libertad desarmados, pues con aquel solo hecho se heria la dignidad de todos haciéndolos responsables ó solidarios de un crímen que no habia estado en su mente, ni en su mano el evitar, y que en anatematizarle habian sido los primeros.

Y como si no fuera todavía esto lo bastante para soliviantar los ánimos y provocar una conflagracion general, cayó en medio de tanto combustible, como una bomba, la desatentada Cir-

cular del Sr. Sagasta coartando el libre ejercicio de los derechos individuales.

III.

Pero no precipitemos los acontecimientos.

Del desarme de los Voluntarios de Tarragona, y de la solidaridad que con los lamentable sucesos del dia 20 querian presentar á aquella fuerza ciudadana, protestaron los jefes de la de Barcelona ante el Poder ejecutivo.

Los efectos de esta firme aunque respetuosa actitud no tardaron en esperimentarse en la ciudad de los Condes.

Hé aquí un ligero resúmen de los sucesos:

Sereno y apacible amaneció el dia 25 de Setiembre de 1869 para los laboriosos barceloneses. El vecindario se entregó á sus acostumbradas tareas, y la mañana trascurrió en medio del órden más completo.

¡Quién habia de decir á aquellos honrados habitantes que aquella calma era precursora de la tormenta que tanta sangre habia de costar!

¡Cómo habian de concebir que al año justo de haber sacudido el yugo de la tiranía habian de asestar contra sus pechos los nuevos hombres del poder, por ellos levantados, las armas de la pátria!

Y sin embargo, que esto ocurrió, los hechos siguientes nos lo van á demostrar.

Poco despues de la una de la tarde, el bélico son de las cornetas y tambores hirió los oidos del vecindario, despertando en todos el temor y la duda.

Fuerzas imponentes del ejército se desparramaron por la ciudad, ocuparon todos los puntos estratégicos, formaron un cordon alrededor de la plaza, y sin consideracion al respeto que se debe al domicilio, invadieron las casas que les parecieron convenientes, y se parapetaron en sus balcones y azoteas.

Al estupor, al asombro del primer momento, pronto fueron

dando lugar los barceloneses en sus pechos á la indignacion y á la ira, al comprender el atentado que con ellos se trataba de perpetrar.

Los Voluntarios de la libertad empezaron entonces tambien á reunirse, y algunas comisiones del pueblo pasaron á conferenciar con las autoridades, sin conseguir otra esplicacion que la dada por el Gobernador civil Sr. Escoriaza, que confesó ingénuamente que «á pesar de ser él la primera autoridad de la provincia, para nada le habia tomado permiso el General al apoderarse de la plaza, y que lo que él creia era que aquellas precauciones tenian por objeto asegurar el éxito del desarme que se proyectaba de la fuerza ciudadana.»

Así era en efecto; pero los Voluntarios, indignados por un tan artero proceder, se aprestaron, guiados solo por su justa indignacion, á la resistencia.

Algunas barricadas se levantaban en las calles del Cármen, Hospital y otras, sin plan ni concierto, donde se parapetaron los Catalanes, dispuestos á morir, pero á morir con honra.

Entonces los Diputados de la minoría Sarraclara, Salvany y Alsina, en union de una comision del Ayuntamiento y algunos otros vecinos honrados, hicieron los mayores esfuerzos para evitar un rompimiento, y cuando ya habian alcanzado del Capitan general un plazo para que se suspendiera el ataque que la tropa proyectaba, y de los defensores de las barricadas la seguridad de que abandonarian sus posiciones, una descarga de la fusilería del ejército sonó fatídica, aterradora, viniendo á iluminar en las sombras de la noche los primeros episodios de una lucha fratricida.

¿Sobre quién debe recaer la responsabilidad de la sangre que se derramó en la noche del 25 en Barcelona?

Dia vendrá en que se lo podamos decir al Sr. Gaminde, al ya dos veces célebre ametrallador del pueblo, al Capitan general de Cataluña.

Una vez emprendida la lucha, y conociendo los elementos con que contaba cada beligerante, el resultado no podia ser

dudoso: el triunfo quedó pronto por las fuerzas del ejército.

Pero lo más chocante del caso es que estos desgraciados, esclavos de la disciplina, se batieron aquella noche al grito de *¡ Viva el Rey !*

¡ A cuántas anomalías da lugar la ignorancia !

El partido monárquico triunfó en Barcelona como en Tarragona; las fuerzas populares fueron desarmadas, y el incauto partido republicano, obedeciendo tan solo á los impulsos de su patriotismo, se dejó coger en las redes que le tendieron los Jefes del bando progresista.

A los sucesos del 25 en Barcelona siguióse el 26 la publicacion en la *Gaceta* de la célebre circular del antiguo Director de *La Iberia*, del ex-miliciano del bienio, entonces ministro de la Gobernacion, y el 28 en las Córtes la protesta y retirada de la Minoría.

El guante fué definitivamente arrojado por el Gobierno; el partido federal lo recogió, y nuestros comunes enemigos, los defensores de la reaccion, se frotaban las manes de contento al ver la guerra civil estallar violenta en el seno del gran partido liberal.

¿Eran estos los deseos de Prim y de Sagasta? Pues pronto debieron de quedar satisfechos al recibir los despachos de Barcelona.

IV.

Al desarme de los Voluntarios de la libertad en Barcelona, siguióse el levantamiento de todo Cataluña.

Reus fué una de las primeras poblaciones que lanzaron el grito de ¡ República federal !

¡ Loor á los valientes reusenses !

Partidas respetables de republicanos armados, con jefes entusiastas á la cabeza, empezaron á recorrer el Principado, llegando en sus escursiones hasta las puertas mismas de Barcelona.

El entusiasmo crecia por momentos, y segun las disposicio-

nes de los catalanes al espirar el mes de Setiembre, el triunfo de la razon contra la fuerza, del derecho contra la arbitrariedad, de la República contra el monarquismo, presentaba bastantes probalidades de triunfo, á ser oportunamente secundado por los partidarios de la nueva idea en el resto da la Península.

A haber habido el acuerdo para combatir al Gobierno que nuestros enemigos han supuesto calumniosamente, el triunfo hubiera sido, de seguro, de los republicanos federales.

El acuerdo, la provocacion, la *celada*, mejor dicho, de donde vino fué de ciertos hombres, quienes todo al pueblo se lo debian, y al que menospreciaron luego, vejaron y mermaron sus derechos, y hasta acabaron por aliarse con sus mayores enemigos.

Entre estos hijos indignos de la libertad, está en la conciencia de todos, y en primera fila, el nombre funesto de D. Práxedes Mateo Sagasta, antiguo declamador de las doctrinas progresistas y desde hacia algun tiempo su mayor verdugo.

La mejor prueba de esta aseveracion fueron las declaraciones hechas posteriormente por el dicho ex-director de *La Iberia* (periódico) en el seno del Parlamento.

Decimos en los párrafos anteriores que al terminar el mes de Setiembre de 1869 el Principado de Cataluña estaba en armas al grito salvador de ¡Viva la República federal!

Continuemos, pues, nuestro breve relato.

El movimiento se efectuaba en todas partes en medio del mayor órden.

Sin embargo, un punto negro apareció en el horizonte.

Nos referimos á los sucesos de Valls.

Lo que pasó en aquella villa fué efectivamente lamentable; pero nunca una mancha para el partido.

Declamen en buen hora los implacables enemigos de la República federal; conmuevan y aterroricen á las gentes sencillas con sus pinturas de los sucesos de Valls y Tarragona; trabajo perdido: no conseguirán manchar nuestra bandera; no conse-

guirán oscurecer el brillo y la grandeza del levantamiento republicano del 69.

No porque á fuerza de aparatos se descubran en el disco del sol pequeñas manchas, su luz deja de alumbrar á todo el universo ni sus rayos dejan de ser ménos vivificadores.

Y despues de todo, digamos con Jesucristo: «El que esté limpio que tire la primera piedra.»

Prosigamos, prosigamos.

La escena se ensancha, el drama se generaliza, y desde las faldas de los Pirineos hasta las Columnas de Hércules atruena ya el espacio el grito de REPÚBLICA FEDERAL.

Pero las huestes populares no obedecen á ningun plan preconcebido; no hay ningun centro que dirija sus operaciones, y solo el entusiasmo por la bondad de su causa y la indignacion que agita á todos al ver hollados sus derechos por quien más en el deber estaba de respetarlos, es lo que impulsa á los hombres de accion del partido á lanzarse al campo, aislando los esfuerzos en cada localidad y haciendo infecundo su sacrificio.

En cambio el poder central, con un ejercito organizado, armado, municionado y dispuesto siempre á entrar en combate; con los ferro-carriles y telégrafos en sus manos, y con todos los recursos, en fin, de un gobierno constituido, podia saborear anticipadamente el triunfo.

Pero, no obstante; á pesar de la falta de coesion, y de táctica militar en los defensores de la República, la confianza del triunfo vaciló por un momento en los hombres del poder ante el heroismo republicano.

V.

Al levantamiento de Cataluña tenia que seguir indefectiblemente el de Aragon. A las barricadas de Barcelona tenian que responder las barricadas de Zaragoza.

Habia demasiado espíritu republicano en la patria de Lanuza para que el Gobierno monárquico, que en mal hora regia

los destinos de la nacion, no tratara de ahogarlo en sangre.

Hablen, sino los tres bandos fijados en aquella ciudad heróica el dia 6 de Octubre por el gobernador de la provicia.

En ellos se ordenaba: 1.° la disolucion de todos los clubs y asociaciones políticas; 2.° la sustitucion del Ayuntamiento nombrado por el sufragio uuiversal por otro á gusto del Gobierno, y 3.° la disolucion de la fuerza ciudadana, de aquella fuerza ciudadana que tantos sacrificios habia hecho siempre en defensa de la libertad.

¡Y que tan arbitrarias medidas se llevaran á cabo por hombres que decian pertenecer al partido liberal, por hombres que aceptaban el dictado de demócratas...!

¡Cuánta farsa, cuánto cinismo, cuánta ambicion y secretas miras políticas en los hombres del poder!

En Zaragoza como en Barcelona se sintieron los Voluntarios heridos en su dignidad con aquellas despóticas disposiciones.

Pocos fueron, por consiguiente, los que cumplimentaron las órdenes de entregar las armas.

No faltaban corazones esforzados dispuestos á aceptar la lucha á que el Gobierno los probocaba, porque en Zaragoza no faltan nunca los valientes; pero no habia jefes, no habia quien organizara la resistencia, y de aquí la tardanza y la duda en tomar una determinacion por unos hombres que no ha retrocedido nunca ante los mayores peligros.

Sin embargo, el pueblo empezó á reunirse en grupos por las calles, y la entrada en la ciudad de unos presos procedentes de las partidas de Pedrola y Gallur, acabó de exaltar sus ánimos y de arrojarlos al combate.

El grito entusiasta de ¡*Viva la República federal*! ¡*Mueran los traidores*! resonó potente en el barrio de San Pablo; y en la Magdalena, en San Miguel y en el Mercado empezaron á levantar barricadas y á disponerse á la resistencia.

Esto era sin duda lo que aguardaba la autoridad militar para lanzar sobre ellos toda la fuerza de que podia disponer y deshacerse por aquel medio del elemento republicano.

Pero quien conozca el carácter y teson de los aragoneses, quien haya podido formarse una idea exacta de su firmeza y su denuedo, podrá calcular lo desesperado de la lucha, la fiereza que desplegarian desde los primeros momentos.

«¡No podremos vencer, gritaban algunos, porque se nos ataca con fuerzas muy superiores; pero sabremos morir en defensa de nuestros derechos!»

Y sin mas armas que nuestra clásica navaja, se lanzaban en medio de sus enemigos en busca de una muerte segura.

La resistencia, por lo tanto, era tenaz, pero inútil; la artillería vomitaba la muerte por las calles; la caballería impedia en las afueras la aproximacion de los republicanos de los alrededores que acudian á la defensa de los de la ciudad, y la prolongacion de la lucha solo causa de sensiblas desgracias que no podian evitar la derrota de los valientes zaragozanos.

Sin embargo, llegó la noche, la noche memorable del 7 de Octubre, y los republicanos siguieron ocupando sus puestos, y un silencio aterrador, que contrastaba con el mortífero estruendo del dia, envolvió á la invicta Zaragoza....

Las noticias que aquella noche fatal circularon par Madrid, respecto á los heróicos Zaragozanos, no podian ser más alarmantes y contradictorias.

Quién los suponia dueños de la capital, y aun persiguiendo á las fuerzas de la guarnicion que se retiraban á la desbandada; quién los veia fraternizando con las tropas al grito de ¡*Viva la República*! y organizando su Junta de Gobierno; y quién, con más acierto, calculaba lo crítico de su situacion y la necesidad de intentar aquella misma noche un golpe en Madrid, que la escasez de la guarnicion facilitaba, y cuya oportunidad podria salvar, no solo el honor de los aragonese, sino el honor del partido, si es que en algo podia menoscabarses con el triunfo de los monárquicos.

Pero Madrid no estuvo en aquellos momentos á la altura de su mision, y su falta de arrojo dejó pasar el momento oportuno y comprometió la suerte del partido.

Grande será su responsabilidad ante la historia republicana; graves los cargos á que en su dia tendrá que responder.

Pasó la noche, lució la aurora y el cañon volvió á atronar el espacio y la metralla á sembrar la muerte en los heróicos zaragozanos.

Aun se resistieron algunas horas; aun hicieron los últimos esfuerzos Pruneda y Monforte, y los pocos amigos que les rodeaban, para disputar la victoria al ejército realista que de todas partes hácia ellos afluia; pero á la fuerza, al fin y al cabo, hay que ceder, y poco á poco fueron abandonando á sus enemigos sus últimas posiciones.

La lucha concluyó; la razon y el derecho quedaron vencidos por la fuerza; en Zaragoza como en Barcelona, las armas fueron arrancadas de manos de los Voluntarios de la Libertad por los mismos que para fundar su poder se las habian entregado, y á la sangre derramada, á la destruccion y la muerte, siguieron las prisiones y venganzas con que aquellos patriotas eran arrancados del seno de sus familias para poblar con ellos las cárceles y los presidios.

Los monárquicos iban triunfando; el elemento republicano caia bajo sus golpes en la populosa Barcelona, en la heróica Zaragoza: un esfuerzo más, y pronto podrian entregarnos á la deshonra de un rey extranjero.

Pero ¡castigo del cielo! Ese mismo rey que aguardaban levantar sobre las ruinas del republicanismo, conoció, por lo encarnizado de la lucha, la imposibilidad de arraigar ya en España ninguna dinastía extranjera, y más prudente la Casa de Saboya que el fratricida partido democrático-monárquico español, rechazó la corona de los Jaimes y Fernandos para vergüenza y desconcierto de nuestros menguados gobernantes.

VI.

Andalucía, pátria del génio, cuna de la libertad: ¡tú tambien protestastes de nuevo contra el falseamiento de los princi-

pios democráticos en los muros de Cádiz proclamados por los hombres del poder.

Salvoechea, Paul y Angulo, desventurado Guillen: ¡vuestro heroismo os hace dignos descendientes de los Gonzalos de Córdova, y en vuestro amor á la libertad resplandece la tradicion de los legisladores de Cádiz!

La bandera de la República, ya que no pudo ondear ni en Sevilla, ni en Granada, ni en Málaga, ni en Cádiz, por haber sido ya anteriormente por igual causa desarmados los Voluntarios de estas capitales, se levantó en los campos, y á su sombra acudieron los buenos defensores de los derechos del hombre.

Nunca falta un arma que esgrimir en la mano del pueblo, cuando gobiernos arbitrarios pretenden sistemáticamente atropellar los fueros de la justicia, y por esto es inútil el afan de todos los déspotas por mantenerle inerme.

Y en último caso la razon con ser razon es por sí sola un arma capaz de hacer invencible al más pusilánime.

Escuchemos las palabras que dirigió el Viriato andaluz, el valiente Salvoechea, á sus paisanos y correligionarios al lanzarse en armas al campo en defensa de la República:

«¿Sereis vosotros los últimos en acudir al combate, desconociendo, no solo vuestros deberes, sino hasta los impulsos de vuestros corazones, que os enseñan el camino de la salvacion de la pátria? Es imposible.

«¡*A las armas*, republicanos andaluces! Probemos al pais entero lo que son las provincias andaluzas cuando la libertad está á punto de sucumbir. Nuevos espartanos, preferid la muerte á la vergüenza al grito de ¡*Viva la República federal!*

Esta proclama se fijó una y cien veces en las calles de Cádiz, como desafiando á las autoridades, que en vano se afanaban en arrancarla.

A la voz de Fermin Salvoechea brotaron por todo el suelo andaluz partidas que secundaban su grito de República.

Paul, Guillen, Jimenez, se reunieron pronto al héroe gaditano, y el dia 7, el mismo en que por igual causa peleaban

los zaragozanos, como dejamos dicho, tomaron posicion en el pueblo de Algar y cerraron el paso á la columna que los perseguia, empezando con ella un encarnizado combate.

El número, la disciplina, el armamento, todo estaba de parte de los soldados, y sin embargo, los federales mantuvieron dignamente su posicion, hasta que ya entrada la noche y suspendida la lucha, creyeron prudente abandonar el pueblo y continuar su moviento, á fin de no ser envueltos por los refuerzos que de distintas partes habian salido hácia aquel punto.

Así lo hicieron y marcharon en direccion á Benajoan.

El 10 pernoctaron en Genaguacil, el 15 llegaron á Jimena, y auque cada vez se aumentaban las fuerzas que iban á sus alcances, no por eso desmayaban los valientes republicanos, ni el recibimiento que les hacian todos los pueblos por donde pasaban era menos satisfactorio.

Bien pudieron en aquella situacion esquivar el choque con las tropas que sobre ellos avanzaban, pero no para eso habian salido al campo, ni se habian puesto en armas los republicanos andaluces.

Paul y Angulo, que habia tomado el mando en jefe de la fuerza sublevada, conocedor del terreno, dispuso en las inmediaciones del pueblo de Córtes la batalla.

Emboscó el grueso de su gente entre los montes y breñales de aquel quebrado terreno, y ordenó á las avanzadas republicanas que rompieran el fuego en cuanto apareciese la tropa, á fin de atraerla hácia aquel sitio.

Pronto los disparos de las carabinas y los gritos de los combatientes turbaron el silencio de aquella soledad; las tropas atacaron con denuedo, los republicanos, que era esto lo que deseaban, resistieron con teson.

Paul, montado en una jaca blanca, corria de un punto á otro para avivar el esfuerzo de los suyos; Salvoechea y Guillen se batian en la vanguardia; y aunque en pequeñas proporciones, aquello presentaba todos los accidentes de una verdadera batalla campal.

Allí no se cuidaba ninguno en esquivar la muerte, el afan estaba darla á su contrario, y sin embargo, todos eran hermanos, todos peleaban al mismo grito de ¡España y libertad!

¡Caiga toda la sangre vertida en tan lamentables jornadas sobre la conciencia de quienes por mezquinos fines las provocaran!

En lo más recio del combate, fuerzas numerosas de Guardias civiles y Carabineros atacaron impetuosas por uno de los flancos, arrollando á los federales. Allí acudió Angulo con un puñado de valientes, y la lucha se hizo individual.

Pero los republicanos, á pesar de su valor, tuvieron que ceder, y emprendieron con órden su retirada, no sin causar antes muchas pérdidas al enemigo y dejar algunos de sus compañeros en el campo.

No habia de ser aquel combate el último que pusiera á prueba el valor de los republicanes andaluces.

Eran tantas las fuerzas que por distintos caminos les perseguian, que, al cruzar los campos que median entre Jimena y Benajoan, les salió al encuentro la columna del coronel Luque.

Los carabineros, que en su mayor parte componian esta fuerza, venian de refresco; los republicanos acababan de mantener una lucha encarnizada y desigual; pero, sin embargo, aceptaron este nuevo combate, hasta que desfallecidos y cansados emprendieron otra vez la retirada.

Pero en los destinos de la Providencia estaba escrito que el epílogo de aquellas jornadas habia de ser trágico para los federales y deshonroso para sus enemigos; y así sucedió.

Por un accidente del último combate, el jóven diputado de la Minoría, Rafael Guillen y su simpático amigo Cristóbal Bohorques, quedaron separados del grueso de sus compañeros y perdidos entre las quiebras.

Rendidos de cansancio, se pararon en una altura á tomar un poco de aliento y á fin de observar el camino que les convendria seguir.

Guillen meditaba sentado sobre una peña, Bohorques de pié

sobre el punto más elevado de aquel montecillo, interrogaba con su penetrante mirada los alrededores.

Pero de súbito suenan varias disparos y el jóven vigia cae herido de muerte, rodando exánime desde la altura al valle.

Un grupo destacado de la columna de Luque los habia distinguido, y despues de causar la muerte el desgraciado Cristóbal, aprisionaron y arrastraron al diputado Guillen á la presencia de su jefe.

¿Qué pasó allí.....? La historia en su dia lo aclarará.

El cadáver del malaventurado Rafael Guillen fué hallado luego desnudo y acrivillado, y con señales de haber sido hasta pisoteado por los caballos.

Cuenta la tradicion del pais que el desgraciado jóven fué víctima de los arrebatos de Luque: un Diputado acusó despues en pleno Parlamento á dicho jefe de asesinato; los tribunales entienden en el suceso; un duelo se deja entrever tras de su fallo; ¡en qué pais vivimos! El tiempo todo lo aclarará.

Debilitadas desde aquel dia las fuerzas de Paul y Salvoechea, y rodeadas por todas partes de columnas enemigas, emprendieron su retirada en direccion á Gibraltar, donde llegaron milagrosamente burlando la vigilancia de sus perseguidores.

Pudieron ser vencidos por las centuplicadas fuerzas que enviaron los monárquicos á combatirlos; pero la bravura, constancia y hasta el martirio de aquellos defensores de los derechos del pueblo, levantaron un altar en los campos andaluces al triunfo de la República.

VII.

En Castilla como Andalucía, como en Aragon, como en Cataluña, los esfuerzos aislados de los federales, aunque heróicos, fueron sofocados por los elementos superiores de que disponia el Gobierno, y los hechos de Joarizti, Caimó, Alsina, Sunyer, los Castejones, Noguero, Paul y Angulo, Salvoechea, el sacrificio de Guillen y de tantos y tantos otros mártires del federalismo, fue-

ron inútiles para conseguir un triunfo, que, con buena organizacion, hubiera sido seguro.

Béjar y Orense, aunque con igual fortuna, tambien contestan al grito federal; y Alcázar, y Bailen, y la Carolina, y Manzanares, y Múrcia, secundan igualmente el movimiento.

En Alicante, Froilan Carbajal, compañero de Guillen en lo desgraciado, es hecho prisionero por las tropas del Gobierno, y fusilado bárbaramente en Ibi, el dia 8, sin más formacion de causa.

¡Tal fué el pago que dieron los hombres del poder á uno de los que más habian contribuido á su encumbramiento!

¡Cuántas y cuán amargas consideraciones se nos agolpan á la merte al recordar el trágico fin de nuestro malaventurado amigo!...

Pero hagamos punto, que aún están en el Capitolio nuestro contrarios y son muy recientes los hechos para someter nuestra indignacion á la conveniencia.

¡Mártires del federalismo, el pueblo conserva vuestros nombres en la memoria y os rendirá en su dia el tributo que mereceis!

Y demos por terminadas aquí estas tristes reflexiones, que vienen los acontecimientos de Valencia y bien merecen párrafo aparte.

VIII.

Con cuánto dolor é indignacion verian los Valencianos los sucesos de Cataluña, cosa es que no se ocultará á ninguno de cuantos han tenido ocasion de apreciar el espíritu altamente democrático que siempre ha animado á aquellos habitantes.

En el siglo XVI, segun dejamos indicado, el pueblo valenciano se *agermanó,* es decir, se constituyó en hermandad, en partido, como ahora decimos, para reivindicar de la aristocracia y de sus gobernantes, los derechos que les tenian usurpados, y como muestra de sus legítimas aspiraciones escribió en su ban-

dera: PAZ, JUSTICIA Y GERMANÍA; en el siglo XIX, es decir, trescientos años despues, nueva protesta levantan los descendientes de aquellos mismos hombres contra los abusos del poder, y en la ciudad del Túria ondea la bandera tricolor con el lema de LIBERTAD IGUALDAD Y FRATERNIDAD.

Qué esfuerzos, qué abnegacion, qué heroismo desplegaron en ambas épocas para sacar triunfante su empeño, ya lo dejamos, aunque lijeramente bosquejado respecto al primer periodo; ahora vamos á tratar de hacerlo, siquiera sea sumariamente, respecto al segundo.

«Los agermanados del siglo XVI son los federales del siglo XIX,» ha dicho el eminente Bárcia en el prólogo que tuvo la condescendencia de escribir para esta mi desaliñada obra. Y en efecto: las mismas aspiraciones, la misma doctrina político-social porque batallaron los federales en el año 1869, fué la que inspiró á los agermauados en 1519 su titánica lucha.

¡GERMANÍA, FEDERACION! Hé aquí dos venerandas palabras que cada una de por sí, y las dos juntas, sintetizan la esencia de la moral universal; el lazo salvador que ha de unir, tarde ó temprano, á la especie humana en amoroso consorcio, realizando definitivamente la doctrina practicada por el Mártir del Gólgota, basada en la FRATERNIDAD.

Aquello es esto, esto es aquello, y lo que en su consecuencia venga la realizacion de todo será.

¡Tengamos fé, tengamos esperanza, puesto que tenemos razon y martirio!

IX.

Breves son las páginas de que puedo disponer para narrar un asunto tan grande.

La historia del levantamiento republicano verificado en el mes de Octubre de 1869 en la ciudad de Valencia, mereceria el estro de Homero y el pincel de Apeles para inmortalizarlos.

Más ¡ay! Como las Germanías del siglo XVI, tememos que

quede en el olvido, por ser hechos del pueblo y no haber ningun mecenas á quien adular.

Sin embargo, el que quiera formarse una idea bastante aproximada de estos sucesos, recurra á la estensa Memoria, que con imparcialidad y copia de datos ha publicado recientemente el jóven Amalio Gimeno y Cabañas, titulada: *El Partido republicano de Valencia ante la Historia.*

Por nuestra parte poco podemos decir.

A las diez de la mañana del 5 de Octubre, y tomando por pretesto la aparicion de alguna partida republicana en la provincia, publicóse en Valencia la ley marcial.

Acto contínuo recibió el Sr. D. José Antonio Guerrero, jefe principal de la fuerza ciudadana por su carácter de primer Alcalde constitucional, una comunicacion del Capitan general de la provincia, Sr. Primo de Rivera, en que le ordenaba que, en union de todos los comandantes de la Milicia, compareciese antes de las doce en su despacho.

El objeto de ésta entrevista fué el de manifestar dicha autoridad militar á los jefes de las fuerzas populares de Valencia, que si le firmaban un acta por la cual pudiera acreditar al Gobierno que se hallaban dispuestos á mantener el órden no serian desarmados; pero si así no lo hacian, correrian la misma suerte que sus compañeros de Barcelona.

Con marcado disgusto y repugnancia accedieron los jefes de la Milicia, despues de algunas salvedades, á las exigencias del general, y aquel acuerdo sosegó algun tanto los ánimos de los valencianos que empezaban á exaltarse con las noticias que ya circulaban de un próximo desarme.

Pero poco duró esta confianza.

Al dia siguiente, avisaron al Sr. Guerrero que, contra lo acordado, se estaba desarmando á los Voluntarios del Grao.

Presentóse al punto esta autoridad popular ante el Sr. Primo de Rivera, protestando de aquel acto, y S. E. pareció escucharle con sorpresa, achacándolo á una mala interpretacion dada á sus órdenes por el Gobernador civil y disponiendo la inmediata

devolucion de las armas á cuantos se las hubiesen recogido.

Sin embargo, como se justificó despues, esto solo era un medio acordado entre la autoridad superior civil y la militar de ganar tiempo, para asegurar la injustificada medida del desarme que ya venian meditando.

El dia 7 disfrutó, no obstante, Valencia su paz habitual, sin que los jefes del partido republicano dejáran por esto de comprender la proximidad de funestos acontecimientos, al ver á las altas horas de aquella noche cómo acudian por distintos puntos á reconcentrarse en la capital las fuerzas rurales de la provincia.

Sin embargo, callaron sus sospechas para no alarmar la poblacion, pero empezaron á apercibirse para toda eventualidad.

No tardó la ocasion en presentarse.

Amaneció el dia 8, dia que tan fatal habia de ser á muchos infelices, víctimas de la desatentada conducta de nuestros gobernantes, y los primeros valencianos que transitaron por las calles vieron con asombro que se iban ocupando militarmente, y con el mayor silencio, muchos puntos estratégicos, al par que se fijaba en las esquinas un bando manuscrito en que disponia el General el desarme de los Voluntarios.

La noticia de aquel atentado se propagó por la ciudad como una chispa eléctrica, y la indignacion embargó á todos los habitantes que hasta allí habian confiado tranquilos en las promesas de las autoridades.

El Sr. Guerrero, al convencerse de tan infausta nueva, corrió á presentarse al Capitan general, y con digna y severa entereza le manifestó el disgusto con que habia visto la falta de su palabra empeñada, añadiendo que ni Valencia en general ni la Milicia en particular habian dado motivo para que se les infiriese tamaño ultraje.

El Sr. Primo de Rivera se escudó con la órden del Gobierno, y parodiando á Pilatos, lavóse las manos en el asunto, diciendo que si en el término de dos horas no entregaban las armas voluntariamente, se veria precisado á recogerlas por la fuerza.

El Sr. Guerrero entonces se despidió con dignidad diciendo:

«Puesto que nada son para V. E. las justas reclamaciones de un pueblo herido en su honra, yo, en nombre de ese pueblo, y en representacion de su Milicia, me declaro desligado de todo compromiso, y declino la responsabilidad de lo que pueda acontecer.»

En tanto las fuerzas populares iban afluyendo al Mercado, armándose todos apresuradamente, y jurando morir primero que dejarse arrebatar las armas que habian empuñado.

A las siete de la mañana estaba ya la Milicia posesionada de una gran zona, cuyos edificios más notables eran la casa de Beneficencia, las torres de Cuarte, las Escuelas Pías, el cuartel del Pilar, los Santos Juanes y la Lonja.

El vecindario, que desde el principio habia simpatizado con la Milicia al ver la justicia de su causa, alternaba con los Voluntarios y les animaba en su empresa.

En las avenidas del Mercado improvisábanse barricadas, los colchones se sacaban á los balcones para servir de parapetos y los jefes y oficiales de la fuerza popular apresuraban la reunion de sus compañías para ir á ocupar sus puestos de honor.

El plazo para la entrega de las armas marcado por el general concluyó, y la campana de los Santos Juanes empezó á tocar á somaten con vibrantes tañidos, arrancando un ¡*Viva la República Federal!* y un ¡*Mueran los traidores!* que levantándose potente en la plaza del Mercado se reprodujo atronador por todos los ámbitos de Valencia electrizando de entusiasmo á sus habitantes.

De pronto oyéronse tiros no muy lejanos, seguidos de una descarga cerrada y formidable, y algunas mujeres y personas pacíficas precipitáronse en la plaza, gritando: ¡*Ya están ahí!* ¡*Ya viene la tropa!*

Un nuevo ¡*Viva la República*! contestó á esta alarma, ahogando la voz de los jefes que daban las órdenes oportunas, y se rompieron las hostilidades.

Cúpole el honor de empezar la lucha al primer batallon, situado en la plaza de Santa Catalina, contra la columna que, al mando del coronel jefe de E. M. D. Juan Alfonso Zea, y com-

puesta de fuerzas de los regimientos de Toledo y de la Princesa, y dos piezas de artillería, avanzaba en direccion al Mercado.

Lejos de poder penetrar en la plaza, vióse detenida esta fuerza en la calle de las Mantas, donde sin avanzar ya un paso, cayeron muertos á los certeros disparos de la Milicia el coronel Zea, un oficial y un soldado, y además fueron gravemente heridos el capitan Edo, el ayudante, tres subalternos y varios individuos.

El teniente coronel Escandon sustituyó á Zea en el mando de la columna. Este jefe no fué tampoco muy afortunado, puesto que tuvo la desgracia de ver caer á su hijo herido, juntamente con un capitan de artillería, un subalterno y algunos artilleros, sin poder tampoco penetrar en la plaza.

El coronol Angulo, al frente de otra columna, compuesta de un batallon de Zamora y otras dos piezas, corrióse hácia la plaza de la Aduana y calle de la Nave hasta la de Barcelonina, á fin de ver si por la bajada de San Francisco, plaza de Cajeros y calle de Fernando lograba meterse en el Mercado. Esta fuerza esperimentó grandes pérdidas en su marcha desde la bajada de San Francisco hasta la de San Fernando, en la que habiendo caido herido el coronel Angulo, tuvo que tomar el mando de dicha columna el teniente coronel Morales de los Rios, quien, como sus compañeros, ni siquiera logró dar vista al Mercado.

Otra fuerza, al mando del comandante de E. M. D. Roman Alonso, llegó á la plaza de las Pasas, refugióse en los edificios contíguos á la Lonja, rompió el fuego contra los Voluntarios, y despues de largas horas de combate se retiró con la pérdida de su jefe, y de un capitan, un oficial, un sargento y varios soldados heridos.

La noticia de las pérdidas sufridas, y muy especialmente de los dos jefes de E. M., cayó como un rayo en la capitanía general. Un estupor profundo apoderóse de Primo de Rivera, y de los oficiales superiores que le rodeaban. Lejos de contar con tan desesperada resistencia habian creido aquellos militares dominar

la poblacion con solo pasear por las calles sus bayonetas y cañon es.

Olvidaron que era la ciudad de Peris y Sorolla, y les costó bien caro aquel olvido.

No obstante, tomáronse nuevas disposiciones, y dos fuertes columnas salieron hácia el punto del combate.

El coronel del regimiento de Toledo D. Félix de Hévia tomó el mando de la primera, y emprendió el ataque, con tal ardimiento, que, dejando descubierta su retaguardia, se vió cortado en la calle de Caballeros, y arrollado y hostilizado de todas partes, quedando la columna casi destruida por el fuego vivísimo de la Milicia.

En esta situacion murieron los jefes Hévia, Puig Samper, dos capitanes, cuatro subalternos y gran número de soldados. Hubo tambien muchos herido, y, prévia capitulacion, se entregó el resto de la fuerza.

En tanto la campana de los Santos Juanes seguia tocando á rebato, y los Voluntarios, sin grandes pérdidas, rechazaban por todas partes las acometidas de la tropa á los gritos entusiastas de *¡Viva la República federal!*

Viendo Primo de Rivera lo impotente de sus esfuerzos para imponerse á la Milicia, mandó cesar el ataque y telegrafió á Madrid pidiendo refuerzos.

Los republicanos organizaron, desde que empezó el conflicto, un Directorio, á cuyo frente se puso el Sr. Guerrero.

Inmensa gratitud conservará siempre el pueblo de Valencia á las salvadoras disposiciones que emanaron de este centro directivo.

Despues de los sucesos del dia 8, que acabo de relatar, cargaron sobre los Voluntarios de Valencia todas las fuerzas del Gobierno.

¡Hasta un batallon de la Milicia de Madrid! (los Guias de Prim), contribuyó á la destruccion de sus hermanos....

Sin embargo, aún se resistieron nueve dias, y no obstante de ser entre todos nada más que unos 6.000 hombres, tuvieron en

jaque á 22.000 soldados, y creyó necesario el Gobierno emplear un bombardeo mortífero de siete horas para vencer, durante las cuales lanzó contra la poblacion 140 bombas, 150 granadas esféricas, 700 de cañon rayado, 240 del sistema *Krupp*, y gran número de balas rasas y botes de metralla, y hasta, sino se hubiesen rendido, estaban ya dispuestos los coetes incendiarios y las camisas embreadas para destruir la poblacion.

¡Ni en Marruecos empleamos tanto rigor contra la kabilas riffeñas!

¡Hasta qué estremo ciegan las luchas de Partido!

Prescindo de relatar los numerosos episodios que se sucedieron en Valencia desde el principio de las hostilidades hasta el dia en que, por último, se posesionaron las tropas de la poblacion.

Ya indiqué al principio que no tenia espacio para tanto.

Pero sí diré que aquellos sucesos serán siempre una de las páginas más gloriosas de la historia del partido republicano federal y un timbre de abnegacion y de heroismo que hasta nuestros mismos enemigos nos conceden.

Porque, segun un célebre propagandista, Valencia practicó en aquella ocasion lo que es tan difícil practicar, lo que practicó Jesucristo: HA PRACTICADO LA CARIDAD DENTRO DE LA GUERRA, LA LEY DEL AMOR DENTRO DEL ÓDIO.

Con la caida de Valencia concluyó el levantamiento republicano: los federales quedaron vencidos.

Pero pronto se levantaron con nuevo vigor de sus ruinas, para continuar su obra regeneradora de

LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD.

FIN.

INDICE.

RECTIFICACION.

Prescindimos de rectificar algunos yerros de imprenta insignificantes, por tener la confianza de que el buen criterio de nuestros lectores los pondrá á salvo. Pero en el párrafo tercero del cap. XXI se ha cambiado de tal modo el órden de colocacion de las palabras, que nos vemos en la necesidad de reproducirlo.

Hé aquí cómo debe leerse:

«La ocasion, por otra parte, no podia presentárseles mas propicia. Los soldados que de varios puntos de la Península habian acudido al servicio del Virey, faltos de paga, tornaban á sus casas ó desertaban al campo de los populares, dondese iban formando con ellos compañías de aventureros, todas de gente veterana y decidida.»



